

PLÁTICAS
DE LA AFSA
Y
TU VUEL

BX2230

C6

V.1

C.1

TÓNOMA

NERAL DE



José Angel Benavides.

~~260~~

644 6489

UANL
0760

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



1080046276

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PLATICAS,

6

INSTRUCCIONES FAMILIARES

SOBRE LAS

ORACIONES Y CEREMONIAS

DE

SANTO SACRIFICIO

DE

M. S. R.



FONDO BIBLIOTECA P.^{ta}
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

110300



CHDO BIBLIOTECA PUBLICA
EL ESTADO DE NUEVO LEON

PLATICAS,
ó
INSTRUCCIONES FAMILIARES
SOBRE LAS
ORACIONES Y CEREMONIAS
DEL
SANTO SACRIFICIO
DE LA
MISA.

ESCRITAS EN FRANCÉS
POR MR. COCHIN,
Cura Párroco de Santiago en París.
TRADUCIDAS AL CASTELLANO

POR

D. A. L. L.

TOMO I.

RE-IMPRESO EN FILADELPHIA :

1827.

38306



PROLOGO

DEL TRADUCTOR.

Como la asistencia al santo Sacrificio de la Misa es una obligacion indispensable de los Cristianos en los dias de precepto, y la mayor de todas las devociones en los demas del año; ha parecido conveniente al Traductor de las Pláticas ó Instrucciones familiares sobre las Epístolas y Evangelios de todos los Domingos y fiestas principales del año, escritas por Mr. Cochin,

traducir y publicar igualmente las que escribió acerca de las ceremonias y oraciones de la Misa.

En esta obra, original en España, se desenvuelven y explican con la mayor claridad los ritos y ceremonias que se han observado desde los tiempos mas remotos del Cristianismo; de manera que en esta parte puede mirarse como una historia continuada de una materia sumamente interesante para todos los fieles en general.

No se ha contentado el Autor con estas explicaciones y noticias de la Liturgia sagrada, sino que con el motivo de cada oracion ó ceremonia deduce un punto de moral, y combate los vicios y la irreligion con aquella firmeza de carácter, y sublimidad de doctrina propia de un Párroco y de un varon Apostólico, que conocia los males de su siglo, y su poderosa influencia en el trastorno de la fé.

El Público ha juzgado ya

del mérito distinguido de Mr. Cochin por las Instrucciones familiares sobre las Epístolas y Evangelios, y ha visto la delicadeza con que indica el origen y progresos de cada pasión, formando, digámoslo así, su escala para que los Cristianos por este medio conozcan y se aparten de los lazos que por todas partes les tiende el enemigo comun.

En estas Instrucciones sobre las oraciones y ceremonias de la Misa sigue igual

método, y pinta los vicios con los colores mas vivos: su elocuencia encanta y lleva tras de sí los espíritus mas fuertes y prevenidos, y la unción que difunde prueba bastante que su corazón estaba lleno de Dios, y de un zelo ardiente por la salvación de las almas.

La obra en fin, es utilísima é interesante; y para que no carezca de nada esencial, y teniendo consideración á que por lo regular no se pone en cada instrucción mas que la prime-

ra palabra de las oraciones, se ha traducido el Ordinario de la Misa guardando el sentido literal en todo, á excepcion de algunos lugares en donde para mayor claridad se hace una breve paráfrasis; y se coloca despues de las cinco Instrucciones preparatorias, por ser el lugar mas oportuno y propio.

INSTRUCCION
SOBRE LA UTILIDAD Y NECESIDAD
 DE SABER
 LAS ORACIONES Y CEREMONIAS
 QUE COMPONEN
LA LITURGIA.

EPISTOLA DE SAN PABLO A LOS HEBREOS,
 cap. 9. v. 13. 14.

Si la sangre de los machos de cabrito, y de los toros santifica á los inmundos, ¿ cuánto mas la sangre de Cristo limpiará nuestra conciencia de obras de muerte ?

No es de admirar que los Ministros de la palabra santa se considerasen obligados en los primeros tiempos del Cristianismo á comparar los sacrificios de la ley

ra palabra de las oraciones, se ha traducido el Ordinario de la Misa guardando el sentido literal en todo, á excepcion de algunos lugares en donde para mayor claridad se hace una breve paráfrasis; y se coloca despues de las cinco Instrucciones preparatorias, por ser el lugar mas oportuno y propio.

INSTRUCCION
SOBRE LA UTILIDAD Y NECESIDAD
DE SABER
LAS ORACIONES Y CEREMONIAS
QUE COMPONEN
LA LITURGIA.

EPISTOLA DE SAN PABLO A LOS HEBREOS,
 cap. 9. v. 13. 14.

Si la sangre de los machos de cabrito, y de los toros santifica á los inmundos, ¿ cuánto mas la sangre de Cristo limpiará nuestra conciencia de obras de muerte ?

No es de admirar que los Ministros de la palabra santa se considerasen obligados en los primeros tiempos del Cristianismo á comparar los sacrificios de la ley

de Moysés con el de Jesu Cristo, supuesto que era indispensable instruir á los fieles en los principios sobre que se apoyaban la fé y la confianza, y desprendér á un pueblo carnal de las ceremonias legales para irle conduciendo á las disposiciones que exige una víctima espiritual y divina; pero ahora que han mudado del todo las circunstancias, ofenderíamos ciertamente á los Cristianos si nos valiesemos de los mismos motivos para despertar su fé dormida, y traxemos á su memoria las hostias de una ley muerta para hacer un paralelo de ellas con la víctima viva y verdadera. En efecto, aunque nuestra fé no sea la mas ilustrada, es bastante con todo para conocer la diferencia inmensa que la dignidad del Ministro, la excelencia de la víctima, y el valor del sacrificio constituyen entre una y otra oblation; pero si esta comparacion constantemente seguida resulta toda en favor del sacrificio de la ley nueva, temo mucho que otra que se deduce de ella por necesidad resulte en honor del pueblo Judío, y en oprobrio y confusion de los Cristianos. Aquel religioso temor que manifestaban in los Judíos, quando partici-

pahan de las oblaciones, el respeto con que miraban el templo del Señor, y su vigilancia para conservar la pureza que habian adquirido, condenan la indiferencia que muestran los Cristianos para el santo Sacrificio de la Misa, su irreverencia, la poca disposicion con que se presentan en la mesa del altar, y el ningun fruto que sacan de la participacion del pan de los Angeles.

Esta comparacion os parecerá muy sensible en la serie de Instrucciones que voy á ofrecer á vuestra consideracion. En cada una de las oraciones y ceremonias de que se sirve la Iglesia quando ofrece el Sacrificio del altar, tendremos ocasion para llorar la debilidad de nuestra fé; y viéndola animada del espíritu de recogimiento y confianza, traeremos á la memoria nuestros descuidos, nuestra tibieza, y quizá nuestras irreverencias y profanaciones. Esta verdad nos pondrá delante, hermanos míos, reflexiones muy útiles. Cada oracion, cada circunstancia del Sacrificio nos ofrecerá materia para diferentes instrucciones. En ellas descubriremos muchas obligaciones olvidadas, y muchos recursos abandonados, y ve-

rémos con admiracion que hasta este dia no hemos sabido aprovecharnos del espíritu que anima las oraciones que recitamos, y las diferentes ceremonias del Sacrificio.

El órden que me prescribo para tratar esta materia es el mismo que establece la Liturgia. Describiré para vuestra instruccion los usos antiguos, y explicando los que se han transmitido hasta nuestros dias, os haré conocer, para vuestro consuelo, que el espíritu de la Iglesia no se ha mudado con su disciplina; y que si el tiempo y las circunstancias han introducido en ella alguna variacion, nada ha podido influir en lo esencial de su culto, porque proviene de la fé, que es tan invariable en sus fundamentos, como en sus dogmas. Pero ántes de entrar en una materia tan extensa y profunda, penetrémonos de los motivos que hacen necesaria esta instruccion, de las disposiciones que exige este cuidado, y de los frutos que debemos esperar.

No voy á enseñaros verdades desconocidas, porque habiendo sido tratada esta vasta materia por escritores tan sólidos como piadosos, tendreis sin

duda toda aquella instruccion propia de un Cristiano; pero á lo ménos procuraré deducir de estas verdades aquellas conseqüencias que sean mas conducentes, segun el estado de vuestras disposiciones y costumbres. Este no será un examen de pura curiosidad sobre el culto que exige este tremendo Sacrificio, sino una simple exposicion de los usos antiguos, y de su espíritu; de los ritos nuevos, y del sentido que ofrecen á nuestra fé, en la qual seguiré puntualmente la doctrina de los Padres de la Iglesia, que son la luz que debe alumbrarnos quando se trata de las cosas de la religion. En fin, evitaré con todo cuidado ese espíritu de misticidad mas piadoso que ilustrado, que viendo misterios por todas partes, no nos ofrece sino aplicaciones falsas ó equívocas. La fé es muy simple en sus principios, y ella nos persuade que no nos es lícito permanecer en la ignorancia del culto exterior, inseparable de la oblation del Sacrificio: que asistiendo diariamente á unas ceremonias tan santas, tan antiguas y significativas, haríamos del mas tremendo misterio una costumbre de pura rutina, si llevase-

mos un espíritu de indiferencia, y de disgusto: que no basta instruirse en general del fondo de este misterio, si abandonamos la aplicacion continua que la Iglesia hace de él en sus oraciones y ceremonias; y en fin, que la poca devocion con que recitamos estas oraciones, proviene de no considerar la relacion que tienen con el Sacrificio. Por otra parte el Apóstol San Pedro nos dice, que en qualidad de Cristianos hacemos todos un Sacerdocio; y por tanto debemos saber, y meditar estas verdades santas, no sea por falta de su conocimiento nos veamos expuestos á participar del terrible anatema que fulmina Dios, por la boca de su Profeta, contra los Sacerdotes ignorantes y descuidados de la ley antigua, diciendo: *ya que habeis abandonado la ciencia, no os mantendré en el Sacerdocio.*

No es posible, no, unirse al Ministro que ofrece el Sacrificio, y ofrecer con él la víctima adorable, sin saber el origen, sucesion y el misterio de cada una de las oraciones de la Liturgia. Es verdad que hay muchos Cristianos que lo ignoran, y que sin

embargo asisten con fruto al santo Sacrificio de la Misa, porque las oraciones de la Iglesia presentan de un modo tan sencillo el sentido espiritual que contienen, que basta leerlas para comprehenderle. Hay otros Cristianos que desde su juventud han tenido la instruccion conveniente en esta materia, y que concurren al templo con devocion y con interes; pero estos á proporcion de sus conocimientos disfrutan los consue- los, y así no les hablaré aquí de las disposiciones que se requieren para estudiar las oraciones y ceremonias que componen nuestra Liturgia. Hablo solamente con aquellos que carecen de estos principios, y que distraidos con los objetos seductores del mundo, han adquirido cierta incapacidad de presenciar con devocion el tremendo Sacrificio. A estos pues les voy á enseñar unas verdades, que por su desgracia han ignorado hasta el dia; pero ante todas cosas les diré que la fé y la docilidad son las primeras y mas esenciales disposiciones que se requieren. El espíritu de curiosidad está muy distante de este estudio: los primeros fieles honraban el Sacrificio, no solo con

su presencia, con su recogimiento y confianza, sino tambien con un silencio profundo y respetuoso sobre los ritos y usos establecidos por los primeros Pastores. Ellos estaban muy distantes de ese espíritu de contencion y de disputa, que de un misterio que es la expresión mas sensible de la caridad de nuestro Dios, ha hecho un principio de division y de sofisma; y conformándose sobre su esencia se reunian tambien sobre el modo de participarle. Nosotros, á su exemplo, procuraremos no despertar aquí esas quëstiones que se han agitado en estos últimos tiempos, y si todavía existe algun vestigio de ellas, nos prometemos acabarle de arruinar con la exposicion simple de la doctrina de los Padres y del Espíritu de la Iglesia. Dejarémos á un lado otras quëstiones útiles en sí mismas: pero que pertenecen mas á los Ministros que á los fieles, y en una palabra, nos ceñiremos á edificar é instruir únicamente, á reformar los abusos, á establecer las reglas, á animar la fé, y sostener el fervor.

¿Pero cuál es el fruto que debemos buscar en esta Instrucción? Primeramente debemos afirmarnos en la fé de

este misterio, al qual se refiere toda la Liturgia, teniendo presente que las oraciones y ceremonias de ella se refieren asimismo á un Dios Sacerdote y Santificador, que ofrece, y que es inmolado: á una víctima expiatrix de nuestras culpas: á un Dios que está en el Altar como hostia, y que á el lado de su Padre exerce las funciones de intercesor: á un Dios que hace consistir sus delicias en habitar con los hijos de los hombres, y que ocupa el primer lugar á la derecha del Padre: á un Dios abatido en la Eucaristía hasta el punto de ser nuestro alimento y elevado sobre los mismos cielos por los derechos que le da su misma Divinidad.

En segundo lugar debemos conformarnos á las disposiciones que nos inspiran las oraciones y ceremonias. La fé, la contricion, la confianza, la vigilancia, la humildad, la oracion, y todas las demas virtudes cristianas se hallan trazadas en el plan que tiene adoptado la Iglesia para ofrecer el santo Sacrificio de la Misa. En efecto, en él veremos un compendio de toda nuestra religion y de nuestros misterios: una idea de las obligaciones que nos impone el

Evangelio : una muestra, en alguna manera, de todas las promesas que nos hace la fé; y un gusto anticipado de la gloria y de la felicidad que la misericordia de Dios nos destina. Un Cristiano que se instruye en el sentido y el espíritu de estas ceremonias, encontrará siempre motivos para ilustrar su espíritu y alimentar su corazon.

En tercer lugar, debemos adquirir un espíritu habitual de sumision y de paciencia. Quando lleguemos á conocer la fuerza y la energía de los términos consagrados por la Iglesia para la oblation de este Sacrificio, nos persuadiremos, que así como Jesu Cristo no se despoja jamas de la qualidad de víctima, tampoco debemos nosotros perder de vista que nos ofrecemos juntamente con él; y que si despues de la oblation del Sacrificio y de la consumacion de la víctima por la comunión. Jesu Cristo perpetúa en alguna manera la oblation y la víctima, á fin de que el Cristiano pueda en todos los instantes del dia hallar su consuelo, su alimento, y su fuerza en sus necesidades mas apuradas; de la misma manera no pueden limitarse nuestros sentimien-

tos á una union pasagera con esta víctima adorable, sino que en todo tiempo, en todo lugar, y en toda circunstancia nos hemos de mirar como hostias destinadas á una continua inmolacion, y renovar dentro de nosotros las disposiciones que la Iglesia nos ha inspirado en las ceremonias y oraciones de la Misa.

Tales son las principales ventajas que podemos prometernos de una constante aplicacion para meditar los misterios que se celebran. He dicho las principales ventajas, porque de este espíritu de fé resultan abundantes recursos, y consuelos muy sensibles. Ya no hay amarguras, ni tentaciones, ni tribulaciones capaces de alterar el ánimo de un Cristiano que se ha hecho sacrificador con Jesu Cristo, y víctima en Jesu Cristo : al contrario su corazon lleno de alegría encuentra facilidad para cumplir todas sus obligaciones, y se halla siempre dispuesto para las prácticas de la Religion, por mas duras que parezcan. Formemos por tanto la resolucion de aplicarnos en adelante á este estudio con el mayor esmero, sacrificando en su obsequio los instantes mas preciosos. Por

mi parte procuraré corresponder á la importancia de la materia, y confío que vosotros me escuchareis con espíritu de piedad, y de fé, para aseguraros el fruto de estas Instrucciones, á fin de que desde la vida presente voleis á gozar de la bienaventuranza. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE LA EXCELENCIA

DEL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO A LOS HEBREOS.

cap. 13. v. 10.

Tenemos un Altar, del qual no tienen facultad de comer los que sirven al Tabernáculo.

DEXEMOS al Judío carnal el aparato de sus pomposas ceremonias, y el espectáculo brillante de decoraciones magníficas. Dexémosle que ostente á la faz del universo un templo, que por su estructura y su grandeza ha sido una de las maravillas del mundo: que sea la admiracion de sus naciones vecinas por el órden de sus Sacrificios, por la magestad de sus ceremonias, por el número de sus Sacerdotes y Levitas, por la riqueza y

2. *Instruccion sobre la excelencia*

magnificencia de los vestidos de sus sacrificadores: anuncie enhorabuena la grandeza del Dios que adora con las innumerables víctimas que ofrece á su Magestad suprema, con la armonía de sus cánticos, con la uniformidad de su culto: dexémosle, repito, que ostente todo esto. Nosotros, que nos limitamos á adorar á un Dios oculto, á inmolarse una víctima invisible, y á ofrecer un Sacrificio incruento, no hecharemos de ménos ni esta pompa, ni la magnificencia de este aparato, y llenos de confianza diremos con el Apóstol: para recompensar esta muchedumbre de víctimas tenemos una sola Hostia: para reemplazar este templo un solo Altar: para substituir á todos estos sacrificios una sola oblation; pero una Hostia tan viva, un Altar tan santo, y un Sacrificio tan puro, que todas las purificaciones legales serian insuficientes para que los sacrificadores de la antigua ley participasen de la oblation que ofrecemos á nuestro Dios. Tanta es, hermanos míos, la superioridad de nuestro grande Sacrificio; pero no gozaremos sin embargo de sus ventajas, si no llevamos las disposiciones que exige la

del Sacrificio de la Misa. 25

excelencia y la santidad de la víctima que ofrecemos. Sin embargo, ¿no asisten á la oblation que la caridad hace de sí misma á su Padre los corazones mas frios y lánguidos? ¿No participan de la Hostia que se ofrece por el pecado las almas mas criminales y corrompidas? Muy inferiores en esto al Judío carnal, y léjos de honrar en espíritu y en verdad una víctima que es espíritu y vida, apenas puede decirse de nosotros á título de elogio, lo que Jesu Cristo decia de este Pueblo para reprehenderle; á saber, que á lo ménos honramos á nuestro Dios con los labios. Este sin duda es un homenaje reprobado; pero el Pueblo Judío nos daba este exemplo para conducirnos al homenaje interior, espiritual y profundo que exige el misterio mas augusto, y la oblation mas santa. Penetrémonos pues de la excelencia de esta oblation para llegar á conocer el objeto de las ceremonias de la Misa.

Un Sacrificio que desde el origen del Cristianismo se ofrece en todos los lugares, en todos los tiempos, y que debe existir hasta la consumacion de los siglos: un Sacrificio que se ofrece por

21 *Instrucción sobre la excelencia*

todas las necesidades, que está destinado á borrar todos los pecados, y que reúne en sí toda suerte de oblationes: un Sacrificio del qual participan no solo los miembros de la Iglesia Militante, sino tambien los ciudadanos del cielo, y los tristes habitantes del purgatorio: un Sacrificio en que todo es santo: un sacrificio que reprueba todas las otras oblationes, que desecha todos los demas Sacrificios, que anula las demas ofrendas, y que absorbe en sí solo todo el mérito, toda la adoracion y los homenajes que son debidos al Ser Supremo; ¿no es el Sacrificio por excelencia, el que merece solo este nombre, y el que contiene todos los efectos de un verdadero Sacrificio? Pero esta sola es una reseña de las propiedades que los Padres, y los Santos Doctores atribuyen el Sacrificio de la Misa, como podreis reconocerlo en las ceremonias que vamos a explicar. Recorramos pues estas diferentes prerogativas para tomar una idea de la grandeza de la oblation.

Este Sacrificio se ofrece en todo lugar, segun la célebre Profecía de Malachías. Por tantas quantas partes se extiende la Iglesia de Jesu Cristo, y

del Sacrificio de la Misa. 27

se adora su nombre, y se observa su religion y su moral, los Sacerdotes consagrados por la misma uncion, herederos del mismo poder, revestidos del mismo caracter, dirigen á Dios las mismas súplicas, le hacen la misma ofrenda y vierten la sangre de la misma víctima. Aunque los Pueblos se diferencien por sus climas, por sus leyes, por sus costumbres, en este punto se reúnen todos, y forman aquella maravillosa armonía de voces que oyó San Juan en espíritu, en la isla de Patmos, que cantaban, diciendo: *Santo, Santo, Santo es el Dios de los exércitos, el Señor Dios omnipotente: bendición, y honra, y gloria, y poder, en los siglos, de los siglos, al que está sentado en el trono, y al Cordero.*

Este Sacrificio se ofrece en todo tiempo, y aun pudiera decirse á toda hora del dia, porque la diversidad de climas, y las diferentes revoluciones del astro que nos ilumina, no parece que han sido determinadas sino para perpetuar esta augusta oblation, de manera que quando dexamos en un Reyno, en una Provincia de ofrecer la Víctima Eucarística, nos suceden otros Sacerdotes en

estas funciones terribles en los demas Reynos del mundo. Nuestros cánticos no padecen ninguna interrupcion, ningun reposo, y la Iglesia de la tierra, como la del cielo, nos acuerda sin cesar que la virtud, la fuerza, y el poder pertenecen á nuestro Dios, y á la Víctima que se ofrece en el Altar.

Este Sacrificio se ofrece desde el origen del Cristianismo, es decir, desde que Jesu Cristo dixo á sus Apóstoles: *Haced esto en memoria de mí.* No hay un momento en que no pueda mostrarse en los Apóstoles, y sus sucesores la observancia mas perfecta de esta institucion saludable. La tradicion obscura en algunos puntos de la disciplina antigua nos presenta en éste sin interrupcion los monumentos mas sólidos y luminosos. San Pablo nos dice que habiendo recibido estas instrucciones del Señor, las transmitió á los fieles de Corinto. Los Apóstoles, los Discipulos, los Pontífices, los Mártires, y los Doctores nos hablan de siglo en siglo de este Sacrificio como de una oblation universal y perpetua, y como de un misterio que se renueva sin cesar en la Iglesia, y que se perpetuará

hasta que llegue á consumarse en la eternidad.

Este Sacrificio debe durar tanto como los siglos. Enhorabuena que la Iglesia suspenda los usos mas santos, si lo exigen así las circunstancias y los tiempos. En un siglo dexará abolidas muchas prácticas que ha observado religiosamente en otros, porque las necesidades, ó las disposiciones de sus hijos no son siempre las mismas; pero jamas hace variacion en la oblation del Sacrificio, ni sufre que se altere su esencia; y quando añade ó quita algunas oraciones de su Liturgia, tiene siempre cuidado de conservar la pureza del dogma de este misterio, á fin de que los fieles de todos los siglos, uniformando sus prácticas á la inefable santidad del Sacrificio, puedan unirse en un punto que se dirige á la salvacion, y á dar á Dios la gloria que deben todos los hombres.

Este Sacrificio se ofrece por todas las necesidades, y está destinado por su institucion á conseguirnos gracias innumerables en qualquiera línea, es decir: gracias espirituales que consisten en la contricion del corazon, en la detestacion

del pecado, en el amor de la justicia, y en la vigilancia, la fidelidad, y la fuerza de que necesita el Cristiano para cumplir los mandamientos divinos. Aquí encuentra su consuelo en los trabajos, la paz en las agitaciones, y el consejo en la perplexidad: aquí encuentra las armas para defenderse y hacer frente á las seducciones que le presentan la carne y la sangre: aquí encuentra gracias temporales, porque Jesu Cristo no se desdenea de presentar á su Padre los votos que tienen por objeto los bienes de este mundo, quando la codicia no los dicta, ó quando los acompaña la humildad. Las necesidades universales de la Iglesia, y de sus hijos: las necesidades particulares de nuestros amigos, de nuestros padres, de nuestros deudos, de nuestros señores, de nuestros inferiores, de nuestros iguales, de nuestros enemigos: las necesidades de las almas que nos han precedido, y gimen por algun tiempo baxo el peso de la Justicia Divina; y en fin, nuestras necesidades personales, de qualquier naturaleza que sean, todo está contenido en el mérito de la oblacion que Jesu Cristo hace de sí mismo.

Este Sacrificio está destinado á borrar todos los pecados. Ya no necesitamos de la sangre de los becerros, ni de los machos de cabrío: ya no depende nuestra justificacion de la aspersion que debe hacer el gran Sacerdote: ya no estamos obligados á buscar para cada pecado particular una víctima que sea propia quitar la mancha: nosotros tenemos en la única víctima que se ofrece en el Altar, una superabundancia de méritos que se extiende á todas las enfermedades del alma. Las llagas de nuestro orgullo se curan, meditando la profunda humildad de Jesu Cristo: nuestra refinada sensibilidad, considerando la mortificacion, y la penitencia á que quiso sujetarse voluntariamente: nuestro amor á los bienes de la vida, con la desnudez, y abnegacion universal que se impuso: nuestra ira, con la dulzura del Cordero que se sacrifica: nuestros odios y venganzas con las funciones que exerce de mediador, y de conciliador: nuestra irreverencia é inmodestia en su templo, con la adoracion profunda que hace á su Padre: esa muchedumbre de distracciones que nos asaltan quando oramos, con las súpli-

3: Instrucción sobre la excelencia

cas que este poderoso intercesor presenta sin cesar por nosotros. Por tanto desde el interior de su Tabernáculo nos dice á grandes voces: *Venid á mí todos los que estais oprimidos baxo el peso de vuestras miserias, y os aliviare.*

De este Sacrificio participan todos los miembros de la Iglesia Militante, qualquiera que sea su condicion, su estado, y sus obligaciones. El Sacerdote encuentra en este Sacrificio el espíritu del Sacerdoció: el Militar la fuerza para los combates: el Príncipe la sabiduría para gobernar: el Magistrado el espíritu verdadero de las leyes: el mercader la rectitud, y la probidad: el artesano la actividad y la paciencia: el esposo la dulzura y la caridad: el padre la vigilancia; el hijo la docilidad, y la virgen el vino que engendra en ella la pureza y la modestia cristiana. La Iglesia en las sangrientas guerras que sostiene contra los enemigos de su dogma, ó de su moral, saca de este Sacrificio las armas para defenderse de sus asaltos violentos. De aquí sacan los Mártires la intrepidez en los tormentos: los Confesores el valor para hacer

la profesion de su fé: los Doctores las luces necesarias para ilustrar á los Pueblos, y confundir la heregía: los penitentes la detestacion del pecado, y la confusion de sí mismos: los justos el espíritu de fidelidad para cumplir los divinos preceptos. Aquí se llenan el espíritu y el corazon de gracias vivificantes: aquí se amortiguan las pasiones, se mudan las inclinaciones, y se rectifican los deseos: aquí en fin, es donde Jesu Cristo se hace todo para todos, y derrama como cabeza en todos los miembros el espíritu que los anima.

De este Sacrificio participan los elegidos en el cielo, pero no de un modo sensible, exterior, y visible, qual conviene solo á las criaturas corporales, sino de un modo real, eficaz é inefable, propio de la oblacion que nos purifica, y que les ha purificado á ellos mismos, consolidándolos en el estado de inocencia, y de santidad que gozan. Por tanto se llama este Sacramento pan de los Angeles, y el trigo de los escogidos; porque ellos estan hartos en el cielo del pan que nos alimenta en la tierra, y porque participan sin la menor interrupcion del festin, que es nues-

tro consuelo en este valle de lágrimas. Este es para la Iglesia de la tierra el mayor de sus privilegios, siempre que ofrece este Sacrificio, y distribuye este Sacramento. El humo de esta oblacion sube hasta el trono sublime del cielo: los cánticos de la tierra resuenan hasta en las bóvedas de la eternidad, y se forma una armonía de deseos, y se establece una comunión de homenajes y de oraciones que estrecha y asocia el cielo con la tierra, la mansión de las lágrimas y de los combates, con el lugar de las victorias y de los triunfos; y el Cordero inmolado desde el origen del mundo, es según la expresión del discípulo muy amado, la luz que ilumina en todas partes al mismo tiempo, la Ciudad de Dios viva, y la Jerusalem de la tierra. Bienaventurado el Cristiano, que penetrado de este sentimiento se persuade que adora con los Angeles, que ruega con los escogidos, y que está sentado en la tierra en un banco que en el cielo es el objeto de su eterna felicidad.

Este es un Sacrificio de refrigerio y de expiación para las almas del purgatorio. Privadas del consuelo de ofre-

cerle con nosotros, no lo están de gozar de sus frutos. Dios había manifestado en la ley antigua sus designios de misericordia sobre estas almas, quando mandaba al Sacerdote que tomase dos palomas, y que derramando la sangre de la una sobre la cabeza de la otra, fuese ésta la señal de su libertad. Todos los días corre esta sangre desde nuestros altares hasta el lugar de su penitencia: todos los instantes vuelan á la mansión eterna las almas purificadas por esta efusión expiatoria; y si alguna ne ha purgado todavía sus pecados, y se ve destinada por la mano de Dios á este lugar de penitencia, nos grita sin cesar, diciendo: amigos míos, dadme testimonios de vuestra sensibilidad y compasión; pero no esos testimonios estériles que aquejan á los infelices sin aliviarlos: nuestro comun Libertador nos espera en el Altar: aquí podéis abrir esas fuentes, cuyas aguas purificantes extinguirán las llamas que nos consumen, apagarán la sed que nos devora, lavarán nuestras manchas y nos harán los objetos de las delicias de un Dios, que nos mira todavía con ojos de justicia; pe-

36 *Instrucción sobre la excelencia*

ro que no ha olvidado que somos sus hijos, y que sois nuestros hermanos.

Pero dexemos para otra Instrucción la continuación de esta materia, y empecemos á sacar de la meditación de esta primera verdad una consecuencia que servirá para animar nuestra fé; y es que un Sacrificio que reúne tantas grandezas y tantas ventajas, exige de todo el que le presencia el respeto mas profundo, el reconocimiento y el amor mas perfecto.

Dignaos, Señor, de formar en nosotros estas disposiciones, dignaos aumentarlas á medida que conozcamos la excelencia de esta oblacion, para que sea para nosotros el Sacramento de la salvacion eterna. Así sea.

INSTRUCCION SEGUNDA

S O B R E

LA MATERIA ANTECEDENTE.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO A LOS HEBREOS, cap. 9. v.
11. 12.

Jesu Cristo, Pontífice de los bienes venideros, por otro mas excelente y perfecto Tabernáculo, entró una sola vez en el Santuario.

NUNCA diríamos bastante si, á exemplo del Apóstol San Pablo, quisiésemos comparar los caracteres del antiguo culto con los del culto nuevo: las prerogativas del testamento dado por Moysés, con las ventajas de la alianza hecha con Dios por Jesu Cristo: el mérito de los Sacrificadores de una ley de muerte, con el poder del sacerdote de la ley de Gracia; y el precio de las víctimas carnales, con la eficacia de

TOM. I.—D

36 *Instrucción sobre la excelencia*

ro que no ha olvidado que somos sus hijos, y que sois nuestros hermanos.

Pero dexemos para otra Instrucción la continuación de esta materia, y empecemos á sacar de la meditación de esta primera verdad una consecuencia que servirá para animar nuestra fé; y es que un Sacrificio que reúne tantas grandezas y tantas ventajas, exige de todo el que le presencia el respeto mas profundo, el reconocimiento y el amor mas perfecto.

Dignaos, Señor, de formar en nosotros estas disposiciones, dignaos aumentarlas á medida que conozcamos la excelencia de esta oblacion, para que sea para nosotros el Sacramento de la salvacion eterna. Así sea.

INSTRUCCION SEGUNDA

S O B R E

LA MATERIA ANTECEDENTE.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO A LOS HEBREOS, cap. 9. v.
11. 12.

Jesu Cristo, Pontífice de los bienes venideros, por otro mas excelente y perfecto Tabernáculo, entró una sola vez en el Santuario.

NUNCA diríamos bastante si, á exemplo del Apóstol San Pablo, quisiésemos comparar los caracteres del antiguo culto con los del culto nuevo: las prerogativas del testamento dado por Moysés, con las ventajas de la alianza hecha con Dios por Jesu Cristo: el mérito de los Sacrificadores de una ley de muerte, con el poder del sacerdote de la ley de Gracia; y el precio de las víctimas carnales, con la eficacia de

TOM. I.—D

la Hostia viva y verdadera. En la Instruccion pasada os hemos dicho lo bastante para hacer sensible esta comparacion, y para conocer la excelencia del Sacrificio que se ha subrogado en lugar de las oblacones antiguas; pero como ésta es una materia de grande importancia, no parece fuera de propósito insistir sobre ella; porque aunque no nos sea posible medir su grandeza, á lo ménos lo será el enseñarnos las disposiciones que nos prescribe este misterio. Vamos pues á probar que todo es santo en el Sacrificio de la Misa.

Dios es el fin á que se dirige el Sacrificio del Altar, y á quien únicamente se refiere este homenaje; y aunque es infinitamente Santo y grande por su naturaleza, en este Sacrificio se le hace un homenaje infinito de reparacion, y de reconocimiento por parte de la criatura; se le hace tambien un homenaje perfecto de dependencia, porque el mas Santo de los hijos de los hombres, el Primogénito de los predestinados, y el Xefe de los escogidos se consagra en este Sacrificio al servicio de su Padre en nombre de todos los que se ha dignado asociarse en qualidad de miem-

bros, de hermanos y de coherederos de un mismo reyno. Por tanto para nosotros es este un Sacrificio de consagracion, porque la sangre que Jesu-Cristo derrama es la sangre de la nueva alianza, mediante que por su virtud paga el hombre á Dios, no solo todo lo que le debe, sino todavía mucho mas. Siendo imperfecto, como lo es, por su naturaleza, no le hubiera exigido viviendo en la inocencia, otro Sacrificio que el que convenia á una criatura humana, á saber, el de un corazon puro y fiel, contenido en los límites estrechos que circunscriben las virtudes de un ente finito; pero en el Sacrificio de la Misa la oblacion no tiene límites, el mérito de la víctima no tiene medida, y diciendo Jesu-Cristo á su Padre: *he aquí que vengo*, es como si le dixese, he aquí en mí quanto puede honraros mas en vuestra criatura, á saber, un espiritu que solo piensa en vos: un corazon que solo se dedica á amaros: una voluntad pronta siempre á obedeceros: un cuerpo que no tiene facultades sino para inmolarlas á vuestra gloria. ¿Qué podeis exigir del hombre que no encontreis en mí?

El hombre os debe el primer homenaje de su corazon, y yo desde la eternidad misma os he dicho, *he aquí que vengo*. El hombre os debe un amor perfecto, que no se acaba sino con su vida, y el homenaje de mi corazon se perpetua de siglo en siglo, y no tiene otro término que la eternidad. ¿Cómo pues no encontrará Dios en un homenaje tan perfecto, no solamente el de nuestra dependencia, sino tambien la reparacion mas completa de los ultrages que he recibido de nuestra parte? Qualquiera que sea la extension que se dé al pecado, y aunque sea de fé que nuestras culpas limitadas respecto del pecador, son inmensas respecto al objeto ofendido, podemos tener una entera confianza en la víctima que se ofrece por nosotros, porque la malicia del pecado no puede exceder al mérito de Jesu Cristo el qual ofrece una expiacion proporcionada á la magnitud de la ofensa, y á la santidad del ofendido. Sé muy bien que nuestros pecados llevan consigo un carácter de ingratitude, de injusticia, y de infidelidad, que ultrajan sobre manera la santidad de Dios, su justicia y su mi-

sericordia: tambien sé, que el pecado contradice la sabiduría de su Providencia, y que siempre que nuestro corazon se abandona, renueva el atentado cometido por los Angeles malos, y se esfuerza para colocarse en el trono del Eterno; pero yo veo, que cada uno de los atributos de Dios recobra sus derechos en el Sacrificio de Jesu Cristo en el Altar. Aquí es donde Dios exerce sobre el hombre, en la persona de su Hijo, el imperio absoluto, y el dominio soberano de que goza exclusivamente; y al mismo tiempo que el rigor de su justicia le impone los castigos debidos al pecado, la extensión de su misericordia le prepara un medio siempre subsistente de volver á entrar en su gracia. Aquí es tambien donde nuestras ingratitudes se reparan por medio del homenaje del reconocimiento mas completo. Como la riqueza de Dios es infinita, y nosotros somos tan pobres, no podemos ofrecerle unas víctimas proporcionadas á su grandeza. Por otra parte todo quanto tenemos lo hemos recibido de su mano, y en realidad nada podemos darle que no sea suyo. Por eso nos abre sus propios tesoros pa-

ra pagar todas nuestras deudas: su ingeniosa caridad nos proporciona como uno de ellos la Víctima Eucarística, que por sí sola es suficiente para corresponder á la inmensidad de beneficios y de gracias que derrama todos los días sobre nosotros; y aunque sea inagotable el manantial que los produce, no es ménos fecundo ni abundante aquel de donde sale nuestro reconocimiento. En efecto, siempre que tomamos el Cáliz de la salud, y que unimos nuestras oraciones con las de Jesu Cristo nuestro perpetuo intercesor, podemos estar seguros, de que nuestras ofrendas, y nuestros votos llenan toda la extensión de nuestras obligaciones.

Esta confianza se funda sobre la santidad del que ofrece el Sacrificio. La Sabiduría eterna es quien hace la eleccion de la víctima, y siendo la caridad eterna quien la ofrece, no puede ménos de ser digna del Dios á quien se dirige. El estado de anonadamiento, á que se reduce Jesu Cristo en el Altar, no debilita ninguna de sus perfecciones, ni le despoja de ninguno de sus atributos, ni le priva de los derechos que la da su naturaleza divina.

En este Sacrificio es el esplendor del Padre, el objeto de sus delicias, y su Hijo muy amado, como ya lo era desde la eternidad misma. Unido á los pecadores, pero separado de su iniquidad; cubierto de todas nuestras flaquezas, y libre de todas nuestras flaquezas; semejante á nosotros en todo, y superior infinitamente á nosotros por su esencia; nuestro hermano, segun la carne, y al mismo tiempo el Hijo del Altísimo, nos presenta quanto puede animar nuestra confianza, quanto puede atraer nuestros corazones, y Dios encuentra en él todo lo que puede fixar las miradas de su misericordia y de su amor. ¿Podrá el Ser Supremo desechar una Víctima, con quien tiene una perfecta igualdad, una Hostia que adoran los Angeles con la mayor sumision, un Sacrificio, del qual no son mas que una figura todas las antiguas oblacones? ¿Qué es, hermanos míos, lo que veriamos en el Altar, si nos fuese dado penetrar el velo que nos oculta á Jesu Cristo en el momento en que el Sacerdote pronuncia las palabras adorables que obran este inefable prodigio? El Discípulo muy amado en el libro profético de sus

revelaciones nada nos dice que nos dé una idea capaz de acercarnos con mucho al espectáculo que se ofrecería á nuestros ojos. Los nombres de Jerusalem, y de Ciudad de Dios, las descripciones maravillosas que nos hace de sus murallas transparentes como el cristal, y de sus puertas embutidas de piedras preciosas solo son vanas sombras, si puedo hablar de esta manera, en comparacion de la grandeza y del resplandor de un espectáculo tan maravilloso. El Hijo del Eterno, rodeado de esa muchedumbre de espíritus bienaventurados que publican sus victorias, ofrece á la Magestad Divina su obediencia y su humildad para expiar y destruir nuestro orgullo: su paciencia para calmar nuestras murmuraciones: sus tormentos para domar nuestra sensualidad: su sangre para lavar nuestros pecados, y sus lágrimas para extinguir el fuego de nuestras pasiones. Pero callemos, porque nuestra lengua solo balbucea, quando quiere hablar de un misterio tan inefable. El corazon, si es capaz de conocerlo, no puede explicar lo que es un Dios, que se ofrece á Dios, y que se entrega por los pe-

cadore para rescatarlos del pecado; por lo qual si alguno quiere penetrarse de la santidad de este misterio, debe juzgar de él por sus efectos.

Este Sacrificio es santo por los motivos que le han determinado: estos motivos eran conocidos mucho tiempo ántes que se cumpliese y consumase el misterio: David habia dicho que *la misericordia y la verdad se saldrian al encuentro, y que la justicia, y la paz formarían una alianza mutua*; y Daniel, que lo vió de mas cerca, dixo tambien que *la abolicion del pecado, y el establecimiento del reyno de la justicia serian sus frutos*: el pecado destruido es pues la primera ventaja que debemos buscar. Quando nos presentamos en el Altar llevamos á él nuestros pecados personales, y los del Pueblo para ofrecerlos á Dios por Jesu Cristo como una víctima de anatema. Los gemidos de nuestro corazon quando son sinceros, y el espíritu de penitencia, y de contricion quando es verdadero, son en alguna manera el cuchillo que degüella la víctima, y la caridad de Jesu Cristo es el fuego que la consume.

En la serie de estas Instrucciones veremos, hermanos míos, que se habla con frecuencia del pecado en las oraciones que componen la Liturgia, pidiendo á Dios que nos mire con ojos de misericordia, y que fixe su atención sobre la fé de su Iglesia, y la santidad de la Hostia: pero nuestras disposiciones serán siempre insuficientes, si no llevamos á este Sacrificio un dolor vivo y eficaz. El pecado es un obstáculo poderoso á las gracias abundantes que corren desde el Altar. ¿Qué cosa mas opuesta al espíritu de Jesu Cristo que el pecado? ¿Será posible que en el tiempo mismo que el Salvador se ofrece para destruirlo, y para establecer el reino de la justicia, el pecador endurecido y ciego le declare una guerra violenta, y de union con su enemigo, se oponga á sus designios, y procure destruir sus obras? Cristianos, Jesu Cristo baja al Altar para substituir la Justicia Eterna al pecado: es decir, que la justicia desterrada en un tiempo de la tierra, se prepara ahora un asilo perpetuo en el Sacramento, á fin de qui si la buscamos, podamos encontrarla.

No la busquemos, no, ni aun en

la sociedad de los hombres en apariencia mas irreprehensibles: ellos tiran siempre por alguna parte á la corrupcion universal; y aunque trabajen para purificarse de la levadura del pecado, esta levadura, segun la expresion de San Pablo, ha comunicado á toda la masa una infeccion que no puede el hombre destruir; pero nosotros tenemos un Santísimo como el que se contenia en el Tabernáculo de Israel, el qual no es en modo alguno inaccesible al pueblo: todos pueden entrar en él por la fé, que es el velo que le roba á nuestros ojos, y todos pueden participar de esta santidad eterna, sino de una manera perfecta en la tierra, á lo ménos de una que sea proporcionada á nuestra necesidades. Hagámonos pues, como Daniel, hombres de deseo, y lo que él decia con un espíritu profético, digámoslo nosotros con espíritu de oracion, á saber, que reyne siempre la Justicia Eterna; que establezca su reino en nuestros corazones, sometiendo la carne al espíritu, y nuestra voluntad á la suya, y nuestras pasiones á sus leyes: en fin, que establezca su reino en el seno de

las familias, para que nunca se alteren la subordinacion, la caridad y la paz.

El Sacrificio del Altar produciria ciertamente todos estos efectos, si los que lo presencian conoiesen su espíritu, y llevasen las disposiciones que exi-ge. ¿Seria posible que si los Cristianos estuviesen unidos á Jesu Cristo, fuente de toda justicia, y principio de toda santidad, inmolando á los pies de sus Altares todos sus afectos carnales; seria posible, digo, que se entregasen á los deseos corrompidos de su corazon? Hermanos mios, no atribuyamos á la ineficacia del Sacraficio el poco fruto que obra entre nosotros, sino á la imperfeccion de nuestra fé. Estudiando estas verdades con mas atencion, meditándolas con mas respeto; y practicándolas con mas fidelidad, si Dios nos da su gracia, haremos, sin duda, mas aprecio de nuestros santos misterios. Entonces no llevaremos á ellos ese espíritu de tibieza y de irreverencia; ya no asistiremos con ese disgusto que hasta aquí hemos tenido, y no saldremos de ellos con el mismo gusto, y la misma inclinacion al pecado.

Dignaos, Señor, formar y oír en noso-

tros este deseo: vos nos dareis sin duda lecciones eficaces para que lleguemos á conocer el honor que os resulta de este misterio: vos, Dios mio, podeis animar en nosotros el homenage que esperais de nuestro corazon: unid al santo Sacrificio perfecto de Jesu Cristo la oblacion imperfecta, pero entera y libre de nuestra voluntad y malas inclinaciones, á fin que vengamos á ser todos con él una hostia digna de vuestras miradas en el tiempo, y de vuestra misericordia en la eternidad. Así sea.

INSTRUCCION

QUE DEBE LLEVAR EL CRISTIANO

AL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO A LOS HEBREOS,
cap. ii. v. 4.

Por fé ofreció Abel á Dios mayor sacrificio que Cam.

LA letra de la ley quando no va acompañada del espíritu, causa siempre la muerte al que la sigue, como lo manifiesta la Escritura en la persona de Cain, y lo confirma la experiencia en la conducta del mayor número de Cristianos que asisten al Sacrificio de la Misa. El primero de los homicidas

para el Sacrificio de la Misa. 31

ofreció con toda exactitud el Sacrificio indicado por la ley natural. Cultivando los árboles que la Providencia habia criado para la subsistencia del hombre, ofrece los mejores frutos que producen, y cumple exteriormente con tributar á Dios este homenaje, como una señal de su dependencia. Si consideramos á Cain ocupado en este religioso ejercicio, no podremos menos de mirarle como un adorador fiel de la Divinidad; pero su corazon le quitaba al Sacrificio todo su valor, porque carecia de la justicia, y porque no caminaba como Abel su hermano por los caminos de la inocencia, y la simplicidad.

Los Cristianos tambien concurren como de tropel á nuestros Templos á las horas en que se celebra el santo Sacrificio del Altar, y aunque el mayor número se presenta con una indevoción sensible y criminal, muchos sin embargo denotan con su ayre modesto y devoto un exterior de verdaderos adoradores. ¿Pero por ventura una fé pura é ilustrada, una fé viva, activa y firme, anima sus acciones, santifica su ofrenda y consagra su oblation?

¿Acaso precede el espíritu de preparacion que debe disponer nuestras almas al acto mas santo y tremendo de quantos prescribe la religion? La mayor parte de los que asisten al Sacrificio carecen sin duda de este espíritu, ó por mejor decir, ni aun le conocen; y así será muy conveniente que nos dediquemos á estudiar las disposiciones que se requieren en un Cristiano para adorar á Jesu Cristo en el Sacramento del Altar.

Aunque las oraciones que la Iglesia ha aumentado á la antigua Liturgia no sean todas de la esencia del Sacrificio, y aunque muchas no tengan otro fin que el de prepararnos, á la oblation de la víctima, y que pueda decirse con verdad, que un Cristiano que se penetra de los sentimientos que inspiran, está verdaderamente preparado para ofrecer el Sacrificio; sin embargo hay disposiciones que deben preceder á muchas de las oraciones, y así como la Iglesia prescribe á sus Ministros que no suban al Altar hasta que esten suficientemente excitados de los diferentes sentimientos que exige su tremendo ministerio,

quiere tambien que los fieles no participen de sus funciones, sino despues de haber participado de las disposiciones destinadas para prepararse. La Iglesia pues, no exige á la verdad de todos, ni en todas circunstancias dilatadas efusiones del corazon; pero quiere que tengan muy presente, que quando asisten á un sacrificio de propiciacion, deben inmolar en sí mismos todos los afectos que la víctima santa va á expiar con la efusion de su sangre. Ella les dice, que una víctima de accion de gracias pide corazones penetrados de reconocimien- to por los beneficios recibidos, sensibles á los beneficios ofrecidos, y dispuestos á aprovecharse de las gracias prometidas, merecidas y derramadas en un sacrificio tan grande: ella les hace entender que Jesu-Cristo, intercesor universal, ama con preferencia á las almas abatidas baxo el peso de sus miserias, afligidas á la vista de sus flaquezas, y persuadidas de su baxeza. Si las graves, y multiplicadas obligaciones no permiten á un Cristiano que explique por menor todos estos sentimientos, ó que á lo ménos los pruebe todos

antes de presentarse á los pies del Altar, la religion le prescribe que se mantenga habitualmente en esta feliz disposicion, y que la renueve con frecuencia para que no recite sin atencion y sin fruto las tiernas y sensibles oraciones que preceden á la oblation divina.

No me parece que debo contar en el número de las preparaciones necesarias la conversion, y la confesion de los pecados, porque sin duda sabeis todos, que el pecado es la disposicion mas incompatible con el Sacrificio de la Misa. El Cristiano que tiene una fé viva é ilustrada, conoce la necesidad de presentarse con un corazon puro; y San Cypriano hace un elogio muy particular de los fieles que para asistir al Santo Sacrificio hacian una confesion algunas veces pública, pero á lo ménos siempre secreta, de aquellos sentimientos de desaliento y cobardía que les habia inspirado el temor de la persecucion; pero si hoy no se observa esta práctica, subsiste sin embargo la obligacion de no presentarse delante del Altar sino con un santo temblor, y

con un dolor verdadero de los pecados.

La palabra Misa, que significa despedida, y que desde los primeros tiempos servia para designar el tremendo Sacrificio, nos trae á la memoria la exclusion formal que hacia la Iglesia de todo pecador escandaloso, y la ley que imponia á los pecadores secretos la obligacion de no presentarse en el Altar, sino con la primera inocencia, ó á lo ménos con un verdadero dolor de haberla perdido, y con un deseo fervoroso de recobrarla. Pero dexando ya á un lado esta materia, paso á tratar de las disposiciones preparatorias que nos indican las vestiduras sagradas; y aunque la aplicacion de estos diferentes misterios se dirige especialmente á los Ministros del Altar, los fieles, sin embargo, pueden deducir conseqüencias muy importantes.

El Ministro se cubre la cabeza, ó las espaldas con un velo ó amito, que segun la inteligencia de los mas antiguos Misales, representa el saco de penitencia que recomendaban al Pueblo tantas veces los Profetas del Antiguo

Testamento, para expiar sus pecados. Tambien representa el morrion o casquete con que se cubrian los soldados para defenderse de los tiros del enemigo; y la Iglesia, valiéndose de esta alegoría, pone en la boca del Ministro estas palabras: *dignaos, Señor, poner sobre mi cabeza el morrion de salud, para que yo pueda rechazar los esfuerzos del espíritu tentador.*

Un Cristiano convencido de que no debe acercarse al Altar, sino para fortalecerse contra los ataques del enemigo, debe dirigir á Dios esta misma oracion. ¿El morrion de salud no ha sido puesto sobre su cabeza en el momento de su regeneracion? El lienzo ó capillo que el Sacerdote pone sobre la cabeza al niño despues de bautizarle ¿no tiene una relacion sensible con aquel que se pone el Sacerdote para celebrar el Sacrificio de la Misa? Por tanto digamos con él: *Dios mio, haced que el enemigo de la salvacion, viendo sobre nuestras cabezas una señal de proteccion para nosotros, y de terror para él, puesta por vos mismo, tema vuestro poder, y que todas sus esfuerzos*

para debilitar nuestro fervor, para turbar nuestro espíritu, para exaltar nuestra imaginacion, y conmover nuestro corazon, sean entre sus manos otros tantos tiros embotados por vuestra gracia; y pues este amito nos acuerda el saco y la ceniza, haced que el demonio nos halle siempre penetrados de un arrepentimiento verdadero, y del deseo mas ardiente de evitar, y de huir el pecado. ¿Pero de qué le servirá al Cristiano cubrirse con el saco de la penitencia, ni tener su frente defendida con el morrion de la proteccion de Dios, si expone su cuerpo á los golpes del enemigo, y su alma á los tiros con que le amenaza á cada instante?

El Sacerdote se reviste del Alva, llamada así por su blancura. Este traje que en los primeros tiempos traian las personas mas distinguidas de la República Romana, y que se daba en la antigua ley á todos los que servian en el Tabernáculo, es ahora en la Iglesia la vestidura del Sacerdote, para recordarle la gravedad que conviene á su estado, y á los fieles el respeto que deben á su ministerio. El color de esta vestidura

debe inspirar á los Sacerdotes una pureza de costumbres que los haga irreprehensibles, y los fieles imitándolos en esta parte deben tambien purificar su alma de todo pecado. Así, mientras que el Sacerdote dice; *Lavadme, Señor, y purificad mi alma, para que lavada en la sangre del Cordero, merezca gozar de una felicidad eterna:* el Pueblo, penetrado de los mismos sentimientos debe considerar con vergüenza y con dolor el intervalo, que entre Dios y él ponen sus pecados é ingratitudes. Debe pues solicitar aquella inocencia de costumbres, aquella pureza de corazon, y aquella rectitud de conciencia y de espíritu, que pueden hacerle irreprehensible en el tribunal del Justo Juez, y adquirirle un derecho cierto á un reyno donde todo respira pureza: y pues que el Altar es la imagen del cielo; el Pan que se come el de los Angeles; el Dios que se adora la felicidad de los bienaventurados, y el Cordero que se sacrifica, el Xefe de los Santos; el Sacerdote y el Pueblo deben imponerse la obligacion de ofrecer en este Paraiso sensible, y en este

Altar visible unas conciencias dignas del Altar sublime del cielo.

Nada es indiferente en una religion donde todo es espíritu: el cíngulo mismo adoptado por todos los que usan un traje talar para su propia comodidad, es una señal para el Sacerdote y el pueblo de una virtud tan rara como preciosa: *Poned, Señor,* dice el Ministro, *al rededor de mis lomos un cíngulo de pureza: extinguid en mi corazon el fuego devorador de una concupiscencia criminal, y haced que el fuego de la caridad ocupe el lugar de los afectos que serian indignos de vos.* ¡Ah, qué desgracia para los Ministros y los asistentes cuyo corazon no esté de inteligencia en estos momentos con sus labios! Qué cargo tan terrible para todos los que no se presenten con verdadera pureza! Jesu-Cristo, hermanos míos, es nuestro modelo: el vino que ofrece en su mesa, es el que enciende en las vírgenes la viva llama de la caridad, y el cántico del Cordero no debe cantarse en el cielo sino por aquellos que han sabido conservarse puros é inmaculados.

60 *Instruc. sobre las disposiciones*

Pudiera extenderme mas sobre esta materia; pero pasando á tratar de otros usos desconocidos al comun de los fieles, os daré ocasion de hacer por vosotros mismos reflexiones muy útiles; pidamos á Dios, que fortalezca nuestro fervor y nuestra fe. Así sea.

SEGUNDA INSTRUCCION

SOBRE

LA MISMA MATERIA.

EXONO, cap. 25, v. 40.

Atiende, y hazlo segun el modelo que te ha sido mostrado en el monte.

ESTE es un mandamiento que se dirigia á Moyses. Despues que el dedo del Señor grabó sobre dos tablas de piedra la ley que queria dar á su pueblo, prescribió á este Xefe y conductor de Israel el órden que debia observarse en las víctimas, las ceremonias para los sacrificios, las vestiduras del Sumo Sacerdote; y las circunstancias que debian concurrir en los Ministros para auxiliarle en sus funciones. La Iglesia parece que habla de la misma manera á los Sacerdotes de la nueva ley, quando los pres-

ТОМ. I.—F

60 *Instruc. sobre las disposiciones*

Pudiera extenderme mas sobre esta materia; pero pasando á tratar de otros usos desconocidos al comun de los fieles, os daré ocasion de hacer por vosotros mismos reflexiones muy útiles; pidamos á Dios, que fortalezca nuestro fervor y nuestra fe. Así sea.

SEGUNDA INSTRUCCION

SOBRE

LA MISMA MATERIA.

EXONO, cap. 25, v. 40.

Atiende, y hazlo segun el modelo que te ha sido mostrado en el monte.

ESTE es un mandamiento que se dirigia á Moyses. Despues que el dedo del Señor grabó sobre dos tablas de piedra la ley que queria dar á su pueblo, prescribió á este Xefe y conductor de Israel el órden que debia observarse en las víctimas, las ceremonias para los sacrificios, las vestiduras del Sumo Sacerdote; y las circunstancias que debian concurrir en los Ministros para auxiliarle en sus funciones. La Iglesia parece que habla de la misma manera á los Sacerdotes de la nueva ley, quando los pres-

ТОМ. I.—F

cribe tambien la forma particular de las vestiduras que ha designado para la celebracion de nuestros santos misterios; y como cada una de ellas tiene un sentido espiritual, que les acuerda las disposiciones que exigen sus funciones tremendas, les advierte que reunan toda su aplicacion y su estudio para adquirir los conocimientos necesarios. El modelo que les propone es Jesu Cristo, que adornado de todas las virtudes, que significan las vestiduras, debe ser para ellos una regla viva que les enseñe á honrarlas con la santidad de sus costumbres. Descendamos desde el Sacerdote á los Ministros inferiores, y de estos á los simples fieles, y digámosles: considerad atentamente las vestiduras con que la Iglesia ha revestido á los que exercen para con Jesu Cristo las funciones de Sacerdotes y de mediadores: ellas os designan que sus obligaciones y las de los Ministros en general son las mismas, en quanto al espíritu que debe animar á unos y á otros, y que las virtudes, cuya necesidad está indicada hasta en sus vestiduras, son tambien para los fieles de una obligacion indispensable. Apre-

ded pues á conocer el sentido que contienen, y conformad con él vuestra vida. Esta reflexion nos conduce naturalmente á seguir la meditacion que hemos empezado en la instruccion ultima, y si ella os ofrece conseqüencias útiles, la presente las ofrecerá mas interesantes todavía.

Ya hemos visto que el Amito, el Alba y el Cingulo nos acuerdan tres virtudes, sin las cuales será infructuoso para nosotros el Sacrificio de Jesu Cristo: á saber, el espíritu de vigilancia, y de fuerza para resistir á los impulsos del demonio: el espíritu de penitencia y de compuncion para detestar nuestros pecados; y el espíritu de pureza para contraponer á ellos las prácticas de las virtudes cristianas. Busquemos ahora en las demas vestiduras del Sacerdote una invitacion á las otras virtudes que nos inspira este Sacramento.

El Manípulo cuyo origen por su antigüedad se pierde en la noche de los siglos, y que al parecer no presenta á los fieles un objeto de edificacion, es entre todos los adornos Sacerdotales el que tiene un sentido mas mis-

terioso é instructivo. Las virtudes que nos figura no son del número de las que la santidad del Sacerdocio prescribe especialmente á sus Ministros, y cuyo descuido pueda tolerarse en un simple fiel. *Señor*, dice el Sacerdote, *que yo merezca llevar este Manípulo de lágrimas, y de dolor, á fin de que reciba con alegría la recompensa de mis trabajos.* Si los trabajos Apostólicos fuesen los que se prescribiesen solo al hombre, ó si la recompensa se prometiese solo á este género de trabajos, esta oracion tan propia para animar el zelo de los Sacerdotes del Señor, no presentaria ningun motivo de emulacion y de confianza para los demas fieles; pero desde que se promulgó la ley general contra todos los hijos de Adán, quedáron vinculados en ellos el trabajo y el dolor. Todos pues estan obligados á llevar este yugo; pero todos tambien desde que Jesu Cristo le suavizó con sus tormentos pueden prometerse la uncion, y la gracia que se requiere para llevarle con paciencia. Por esto el Sacerdote pide como una gracia lo que ha sido impuesto al hombre como una penitencia; y así no dice:

Señor, que yo lleve, ó sea capaz de llevar, sino que sea digno de llevar este Manípulo de lágrimas y de dolor; es decir, que no sea del número de esos réprobos, que como dice el Profeta estan dispensados por un fatal privilegio de la pena, y del trabajo impuesto á los demas hombres, sino que sea por el contrario del pequeño número de aquellos que Jesu Cristo ha asociado para llevar su cruz, para llorar con él, y para trabajar á su imitacion en la obra de su Padre. Cristianos, !ó qué dichosos si fueseis dignos de esta eleccion! Entónces diré que se ha colmado mi felicidad, porque en efecto no siembro sin esperanza de recoger, ni trabajo sin la esperanza del salario; y esta será la recompensa mas completa de mis fatigas. Pudiera añadir á estas reflexiones sólidas todo quanto han dicho los Padres y Autores piadosos de este adorno, y de sus antiguos usos; pero en obsequio de la brevedad diré solo que en los primeros siglos servia para consolar á los Ministros quando estaban fatigados de los trabajos de su ministerio: que ahora nos representa la gracia de Jesu Cristo que siempre está

en la mano del que la pide con humildad para servirse de ella contra las tentaciones que le fatigan, y que verdaderamente es este Manipulo el que enxugua, no el sudor de nuestra frente, no las manchas de nuestro cuerpo, sino las manchas de nuestro corazón: en fin diré que todo Cristiano debe revestirse de él, por la oración, servirse de él con fidelidad, y conservarle con vigilancia.

El origen de la Estola nos suministra sin duda reflexiones mucho mas extensas si consideramos que desde el siglo VI. habia consagrado ya la Iglesia este adorno para uso de sus primeros Ministros: y que por tanto estaba prohibido á todos los demas el uso de él, siendo como una señal distintiva de su autoridad; pero por la explicacion de la oracion que dice el Sacerdote podrán deducirse conseqüencias mucho mas instructivas *Restituidme. Señor, la vestidura de la inmortalidad, que he perdido por el pecado de nuestro primer Padre, y aunque soy indigno de celebrar tan gran misterio, haced que yo merezca la vida eterna.* En esta oracion trae el Ministro á la memoria su

primera y sus continuos pecados, sirviéndose de esta confesion para mover la misericordia de su Dios, que siempre toma parte en nuestras miserias quando se le representan con humildad. En efecto la Iglesia quiere inspirarnos esta virtud como absolutamente necesaria para conseguir la gracia, y darnos á entender que á pesar de toda nuestra preparacion todavia no seriamos dignos de participar de tan santos misterios si Jesu Cristo no se dignase dispensar nos su misericordia. ¿Quién de nosotros se tendria por digno de acercarse al tremendo Sacrificio? La Iglesia no habla sin embargo de esa falta de dignidad, que consiste en una adhesion voluntaria al pecado, y mucho ménos de aquella que proviene del pecado mismo: habla solamente de una indignidad conocida, y reparada segun sea posible con gemidos del corazón, expiada por la penitencia, y por el medio de una perfecta reconciliacion. Pero esta oracion bien entendida y meditada? no es las mas propia para excitar en nuestros corazones el respeto y la confianza, que deben ir siempre con nosotros al Altar? En efecto, si los Angeles

no tienen toda la pureza necesaria á los ojos del Santo de los Santos, una criatura ménos perfecta y mas frágil, ¿no debe llenarse del respeto mas profundo conociendo su miseria? ¿No debe excitar su confianza quando Jesu Cristo no se desdeña de comunicarse á nosotros para ser el apoyo de nuestra debilidad, y en alguna manera el antidoto y el preservativo de nuestra corrupcion? Los fieles todos deben penetrarse de estos sentimientos, y seguir constantemente al Sacerdote en el espíritu de estas diferentes oraciones, revistiéndose después de la Casulla; es decir, del manto de la caridad que cubre perfectamente á los ojos de Dios la muchedumbre de nuestros pecados.

Esta vestidura destinada singularmente á los Sacerdotes hace nuevecientos años que está marcada con una cruz, y por tanto la Iglesia en la oracion que dice el Ministro, la mira como la figura del yugo de Jesu Cristo. *Senor, que habeis dicho que vuestro yugo es suave y vuestra carga ligera, haced que yo lleve la que ahora me imponeis de manera que merezca vuestra gracia.* En esta oracion nos quiere de-

signar el Sacerdote las cruces espirituales, las aflicciones diarias, y las contradicciones perpetuas que nos impone la condicion de nuestra naturaleza; por lo qual quando nos presentamos delante del Altar, debemos considerar todos estos trabajos, y decir á Dios. Vos habeis dicho que vuestro yugo es suave; pero la naturaleza me dice que es duro y penoso: Vos habeis prometido aligerar la carga de todos los que son vuestros; pero mi poca fe casi me hace caer baxo el peso de los trabajos con que me afligis. Haced pues que yo los lleve en adelante con toda sumision para probaros mi confianza y merecer vuestra gracia.

Esta oracion, y todas las demas que se han dicho ántes de ella, se recitan comunmente solo por el Sacerdote; pero quizá seria muy útil que cada fiel, quando se lo permitan sus circunstancias y ocupaciones, se impusiese la obligacion de dirigirla á Dios con toda humildad: nada seria mas propio que esto para animar su fe, y para convencerle que en la Iglesia qualquiera práctica y ceremonia, por pequeña que sea, presenta á los fieles las mas

santas y útiles reflexiones. Así el que esta animado de la caridad penetra perfectamente todo el misterio: en las vestiduras de los Ministros ve la instrucción de las diferentes virtudes que deben adornar á un Cristiano: en las velas encendidas ve la imágen de aquellos tiempos de obscuridad, y de persecucion en que la Iglesia ocultaba en cavernas oscuras, y en lugares subterráneos el adorable Sacramento del Altar: en la diversidad de colores de las vestiduras que la Iglesia ha establecido, segun las diferentes solemnidades, reconoce la variedad de atractivos celestiales que hacen á la esposa tan hermosa á los ojos de su Divino Esposo: tambien reconoce la virtud propia del Santo, cuya memoria se celebra; la blancura de las Vírgenes; el ardor y el valor de los Mártires; la santa austeridad de los penitentes; el trabajo y la fecundidad de los Pontífices, y aun la tristeza y las lagrimas que nos convida la fe á derramar sobre el sepulcro de nuestros hermanos en el lúgubre aparato con que se presentan sus Ministros en los dias destinados á celebrar sus exequias. La graduacion de las solemnidades, los dis-

ferentes usos que observa la Iglesia, las oraciones que reza, y las instrucciones que dá, todo merece la atencion de un Cristiano, y todo sirve para alimentar su piedad. Si fuese posible detenerse en cada una de estas prácticas, impondriamos silencio quizá á una infinidad de espíritus llamados fuertes acostumbrados á blasfemar lo que no conocen, á criticar lo que no adoptan, y á desechar lo que no creen. No seria tampoco difícil probarles que la Iglesia siempre sabia, constante siempre en sus principios, camina con un paso igual, pero firme, y que su espíritu es muy diferente del espíritu de incredulidad, que no tiene cosa fija, ni sólida; que se vuelve á todo viento de doctrina; y que muda sistemas como pensamientos: ella practica ahora lo que practicó en los primeros tiempos: se gobierna por el mismo espíritu, y encuentra en él las mismas ventajas; y si á la vista de algunas variaciones que ha hecho en su culto quisiesen los libertinos acusarla de inconstancia, yo probaria que los circunstancias y los tiempos pueden hacerla variar en sus ce-

remonias; pero que es invariable en su espíritu.

Nosotros, hermanos míos, como hijos dóciles de la Iglesia, respetemos todas sus prácticas, observemos lo que nos propone, aprovechemonos de todo lo que nos ofrece, y esperemos lo que nos promete. Que la humildad nos prepare para ofrecer con ella el Sacrificio: que la penitencia nos una: que la caridad nos ofrezca con la víctima: que la vigilancia nos conserve sus frutos, y que la perseverancia nos asegure el mérito y la recompensa en los siglos de los siglos. Así sea.

ORDINARIO

DE LA

SANTA MISA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

71 *Instruc. II sobre las dispos.*

remonias; pero que es invariable en su espíritu.

Nosotros, hermanos míos, como hijos dóciles de la Iglesia, respetemos todas sus prácticas, observemos lo que nos propone, aprovechemonos de todo lo que nos ofrece, y esperemos lo que nos promete. Que la humildad nos prepare para ofrecer con ella el Sacrificio: que la penitencia nos una: que la caridad nos ofrezca con la víctima: que la vigilancia nos conserve sus frutos, y que la perseverancia nos asegure el mérito y la recompensa en los siglos de los siglos. Así sea.

ORDINARIO

DE LA

SANTA MISA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SANCTA MISSA.

Puesto el Sacerdote al pie del Altar, y hecha la debida reverencia, se santigua, y dice en voz clara:

In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen.

Juntando despues las manos empieza la Antífona, alternando con los Ministros.

Sac. Introibo ad Altare Dei.

Min. Ad Deum, qui lætificat juventutem meam.

S. Júdica me, Deus, et discérne causam meam de gente non sancta: ab homine iniquo et doloso érue me.

M. Quia tu es, Deus, fortitudo mea: quare me repulisti? et quare tristis incedo, dum affligit me inimicus?

LA SANTA MISA.

Puesto el Sacerdote al pie del Altar, y hecha la debida reverencia, se santigua, y dice en voz clara:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espiritu Santo. Así sea.

Juntando despues las manos empieza la Antífona, alternando con los Ministros.

Sac. Entraré al Altar de Dios.

Min. A Dios, que. alegra mi juventud.

S. Júzgame, Dios, y discierne mi causa de la gente no santa: del hombre iniquo y engañoso librame.

M. Por quanto tú, Dios mio, eres mi fortaleza, ¿por qué me apartaste de tí? ¿y por qué me entristezco quando el enemigo me aflige y me persigue?

S. Emitte lucem tuam, et veritatem tuam: ipsa me deduxerunt, et adduxerunt in montem sanctum tuum, et in tabernacula tua.

M. Et introibo ad Altare Dei, ad Deum qui lætificat juventutem meam.

S. Confitebor tibi in cithara, Deus, Deus meus: quare tristis es anima mea? et quare conturbas me?

M. Spera in Deo, quoniam adhuc confitebor illi salutare vultus mei, et Deus meus.

S. Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto.

M. Sicut erat in principio, et nunc, et semper, et in sæcula sæculorum. Amen.

S. Introibo ad Altare Dei.

M. Ad Deum, qui lætificat juventutem meam.

S. Envia tu luz y tu verdad: ellas me conduxeron y me llevaron á tu santo monte y á tus tabernáculos.

M. Y entraré al Altar de Dios, á Dios, que alegría mi juventud.

S. Cantaré tus alabanzas con la cítara, ó Dios, ó Dios mio: ¿ por qué estas triste, alma mia? ¿ por qué me inquietas?

M. Espera en Dios, porque aun le confesaré: como que él es la salvacion de mi rostro, y mi Dios.

S. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

M. Como era en el principio, así ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Así sea.

S. Entraré al Altar de Dios.

M. A Dios, que alegría mi juventud.

Se santigua el Sacerdote, diciendo :

S. Adjutorium nostrum in nomine Domini.

M. Qui fecit cælum et terram.

Juntando ahora las manos hace profundamente inclinado la Confesion general.

Nota. En las Misas de difuntos, y en las que se dicen desde la Dominica de Pasion hasta el Sábado Santo exclusive, se omite el Salmo *Júdica me Deus*, con el *Gloria Patri*, y la repeticion de la Antífona.

S. Confiteor Deo omnipotenti, beatæ Mariæ semper Virgini, beato Michaéli Archángelo, beato Joanni Baptistæ, Sanctis Apóstolis Petro et Paulo, omnibus Sanctis, et vobis, Fratres (et tibi Pater:) quia

Se santigua el Sacerdote, diciendo :

S. Nuestro auxilio está en el nombre del Señor.

M. Que hizo el cielo y la tierra.

Juntando ahora las manos, hace profundamente inclinado la Confesion general.

Nota. En las Misas de difuntos, y en las que se dicen desde la Dominica de Pasion hasta el Sábado Santo exclusive, se omite el Salmo *Júdica me Deus*, con el *Gloria Patri*, y la Repeticion de la Antífona.

S. Yo me confieso á Dios Todopoderoso, á la bienaventurada siempre Virgen Maria, al bienaventurado San Miguel Archangel, al bienaventurado San Juan Bautista, á los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, á todos los Santos, y á

*peccavi nimis cogitatione, verbo,
et opere, mea culpa, mea culpa, mea
máxima culpa. Ideo precor beatam
Mariam, semper Virginem, beatum
Michaellem Archangelum, beatum
Joánnem Baptistam, Sanctos Apos-
tolos Petrum et Paulum, omnes
Sanctos; et vos fratres (et te Pater)
orare pro me ad Dóminum Deum
nostrum.*

*M. Misereatur tui omnipotens
Deus, et dimissis peccatis tuis,
perducát te ad vitam ætérnam.
S. Amen.*

vosotros, Hermanos (*dice el Sacer-
dote,*) y á vos Padre (*dicen los
Ministros;*) que he pecado grave-
mente con el pensamiento, palabra y
obra, por mi culpa, por mi culpa,
por mi gravísima culpa. (*Al pro-
nunciar estas palabras se dan el
Sacerdote y el Ministro respecti-
vamente tres golpes de pechos.*)
Por tanto ruego á la bienaventu-
rada siempre Virgen Maria, al bie-
naventurado San Miguel Arcan-
gel, al bienaventurado San Juan
Bautista, á los Santos Apóstoles
Pedro y Pablo, á todos los Santos,
y á vosotros Hermanos (*dice el Sa-
cerdote,*) y á vos Padre (*dicen los
Ministros,*) que rogueis por mí al
Señor Dios nuestro.

*M. Tenga misericordia de ti
el Dios Todopoderoso, y perdona-
dos tus pecados te lleve á la vida
eterna.*

S. Así sea.

Despues que el Sacerdote acaba la confesion, la repiten los Ministros, y concluida, dice el Sacerdote :

S. Misereatur vestri omnipotens Deus, et dimissis peccatis vestris, perducatur vos ad vitam æternam.

M. Amen.

Ahora se santigua, diciendo :

S. Indulgentiam, absolutionem et remissionem peccatorum tribuat nobis omnipotens et misericors Dominus.

M. Amen.

S. Deus, tu conversus vivificabis nos.

M. Et plebs tua lætabitur in te.

S. Ostende nobis, Domine, misericordiam tuam.

M. Et salutare tuum da nobis.

S. Domine exaudi orationem meam.

Despues que el Sacerdote acaba la confesion, la repiten los Ministros, y concluida, dice el Sacerdote :

S. Tenga misericordia de vosotros el Dios Todopoderoso, y perdonados vuestros pecados os lleve á la vida eterna.

M. Así sea.

Ahora se santigua, diciendo :

S. El Señor Todopoderoso y misericordioso nos conceda indulgencia, absolucion y perdon de nuestros pecados.

M. Así sea.

S. Si nos miras, Dios mio, nos darás vida nueva.

M. Y tu pueblo se alegrará en ti.

S. Muéstranos, Señor, tu misericordia.

M. Y danos tu Salvador.

S. Señor, oye mi oracion.

M. Et clamor meus ad te veniat.

S. Dóminum vobiscum.

M. Et cum spiritu tuo.

Subiendo el Sacerdote al Altar, dice:

OREMUS.

Aufer á nobis, quæsumus Dómine, iniquitates nostras, ut ad Sancta Sanctorum puris mereamur méntibus introire. Per Christum Dóminum nostrum. Amen.

Juntas las manos sobre el Altar, y besándole despues, prosigue:

Oramus te, Dómine per mérita Sanctorum tuorum, quorum reliquix hic sunt, et omnium Sanctorum, ut indulgere digneris omnia peccáta mea. Amen.

M. Y llegue mi clamor á ti.

S. El Señor sea con vosotros.

M. Y con tu espíritu.

Subiendo el Sacerdote al Altar, dice:

OREMOS.

Aparta, Señor, de nosotros, como te lo suplicamos, nuestros pecados, para que merezcamos entrar en el Santuario con pureza de corazón. Por Cristo Señor nuestro. Así sea.

Juntas las manos sobre el Altar, y besándole despues, prosigue:

Suplicámoste, Señor, por los méritos de tus Santos, cuyas reliquias están aquí, y de todos los demas que te dignes perdonarme todos mis pecados. Así sea.

Despues se santigua, y leído el Introito del
dia, dice :

S. Kyrie eleïson.

M. Kyrie eleïson.

S. Kyrie eleïson.

M. Christe eleïson.

S. Christe eleïson.

M. Christe eleïson.

S. Kyrie eleïson.

M. Kyrie eleïson.

S. Kyrie eleïson.

Vuelve al medio del Altar, y dice:

*S. Gloria in excelsis Deo, et in
terra pax hominibus bonæ volunta*

Despues se santigua, y leído el Introito del
dia, dice :

*S. Señor, ten piedad de noso-
tros.*

*M. Señor, ten piedad de noso-
tros.*

*S. Señor, ten piedad de noso-
tros.*

*M. Cristo, ten piedad de noso-
tros.*

*S. Cristo, ten piedad de noso-
tros.*

*M. Cristo, ten piedad de noso-
tros.*

*S. Señor, ten piedad de noso-
tros.*

*M. Señor, ten piedad de noso-
tros.*

*S. Señor, ten piedad de noso-
tros.*

Vuelve al medio del Altar, y dice :

*S. Gloria á Dios en las alturas,
y paz en la tierra á los hombres de*

tatis. *Laudamus te, benedicimus te, adoramus te, glorificamus te. Grátias ágimus tibi, propter magnam glóriam tuam. Domine Deus, Rex cælestis, Deus Pater, Omnípotens. Dómine, Fílii unigente, Jesu Christe. Dómine Deus, Agnus Dei, Fílius Patris. Qui tollis peccata mundi, miserere nobis. Qui tollis peccata mundo, súscipe deprecationem nostram. Qui sedes ad dexteram Patris, miserere nobis. Quóniam tu solus Sanctus, tu solus Dominus, tu solus Altíssimus Jesu Christe cum Sancto Spírítu, in gloria Dei Patris. Amen.*

Volviéndose el Sacerdote al Pueblo, dice:

S. Dominus vobiscum.

M. Et cum spírítu tuo.

buena voluntad. Alabámoste, bendecímoste, adorámoste, glorificámoste. Gracias te damos por tu grande gloria. Señor Dios, Rey del cielo, Dios Padre omnipotente. Señor, Hijo Unigénito, Jesu Cristo. Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre. Tú que quitas los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros. Tú que quitas los pecados del mundo, admite nuestra súplica. Tú que estás sentado á la diestra del Padre, ten misericordia de nosotros. Porque tú solo eres Santo, tú solo Señor, tú solo Altísimo, Jesu Cristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Así sea.

Volviéndose el Sacerdote al Pueblo, dice:

S. El Señor sea con vosotros.

M. Y con tu espíritu.

Leida la Colecta, la Epístola y el Gradual, va al medio del Altar, y dice:

S. Munda cor meum ac labia mea omnipotens Deus, qui labia Isaiā Prophetæ cálculo mundásti ignito: ita me tua grata miseratione dignare mundare, ut Sanctum Evangelium tuum digne váleam nuntiare. Per Christum Dóminum nostrum. Amen.

Jube, Domine, benedicere. Dóminus sit in corde meo et in líbuis meis, ut digne et competenter annúntiem Evangelium suum.

Esta oracion es para las Misas privadas, pero en las solemnes dice el Diácono: Dame tu bendicion, y el Preste responde: el Señor esté en tu corazon, y en tus labios para que anuncies digna y competentemente su Evangelio. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo Responde el Diacono. Así sea.

Leida la Colecta, la Epístola y el Gradual, va al medio del Altar, y dice:

S. Purifica mi corazon y mis labios, ó Dios Todo-poderoso, y así como purificaste los labios del Profeta Isaías con un carbon encendido; dignate tambien, por tu graciosa misericordia, purificarme, para que pueda anunciar dignamente tu Santo Evangelio. Por Cristo Señor nuestro. Así sea.

Señor, dame tu bendicion. El Señor esté en mi corazon, y en mis labios para que anuncie su Evangelio dignamente, y como se debe.

Esta oracion es para las Misas privadas, pero en las solemnes dice el Diácono: Dame tu bendicion, y el Preste responde: el Señor esté en tu corazon, y en tus labios para que anuncies digna y competentemente su Evangelio. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Responde el Diácono. Así sea.

Antes de leer el Evangelio, vuelve á decir el Sacerdote :

S. Dominus vobiscum.

M. Et cum spírítu tuo.

S. Sequentia, vel inítium, Sancti Evangelii secúndum N.

M. Gloria tibi Dómine.

Acabado el Evangelio, responden los Ministros.

M. Laus tibi Christe.

Besando despues el Sacerdote el Evangelio, dice :

S. Per Evangelica dicta deleántur nostra delicta.

Puesto luego en el medio del Altar, dice el Credo.

S. Credo in unum Deum Patrem omnipotentem, factorem cæli et terræ, visibílium ómnium, et invisibílium. Et in unum Dominum

Antes de leer el Evangelio vuelve á decir el Sacerdote.

S. El Señor sea con vosotros.

M. Y con tu espíritu.

S. Continuacion, o principio del santo Evangelio segun san N.

M. Gloria te sea dada, Señor.

Acabado el Evangelio, responden los Ministros.

M. Alabado seas, Jesu Cristo.

Besando despues el Sacerdote el Evangelio, dice :

S. Por las palabras del Evangelio sean borrados nuestros pecados.

Puesto luego en el medio del Altar, dice el Credo.

S. Creo en un solo Dios Padre Todo-poderoso, Criador del cielo y de la tierra, y de todas las cosas visibles é invisibles. Y en un solo

Jesum Christum, Filium Dei unigenitum: et ex Patre natum ante omnia sæcula, Deum de Deo, lumen de lumine, Deum verum de Deo vero, genitum, non factum, consubstantiallem Patri, per quem omnia facta sunt. Qui propter nos homines, et propter nostram salutem descendit de cælis: ET INCARNATUS EST DE SPIRITU SANCTO EX MARIA VIRGINE, ET HOMO FACTUS EST. Crucifixus etiam pro nobis sub Póntio Pilato, passus et sepultus est. Et resurrexit tertia die secundum Scripturas. Et ascendit in cælum, sedet ad dexteram Patris. Et iterum venturus est cum gloria, iudicare vivos, et mórtuos, cujus regni non erit finis. Et in Spiritum Sanctum, Dóminum et vivificantem: Qui ex Patre Filioque procedit: Qui cum Patre et Filio simul adoratur: Qui locutus est per Prophetas. Et unam, Sanctam, Cathólicam et Apostólicam Ecclé-

Señor Jesu Cristo, Hijo unigénito de Dios, y nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no hecho, consubstancial al Padre, por quien fueron hechas todas las cosas. El qual por nosotros los hombres, y por nuestra salvacion, baxó de los cielos: Y TOMÓ CARNE DE LA VIRGEN MARIA POR EL ESPIRITU SANTO, Y SE HIZO HOMBRE. Fué tambien por nosotros crucificado baxo el poder de Poncio Pilato, padeció y fué sepultado. Y resucitó al tercero dia segun las Escrituras. Y subió al cielo, y está sentado á la diestra del Padre. Y vendrá segunda vez lleno de gloria á juzgar los vivos y los muertos, cuyo Reyno no tendrá fin. Creo en el Espíritu Santo, Señor y vivificador, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo es juntamente adorado y glori-

siam. Confiteor unum Baptisma in remissionem peccatorum. Et exspecto resurrectionem mortuorum, et vitam venturi sæculi. Amen.

Acabado el Credo besa el Sacerdote el Altar, y se vuelve al Pueblo, diciendo:

*S. Dominus vobiscum.
M. Et cum spiritu tuo.*

Leído el Ofertorio, toma la patena, y ofreciendo la Hostia que se ha de consagrar, dice:

S. Súscipe, Sancte Pater, omnipotens æterne Deus, hanc immaculatam hostiam, quam ego indignus famulus tuus offero tibi Deo meo vivo et vero, pro innumerabilibus peccatis, et offensionibus, et negligentis meis, et pro omnibus circumstantibus; sed

ficado: que habló por los Profetas. Creo la Iglesia, una, Santa, Católica y Apostólica. Confieso un Bautismo para perdón de los pecados. Y espero la resurrección de los muertos, y la vida del siglo venidero. (*) Así sea.

Acabado el Credo besa el Sacerdote el Altar, y se vuelve al Pueblo, diciendo:

*S. El Señor sea con vosotros.
M. Y con tu espíritu.*

Leído el Ofertorio, toma la patena y ofreciendo la Hostia que se ha de consagrar, dice:

S. Recibe, ó Santo Padre, Dios omnipotente y eterno, esta Hostia sin mancha, que yo tu siervo indigno te ofrezco á tí, Dios mio vivo y verdadero, por mis innumerables pecados, y ofensas y descuidos, y por todos los que presentes están;

(*) *La vida eterna.*

et pro omnibus fidelibus Christianis, vivis atque defunctis; ut mihi et illis proficiat ad salutem in vitam æternam. Amen.

Despues de esta oracion se santigua con la patena: coloca la Hostia sobre el corporal y tomando el Cáliz, echa vino en él, y bendice el agua, que mezcla con el vino, diciendo:

S. Deus, qui humanæ substantiæ dignitatem mirabiliter condidisti, et mirabilius reformasti: da nobis per hujus aquæ et vini mysterium ejus divinitatis esse consortes, qui humanitatis nostræ fieri dignatus est particeps, Jesus Christus, Filius tuus Dominus noster: qui tecum vivit et regnat in unitate Spiritus Sancti Deus, per omnia sæcula sæculorum.— Amen.

y tambien por todos los fieles Cristianos vivos y difuntos; para que á mí y á ellos nos aproveche para la salvacion en la vida eterna. Así sea.

Despues de esta oracion se santigua con la patena: coloca la Hostia sobre el corporal, y tomando el Cáliz, echa vino en él, y bendice el agua, que mezcla con el vino, diciendo:

S. O Dios, que por un efecto admirable de tu poder, creaste al hombre en dignidad excelente, y que por una maravilla todavía mayor le redimiste: concédenos, que por el misterio que contiene esta mezcla de agua y vino, participemos de la divinidad de Jesu-Cristo tu Hijo y Señor nuestro, que se dignó hacerse partícipe de nuestra humanidad; el qual siendo Dios, vive, y reyna contigo en unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Así sea.

Tomandō luego el Cáliz, lo ofrece, y dice:

Offerimus tibi, Dómine, cálicem salutaris, tuam deprecantes cleméntiam, ut in conspéctu Divinæ Majestatis tuæ pro nostra et totius mundi salute cum odore suavitatis ascéndat. Amen.

Concluida esta oracion, hace la señal de la cruz con el Cáliz, y juntas las manos sobre el Altar, dice :

In spíritu humilitatis, et in ánimo contrito suscipiamur á te Dómine: et sic fiat sacrificium nostrum in conspéctu tuo hódie, ut pláceat tibi, Dómine Deus.

Extendiendo las manos, y levantando los ojos al cielo, dice :

Veni, Sanctificator omnípotens ætérne Deus, et benedic hoc sacrificium tuo sancto nomini præparatum.

Tomando luego el Cáliz, lo ofrece, y dice :

Ofrecémoste, Señor, el cáliz saludable, implorando tu clemencia, para que como olor de suavidad suba á tu Divina Magestad para nuestra salud, y la de todo el mundo. Así sea.

Concluida esta oracion, hace la señal de la cruz con el Cáliz, y juntas las manos sobre el Altar, dice :

Seamos, Señor, recibidos por ti con espíritu de humildad y corazón contrito: y nuestro sacrificio sea hecho hoy en tu presencia de tal manera, que merezca agradarte, ó Señor Dios.

Extendiendo las manos, y levantando los ojos al cielo, dice :

Ven, ó Sanctificador, Dios Todopoderoso y eterno, y bendice este Sacrificio preparado á tu santo nombre.

Despues va á el lado derecho del Altar, y se lava los dedos, diciendo :

Lavabo inter innocentes manus meas: et circúndabo Altare tuum, Dómine :

Ut áudiam vocem laudis, et enárem univérſa mirabília tua.

Dómine diléxi decorem domus tuæ, et locum habitationis gloriæ tuæ.

No perdas cum impius Deus ánimam meam, et cum viris sánguinum vitam meam :

In quorum mánibus iniquitátes sunt : dextera eorum repleta est munéribus.

Ego autem in innocéntia mea ingræssus sum : redime me, et miserere mei.

Pes meus stetit in directo : in Ecclesiis benedicam te, Dómine.

Gloria Patri, et Filio, et Spíritui Sancto.

Despues va al lado derecho del Altar, y se lava los dedos, diciendo :

Lavaré mis manos entre los inocentes : y estaré, Señor, al rededor de tu altar :

Para oír la voz de la alabanza, y contar todas tus maravillas.

Señor, he amado la hermosura de tu casa, y el lugar de la morada de tu gloria.

No pierdas, ó Dios, mi alma con los impíos, y mi vida con los hombres sanguinarios :

En cuyas manos hay iniquidades : la derecha de ellos está colmada de regalos.

Mas yo he caminado en mi inocencia : redímeme, y ten misericordia de mí.

Mi pie ha estado en lo derecho : en las Iglesias te bendeciré, ó Señor.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritú Santo.

*Sicut erat in principio, et nunc,
et semper, et in sæcula sæculorum.
Amen.*

Vuelve el Sacerdote al medio del Altar, levanta y baxa los ojos, y junta las manos sobre él, é inclinando algo el cuerpo, dice :

*Suscipe Sancta Trinitas, hanc oblationem quam tibi offerimus ob memoriam Passionis, et Resurrectionis, et Ascensionis Domini nostri Jesu-Christi, et in honorem beatæ Mariæ semper Virginis, et beatæ Joannis Baptistæ, et Sanctorum Apostolorum Petri et Pauli, et istorum, et omnium Sanctorum, ut illis proficiat ad honorem, nobis autem ad salutem: et illi pro nobis intercedere dignentur in cælis, quorum memoriam agimus in terris. Per eundem Christum Dominum nostrum.
Amen.*

Como era en el principio, así ahora, y siempre, y en los siglos de los siglos. Así sea.

Vuelve el Sacerdote al medio del Altar, levanta y baxa los ojos, y junto las manos sobre él, é inclinando algo el cuerpo, dice :

Recibe, ó Santa Trinidad, esta ofrenda que te presentamos en memoria de la Pasion, de la Resurreccion, y de la Ascension de nuestro Señor Jesu Cristo, y á honra de la bienaventurada siempre Virgen Maria, y del bienaventurado San Juan Bautista, y de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, y de estos Santos, y de todos los demas, para que á ellos les sirva de honor, y á nosotros de salvacion: y estos Santos, cuya memoria veneramos en la tierra, se dignen ser intercesores nuestros en los cielos. Por el mismo Cristo Señor nuestro. Así sea.

Acabada esta oracion besa otra vez el Altar, y volviéndose al Pueblo, dice:

S. Orate fratres, ut meum ac vestrum Sacrificium acceptabile fiat apud Deum Patrem omnipotentem.

El Ministro, ó el Pueblo, responden:

M. Suscipiat Dominus Sacrificium de manibus tuis ad laudem et gloriam nominis sui, ad utilitatem quoque nostram, totiúsque Ecclesiæ suæ sanctæ.

S. Amen.

Luego reza el Sacerdote la oracion secreta, y al fin de ella dice:

S. Per ómnia sæcula sæculórum.

M. Amen.

S. Dominus vobiscum.

M. Et cum spíritu tuo.

S. Sursúm corda.

Acabada esta oracion besa otra vez el Altar, y volviéndose al Pueblo, dice:

S. Orad, hermanos, para que este Sacrificio mio y vuestro sea agradable á Dios Padre Todopoderoso.

El Ministro, ó el Pueblo, responden:

M. Reciba el Señor de tus manos este Sacrificio, para alabanza y gloria de su nombre, y tambien para nuestra propia utilidad, y la de toda su Iglesia santa.

S. Así sea.

Luego reza el Sacerdote la oracion secreta, y al fin de ella dice:

S. Por todos los siglos de los siglos.

M. Así sea.

S. El Señor sea con vosotros.

M. Y con tu espíritu.

S. Elevad vuestros corazones.

M. Habemus ad Dóminum.

S. Grátias agamus Dómino Deo nostro.

M. Dignum et justum est.

El Prefacio siguiente no solo es para las Dominicas, Férias y festividades que no lo tienen propio, sino para las Misas de difuntos, y por esto se llama

PREFACIO COMUN.

S. Vere dignum et justum est, æquum et salutare, nos tibi semper, et ubique grátias ágere, Domine Sancte, Pater omnipotens, ætérne Deus; per Christum Dóminum nostrum. Per quem Majestatem tuam láudant Angeli, adorant Dominaciónes, tremunt Potestátes: cæli, cælorúmque virtutes, ac beata Séraphim sócia exultatione concelebrant. Cum quibus et nostras voces ut admitti jubeas deprecamur, supplici confessione dicentes.

M. Ya los tenemos elevados al Señor.

S. Demos gracias al Señor Dios nuestro.

M. Digno y justo es.

El Prefacio siguiente no solo es para las Dominicas, Férias y festividades que no lo tienen propio, sino para las Misas de difuntos, y por esto se llama prefacio comun.

S. En verdad es digno y justo, equitativo y saludable, el que te demos gracias en todo tiempo y lugar, ó Señor Santo, Padre omnipotente, eterno Dios, por Cristo Señor nuestro: por el qual alaban á tu Magestad los Angeles, la adoran las Dominaciones, tiemblan ante ella las Potestades: los cielos y las virtudes de los cielos, y los bienaventurados Serafines la celebran con mutua alegría. Y nosotros te supplicamos que recibas nuestras voces, que mezcladas con las suyas, te dicen con humilde confesion:

TOM. I.—K

Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus, Sabaoth. Pleni sunt caeli, et terra gloria tua. Hosanna in excelsis. Benedictus qui venit in nomine Domini. Hosanna in excelsis.

PREFACIOS PROPIOS.

Desde el día de Natividad hasta la Epifanía, y en las Misas de la Purificación, Transfiguración y del Santísimo Sacramento se dice el Prefacio siguiente :

S. Veré dignum et justum est, æquum et salutare, nos tibi semper et ubique grátias ágere, Domine Sancte, Pater omnipotens, æterne Deus: quia per incarnáti Verbi mystérium, nova mentis nostræ oculis lux tuæ claritatis infulsit: ut dum visibíliter Deum cognoscimus per hunc in invisibílium amorem rapia-

Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios de los Exércitos. Los cielos y la tierra están llenos de tu gloria. Hosanna en las alturas. Bendito sea el que viene en nombre del Señor. Hosanna en las alturas.

PREFACIOS PROPIOS.

Desde el día de Natividad hasta la Epifanía, y en las Misas de la Purificación, Transfiguración y del Santísimo Sacramento se dice el Prefacio siguiente :

S. En verdad es digno y justo, equitativo y saludable, el que te demos gracias en todo tiempo y lugar, ó Señor Santo, Padre omnipotente, eterno Dios, porque por el misterio de la Encarnación del Verbo se ha manifestado á los ojos de nuestra alma un nuevo resplandor de tu gloria, para que conoci-

mur. Et ideo cum Angelis, et Archangelis, cum Thronis et Dominationibus; cumque omni militia celestis exercitus, hymnum glorie tue canimus, sine fine dicentes.

Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus, Deus, Sabaoth. Pleni sunt caeli, et terra gloria tua. Hosanna in excelsis. Benedictus qui venit in nomine Domini. Hosanna in excelsis.

Prefacio para la Misa de la Epifanía, y su octava.

S. Vere dignum et justum est, æquum et salutare, nos tibi semper et ubique grátias agere, Domine Sancte, Pater omnipotens, ætérne Deus: quia cum unigénitus tuus in substántia nostræ mortalitatis apparuit, nova nos immor-

endo á Dios en una forma visible, seamos atraídos por él al amor de las cosas invisibles. Por tanto cantamos el himno de tu gloria con los Angeles, y los Arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, y con toda la militia celestial, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios de los Exércitos. Los cielos y la tierra están llenos de tu gloria Hosanna en las alturas. Bendito sea el que viene en nombre del Señor. Hosanna en las alturas.

Prefacio para la Misa de la Epifanía, y su octava.

S. En verdad es digno y justo, equitativo y saludable, el que te demos gracias en todo tiempo y lugar. Ó Señor Santo, Padre omnipotente, eterno Dios: porque tu unigénito Hijo, dexándose ver revestido de nuestra carne mortal, nos res-

talitatis suæ luce reparavit. Et ideo cùm Angelis et Archàngelis, cum Thronis et Dominationibus, cumque omni militiâ cælestis exercitus, hymnum glóriæ tuæ cànimus sine fine dicénes.

Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus, Deus, Sabaoth. Pleni sunt cæli, et terra glória tua. Hosanna in excelsis. Benedictus qui venit in nómine Dómini. Hosanna in excelsis.

Prefacio que se dice toda la Quaresma hasta el Domingo de Pasion.

S. Veré dignum et justum est, æquum et salutare, nos tibi semper et ubique grátias ágere, Domine Sancte, Pater omnipotens, æterne Deus: qui corporali jejunió vítiâ comprimis, mentem elevas, virtútem largiris et præ-

tableció en el derecho de participar un dia de la luz de su inmortalidad. Por tanto cantamos el himno de tu gloria con los Angeles, y los Arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, y con toda la milicia celestial, diciendo sin cesar :

Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios de los Exércitos. Los cielos y la tierra están llenos de tu gloria. Hosanna en las alturas. Bendito sea el que viene en nombre del Señor. Hosanna en las alturas.

Prefacio que se dice toda la Quaresma hasta el Domingo de Pasion.

S. En verdad es digno y justo, equitativo y salutable, el que te demos gracias en todo tiempo y lugar, ó Señor Santo, Padre omnipotente, eterno Dios: porque por medio del ayuno reprimes nuestros vicios, elevas nuestro entendimien-

mia: per Christum Dóminum nostrum. Per quem Majestatem tuam laudant Angeli, adorant Dominatiónes, tremunt Potestátes: cæli cælorúmque virtutes, ac beata Seraphim, sociâ exultatione concelebrant. Cum quibus et nostras voces, ut admitti jubeas deprecamur; supplici confessione dicentes.

Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dóminus, Deus, Sábbaoth. Pleni sunt cæli, et terra glória tua. Hosanna in excelsis. Benedictus qui venit in nómine Dómini. Hosanna in excelsis.

to, nos das fortaleza para vencer al mundo, y nos concedes despues las recompensas eternas, por Cristo Señor nuestro; por el qual alaban á tu Magestad los Angeles, la adoran las Dominaciones, tiemblan ante ella las Potestades: los cielos y las virtudes de los cielos, y los bienaventurados Serafines la celebran con mutua alegría. Y nosotros te suplicamos que recibas nuestras voces, que mezcladas con las tuyas, te dicen con humilde confesion:

Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios de los Exércitos. Los cielos y la tierra están llenos de tu gloria. Hosanna en las alturas. Bendito sea el que viene en nombre del Señor. Hosanna en las alturas.

Prefacio que se dice desde el Domingo de Pasion hasta el Juéves Santo, y en las Misa de la Santa Cruz.

S. Vere dignum et justum est, æquum et salutare, nos tibi semper et ubique grátias ágere, Dómine Sancte, Pater omnipotens, ætérne Deus.. Qui salutem humani generis in ligno crucis constituisti: ut unde mors oriebatur inde vita resúrgeret: et qui in ligno vincebat, in ligno quoque vinceretur: per Christum Dóminum nostrum. Per quem Majestatem tuam láudant Angeli, adorant Dominaciones, tremunt Potestátes: cæli cælorúmque virtútes, ac beata Seraphim, socia exultatione concélebrant. Cum quibus et nostras voces ut admítte jubeas deprecámur; supplicii confessione dicétes:

Prefacio que se dice desde el Domingo de Pasion hasta el Juéves Santo, y en las Misas de la Santa Cruz.

S. En verdad es digno y justo. equitativo y saludable, el que te demos gracias en todo tiempo y lugar, ó Señor Santo, Padre omnipotente, eterno Dios, que pusiste la salvacion del género humano en el madero de la cruz para que de donde hasta entonces habia proveido la muerte saliese una nueva vida, y para què fuese vencido sobre un árbol, aquel que vencía en un árbol: por Cristo Señor nuestro: por el qual alaban á tu Magestad los Angeles, la adoran las Dominaciones, tiemblan ante ella las Potestades: los cielos y las virtudes de los cielos, y los bienaventurados Serafines la celebran con mutua alegría. Y nosotros te suplicamos que recibas

Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dóminus, Deus, Sábbaoth. Pleni sunt caeli, et terra glória tua. Hosanna in excelsis. Benedictus qui venit in nómine Dómini. Hosanna in excelsis.

Prefacio que se dice en el tiempo de Pascua.

S. Vere dignum et justum est, æquum et salutare. Te quidem Dómine omni témpore, sed in hoc potíssimum gloriósus prædicare, cum Pascha nostrum immolatus est Christus. Ipse enim verus est Agnus, qui abstulit peccata mundi. Qui mortem nostram moriendo destruxit, et vitam resurgendo reparávit. Et ideó cum Angelis et Archangelis, cum Thro-

nuestras voces, que mezcladas con las suyas, te dicen con humilde confesion :

Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios de los Exércitos. Los cielos y la tierra están llenos de tu gloria. Hosanna en las alturas. Bendito sea el que viene en nombre del Señor. Hosanna en las alturas.

Prefacio que se dice en el tiempo de Pascua.

S. En verdad es digno y justo, equitativo y saludable, que publiquemos, Señor, tus alabanzas en todo tiempo, y con mas particularidad en este día en que Cristo inmolido es nuestra Pascua. Porque él es el verdadero Cordero que ha borrado los pecados del mundo : que muriendo ha destruido nuestra muerte, y resucitando nos ha he-

nis et Dominationibus, cumque omni militia caelestis exercitus, hymnum glóriæ tuæ cānimus, sine fine cícéntes :

Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dóminus, Deus, Sábbaoth. Pleni sunt cœli, et terra glória tua. Hosanna in excélsis. Benedictus qui venit in nómine Dómini. Hosanna in excélsis.

Prefacio que se dice desde el día de la Ascension hasta la Pascua del Espíritu Santo

S. Vere dignum et justum est, æquum et salutare, nos tibi semper et ubique gratias ágere Dómine Sancte, Pater omnipotens, ætérne Deus, per Christum Dóminum nostrum : qui post Resurrectionem suam omnibus discipulis suis manifestus apparuit,

cho revivir. Por tanto cantamos el himno de tu gloria con los Angeles y los Arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, y con toda la milicia celestial, diciendo sin cesar :

Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios de los Exércitos. Los cielos y la tierra están llenos de tu gloria. Hosanna en las alturas. Bendito sea el que viene en nombre del Señor. Hosanna en las alturas.

Prefacio que se dice desde el día de la Ascension hasta la Pascua del Espíritu Santo.

S. En verdad es digno y justo, equitativo y saludable, que te demos gracias en todo tiempo y lugar, ó Señor Santo, Padre omnipotente, eterno Dios, por Cristo Señor nuestro ; el qual despues de su resurreccion se manifestó á todos sus Discipulos, y subió al cielo en su presen-

*et ipsis cernentibus est elevatus in
caelum, ut nos divinitatis suae tri-
bueret esse participes. Et ideo
cum Angelis, et Archangelis, cum
Thronis et Dominationibus, cum-
que omni militia caelestis exercitus,
hymnum gloriae tuae canimus, sine
fine dicentes:*

*Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dó-
minus, Deus, Sábbaoth. Pleni
sunt caeli, et terra gloria tua, Ho-
sanna in excelsis. Benedictus qui
venit in nomine Domini. Hosan-
na in excelsis.*

Prefacio que se dice desde la víspera de
Pentecostes hasta el Sábado siguiente,
y en las Misas del Espíritu
Santo.

*S. Veré dignum es justum est,
aequum et salutare, nos tibi sem-
per, et ubique grátias ágere, Dó-
mine Sane, Pater omnipotens,
aeterne Deus, per Christum Dó-*

cia, para hacernos participantes de
su divinidad. Por tanto cantamos
el himno de tu gloria con los Ange-
les y los Arcángeles, con los Tro-
nos y Dominaciones, y con toda la
milicia celestial, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo, es el Se-
ñor Dios de los Exércitos. Los
cielos y la tierra están llenos de tu
gloria. Hosanna en las alturas.
Bendito sea el que viene en nom-
bre del Señor. Hosanna en las
alturas.

*Prefacio que se dice desde la víspera de
Pentecostes, hasta el Sábado siguiente,
y en las Misas del Espíritu
Santo.*

S. En verdad es digno y justo,
equitativo y saludable, el que te
demostramos gracias en todo tiempo y
lugar, ó Señor Santo, Padre omni-
potente, eterno Dios, por Cristo Se-
ñor nuestro; el qual, subiendo sobre

minum nostrum. Qui ascendens super omnes cœlos: sedensque ad dexteram tuam, promissum Spiritum Sanctum (hodierna die) in filios adoptionis effudit. Quapropter profusis gaudiis, totus in orbe terrarum mundus exultat: sed et supernæ virtutes, atque Angelicæ Potestates hymnum gloriæ tuæ concinunt, sine fine dicentes:

Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus, Deus, Sabaoth. Pleni sunt cœli, et terra glória tua. Hosanna in excelsis. Benedictus qui venit in nomine Domini. Hosanna in excelsis.

todos los cielos, y sentado á tu diestra, derramó sobre los hijos de adopcion en este dia el Espíritu Santo prometido, por lo qual no solo se desatan alabanzas y regocijos las gentes todas esparcidas por el ámbito de la tierra; sino que las virtudes de los cielos, y las Potestades Angélicas cantan el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios de los Exércitos. Los cielos y la tierra están llenos de tu gloria. Hosanna en las alturas. Bendito sea el que viene en nombre del Señor. Hosanna en las alturas.

Prefacio que se dice en la Misa de la Santísima Trinidad, y en las Dominicas que por le tienen propio.

S. Vere dignum et justum est æquum et salutare, nos tibi semper, et ubique grátias ágere, Dómine Sancte, Pater omnipotens, ætérne Deus. Qui cum unigénito Filio tuo, et Spíritu Sancto, unus es Deus, unus es D-minus, non in unius singularitate personæ, sed in unius Trinitate substantiæ. Quod enim de tua glória, revelante te, crédimus. hoc de Filio tuo, hoc de Spíritu Sancto, sine differentia discretionis sentimus. Ut in confessione veræ sempiternæque Deitátis, et in personis proprietas. et in essentia unitas, et in Majestate adoretur æqualitas. Quam laudant Angeli, atque Archángeli, Chérubim quoque ac Séraphim:

Prefacio que se dice en la Misa de la Santísima Trinidad, y en las Dominicas que no le tienen propio.

S. En verdad es digno y justo, equitativo y saludable, el que te demos gracias en todo tiempo y lugar, ó Señor Santo, Padre omnipotente, eterno Dios, que con tu unigénito Hijo, y con el Espíritu Santo eres un solo Dios, y un solo Señor; no en una sola persona, sino en tres de una misma substancia. Porque lo que tú nos has revelado de tu gloria, lo creemos tambien sin diferencia alguna de tu Hijo y del Espíritu Santo. De modo, que confesando una verdadera y eterna Divinidad, adoramos la propiedad en las personas, la unidad en la esencia, y la igualdad en la Magestad; la qual alaban los Angeles y los Arcángeles, los Chérubines y los Sera-

qui non cessant clamare quotidie una voce dicentes:

Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus, Deus Sabaoth. Pleni sunt caeli, et terra gloria tua. Hosanna in excelsis. Benedictus qui venit in n. mine Domini. Hosanna in excelsis.

Prefacio propio para las fiestas de la Santísima Virgen.

S. Vere dignum et justum est, æquum et salutare, nos tibi semper, et ubique grátias ágere, Domine Sancte, Pater omnipotens, æterne Deus: Et te in.... b.átæ Mariæ semper Virginis collaudare, benedicere, et prædicare. Quæ et unigénitum tuum Sancti Spíritus obumbratione concepit: et virginitatis glória permanente, lumen ætérnum mundo effudit, Jesum Christum Do-

fines, que no cesan de clamar a una voz cada dia diciendo :

Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios de los Exércitos. Los cielos y la tierra están llenos de tu gloria. Hosanna en las alturas. Bendito sea el que viene en nombre del Señor. Hosanna en las alturas.

Prefacio para propio las fiestas de la Santísima Virgen.

S. En verdad es digno y justo, equitativo y saludable, el que te demos gracias en todo tiempo y lugar, ó Señor Santo, Padre omnipotente, eterno Dios, y que te alabemos, bendigamos y glorifiquemos, en la Natividad: la Concepcion, &c. de la bienaventurada siempre Virgen Maria. La qual, por virtud del Espíritu Santo, concibió á tu unigénito Hijo: y sin perder la gloria de la virginidad, dió al mundo

minum nostrum. Per quem Majestatem tuam laudant Angeli, adorant Dominaciones, tremunt Potestates: cæli cælorumque virtutes, ac beati Séraphim, socia exultatione concélebrant. Cum quibus et nostras voces ut admitti jubeas deprecamur: supplicii confessione dicentes:

Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus, Deus, Sabbaoth. Pleni sunt cæli, et terra gloria tua. Hosanna in excelsis. Benedictus qui venit in nomine Domini. Hosanna in excelsis.

Prefacio para la octava de San Juan Evangelista, y propio para las fiestas de los Apóstoles.

S. Vere dignum et justum est.

la luz eterna Jesu-Cristo nuestro Señor; Por el qual alaban á tu Magestad los Angeles, la adoran las Dominaciones, tiemblan ante ella las Potestades: los cielos y las virtudes de los cielos, y los bienaventurados Serafines la celebran con mutua alegría. Y nosotros te suplicamos que recibas nuestras voces, que mezcladas con las suyas, te dicen con humilde confesion:

Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios de los Exércitos. Los cielos y la tierra están llenos de tu gloria. Hosanna en las alturas. Bendito sea el que viene en nombre del Señor. Hosanna en las alturas.

Prefacio para la octava de San Juan Evangelista, y propio para las fiestas de los Apóstoles.

S. En verdad es digno y justo,

æquam et salutare, te Dómine, suppliciter exorare, ut gregem tuum Pastor ætérne non déseras; sed per beatos Apóstolos tuos ontínua protectione custodias. Ut iisdem rectoribus gubernetur, quos óperis tui Vicarios eidem contulísti præesse pastores. Et ideó cum Angelis, et Archangelis, cum Thronis et Dominationibus cuníque ontíni militiæ cælestis exércitus, hymnum glóriæ tuæ cánimus, sine fine dicétes:

Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dóminus, Deus, Sábbaoth. Pleni sunt cœl, et terra glória tua. Hosanna in excelsis. Benedictus qui venit in nómine Dómini. Hosanna in excelsis.

equitativo y saludable, el suplicarte, Señor, humildemente, que no desampares, Pastor eterno, tu Grey, sino que por la mediacion de tus Santos Apóstoles la guardes y la defiendas, dispensándola tu proteccion continua. Para que siempre sea regida por los mismos Vicarios que estableciste para que la gobernasen como sus propios Pastores. Por tanto cantamos el himno de tu gloria con los Angeles y los Arcángeles con los Tronos y Dominaciones, y con toda la milicia celestial, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios de los Exércitos. Los cielos y la tierra están llenos de tu gloria. Hosanna en las alturas. Bendito sea el que viene en nombre del Señor. Hosanna en las alturas.

EL CANON DE LA MISA.

Acabado el Prefacio se inclina profundamente el Sacerdote, y dice :

ORACION I.

Te igitur, clementissime Pater, per Jesum Christum Filium tuum, Dominum nostrum, supplices rogamus ac petimus, uti accepta habeas, et benedicas hæc ✠ dona, hæc ✠ munera, hæc ✠ sancta sacrificia illibata: in primis quæ tibi offerimus pro Ecclesia tua, Sancta, Catholica, quam pacificare, custodire, adunare, et regere digneris, toto orbe terrarum: una cum famulo tuo Papa nostro N. et Antistite nostro N. et Rege nostro N. et omnibus orthodoxis, atque Catholicæ, et Apostolicæ fidei cultoribus.

EL CANON DE LA MISA.

Acabado el Prefacio se inclina profundamente el Sacerdote, y dice :

ORACION I.

A ti, Padre clementísimo, te suplicamos con profundo respeto, y te pedimos por Jesu-Cristo tu Hijo, nuestro Señor, que recibas y bendigas estos + dones, estas + ofrendas, estos + santos Sacrificios sin mancha, que te ofrecemos en primer lugar por tu santa Iglesia Católica, á la qual dignante dar paz, guardarla, mantenerla en union, y gobernarla en toda la tierra: juntamente con tu siervo nuestro Papa N., nuestro Obispo N. y nuestro Rey N., y todos los ortodoxos que profesan la Fe Católica y Apostólica.

Commemoracion por los vivos.

*Memento, Dómine, famulorum
famularumque tuarum N. et N.*

Aquí hace una pausa el Sacerdote para encomendar á Dios á aquellos por quienes quiere pedir en particular, y despues prosigue:

*At omnium circumstantium, quo-
rum tibi fides cónita est, et nota
devotio: pro quibus tibi offerimus,
vel qui tibi offerunt hoc Sacrificium
laudis pro se suisque omnibus, pro
redemptione animarum suarum, pro
spe salutis, et incolumitatis suæ, ti-
bique reddunt vota sua æterno Deo
vivo, et vero.*

*Communicantes, et memoriam
venerantes, in primis gloriósæ sem-
per Virginis Mariæ Genitricis
Dei, et Dómini nostri Jesu Chris-
ti; sed et beatórum Apostolorum:*

Commemoracion por los vivos.

Acuérdate, Señor, de tus siervos,
y de tus siervas N. y N.

*Aquí hace una pausa el Sacerdote para en-
comendar á Dios á aquellos por quienes
quiere pedir en particular, y des-
pues prosigue:*

Y de todos los que están aquí presentes, cuya fe y devocion te es conocida: por los cuales te ofrecemos, ó los cuales te ofrecen este Sacrificio de alabanza por sí, y por todos los suyos, por la redencion de sus almas, por la esperanza de su salud y conservacion; y rinden sus votos á ti, Dios eterno, vivo y verdadero.

Nosotros que participamos de una misma comunion, y veneramos la memoria en primer lugar de la gloriosa siempre Virgen Maria Madre de Jesu-Cristo, Dios y Señor nues-

ac *Martyrum tuorum, Petri et Pauli, Andreæ, Jacobi, Joannis, Thomæ, Jacobî, Philippi, Bartholomæi, Matthæi, Simonis, et Thadæi, Lini, Cleli, Clementis, Xsti, Cornélii, Cypriani, Lauréntii, Crisógoni, Joannis, et Pauli, Cosmæ, et Damiáni, et omnium Sanctorum tuorum: quorum méritis precibusque concedas: ut in ómnibus protectionis tuæ munamur auxilio. Per eundem Christum Dóminum nostrum. Amen.*

ORACION II.

Hanc igitur oblationem servitutis nostræ, sed et cunctæ familiæ tuæ, quæsumus Dómine, ut placatus accipias; diésque nostros in tua pace dispónas; atque ab æterna damnatione nos éripi, et in electo-

tro; y tambien de tus Santos Apóstoles y Mártires, Pedro y Pablo, Andres, Jayme, Juan, Tomas, Jayme, Felipe, Bartolomé, Mateo, Simon y Tadeo, Lino, Cleto, Clemente, Sixto, Cornelio, Cipriano, Lorenzo, Crisógono, Juan y Pablo, Cosme y Damian, y todos tus Santos: te pedimos que por sus méritos y ruegos nos fortalezcas en todo con el auxilio de tu proteccion. Por el mismo Cristo Señor nuestro. Así sea.

ORACION II.

Te suplicamos, Señor, que recibas benignamente esta ofrenda de nuestra servidumbre, y tambien de toda tu familia; que ordenes en tu paz todos nuestros dias; nos libres de la eterna condenacion, y nos cuentes en el numero de tus escogi-

*rum tuorum júbeas grege numerári.
Per Christum Dominum nostrum.
Amen.*

ORACION III.

*Quam oblationem tu Deus in óm-
nibus quæsumus bene-dictam, ad-
scrip+tam, ra+tam, rationábilem,
acceptabilémque fácere dignéris:
ut nobis Cor+pus, et San+guis fiat
dilectissimi Fili tui Dómini nostri
Jesu Christi.*

CONSAGRACION.

*Qui pridie quam pateretur acce-
pit Panem in sanctas ac venerábiles
manus suas: et elevátiis óculis in cæ-
lum ad te Deum Patrem suum om-
nipotentem tibi grátias agens, bene-
+dixit fregit deditque Discípulis
suis dicens: Accipite et manducate, ex*

dos. Por Cristo Señor nuestro.
Así sea.

ORACION III.

La qual ofrenda te rogamos, Se-
ñor, te dignes hacerla en todo
ben+dita, dedica+da, aproba+da,
razonable y agradable: para que
se convierta para nosotros en el
Cuer+po y la San+gre de tu muy
amado Hijo y Señor nuestro Jesu-
Cristo.

CONSAGRACION.

El qual un dia antes de su pasion,
tomó el Pan en sus santas y venera-
bles manos, y levantando los ojos al
cielo, dándote gracias á ti Dios, su
Padre omnipotente, lo ben+dixo,
lo partió y dió á sus Discípulos,
diciendo: Tomad, y comed to-

hoc omnes: HOC EST ENIM CORPUS MEUM.

Dichas estas palabras, adora el Sacerdote de rodillas el Cuerpo de nuestro Señor Jesu-Cristo, despues lo alza para que lo adore el pueblo, y prosigue :

Simili modo postquam cenatum est, accipiens et hunc præclarum calicem in sanctas ac venerabiles manus suas: item tibi grátias ágens, ben+ dixit, deditque discipulis suis dicens: Accipite et bibite ex eo omnes: HIC EST ENIM CALIX SANGUINIS MEI NOVI ET ÆTERNI TESTAMENTI: MYSTERIUM FIDEI; QUI PRO VOBIS ET PRO MULTIS EFFUNDETUR IN REMISSIONEM PECCATORUM.

Acaba la Consagracion dice :

Hæc quotiescúmque feceritis, in mei memoriam faciétis.

dos de él : ESTO ES PUES MI CUERPO.

Dichas estas palabras, adora el Sacerdote de rodillas el Cuerpo de nuestro Señor Jesu-Cristo, despues lo alza para que lo adore el pueblo, y prosigue :

Igualmente, despues de haber cenado, tomó tambien este excelente caliz en sus santas y venerables manos: y dándote tambien gracias, lo ben+dixo y dió á sus Discípulos, diciendo : Tomad, y bebed todos de él: ESTE ES PUES EL CALIZ DE MI SANGRE, DEL NUEVO Y ETERNO TESTAMENTO : MISTERIO DE FE : QUE SERA DERRAMADA POR VOSOTROS Y POR MUCHOS PARA EL PERDON DE LOS PECADOS.

Acabada la Consagracion dice :

Siempre que hiciereis estas cosas, las hareis en memoria mia.

Despues se arrodilla para adorar tambien la Sangre de nuestro Señor Jesu-Cristo: eleva el Cáliz para que lo adore el pueblo, y prosigue:

ORACION IV.

Unde et memores, Dómine, nos servi tui, sed et plebs tua sancta ejúsdem Christi Filiú tui Domini nostri tam beatæ Passionis, nec non et ab inferis Resurrectionis, sed et in caelos gloriósæ Ascensionis; offerimus præcláræ Majestati tuæ de tuis donis ac datis.

A cada una de las palabras siguientes hace el Sacerdote una cruz sobre la Hostia y el Cáliz, y dice:

Hóstiam + puram, Hóstiam + sanctum, Hóstiam + immaculatam, panem ✠ sanctum vitæ

Despues se arrodilla para adorar tambien la Sangre de nuestro Señor Jesu-Cristo: eleva el Cáliz para que lo adore el pueblo, y prosigue:

ORACION IV.

Por tanto, Señor, haciendo memoria nosotros tus siervos, y tambien tu pueblo santo de la bienaventurada Pasion del mismo Cristo, tu Hijo y nuestro Señor, y de su Resurreccion de los infiernos, como tambien de su gloriosa Ascension á los cielos; ofrecemos á tu incomparable Magestad, de tus mismos dones y dádivas.

A cada una de las palabras siguientes hace el Sacerdote una cruz sobre la Hostia y el Cáliz, y dice:

La Hostia + pura, la hostia ✠ santa, la Hostia ✠ immaculada, el Pan + santo de vida

æternæ, et Cálicem + salutis perpetuæ.

Ahora pide el Sacerdote á Dios que reciba benignamente la ofrenda de este Pan vivo, y de este Cáliz de salvacion diciendo :

Supra quæ propitio et sereno vultu respicere digneris; et accepta habere, sicuti accepta dignatus es munera pueri tui justii Abel, et sacrificium Patriarchæ nostri Abraham: et quod tibi obtulit Summus Sacerdos tuus Melchisedec, Sanctum Sacrificium, immaculatam Hostiam.

Despues hace una profunda reverencia para humillarse delante de Dios, y protestarle el fervor de su oracion, diciendo :

Supplices, te rogâmus, omnipotens Deus: jube hæc perferri per manus Sancti Angeli tui

eterna, y el Cáliz + de perpetua salud.

Ahora pide el Sacerdote á Dios que reciba benignamente la ofrenda de este Pan vivo, y de este Cáliz de salvacion diciendo :

Sobre los quales, dignate dar una mirada con rostro propicio y sereno, y aceptarlos, así como te dignaste aceptar los dones de tu justo siervo Abel, y el Sacrificio de nuestro Patriarca Abraham, y el que te ofreció tu Sumo Sacerdote Melchisedec, Sacrificio santo, Hostia inmaculada.

Despues hace una profunda reverencia para humillarse delante de Dios, y protestarle el fervor de su oracion, diciendo :

Rogámoste humildemente, ó Dios Todo-poderoso, mandes que por manos de tu Santo Angel sean

in sublimē Altare tuum in conspectu Divinæ Majestatis tuæ: ut quotquot ex hac Altâris participatione Sacrosanctum Filii tui Corpus et Sanguinem sumpserimus, omni benedictione cœlesti, et grâtia repleamur. Per eundem Christum Dominum nostrum. Amen.

Commemoracion por los difuntos.

ORACION V.

Memento etiam, Dômine, famulorum famularumque tuarum N. et N. qui nos præcesserunt cum signo Fidei, et dormiunt in somno pacis.

Aquí hace una pausa el Sacerdote. para encomendar á Dios á los difuntos, por quienes pide en particular, y prosigue:

Ipsis, Dômine, et omnibus in

llevadas estas cosas á tu sublime Altar á la presencia de tu Divina Magestad: para que todos quantos participando de este Altar recibiremos el Sacrosanto Cuerpo y Sangre de tu Hijo, seamos colmados de todas las bendiciones y gracias celestiales. Por el mismo Cristo Señor nuestro. Así sea.

Commemoracion por los difuntos.

ORACION V.

Acuérdate tambien, Señor de tus siervos y de tus siervas N. y N. que nos precedieron con la señal de la fe, y duermen en el sueño de la paz.

Aquí hace una pausa el Sacerdote para encomendar á Dios á los difuntos, por quienes pide en particular, y prosigue:

A estos, Señor, y á todos los

Christo quiescētibus locum refrigerii, lucis, et pacis ut indulgeas deprecamur. Per eundem Christum Dominum nostrum. Amen.

Dáse un golpe de pechos, y con voz mas alta dice:

ORACION VI.

Nōbis quoque peccatōribus fāmulis tuis de multitudine miserationum tuarum sperāntibus, partem aliquam, et societatem donare digneris cum tuis Sanctis Apóstolis, et Martyribus; cum Joanne, Stéphano, Mathía, Barnaba, Ignátio, Alexándro, Marcelino, Petro, Felicitate, Perpétua, Agata, Lucia, Agnète, Cæcília, Anastasia, et omnibus Sanctis tuis: intra quórum nos consortium non æstimator mériti, sed vénie quæsumus largitor admitte. Per Christum Dominum nostrum Amen.

que en Cristo descansan, te suplicamos les concedas un lugar de refrigerio, de luz y de paz. Por el mismo Cristo Señor nuestro. Así sea.

Dase un golpe de pechos, y con voz mas alta dice:

ORACION VI.

Y tambien á nosotros pecadores, tus siervos, que esperamos en la muchedumbre de tus misericordias, dignate darnos alguna parte y compañía con tus Santos Apóstoles y Mártires; con Juan, Esteban, Matías, Bernabé, Ignacio, Alexandro, Marcelino, Pedro, Felicidad Perpetua, Agueda, Lucía, Ines, Cecilia, Anastasia, y todos tus Santos: entre los quales te rogamos nos recibas, no por mérito nuestro, sino por don de tu gracia. Por Cristo Señor nuestro. Así sea.

Per quem hæc omniq, Dómine, sempér bona creas, sancti+ficás, vivi+ficás, bene+dicís, et præstas nobis. Per ip+sum, et cum ip+so, et in ip+so est, tibi Deo Patri + omnipoténti in unitate Spiritus + Sancti omnis honor et glória.

Al decir estas últimas palabras toma el Sacerdote la Hostia, y con ella hace dos veces la señal de la cruz, despues eleva un poco el Cáliz con la hostia, y dice en alta voz:

S. Per omnia sæcula sæculorum.

M. Amen.

S. Oremus.

Præceptis salutáribus mónti, et divina institutione formati, audémus dicere: Pater noster, qui es in cælis; sanctificétur nomen tuum: adveniat reg-

Por quien, Señor, produces siempre todos estos bienes, los santi+ficás, los vivi+ficás, los ben+dicés, y nos los das. Por + él, y con + él, y en + él á tí, Dios Padre + Todopoderoso, que eres una cosa con el Espíritu + Santo, es dado todo honor y gloria.

Al decir estas últimas palabras toma el Sacerdote la Hostia, y con ella hace dos veces la señal de la cruz, despues eleva un poco el Cáliz con la Hostia, y dice en alto voz:

S. Por todos los siglos de los siglos.

M. Así sea.

S. Oremus.

Amonestados con saludables mandamientos, y formados por medio de instituciones divinas, nos atrevemos á decir: Padre nuestro que estás eu los

num tuum: fiat voluntas tua sicut in cælo et in terra. Panem nostrum quotidianum da nobis hodie. Et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris. Et ne nos inducas in tentationem.

M. Sed libera nos a malo.

S. Amen.

Libera nos, quæsumus, Dómine, ab omnibus malis præteritis, præsentibus et futuris: et intercedente beata, et gloriosa semper Virgine, Dei genitrice Maria cum beáteis Apóstolis tuis Petro et Paulo, atque Andræa, et omnibus Sanctis, da propítius pacem in diebus nostris: ut ope misericordiæ tuæ adjúti, et á peccato simus semper liberi, et ab omni perturbatione secúri. Per eundem Dóminum nostrum Jesum Christum Filium

cielos santificado sea el tu nombre: venga á nos el tu Reyno: hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy. Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dexes caer en la tentacion.

M. Mas líbranos de mal.

S. Así sea.

Te suplicamos, Señor, que nos libres de todos los males pasados, presentes y futuros: y por intercecion de la bienaventurada y gloriosa siempre Virgen Maria Madre de Dios, y de tus bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo, y Andres y todos los Santos, danos por tu bondad paz en nuestros dias: para que ayudados con el auxilio de tu misericordia, seamos siempre libres de pecado, y vivamos seguros de toda perturbacion. Por el mismo

*tuum, qui tecum vivit et regnat in
unitate Spiritus Sancti Deus per
omnia sæcula sæculorum.*

M. Amen.

Partiendo el Sacerdote la Hostia, toma una pequeña parte, y con ella hace tres cruces sobre el Cáliz, diciendo:

*Pax + Dómini sit + semper
vobis+cum.*

M. Et cum spíritu tuo.

Dichas estas palabras, echa la partecita de la Hostia en el Cáliz, y dice:

*Hæc commistio & consecratio
Corporis et Sanguinis Dómini
nostri Jesu Christi fiat accipiën-
tibus nobis in vitam æternam.
Amen.*

*Agnus Dei, qui tollis peccata
mundi, miserere nobis.*

Señor nuestro Jesu-Cristo tu Hija, que contigo vive y reyna en unidad con el Espíritu Santo Dios por todos los siglos de los siglos.

M. Así sea.

Partiendo el Sacerdote la Hostia, toma una pequeña parte, y con ella hace tres cruces sobre el Cáliz, diciendo:

La paz + del Señor sea + siempre con voso+tros.

M. Y con tu espíritu.

Dichas estas palabras, echa la partecita de la Hostia en el Cáliz, y dice:

Esta mezcla y consagracion del Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesu-Cristo produzca en nosotros que los recibimos, la vida eterna. ®

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros.

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis.

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, dona nobis pacem.

Inclinado profundamente el Sacerdote, pide á Dios la paz de su Iglesia por medio de la siguiente oracion.

Dómine Jesu Christe, qui dixisti Apóstolis tuis: pacem relinquo vobis, pacem meam do vobis: ne respicias peccata mea, sed fidem Ecclésiæ tuæ: eámque secundum voluntatem tuam pacificare, et coadunare digneris. Qui vivis et regnas Deus, per omnia sæcula sæculorum. Amen.

Dómine Jesu Christe, Fíli Dei vivi, qui ex voluntate Patris, cooperante Spírítu Sancto, per mortem tuam mundum vivificasti: libera me per hoc Sacrosánctum

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, danos paz.

Inclinado profundamente el Sacerdote, pide á Dios la paz de su Iglesia por medio de la siguiente oracion.

O Señor Jesu-Cristo, que dixiste á tus Apóstoles: la paz os dexo, mi paz os doy: no mires, á mis pecados, sino á la fe de tu Iglesia: y dignate darla paz, y unirla segun tu voluntad. Que vives y reynas Dias por todos los siglos de los siglos. Así sea.

O Señor Jesu-Cristo, Hijo de Dios vivo, que por voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo, diste por tu muerte la vida al mundo: lí-

o 2

Corpus et Sanguinem tuum ab omnibus iniquitatibus meis, et universis malis: et fac me tuis semper inhærere mandatis, et a te nunquam separari permittas. Qui cum eodem Deo Patre, et Spiritu Sancto vivis et regnas in sæcula sæculorum. Amen.

Perceptio Corporis tui, Domine Jesu Christe, quod ego indignus sumere præsumo, non mihi prove-niat in judicium et condemnationem; sed pro tua pietate prosit mihi ad tutamentum mentis, et Corporis, et ad medelam percipiendam. Qui vivis et regnas cum Deo Patre in unitate Spiritus Sancti Deus per omnia sæcula sæculorum. Amen.

brame por éste tu Sacrosanto Cuerpo y Sangre de todos mis pecados, y de los demas males: y haz que esté yo siempre unido á tus mandamientos, y no permitas que jamas me separe de ti. Que con el mismo Dios Padre, y con el Espíritu Santo vives y reynas por los siglos de los siglos. Así sea.

La participacion de tu Cuerpo, ó Señor Jesu-Cristo, que yo indigno me atrevo á recibir, no me sea en juicio y condenacion; sino que por tu piedad me sirva de defensa para mi alma y cuerpo, y de un remedio saludable. Que vives y reynas con Dios Padre en unidad con el Espíritu Santo Dios por todos los siglos de los siglos. Así sea.

Luego que el Sacerdote ha adorado la sagrada Hostia, la toma en las manos, y dice en voz baja:

Panem caelestem accipiam, et nomen Domini invocabo.

Levantando despues la voz, y dándose tres golpes de pechos, dice:

Domine, non sum dignus, ut intres sub tectum meum: sed tantum dic verbo, et sanabitur anima mea.

Domine, non sum dignus, ut intres sub tectum meum: sed tantum dic verbo, et sanabitur anima mea.

Domine, non sum dignus, ut intres sub tectum meum: sed tantum die verbo, et sanabitur anima mea.

Luego que el Sacerdote ha adorado la sagrada Hostia, la toma en sus manos y dice en voz baja:

Recibiré el pan celestial, é invocare el nombre del Señor.

Levantando despues la voz, y dándose tres golpes de pechos, dice:

Señor, no soy digno de que entres en mi morada: mas dí solo una palabra, y mi alma será sana.

Señor, no soy digno de que entres en mi morada: mas dí solo una palabra, y mi alma será sana.

Señor, no soy digno de que entres en mi morada: mas dí solo una palabra, y mi alma será sana.

Despues hace la señal de la cruz con la
sagrada Hostia, diciendo.

*Corpus Dómini nostri Jesu
Christi custodiat animam meam
in vitam ætérnam. Amen.*

Luego que ha recibido el Cuerpo de nues-
tro Señor Jesu Cristo, toma el
Cáliz, y dice:

*Quid retribuam Dómino pro
ómnibus, quæ retribuit mihi?
Cálicem salutaris accipiam et no-
men Dómini invoeábo. Laudans
invocabo Dóminum, et ab inimi-
cis meis sálvus ero.*

Dichas estas palabras hace la señal de la
cruz con el Cáliz, diciendo.

*Sánguis Dómini nostri Jesu
Christi custódiat. ánimam meam
in vitam ætérnam. Amen.*

Despues hace el señal de la cruz con la sa-
grada Hostia, diciendo :

El Cuerpo de nuestro Señor Je-
su-Cristo guarde mi alma para la
vida eterna. Así sea.

Luego que ha recibido el Cuerpo de nuestro
Señor Jesu-Cristo, toma el Cáliz,
y dice :

¿Qué daré al Señor por todo lo
que me ha dado? Tomaré el Cá-
liz saludable, é invocaré el nombre
del Señor. Con alabanzas invocaré
al Señor, y estaré á salvo de mis
enemigos.

Dichas estas palabras hace la señal de la
cruz con el Cáliz, diciendo :

La Sangre de nuestro Señor Jesu-
Cristo guarde mi alma para la vida
eterna. Así sea.

Recibida la Sangre de nuestro Señor Jesu-Cristo, toma vino en el Cáliz para la ablucion primera, y dice:

Quod ore sumpsimus, Dómine, pura mente capiamus: et de munere temporáli fiat nobis remédium sempitérnum.

Tomando vino y agua para la segunda ablucion, dice:

Corpus tuum, Dómine, quod sumpsi, et Sanguis, quem potávi, adhæreat viscéribus meis: et præsta, ut in me non remâneat scelerum mácula, quem pura, et sancta refecerunt Sacramenta. Qui vivis et regnas in sæcula sæculorum. Amen.

Recibida la Sangre de nuestro Señor Jesu-Cristo, toma vino en el Cáliz para la ablucion primera, y dice:

Haz, Señor, que recibamos con puro corazon lo que hemos tomado por la boca, y que este beneficio temporal se haga para nosotros remedio eterno.

Tomando vino y agua para la segunda ablucion, dice:

Tu Cuerpo que he recibido, y la Sangre que he bebido se peguen, ó Señor, a mis entrañas: y haz que en mi, a quien han alimentado tan puros y santos Sacramentos no quede mancha alguna de culpa. Que vives y reynas por los siglos de los siglos. Asi sea.

Despues reza la oracion llamada Comunión, y concluida se vuelve de cara al pueblo, y dice:

Dóminus vobiscum.

M. Et cum spíritu tuo.

Ahora reza la oracion llamada Postcomunion, y se vuelve al pueblo otra vez, y dice:

Dóminus vobiscum.

M. Et cum spíritu tuo.

S. Ite, Missa est.

M. Deo gratias.

Quando en la Misa no se ha dicho Gloria, vuelto el Sacerdote de cara al Altar, dice:

Benedicamus Domino.

M. Deo grátias.

Inclinado en medio del Altar, dice esta oracion.

*Pláceat tibi Sancta Trinitas
obséquium servitutis meæ: et*

Despues reza la oracion llamada Comunión, y concluida se vuelve de cara al pueblo, y dice:

El Señor sea con vosotros.

M. Y con tu espíritu.

Ahora reza la oracion llamada Postcomunion, y se vuelve al pueblo otra vez, y dice:

El Señor sea con vosotros.

M. Y con tu espíritu.

S. Idos: se acabó la Misa.

M. Gracias á Dios.

Quando en la Misa no se ha dicho Gloria, vuelto el Sacerdote de cara al Altar, dice:

Bendigamos al Señor.

M. Gracias á Dios.

Inclinado en medio del Altar, dice esta oracion.

Séate agradable, ó Santa Trinidad, el obsequio de mi servi-

præsta ut Sacrificium, quod oculis tuæ Majestatis indignus obtuli, tibi sit, acceptabile; mihi que et omnibus pro quibus illud obtuli, sit. te miserante, propitiabile. Per Christum Dominum nostrum. Amen.

Besando el Altar, se vuelve al pueblo para bendecirle, diciendo:

S. Benedicat vos omnipotens Deus, Pater, et Filius, et Spiritus Sanctus.

M. Amen.

Al comenzar el Evangelio de San Juan.

S. Dominus vobiscum.

M. Et cum spiritu tuo.

S. Initium Sancti Evangelii secundum Joannem.

M. Gloria tibi Domine.

S. In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum. Hoc erat

dumbre: y haz que te sea acceptable el Sacrificio que yo, aunque indigno, he ofrecido á los ojos de tu Magestad; y que á mí y á todos aquellos por quienes lo he ofrecido, sea por tu misericordia propiciatorio. Por Cristo Señor nuestro. Así sea.

Besando el Altar, se vuelve al pueblo para bendecirle, diciendo:

S. Bendígaos Dios, Todo-poderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

M. Así sea.

Al comenzar el Evangelio de San Juan.

S. El Señor sea con vosotros.

M. Y con tu espíritu.

S. Principio del Santo Evangelio segun San Juan.

M. Gloria á tí, Señor.

S. En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el

in principio apud Deum. Omnia per ipsum facta sunt: et sine ipso factum est nihil, quod factum est, in ipso vita erat, et vita erat lux hominum: et lux in tenebris lucet, et tenebrae eam non comprehendunt. Fuit homo missus á Deo, cui nomen erat Joannes. Hic venit in testimonium, ut testimonium perhiberet de lumine, ut omnes crederent per illum. Non erat ille lux, sed ut testimonium perhiberet de lumine. Erat lux vera, quae illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum. In mundo erat, et mundus per ipsum factus est, et mundus eum non cognovit. In propria venit; et sui eum non receperunt. Quotquot autem receperunt eum, dedit eis potestatem filios Dei fieri, his qui credunt in nomine ejus: qui non ex sanguinibus neque ex voluntate carnis, neque ex voluntate viri, sed ex Deo nati sunt.

principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él: y nada de lo que fué hecho, se hizo sin él, en él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres: y la luz en las tinieblas resplandece: mas las tinieblas no la comprendieron. Fué un hombre enviado de Dios, que tenia por nombre Juan. Este vino en testimonio, para dar testimonio de la luz, para que creyesen todos por él. No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz. Era la luz verdadera, que alumbraba á todo hombre, que viene á este mundo. En el mundo estaba, y el mundo por él fué hecho, y no le conoció el mundo. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas á quantos le recibieron, les dió poder de ser hechos hijos de Dios á aquellos que creen en su nombre: los quales son nacidos no de sangres, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varon, mas de

ET VERBUM CARO FACTUM EST,
*et habitavit in nobis: et vidimus
 glóriam ejus, glóriam quasi Uni-
 géniti á Patre plenum grátiae
 et veritatis.*

M. Deo grátias.

ACCION DE GRACIAS

DESPUES DE LA MISA.

ANTIFONA.

*Trium puerórum cantemus hym-
 num: quem cantabant Sancti in
 camino ignis, benedicétes Domi-
 num.*

CANTICO.

Benedicite omnia opera Dómini

Dios. Y EL VERBO FUE HECHO
 CARNE, (*híncase de rodillas;*) y
 habitó entre nosotros: y vimos la
 gloria de él, gloria como de Unigé-
 nito del Padre lleno de gracia y de
 verdad.

M. Gracias á Dios.

ACCION DE GRACIAS

DESPUES DE LA MISA.

ANTIFONA

Cantemos el himno que cantaban
 los tres Niños en el horno bendici-
 endo al Señor.

CANTICO.

Todas las obras del Señor bende-

Dómino: laudate et super exaltate eum in sæcula.

Benedicite Angeli Dómini Dómino: benedicite cæli Dómino.

Benedicite aquæ omnes, quæ super cælos sunt, Dómino: benedicite omnes virtutes Dómini Dómino.

Benedicite sol et luna Dómino: benedicite stellæ cæli Dómino.

Benedicite omnis imber et ros Dómino: benedicite omnes spiritus Dei Dómino.

Benedicite ignis et æstus Dómino: benedicite frigus et æstus Dómino.

Benedicite rores et pruina Dómino: benedicite gelu et frigus Dómino.

Benedicite glacies et nives Dómino: benedicite noctes et dies Dómino.

Benedicite lux et tenebræ Dó-

cid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

Angeles del Señor, bendecid al Señor: Cielos, bendecid al Señor.

Todas las aguas, que están sobre los cielos, bendecid al Señor: Todas las virtudes del Señor, bendecid al Señor.

Sol y Luna, bendecid al Señor: Estrellas del cielo, bendecid al Señor.

Toda lluvia y rocío, bendecid al Señor: Todos los espíritus de Dios, bendecid al Señor.

Fuego y calor, bendecid al Señor: Frio y calor, bendecid al Señor.

Rocíos y escarcha, bendecid al Señor: Hielo y frio, bendecid al Señor.

Heladas y nieves, bendecid al Señor: Noches y días, bendecid al Señor.

Luz y tinieblas, bendecid al

*mino: benedicite fulgura et nubes
Dómino.*

*Benedicat terra Dóminum: lau-
det et superexaltet eum in sæcula.*

*Benedicite montes et colles Dó-
mino: benedicite universa germi-
nantia in terra Dómino.*

*Benedicite fontes Dómino: be-
nedicite maria et flumina Dómino.*

*Benedicite cete, et omnia quæ
moventur in aquis Dómino: bene-
dicite omnes volucres cæli Dómino.*

*Benedicite omnes bestiæ et pecora
Dómino: benedicite filii hominum
Dómino.*

*Benedicat Israel Dóminum: lau-
det et superexaltet eum in sæcula.*

*Benedicite Sacerdotes Dómini
Dómino: benedicite servi Domini
Dómino.*

Señor: Relámpagos y nubes, ben-
decid al Señor.

Bendiga la tierra al Señor: ló-
ele, y ensálcele por los siglos.

Montes y collados, bendecid al
Señor: Todas las plantas, que na-
ceis en la tierra, bendecid al Señor.

Fuentes, bendecid al Señor:
Mares y rios, bendecid al Señor.

Ballenas, y todos los peces, que se
mueven en las aguas, bendecid al
Señor: Todas las aves del cielo,
benedicid al Señor.

Todas las bestias y ganados, ben-
decid al Señor: Hijos de los hom-
bres, bendecid al Señor.

Bendiga Israel al Señor: lóele y
ensalzele por los siglos.

Sacerdotes del Señor, bendecid
al Señor: Siervos del Señor, bende-
cid al Señor.

Benedicite spiritus et animæ justorum Dómino: benedicite. Sancti et humiles corde Dómino.

Benedicite Anania, Azaria, Misael Dómino: laudate et superexaltate eum in sæcula.

Benedicamus Patrem et Fílium cum Sancto Spíritu: laudemus et superexaltemus eum in sæcula.

Benedictus es Dómine in firmamento cæli: et laudábilis, et gloriosus, et superexaltatus in sæcula.

PSALMO CL.

Laudate Dominum in Sanctis ejus: laudate eum firmamento virtutis ejus.

Laudate eum in virtutibus ejus: laudate eum secundum multitudinem magnitudinis ejus.

Laudate eum in sono tubæ:

Espíritus y almas de los justos, bendecid al Señor: Santos y humildes de corazón, bendecid al Señor.

Ananías, Azarías, Misael, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

Bendigamos al Padre y al Hijo, con el Espíritu Santo: loémosle, y ensalzemosle por los siglos.

Bendito eres, Señor, en el firmamento del cielo, y digno de loor y de gloria, y ensalzado por los siglos.

PSALMO CL.

Alabad al Señor en su santuario: alabadlo en el firmamento de su poder.

Alabadlo por sus poderíos: alabadlo según la muchedumbre de su grandeza.

Alabadlo con sonido de trom-

laudate eum in psalterio et cithara.

Laudate eum in tympano et choro: laudate eum in chordis et órgano.

Laudate eum in cymbalis benesonantibus: laudate eum in cymbalis jubilationis: omnis spiritus laudet Dominum,

Gloria Patri, et Filio, &c.

Despues repite la Antífona.

Trium puerorum cantemus hymnum: quem cantabant Sancti in camino ignis, benedicentes Dominum.

Luego dice el Sacerdote.

Kyrie eléison.

Christe eléison.

peta: alabarlo con psalterio y cithara.

Alabarlo con pandero y danza: alabarlo con cuerdas y órgano.

Alabarlo con cymbalos sonoros: alabarlo con cymbalos de júbilo: todo espíritu alabe al Señor.

Gloria al Padre, y al Hijo, &c.

Despues repite la Antífona.

Cantemos el himno que cantaban los tres Niños en el horno bendiciendo al Señor.

Luego dice el Sacerdote.

Señor, ten piedad de nosotros.

Cristo, ten piedad de nosotros.

Kyrie eléison.

Pater noster, &c.

*V. Et ne nos inducas in tenta-
tionem.*

R. Sed libera nos á malo.

*V. Confiteantur tibi Dómine om-
nia opera tua.*

*R. Et Sancti tui benedicant
tibi.*

*V. Exultabunt Sancti in glo-
ria.*

*R. Lætabuntur in cubilibus
suis.*

*V. Non nobis, Dómine non no-
bis.*

R. Sed nómini tuo da gloriam.

*V. Dómine exaudi orationem
meam.*

*R. Et clamor meus ad te ve-
niat.*

V. Dóminus vobiscum.

R. Et cum spíritu tuo.

Señor, ten piedad de nosotros.

Padre nuestro.

V. Y no nos dexes caer en la ten-
tacion.

R. Mas líbranos de mal.

V. Dente gloria á ti, Señor, to-
das tus obras.

R. Y tus Santos te bendigan.

V. Regocijarsehan los Santos en
la gloria.

R. Alegrarsehan en sus man-
siones.

V. No á nosotros, Señor, no á
nosotros.

R. Sino á tu nombre, da gloria.

V. Señor, oye mi oracion.

R. Y mi clamor llegue á ti.

V. El Señor sea con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

OREMUS.

Deus, qui tribus pueris mitigasti flammam ignium: concede propitius: ut nos famulos tuos non exurat flamma vitiorum.

Actiones nostras, quæsumus Domine, aspirando præveni, et adiuvando proséquere: ut cuncta nostra oratio et operatio á te semper incípiat, et per te cæpta finiatur.

Da nobis, quæsumus Domine, vitiorum nostrorum flammam extinguere: qui beato Laurentio tribuisti tormentorum suorum incendia superare. Per Christum Dominum nostrum. Amen.

OREMOS.

O, Dios que hiciste suave á los tres Niños la llama del fuego: dignate concedernos que á nosotros tus siervos no nos abraze la de los vicios.

Suplicámoste, Señor, prevengas nuestras acciones, inspirándonos las que sean mas conformes á tu santa ley y que con tu auxilio las lleves adelante, para que todas nuestras obras y oraciones provengan siempre de ti, y acaben siempre por ti.

Concédenos, Señor, la gracia de extinguir las llamas de nuestros vicios, así como concediste al Bienaventurado Lorenzo la de ser superior al fuego con que le atormentaron. Por Cristo Señor nuestro. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE LAS ORACIONES

QUE EL SACERDOTE DICE

AL PIE DEL ALTAR.

PSALMO XLII. v. 1.

*Júzgame Dios, y discierne mi causa
de la gente no santa.*

QUANDO la historia de los primeros siglos de la Iglesia no nos enseñase que los pecadores públicos estaban excluidos de la participacion de los Sacramentos y de la concurrencia á nuestros santos misterios, las palabras de que se sirve la Iglesia al empezar el Sacrificio bastan para probarlo, y para advertir á todos los que por desgracia anden por los caminos de la iniquidad, que su indulgencia no los autoriza para profanarlo. con

que el Sac. dice al pie del Alt. 191

sus irreverencias, ni para ultrajar la Víctima con el endurecimiento de su corazón. Solo el justo que ha conservado su inocencia, ó el penitente fiel que ha lavado sus manchas en la Sangre del Cordero, puede decir con el Profeta: júzgame, Señor, no en el rigor de tus juicios, sino segun las leyes de tu misericordia: yo no ando por los caminos de los malos, yo no tengo trato ni comercio con ellos; y así, Dios mio, no me comprendas en los anatemas que pronuncias contra sus pecados. Este testimonio consolador autoriza tambien á las almas fieles para decir llenas de confianza: subiré al Altar del Señor: entraré en su Santuario, y buscaré en él la alegría de mi corazón, y el apoyo de mi flaqueza.

Si los pecadores no pueden hablar de esta manera, pueden á lo ménos entrar en aquellos sentimientos que se requieren para prepararse. Estas oraciones, y las que vamos á explicar en la presente Instruccion son en algun modo las oraciones preparatorias del Sacrificio de la Misa: es decir, que despues que el Sacerdote, y los fieles se disponen en secreto para una ac-

cion tan santa, la Iglesia quiere prepararlos con oraciones públicas y comunes. Por tanto meditemos las reflexiones que quiere inspirarnos esta tierna Madre

Pero ántes de empezar la explicacion de esta parte de la Misa, no será inútil destruir una preocupacion nacida sin duda de la tibieza de los Cristianos, los quales ligándose á la letra del precepto de oír Misa en los dias festivos, ignoran y preguntan desde qué parte de ella debe asistirse para cumplirle. Esta pregunta ha sido muchas veces propuesta, y otras tantas respondida con solidez; y aunque ninguno de vosotros tiene sin duda por qué ser reprehendido en esta parte: sin embargo me parece conveniente daros una Instruccion completa en la materia para que podais combatir este error por vosotros mismos.

Hay obligacion de asistir al Sacrificio de la Misa todos los dias que la Iglesia ha consagrado para honrar los misterios de nuestra religion, y celebrar la memoria de los amigos de Dios. Este es un precepto positivo para todos los Cristianos; y la Iglesia, que

guiada por el Espíritu Santo, nada prescribe que no sea muy justo y conforme, ha establecido las oraciones, y las ceremonias que deben preceder, acompañar y seguir á la celebracion de nuestros santos misterios. Si ella ha tenido por necesario que la oracion preceda á la oblacion, y que siga la accion de gracias, ¿quién de nosotros podrá decir que prácticas tan santas son inútiles, ó de supererogacion?

Si se nos pregunta si basta en rigor presentarse en el templo al tiempo del Ofertorio; si es aquí donde precisamente empieza el misterio representativo de el de la cruz; y si quando por un accidente llegamos á esta parte de la Misa, debemos esperar que empiece otra; responderé afirmativamente que la Iglesia no ha puesto restriccion alguna en este punto: que no es necesario para que una oracion sea de precepto, el que pertenezca esencialmente al Sacrificio: que si la razon de imposibilidad absoluta no exeusa la omision de alguna de estas oraciones, no es fácil carecer de pecado quando, ó no estamos á tiempo de prepararnos con el Sacerdote, ó de unirnos á él en las exnresiones de su reconoci-

miento; y finalmente que no hay un punto de moral que necesite de ménos discusion y exámen que éste, porque no hay otro sobre el qual hable con mayor seguridad y claridad una conciencia timorata.

Debemos pues acompañar al Sacerdote al pie del Altar para entrar con él en el Santuario: debemos empezar el tremendo Sacrificio por la señal de la Cruz, que á la virtud de representar el misterio de nuestra reconciliacion, junta la de prepararnos los medios que se requieren para ella: esta cruz es la señal del Cristiano, y su distintivo del infiel: la Iglesia nos enseña á usar de ella ántes de empezar qualquiera obra, principalmente las que miran á la religion, y quando la usamos en las obras temporales, y en los trabajos que nos sobrevienen, nos atrae sin duda la bendicion divina, sin la qual todo es infructuoso, así en el orden físico, como en el moral. Por esta causa la Iglesia hizo de esta señal la primera de las ceremonias que componen la Liturgia, y esta práctica es entre todas la mas antigua. Tertuliano y San Cypriano, que son los Eseritores eclesiásticos mas in-

mediatos á los tiempos apostólicos, hablan de este uso, como que era general en todas las Iglesias. La señal de la cruz es una invocacion de todos los misterios de nuestra religion santa, un homenaje que tributamos á las tres Personas de la Santísima Trinidad, y un acto de reconocimiento de quanto ha obrado Dios Padre, Hijo, y Espíritu Santo en favor nuestro. Tributámosle pues este homenaje en todo tiempo y lugar; pero principalmente en aquel en que su misericordia se derrama con mas abundancia.

El Sacerdote extiende esta señal desde la frente hasta el pecho, que es como la hacen comunmente todos los Cristianos; pero no es este uso el único que ha adoptado la Iglesia, porque tambien se hace en la frente, para marcar en ella el carácter de eleccion que debe distinguir un dia los amigos de Dios de aquellos que son el objeto de su ira: tambien se hace en la boca, y por este medio ponemos en ella una Sentinela que nos guarde de hablar, ni una sola palabra contraria al honor que debemos á Dios: se hace asimismo en el pecho para arrojar del corazon todo

afecto desordenado, toda inclinacion peligrosa, y qualquier afecto de la voluntad que se oponga á la de Dios; pero la señal que precede á la oblacion es mucho mas extensa, á fin de que el Cristiano se acuerde que su ofrenda debe ser perfecta, segun que se lo permita su indigencia, ó que á lo ménos debe reunir todas sus facultades, y consagrar todas las potencias del alma, y todas las fuerzas del corazon para alabar, bendecir y dar gracias al Autor de todos los bienes que van á comunicársele en este Sacrificio.

El espíritu de adoracion ha de ser el compañero inseparable de esta primera práctica, y segun este espíritu debe decir el Cristiano con el Sacerdote, entraré al Altar del Señor. Este verso y lo restante del Salmo se dice alternativamente entre el Sacerdote y el asistente, para dar á entender al Pueblo la necesidad de unirse, no solo de corazon y de espíritu, sino tambien recitando las mismas oraciones, ó á lo ménos aquellas, cuyo sentido sea relativo al objeto del Sacrificio. No trato aquí del modo verdadero de oír Misa, porque lo reservo para otro lugar, don-

de no dexaré ninguna duda sobre la materia: hablo aquí para aquellos fieles, que por no saber leer estan obligados á decir algunas oraciones vocales. Sean las que quieran estas oraciones, es indispensable que esten con la atencion mas escrupulosa á las acciones del Sacerdote, y que se pongan en estado de referir todas estas fórmulas, á las que la Iglesia ha consagrado para la divina oblacion. Las personas pues que desean entrar en el espíritu del Salmo, con que empieza la Misa corresponde que le lean algunas veces en particular, y que se penetren de los sentimientos que experimentaba el Profeta, á fin de que cada una de sus palabras sea una expresion sincera de las disposiciones de su corazon al presentarse en el Altar.

A este Salmo sigue la confesion, que el Sacerdote y los asistentes hacen de sus pecados. Esta confesion es absolutamente necesaria para prepararse al Sacrificio de la Ley nueva, y Dios la exigia tambien para todos los sacrificios que habia designado á Israel. El gran Sacerdote quando hacia los Sacrificios públicos; los demas Ministros de la Ley quando inmolaban á Dios las víctimas

por las necesidades particulares; los Israelitas mismos quando llevaban sus ofrendas; estaban obligados por un precepto formal á confesar sus faltas por estas palabras: *he pecado, he sido injusto*. Estos Sacrificios solo eran sin embargo la sobra de la reconciliacion, y las señales estériles de una remision futura; pero en la Misa la víctima se ofrece por el pecado de una manera real y eficaz, y por esto el Sacerdote y los asistentes manifiestan en la confesion su dolor por estas palabras: *pequé gravemente con el pensamiento, palabra y obra*.

Esta fórmula se recita primero por el Sacerdote, porque á él le toca dar el exemplo de esta disposicion, y animar al Pueblo confesándose pecador, y manifestándole que necesita para sí la indulgencia que solicita para sus hermanos. La confesion se repite por el Pueblo, á fin de formar entre los Ministros y los asistentes una especie de concierto, y una armonía de gemidos y de dolor. ¡Ah, cuán diferente es esta armonía de aquella que se oye en el cielo, en donde todos los Espíritus bienaventurados can-

tan la gloria del Dios que adoramos, diciendo: *Santo, Santo, Santo, es el Dios de los exércitos!* El miserable pecador postrado aquí á los pies del Tribunal de su Juez, exclama diciendo para mitigar su cólera: *pequé por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa: compadeceos, Señor, de mis pecados, y mirad el llanto y el dolor que le cuestan á vuestra Iglesia*. De esta manera se explicaba tambien el Profeta, y la confianza que nace de una disposicion semejante es sin duda muy poderosa y fundada. ¡Oxalá que todos los Ministros que ofrecen el Sacrificio unidos á los fieles que asisten á él, presentasen á Dios corazones penetrados de compuncion y de dolor! ¡Oxalá que pudiera decirse de las primeras gradas del Santuario lo que la historia sagrada nos dice de aquel lugar donde Israel reconoció y lloró sus ingratitudes! El Señor escucharía en este lugar, verdaderamente de gemidos, nuestras voces, enxugaría nuestras lágrimas, y nosotros no nos levantaríamos jamas sin estar asegurados de una perfecta reconciliacion. Pero por desgracia la costumbre misma de recitar esta fórmula, es la cau-

sa de la indiferencia, y de la tibieza de los Ministros, y de los asistentes. Hagamos justicia, hermanos míos: si empre que postrados á los pies del Altar decimos: yo confieso á Dios: me acuso en la presencia de Dios de todos los pecados de mi vida: insultamos su justicia si al hacer esta deposicion contra nosotros mismos, no se parte de dolor el corazon. ¿Por ventura hemos reflexionado que Dios puede condenarnos un dia, no solo por nuestro propio testimonio, sino tambien por el de todos los Santos que invocamos en esta fórmula? Una Virgen, que no ha conocido el pecado, un Arcangel que ha triunfado del Príncipe de los demonios, un Santo que no es el amigo del Esposo, sino porque ha sido el enemigo del pecado, dos Apóstoles, ambos pecadores, pero ambos penitentes. nos enseñan con su contricion y sus lágrimas que no se consigue la misericordia sino por el verdadero arrepentimiento: una multitud de Santos que deben al Sacrificio que vamos á ofrecer su victoria sobre el pecado, y una Iglesia que, aunque profanada algunas veces en sus miembros, es inmaculada sin

embargo como el Esposo que la ha acogido, son los testigos, quizá para nuestra confusion eterna, de la confesion que hacemos ante el Señor Todopoderoso. Digo para nuestra confusion eterna, porque si las palabras de la confesion nacen de una alma fria y lánguida; si el pecado no es ni menos conocido, ni ménos amado en nuestro corazon; si la repeticion de las mismas palabras no añade cosa alguna á nuestras resoluciones; ¿no podré yo decir de los pecadores que se explican con tanta frialdad é indiferencia lo que dice un Santo de todos los que oran sin atencion y sin fé, á saber, que se moñan de Dios, sirviéndose de términos que no explican los sentimientos de su corazon? Parémonos un poco en esta reflexion tan propia para renovar en nosotros los sentimientos que nos inspira esta fórmula, como para curar nuestra insensibilidad: y concluyamos diciendo; que muchas veces son tan defectuosos los primeros pasos que damos ácia la Hostia de propiciacion, que exigen una reparacion de nuestra parte, y de la de la víctima, una aplicacion especial del Sacrificio; y que

si hasta aqui ha sido para nosotros infructuoso este Sacrificio, debemos acusar á nuestra disipacion é indiferencia. En adelante, quando presenciemos este Divino Sacrificio, confesemos esta insensibilidad como todos los demas pecados de nuestra vida: he pecado, Señor: por mi culpa ha sido vuestro Sacrificio infructuoso tantas veces para mí: por mi culpa ha subsistido en mí, á pesar de todo el poder de vuestra Sangre adorable, la mancha vergonzosa del pecado: por mi grandisima culpa el mas santo de los Sacrificios, y el mayor de los misterios, me ha encontrado sin fe y sin dolor: y el mas poderoso de los medicos de salvacion sin fervor, sin reconocimiento y sin amor al mayor de todos los beneficios.

Dios mio, así lo confieso: haced que mi confesion, inspirada por el dolor mas vivo, y seguida de una pronta indulgencia, me consiga una reconciliacion eterna. Así sea.

SEGUNDA INSTRUCCION

SOBRE

LA MISMA MATERIA.

EPÍSTOLA DE SANTIAGO, cap. 5. v. 16.

Orad los unos por los otros, para que seais salvos.

EL Apóstol Santiago es el que da este consejo á los fieles de los primeros siglos, despues de haberles dicho: confesad pues vuestros pecados uno á otro. Esto es precisamente lo que hace la Iglesia en esta parte de la Misa que os hemos explicado, y que tambien va á fixar hoy nuestra atencion. Esta confesion mutua se hace por el pueblo, y por el Sacerdote recitando ambos la fórmula destinada para hacer la confesion de sus pecados, y despues se desean

recíprocamente en las demas oraciones que siguen la misericordia de su Dios.

No perdamos de vista, hermanos míos, que la contricion es la disposicion esencial que debe conducirnos al Sacrificio de la Misa, como la Iglesia nos lo hace entender en las diferentes oraciones que ha consagrado para este fin. Ella nos enseña que á proporcion que se manifiestan en este misterio la paciencia, la bondad y la dulzura de Jesu-Cristo, debemos nosotros manifestar también un temor respetuoso, una humildad profunda, y una total desconfianza de nosotros mismos: que el estado de justicia y de santidad no solo es necesario en el Ministro que ofrece, y en los asistentes que por la Comunión Sacramental participan realmente del Sacrificio, sino que es asimismo una obligacion indispensable de todos los que participan de él espiritualmente: de manera que si no llevamos la justicia original conservada en toda su integridad, ó reparada por la penitencia, debemos á lo menos llevar un principio de amor, y el deseo mas vivo de conservarle; y penetrados pues de estas ver-

dades, sigamos á la Iglesia meditando atentamente las oraciones que ha dispuesto.

El Sacerdote y los asistentes imploran ante todas cosas la misericordia de nuestro Dios y Señor; porque saben que si son admitidos á la participacion de un misterio tan grande, no es á título de justicia, ni por razon de un mérito propio y personal, sino que todas las gracias que Jesu-Cristo va á dispensarles, son el efecto de una compasion del todo gratuita. Ellos conocen que la remision de los pecados es el efecto esencial de este Sacrificio, efecto que Jesu-Cristo quiere hacer depender de la confesion, y para manifestarlo así dicen alternativamente esta oracion: *el Señor Todo-poderoso tenga misericordia de ti, ó de vosotros, y perdonados tus pecados te lleve á la vida eterna.* En fin, ellos reconocen que la victima de propiciacion es también la prenda de una feliz inmortalidad.

¡Oxalá que la caridad mutua nos animase quando recitamos esta fórmula, y que los simples fieles pidiesen con ardor para el Sacerdote la misericor-

dia, la indulgencia y la remision perfecta de sus pecados, considerando que el buen suceso de su ministerio depende mucho de las disposiciones con que se presente en el Altar! Aunque Jesu-Cristo, á pesar de la indignidad y baxeza de sus Ministros, pueda obrar y obre realmente en los corazones prodigios de misericordia; ¿será sin embargo muy apreciable á sus ojos, y de grande utilidad para los asistentes un Sacerdote que haya purificado con la gracia los labios y el corazon. Las peticiones que haga en nombre del Pueblo serán escuchadas siempre, porque estarán revestidas de la justicia del mismo Jesu-Cristo, y serán guiadas por su espíritu, y conformes á las miras que tiene en su Sacrificio. Pero si tal pureza se pide en los Sacerdotes, los Cristianos que asisten á la Misa deben estar animados tambien del espíritu de caridad, y revestidos de toda justicia. Así unos y otros inclinados al pia del Altar, exclaman con el mismo espíritu, y la misma confianza, diciendo: *Dios mio, si nos vuelves tu rostro, nos darás vida nueva, y tu Pueblo se regocijará en tí. Haznos sentir, Señor,*

los efectos de tu misericordia, y danos el Salvador que viene de ti. Señor, oye mi oracion, y llegue á ti nuestro clamor. Estas son las últimas oraciones que se dicen al pie del Altar, las quales son de un uso muy antiguo en la Iglesia, y reunen en sí la brevedad y la energia conforme al precepto que Jesu-Cristo dio á sus Apóstoles quando les dice: *orad en pocas palabras.* En efecto, debemos evitar con todo cuidado las oraciones largas y enfáticas de los Fariseos. Las oraciones breves son fáciles de retener por el comun de los fieles, y muy proporcionadas para usarlas en las diferentes necesidades de la vida, y así la Iglesia las repite comunmente ántes de empezar las horas canónicas.

El Sacerdote sube al altar, y reconociendo siempre que la pureza del corazon es la primera disposicion que exige el Sacrificio, dice la oracion siguiente: *Te sulpicamos, Señor, que nos perdones, y apartes de nosotros nuestros pecados, para que podamos entrar en el Santuario con la pureza debida. ¿Cuál es, mis hermanos, esta pureza que pide el Sacerdote para sí, y*

para los asistentes, sino una pureza desprendida de toda pasion, y libre de todo afecto peligroso: una pereza de docilidad y de fé, que cree sin examinar, sin contradecir ni disputar quanto nos enseñan la ley y la revelacion: una pureza de vigilancia y de fidelidad que abraza y practique con gusto todas las obligaciones Cristianos: una pureza de fervor y de piedad para presentarse en el Altar, abrasado en el amor mas vivo, y penetrado del mas profundo reconocimiento: una pureza de contricion y de humildad para conocer su indignidad y su baxeza? Esta es la pureza que pide el Sacerdote, y que exige Jéscristo en todos los que vienen a presentarse el Sacrificio, y que los Cristianos deben atraer con la oracion, y alimentar con los buenos deseos del corazon. El Profeta Rey estaba bien penetrado de estas disposiciones, quando decia: *Señor, ¿quén sera digno de habitar vuestro Tabernáculo, y descansar sobre vuestro santo Monte, sino el que anda por caminos rectos, y que practique las obras de justicia?* Temamos por tanto mas que la muerte misma todo aquello que puede excluirnos del

Santuario, porque esta separacion es en realidad una verdadera muerte, y digamos sin cesar: Señor, perdónanos, ten misericordia de nosotros, y destruye en nuestros corazones hasta las menores raíces del pecado.

Llegado el Sacerdote al Altar, y convencido de nuevo de sus pecados, de la necesidad de impetrar la misericordia, y de la ineficacia de sus propios méritos, dice la oracion siguiente: *Suplicámoste, Señor, por los méritos de tus Santos, cuyas reliquias estan aquí, y de todos los demas que te dignes perdonarme todos mis pecados.* El Sacerdote se inclina al decir esta oracion, besa el Altar, invocando á los Santos, y la Iglesia que no establece ninguna ceremonia sin aplicarla un sentido espiritual, quiere por estos medios acordarnos la humildad y la confianza, estas dos virtudes sublimes, que hacen la felicidad de los Cristianos ilustrados, que saben huir de los excesos en que incurren algunos timoratos, pero poco instruidos. Desde este momento el Sacerdote, á pesar del conocimiento de su baxeza, y de su indignidad, ya no habla sino de confianza, de contricion y de temor:

su postura misma está indicando el estado de un delinquente, indigno de las miradas de su Dios. He aquí las palabras y la aptitud que corresponden siempre á un pecador, y que en general convienen á todos los que participan del mismo Sacrificio; pero como no debe sin embargo suponerse en unos y otros la baxeza voluntaria y sacrílega, que es el fruto de la obstinacion, y del endurecimiento, es admitido el Sacerdote á besar el Altar, que es la figura de Jesu-Cristo; y entónces con humilde confianza se constituye en el número de los amigos del Esposo, de los convidados á su mesa, y de los Ministros consagrados para servirle. ;Oxalá que los Cristianos tibios é indiferentes se acuerden siempre de que este puesto honroso no está destinado sino para los que conozcan y confiesen sus pecados, y que el abuso mas opuesto á este Sacrificio es el presentarse en el templo, y asistir á la celebracion de los santos misterios, sin considerar la miseria de su corazon, sin convertirse á examinar su propia enfermedad, sin desconfiar como deben de sus propias disposiciones, y sin temer la Magestad del Dios que se va á

inmolar sobre el Altar; pero el Cristiano tímido debe asegurarse y persuadirse que las enfermedades diarias, siempre combatidas y detestadas, que las fragilidades inevitables, pero reparadas con el ejercicio de las virtudes cristianas, no son quando subimos al Altar sino un motivo para llorar nuestras culpas, y que Dios á pesar del odio implacable que tiene al pecado, y de la santidad de su justicia, ha establecido este Sacrificio como un medio para poder baxar á la tierra sin comprometer su justicia y su divinidad; y para que nosotros pudiésemos subir hasta su trono sin ultrajar su Majestad y su grandeza.

En esta oracion se acaba la primera parte de la Misa, que hemos llamado preparacion. Nos importa pues ántes de ir mas adelante en la explicacion de las fórmulas de la Liturgia, reunir baxo un solo punto de vista todas las reflexiones, que esta primera parte nos presenta.

Ya hemos distinguido dos suertes de preparaciones, la una particular y secreta, y la otra pública y comun. La primera mira especialmente á los Ministros, los quales estan precisados á re-

zar las oraciones que la Iglesia ha establecido para este objeto; pero el pueblo no está dispensado por esto de los sentimientos que contienen estas oraciones, y esta es una suerte de preparacion preliminar, á la qual debe sujetarse todo Cristiano quando se dispone á oír la santa Misa: es decir, que su respeto y su reconocimiento deben precederle en alguna manera al Altar, porque es imposible, si se presenta sin ninguna preparacion, que su corazon y su espíritu se presten facilmente á las diferentes disposiciones que exige este Sacrificio.

La segunda preparacion consiste en las oraciones que dice el Sacerdote al pie del Altar. La omision en este punto es siempre reprehensible, y la falta de asistencia sin motivos y razones justas á esta parte de la Misa, será culpable á pesar del pretexto que suele alegarse de si pertenece ó no á la esencia del Sacrificio. Esta reflexion tiene tambien lugar para aquellos que, aunque se hallan presentes, tienen su espíritu y su corazon muy distantes de los sentimientos que la Iglesia nos inspira por medio de estas oraciones.

Empieza esta parte con la invocacion de la adorable Trinidad. La señal de nuestra redencion anuncia ya el efecto que debe tener el Sacrificio, y desde este momento no habla el Sacerdote sino de sus pecados, y de los del Pueblo: ya no piensa sino en indulgencia y misericordia: en una palabra, se ve en su persona la figura del verdadero Isaac, cargado con el madero de su Sacrificio, y dispuesto á subir al lugar de la inmolacion, cubierto á los ojos de su Padre con los pecados que va á reparar, y penetrado al mismo tiempo de la idea de su la inflexible justicia, que no dexa ningun pecado sin castigo, y de su misericordia inefable que jamas abandona al pecador á la desesperacion y al desaliento. ¿Será posible que la costumbre de asistir á ceremonias tan augustas y tan tremendas nos haga insensibles? ¿Será posible que nuestro corazon desde el principio de esta accion santa no se corra, segun la expresion del Profeta, como la cera que se derrite al fuego? Las santas Mugeress que á las puertas de Jerusalem vieron subir á Jesu-Cristo al Calvario ¿tuvieron un espectáculo mas interesante que

el que se nos presenta en esta primera circunstancia de la Misa? Aquel espectáculo sin duda fué mucho mas sensible, porque los objetos exteriores hacen siempre mas impresion en todos los que se dexan conducir por los sentidos; pero mirando con los ojos de la fé uno y otro paso de Jesu-Cristo, me parece en alguna manera mucho mas digno de mi atencion y de mi amor á los pies del Altar, que á los pies del Calvario. Allí iba á consumir con una sola oblation la salud de los hombres, y aquí se ofrece sin intermision, y se ofrecerá hasta que ponga término á los siglos: allí las hijas de Jerusalem solo fijaban su vista en el hijo mas hermoso y mas sensible de los hombres, inmolado al furor de sus enemigos: aquí veo á Jesu-Cristo cargado con mi cruz, revestido de mis flaquezas, que ofreciéndose para mi redencion quiere conducirme al lugar de su Sacrificio: allí solo se presenta á Israel un objeto de terror y de espanto, y aunque diferentes veces habia dicho que el que quisiese ser su discípulo llevase su cruz, y le siguiese; sin embargo no hay quien quiera subir con él al Calvario

para no verse expuesto á participar de los horrores de su Sacrificio, y así los Apóstoles no le siguen sino de léjos; pero aquí todo me anima y me asegura; nada me espanta en el espectáculo que se me ofrece á la vista: ya no se derrama la sangre de la víctima: ya no me parecerá cruel el Sacerdote que la sacrifica, ni el Pueblo que participa de ella: yo no veré aquel furor sanguinario de los Judíos, y por esta causa exclamaré con la Esposa de los Cántares: Señor, subid al Altar de vuestro amor, y llevadme con vos: yo vuelvo á vos atraído por el olor de vuestros perfumes, es decir, por las virtudes que me habeis enseñado vos mismo: arraygadlas pues en mi corazon, y haced que el temor, la humildad y la contricion me conduzcan á vuestro amor, y este amor á gozaros eternamente. Así sea.

el que se nos presenta en esta primera circunstancia de la Misa? Aquel espectáculo sin duda fué mucho mas sensible, porque los objetos exteriores hacen siempre mas impresion en todos los que se dexan conducir por los sentidos; pero mirando con los ojos de la fé uno y otro paso de Jesu-Cristo, me parece en alguna manera mucho mas digno de mi atencion y de mi amor á los pies del Altar, que á los pies del Calvario. Allí iba á consumir con una sola oblacion la salud de los hombres, y aquí se ofrece sin intermision, y se ofrecerá hasta que ponga término á los siglos: allí las hijas de Jerusalem solo fijaban su vista en el hijo mas hermoso y mas sensible de los hombres, inmolado al furor de sus enemigos: aquí veo á Jesu-Cristo cargado con mi cruz, revestido de mis flaquezas, que ofreciéndose para mi redencion quiere conducirme al lugar de su Sacrificio: allí solo se presenta á Israel un objeto de terror y de espanto, y aunque diferentes veces habia dicho que el que quisiese ser su discípulo llevase su cruz, y le siguiese; sin embargo no hay quien quiera subir con él al Calvario

para no verse expuesto á participar de los horrores de su Sacrificio, y así los Apóstoles no le siguen sino de léjos; pero aquí todo me anima y me asegura; nada me espanta en el espectáculo que se me ofrece á la vista: ya no se derrama la sangre de la víctima: ya no me parecerá cruel el Sacerdote que la sacrifica, ni el Pueblo que participa de ella: yo no veré aquel furor sanguinario de los Judíos, y por esta causa exclamaré con la Esposa de los Cántares: Señor, subid al Altar de vuestro amor, y llevadme con vos: yo vuelvo á vos atraído por el olor de vuestros perfumes, es decir, por las virtudes que me habeis enseñado vos mismo: arraygadlas pues en mi corazon, y haced que el temor, la humildad y la contricion me conduzcan á vuestro amor, y este amor á gozaros eternamente. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE LOS KYRIES.

PSALMO VI. V. 5.

Apídate de mí, Señor, porque enfermo soy.

ESTAS palabras, hermanos míos, son de un uso muy frecuente en la Escritura, y el sentimiento mas natural de todo hombre que conoce su miseria, y la misericordia de su Dios. La Iglesia se sirve tambien de estas palabras en sus oraciones, y son unas de las primeras que dirige á Dios ántes de ofrecer el Sacrificio. No hay un Cristiano que quando se ve agoviado de los peligros y de las aficciones no exclame naturalmente diciendo: Señor, ten piedad de mí; pero decir estas palabras sin penetrarse de los sentimientos que deben acompañarlas, no pre-

ducen el fruto y la utilidad que encierran en sí mismas. Así lo declara Dios por la boca de uno de sus Profetas diciendo: ¿sobre quién echaré una ojeada de compasion y de misericordia? sobre aquel que conociendo su miseria, se cree verdaderamente pobre sin mi auxilio: sobre aquel que á la vista de sus culpas se cubre de confusion, y rompe su corazon de dolor: sobre aquel que meditando atentamente mis juicios y mis justicias, se penetre del temor saludable que deben inspirarle mis palabras. ¿Qué nos dira nuestro corazon si le preguntamos sobre las disposiciones que hasta el dia hemos tenido para decir esta oracion? Muchas veces hemos dicho con el Sacerdote, y cantado con la Iglesia: *Apídate de mí, Señor*; pero menospreciando el sentido de estas palabras, quizá hemos dicho con frialdad la oracion mas propia para inspirarnos los sentimientos de compuncion y de dolor.

Instruyámonos pues, hermanos míos, de la antigüedad de esta oracion, y de los motivos que ha tenido la Iglesia para ordenarla. Esta parte de la Misa

pide con mucha razon que renoveis la consideracion y el respeto: ella está destinada especialmente á la oracion, y se compone del Introito, de los Kyries, del Gloria, del Dominus vobiscum y de la Colecta. Estas diferentes oraciones harán la materia de tres instrucciones muy curiosas é importantes.

La oracion del Introito está formada de algunos versos de un Psalmo, que tiene relacion con los diferentes misterios que expone la Iglesia á nuestra consideracion. Estos versos se cantan por el coro en las Misas solemnes, miéntras que el Sacerdote y el Ministro recitan al pie del Altar las oraciones preparatorias. En otro tiempo se decia todo entero, y se repetia muchas veces alternando los dos coros, y ahora despues de haber dicho el Gloria se repiten los versos que se dixéron al principio. Algunas Iglesias conservan todavía el uso de recitarlos hasta tres veces en las grandes festividades, y este uso se refiere al objeto principal de esta oracion, que es el de poner en nuestra boca, ó por mejor decir en el corazon, alguno de aquellos vivos sentimientos que penetraban

á los Santos del Testamento Antiguo sobre la venida del Mesías, porque nosotros esperamos como ellos en esta parte de la Misa que se abran los cielos, y caiga sobre la tierra el rocío fecundo que debe fertilizarla. La disposicion esencial que se requiere en esta parte de la Misa es el fervor, bien sea que cantemos con el coro las oraciones, ó que las recitemos con el Sacerdote.

El coro alternativamente en las Misas solemnes, ó el Sacerdote y el Ministro en las rezadas, repiten tres veces *Kyrie eleison*, que son tres palabras griegas, que significan *Señor, Cristo ten piedad de nosotros*. En los primeros tiempos se decia esta oracion llena de misterios, y casi tan antigua como la Iglesia, para atraer sobre los Catecúmenos la gracia de la justificacion. La Iglesia ha tenido alguna variacion sobre el tiempo de decirla, así como sobre la manera y el número de veces que debe repetirse: en los primeros siglos se decia despues del Gloria; en ocasiones lo dexó á la eleccion de los Ministros; otras decia igual número de veces, *Señor, ten piedad de nosotros, que Cristo, ten piedad de nosotros; y*

ahora repite nueve veces esta invocacion para imitar, como dicen los autores místicos, á los nueve coros de Angeles que bendicen incesantemente la grandeza y la misericordia de Dios. La Iglesia dice tres veces *Kyrie eleison* para honrar al Padre primera persona de la Santísima Trinidad, tres veces *Christe eleison*, para honrar al Hijo, y otras tres para honrar al Espíritu Santo. La Unidad y la Trinidad de las personas estan perfectamente expresadas en esta fórmula: la Unidad, porque cada invocacion particular se hace hasta tres veces para denotar que no es posible honrar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo sin honrar toda la naturaleza divina de estas tres personas en toda su unidad; y la Trinidad por una invocacion especial y particular de estas tres personas realmente distintas.

Esta oracion se canta con un tono elevado, porque ella es en alguna manera el grito del corazon, y la expresion de una alma que está agoviada baxo el peso de su miseria: nuestras repeticiones son otras tantas instancias diferentes que nos inspira el temor de no ser oidos, y la intencion de la Igle-

sia está bastante bien demostrada en el modo cantar esta oracion. Escuchad una reflexion que quizá no habeis hecho hasta el dia; pero digna de atencion muy particular. En las misas cantadas el coro empieza con un tono muy baxo, y lo va elevando poco á poco hasta estas últimas palabras, *Señor, ten piedad de nosotros*, que se dicen regularmente con todo el lleno de voz. ¡Qué útil nos seria, hermanos míos, aumentar nuestros sentimientos á medida que levantamos la voz, de manera que cada una de estas invocaciones añadiese alguna cosa á nuestro fervor! El ciego de Jericó, quando la turba queria imponerle silencio, levantaba mas el grito, y decia: Jesus, Hijo de David, ten misericordia de mí. Imitemos nosotros un exemplo tan poderoso, y echemos á un lado las ideas y las distracciones importunas que vienen á turbar nuestra oracion; y si ellas todavía son tenaces, resistámoslas valerosamente repitiendo estas palabras, *Señor, ten piedad de nosotros*.^(R)

La Cananea nos ha dado una muestra del valor de la oracion. Jesu-Cristo para probar su fe, se hace al pa-

recer sordo á sus deseos; pero ella no se detiene sino que clama mas vivamente diciendo, Señor, ten piedad de mí; y su constancia y su fe la consiguen la gracia que pide, y la merecen un testimonio á que no se consideraba acreedora. Imitemos nosotros esta fe tan pura: si Dios calla por un efecto de su justicia, avivemos nuestra confianza, y penetrados de nuestra miseria, asegúrenos en la dignidad de Jesu-Cristo nuestro Redentor, por cuyo medio nos dirigimos á Dios y Padre y digámosle con grandes voces: *Cristo, ten piedad de nosotros.*

Demos á esta oracion toda la extension de que es susceptible, y reflexionando sobre cada una de estas invocaciones particulares, veamos si podemos excitar nuestro fervor aplicándola á los atributos principales de las tres personas de la adorable Trinidad.

Invocamos á Dios Padre como á nuestro Criador, y le decimos con su Profeta: Señor, Vos nos habeis formado del limo de la tierra: Vos conocéis toda nuestra fragilidad, nuestras imperfecciones y defectos. Nosotros tambien, Dios mio, los conocemos, porque quan-

do queremos ofreceros nuestros respetos y adoraciones, sentimos allá en el interior de nuestro corazon un peso que no nos dexa levantar de la tierra: un yugo pesado, como lo habeis dicho por uno de vuestros siervos, se dexa caer sobre la obra de vuestras manos. No deberemos en este estado clamar desde lo íntimo de nuestra miseria y corrupcion, diciendo: *¿Señor, ten piedad de nosotros?*

Invocamos á Dios Padre como á nuestro conservador, y le decimos: conocemos, Señor, que por un milagro hemos salido de la nada, y que otro milagro continuo nos está sosteniendo para no volver á entrar en ella. Todo quanto nos rodea amenaza los dias de nuestra vida: todo en nosotros y fuera de nosotros es un principio de destruccion: si vuestra mano no bendice el pan que nos alimenta, y el ayre que respiramos, aquí mismo encontraremos la enfermedad y la muerte: si esta mano poderosa no aparta los peligros y los riesgos de que estamos rodeados, ¿quién podrá evitar nuestra caída? Pero todavía en el órden espiritual reconocemos otra conservacion mucho mas

preciosa, porque en ella se interesa el alma que es el mayor bien entre todos: la gracia siempre está pronta á salirse de nuestro corazon como de un vaso fragil y quebradizo, como de una tierra abierta por todos lados, y atemorizados con tantos peligros no exclamaremos diciendo: *Señor, ten piedad de nosotros?*

Invocamos al Padre baxo esta misma qualidad que se ha dignado tomar para nosotros por un efecto de su bondad; y este nombre solo es un título poderoso de confianza, y para este Señor un motivo de conmisericordia. Sí, él es un Padre que conoce nuestras necesidades, que escucha nuestras oraciones, y que penetra las simples preparaciones del corazon: sí, él es nuestro Padre; pero de unos hijos ingratos, indóciles y desnaturalizados, que abusan de sus socorros y sus gracias, que desconocen sus consejos y sus preceptos, que menosprecian sus inspiraciones: sí, él es nuestro Padre, y por esta causa nos castiga, nos aflige, nos abate y nos humilla; pero nosotros somos hijos rebeldes, que le detestamos, y que murmuramos de la mano que quiere

probarlos. ¡Ah! ya que nuestra conducta es tan depravada y viciosa, no deberemos clamar de todo corazon diciendo: *Señor, ten piedad de nosotros?*

Invocamos al Hijo en el momento del Sacrificio, como el Pontífice escogido por el Eterno Padre, y que revestido de la naturaleza humana, conoce todas sus enfermedades: como un Pontífice compasivo que no necesita ofrecer por sí mismo, ni solicitar la remision de sus propios pecados, sino que se ha hecho en alguna manera propios y personales los de todo su pueblo, á fin de compensar con su santidad esencial las ofensas que ha recibido su Padre: como un Pontífice apartado de los pecadores; pero que sin embargo vive con ellos, que conversa con ellos, y participa de todas sus miserias sin participar de su corrupcion. Este es el que invocamos, como el Cristo, el Ungido del Señor, y á quien pedimos con repetidas instancias la indulgencia y la misericordia.

Invocamos al Hijo como víctima, esperada por tantos siglos, para subrogarse en lugar de las víctimas carnales que por sí eran insuficientes para

obrar la reconciliacion: víctima que reune en sí todos los méritos que las otras hostias presentaban solo en figura: víctima al mismo tiempo de propiciacion, de expiacion, de impetracion, y de accion de gracias: víctima en que nuestra indigencia halla todo quanto necesita, y nuestra dependencia todo lo que debe á Dios; de manera que si nos presentamos á los pies de sus Altares con las manos vacías de los dones que debiamos presentarle, encontramos en Jesu-Cristo ofrendas dignas de su grandeza, objetos los mas propios para mitigarle, y méritos los mas capaces para que tome interes en la miserias nuestras. Por tanto levantamos la voz, y decimos: *Cristo, ten piedad de nosotros.*

Invocamos al Hijo, como un hermano nuestro; pero no como un hermano envidioso, orgulloso con su primogenitura, que mira su propia sangre con desprecio, y la herencia del Padre comun con un deseo y una codicia insaciables: el hermano que tenemos por el Sacramento de la adopcion, no se desdëña de llamarnos por este nombre, ni se avergüenza de que nosotros le lla-

memos, ni tampoco quiere usurparnos el derecho de llamar á Dios nuestro Padre, ni que dexemos de considerarnos herederos de su reyno, y coherederos de su Hijo: él es el Primogénito, el Xefe de los predestinados, el heredero presuntivo de quanto existe; y si es zeloso de todos estos títulos, solo es para dividirlos con nosotros. ¿No tendremos pues sobrado fundamento para decirle llenos de confianza; *Cristo, ten piedad de nosotros?*

Invocamos al Espíritu Santo como el Santificador de nuestro corazon. Desde el instante en que su uncion nos ha marcado con el sello de la adopcion, se ha abierto para nosotros el tesoro inefable de la gracia. En la Confirmacion nos ha sido dada la plenitud de los dones de Dios: todas nuestras buenas obras en el orden de la salvacion nacen de este principio: él mismo ha formado en nuestro corazon todos los buenos pensamientos: nuestra voluntad, nuestros deseos, quando se conforman con la voluntad divina, son movidos por este Espíritu; y la Víctima misma que va á inmolarse sobre el Altar, saca de su seno el fuego que

debe consumirla. Espíritu de santidad, de caridad y de luz, abrasa nuestro corazon, purifica nuestras manchas con el fuego de tu amor; ablanda un corazon mas duro que las piedras y los metales con la fuerza y la vivacidad de tu fuego; calienta con esa llama divina un corazon frio y lángido. Estos prodigios serán para nosotros una prueba de la compasion y de la misericordia que imploramos.

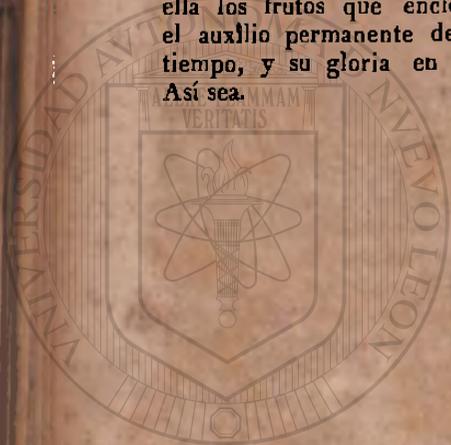
Invocamos al Espíritu Santo como el consejero de nuestro espíritu. El es á quien debemos consultar en todas las empresas, y preguntar en las dudas; su luz es la que nos hace conocer y discernir lo que es santo, lo que es justo, lo que es loable; él es quien puede preservarnos de los escándalos; él es quien puede ilustrar nuestros pasos y desviarlos del camino del pecado; en fin con este Espíritu podemos decir con el Profeta que somos mas sabios que los ancianos; esto es, que aquellos que hemos tenido por maestros en la ciencia de la salud, y quanto mayor es nuestra ignorancia, debemos exclamar con mas fuerza diciendo: Señor, Dios de toda luz, ten piedad de nosotros.

Finalmente el Espíritu que invocamos es el Esposo de nuestras almas. En este miserable destierro que debemos considerar como una verdadera viudez, nos visita este Esposo de tiempo en tiempo; pero mas particularmente en el momento del Sacrificio, donde va á formar para la Iglesia hijos nuevos, corazones nuevos y almas del todo nuevas. ¡Oxala que participemos de esta consoladora renovacion! Divino Espíritu, haz que este Sacrificio renueve nuestra fe de manera que las tinieblas del error no puedan apagarla; que avive y fortalezca nuestra esperanza de suerte que no puedan alterarla quantas miserias y males hay en la tierra; y que nuestra caridad sea tan fervorosa, que nunca sienta la indiferencia con relacion á Dios, ni el aguijon del resentimiento con el prójimo, ni la frialdad y el abandono de nuestras obligaciones. Muéstranos, Divino Espíritu, la terneza y la conmiseracion de un esposo que compadece nuestras flaquezas.

Estas pocas palabras bastan para indicar á un Cristiano ilustrado por la fe, y animado por la caridad, las dis-

posiciones que deben acompañar á esta oración, y para enseñarle á sacar de ella los frutos que encierra que son el auxilio permanente de Dios en el tiempo, y su gloria en la eternidad.

Así sea.



INSTRUCCION

SOBRE

EL GLORIA IN EXCELSIS.

EVANGELIO DE SAN LUCAS, cap. 2. v. 14.

Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.

La Iglesia uniendo siempre las alabanzas con la oración consagra todo este cántico para darselas á Jesu-Cristo, que se hace nuestra víctima en el Sacrificio de la Misa. Entonado primero por los Angeles, y adoptado despues por los Padres de los primeros siglos, es ahora general en toda la Iglesia, y hace una parte de la preparacion del Sacrificio, con el fin de acordar á los fieles la grandeza, la santidad y la ca-

ridad de la Hostia, que se va á ofrecer por su salud. No intento, mis hermanos, explicaros largamente cada una de sus palabras en particular, porque teneis libros sólidos y católicos donde podreis satisfacer vuestros deseos; pero siguiendo el orden que me he propuesto en estas instrucciones, examinaré los motivos que influyen para respetarle, y los que pueden inspirar el deseo de conocer su espíritu en toda la extension posible. Quando se trata de las diferentes partes que componen nuestros Divinos Oficios, temamos siempre que la costumbre no degenera en rutina, y que nuestra imaginacion no se distraiga de unas prácticas tan propias para despertar nuestra fe, y abrasar nuestras almas.

Así como es difícil determinar el tiempo en que la Iglesia empezó á usar de este cántico, es fácil penetrar las miras que la determinaron á recitarlo ántes de la celebracion de nuestros santos misterios. Muchos autores fixan la época de este establecimiento en los tiempos Apostólicos; pero el mayor número lo refiere al segundo siglo. En aquellos tiempos no solo se hacia uso

de él en la Misa, sino que, segun reconocemos en muchos lugares, era una de aquellas oraciones que decian las mugeres Christianas en la mañana, sin duda para traer á la memoria al despertarse el dulce consuelo, que experimentaron los Pastores de Betlen, quando los Angeles vinieron á anunciarles que habia nacido su libertador. ¿Pero no seria muy conveniente el renovar en las easas este uso, ó á lo ménos meditar esta oracion durante el tiempo que ha consagrado la Iglesia, para hacernos á la memoria este acontecimiento precioso? Esta santa costumbre seria ciertamente poderosa para enseñar á los fieles á meditar con mas atencion unas palabras, que se dirigen á renovar nuestro amor, y nuestro reconocimiento á Jesu-Cristo.

Este es el objeto que se ha propuesto la Iglesia, dando un lugar á este cántico entre las oraciones que sirven de preparacion para el Sacrificio; y aunque por espacio de mas de ochocientos años nadie sino el Obispo podia decirle, despues gozaron de este privilegio por una concesion especial algunos Sacerdotes; y Ordenes religio-

sas, particularmente en las fiestas principales, como por exemulo la Natividad, la Resurreccion, y otras: permitió por último que siempre que sus Ministros subiesen al Altar, pudiesen dirigir á Dios, en nombre de los asistentes, una alabanza tan propia para disponer sus corazones á todos los sentimientos que exige el Sacrificio. Pero como ella solo respira una santa alegría, ha dispuesto asimismo la Iglesia que se omita en los dias de penitencia que estan destinados á recordarnos la guerra que Jesu-Cristo ha hecho al pecado, y la que debemos hacer segun su exemplo á nuestras pasiones mortificando los sentidos. En efecto estos dias no le parecieron propios á esta dulce Madre para hablarnos de una gloria, y de una paz, que nuestros pecados turban con frecuencia; ¿pero acaso hemos pensado alguna vez hacer de la privacion de este cántico un objeto de mortificacion? ¿Tanta ha sido nuestra solicitud para recitarle? ¿Por ventura hemos llorado al vernos precisados á callar sobre la excelencia de las qualidades de Jesu-Cristo para con nosotros? Si quando la Iglesia le sus-

pende nos hiciésemos justicia, ¿no deberiamos mirarnos como hijos que arroja de sí un Padre irritado? Deberiamos llevar las señales exteriores que nos caracterizan como sus hijos? En adelante, pues hermanos míos, elevemos nuestros corazones quando el Sacerdote eleve las manos para recitar este oracion: quando él levanta sus ojos al cielo, levantemos nosotros nuestras almas, y quando junta las manos, como para apoderarse de la heredad, debemos con el deseo abrazar los bienes eternos. Este es el sentido y la idea que nos dan del Sacrificio que se va á ofrecer las ceremonias de este cántico, *gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.* Esta union de la gloria y de la paz, que es todo el fruto del Sacrificio de la Misa, es el cumplimiento de aquella profecía de David, que dice: *se encontraron la misericordia y la verdad y se besaron la paz y la justicia.* En efecto en este Sacrificio es donde se hace sensible esta alianza para reparar las ofensas que el pecado ha hecho á la Magestad de Dios, y para abolir los anatemas que su jus-

ticia había fulminado contra los pecadores. Dios encontrará su gloria en la obediencia y en la humildad de un Hijo que repara nuestros pecados, y que suple nuestros descuidos; y el hombre encontrará la paz en la union con Dios, restablecida por este Sacrificio; en la victoria sobre sus pasiones que le procura este Sacrificio, y en la posesion de Dios, que le asegura este Sacrificio mismo. Pero consideremos atentamente que esta paz solo se ha ofrecido á los hombres de buena voluntad; es decir, á los que asisten al Sacrificio con una voluntad pronta para detestar, evitar y reparar el pecado; una voluntad contraria á la voluntad propia, que segun la bella expresion de San Bernardo, es la causa única de nuestra perdicion; una voluntad humilde y desconfiada de sí misma, que no tome por resoluciones esos deseos vagos, esos designios pasajeros que nacen en los primeros instantes de fervor, y que se disipan á la primera tentacion.

Este cántico solo debiera estar en boca de los hijos verdaderos de la paz; Oxalá que fuese posible prohibirsele á tantos corazones agitados por la vio-

lencia de las pasiones, dominados por afectos criminales, y llenos de resentimientos y amargura! En los primeros siglos hacia este cántico parte de la Misa de los Catecúmenos; y aunque la Iglesia estableció despues penitencias muy duras para los pecadores, no tuvo por conveniente quitarles el consuelo de unirse con el Ministro que lo recitaba, sin dudo para que les sirviese de instruccion, y les hiciese manifiesto un título, por el qual podrian participar un dia de la oblacion de la víctima propiciatoria. Es indispensable por tanto que todos los pecadores lloren las acciones con que han eclipsado la gloria de Dios, y que estudien el modo de restablecer una paz que el pecado ha turbado en su corazon: es preciso que confiesen en presencia del Señor que una voluntad perversa y corrompida les ha llevado al abismo de la iniquidad, y que pidan aquella voluntad recta y sincera que dispone siempre los corazones para el bien, que no hace sino la voluntad de Dios, y que no quiere otra cosa que agradarle, segun se explica el Apóstol. Los homenages de los pecadores ani-

mados con estas disposiciones, son quizá los mas interesantes, los mas agradables á Dios, y los mas conformes al fin del Sacrificio. Este homenaje está unido con el de los justos que alaban, y adoran, bendicen, y glorifican; que dan acciones de gracias, y forman un concierto digno del Dios á quien se dirigen; de los Angeles que empezaron á cantar este cántico; de la Iglesia que lo ha establecido, y de la víctima que tiene aplicados á él todos sus méritos.

Os alabamos, Señor, porque vuestra justicia, cediendo á vuestra misericordia, quiere ilustrar á los que duermen baxo la sombra del pecado, y vivificar á los que desfallecen baxo el peso de las mas vergonzosas enfermedades; os alabamos porque teneis la bondad de llamar y convidar para el cielo á todos los que por el pecado estaban separados de él para siempre, y sobre todo, porque habiendo aborrecido los Sacrificios de la ley antigua, habeis tenido el cuidado de proveer vos mismo el holocausto en la nueva. Este es, ó Dios mio, el objeto de nuestras alabanzas, de las cuales sois vos el principio y el fin.

Adoramos, Señor, al que viene en vuestro nombre, para ser nuestro Sacerdote, nuestra Víctima, y nuestro Rey: adoramos el nombre que quiso tomar desde la eternidad, porque es inefable: le bendecimos baxo el que se ha dignado escoger entre nosotros, porque él es nuestro auxilio: bendecimos, no el dia de nuestro nacimiento, que verdaderamente es de maldicion y de anatema, sino el de nuestra regeneracion que nos ha hecho vuestros hijos, las ovejas de vuestro rebaño, los herederos de vuestro reyno, y los asociados de vuestra gloria. Por tanto es muy justo que exálfemos, y celebremos para siempre al autor, y al fin de tantos bienes.

Os adoramos con los Espíritus celestiales que han sido los primeros que han empezado este cántico; y aunque vuestro Hijo se anonadase tomando nuestra naturaleza, adoramos en él al Verbo Eterno, hecho carne en el tiempo: adoramos vuestra imágen, revestida de la figura del pecado: adoramos el esplendor de vuestra gloria, cercado de las enfermedades: de nuestra naturaleza, y en fin, adoramos vuestra Sabiduría su-

prema que se ha hecho el objeto de la burla y el desprecio. El profundo misterio de su anonadamiento no es en nosotros un motivo para desconocerle, y así nuestras adoraciones se dirigen á vos, Padre amoroso, que habeis amado el mundo hasta darle vuestro Hijo: á vos, Hijo generoso, que os habeis entregado á los tormentos y á la muerte, solo porque habeis querido, y á vos, Espíritu de caridad, que encendeis el fuego del amor puro que va á consumir la víctima de misericordia.

Gloria, honor, imperio y poder al Dios que está sentado sobre el trono de su inmensidad, gloria al Cordero que se sacrifica sobre el Altar para salvarnos de la muerte del pecado. Nosotros le glorificamos ahora con nuestros canticos, y formamos el deseo de glorificarle en adelante con vuestras obras, hasta que lleguemos á gozar la dicha de glorificarle un dia en la mansion de la eternidad. Nosotros le glorificamos, porque ha vencido á la muerte con la muerte misma, porque ha aterrado con su cruz á todo el poder infernal, y porque ha lavado nuestros pecados con su sangre. En fin le glorificamos como el au-

tor de todo bien, como el principio de todas las gracias, y el manantial de todos los méritos.

Estos son los homenajes propios de un corazon reconocido que quiere corresponder con acciones de gracias, á los beneficios que recibe; y aunque todos estos dones sean inesables, los iguala nuestro reconocimiento, porque las gracias que tributamos van dirigidas por la Víctima Eucarística. Ofrecemos un Dios á Dios, que es el Santo de los Santos desde la eternidad; y así no debemos temer que nuestras ofrendas sean desechadas, ni que sean despreciadas nuestras acciones de gracias.

Vos sois el Señor, el Dios, el Rey del cielo, el Padre de todas las criaturas, el solo Poderoso, el solo Inmortal, y nosotros vamos á ofrecerlos á vuestro Hijo, á quien habeis dado el imperio, porque es Dios como vos; á quien han llamado los Profetas el Dios de la gloria, porque reyna con vos; que participa de vuestra Paternidad para con nosotros, porque nos ha parido por vos sobre la cruz, cuyo poder iguala al vuestro, y se extiende sobre nuestros corazones, manda nuestra voluntad, y

dispone nuestros afectos. El es nuestro Señor, vuestro Hijo único y eterno, nuestro Salvador y vuestro Sacerdote; él es nuestro Señor, nuestra víctima y la vuestra, vuestro Hijo, nuestro hermano, cuyo nombre ha tomado para excitar nuestra confianza, y para que le hablemos sin temor de los pecados que hemos cometido, y que ha tomado sobre sí. Esta hermandad nos da un título para dirigiros nuestras súplicas, que de otro modo hubieran sido abominadas. Esta hermandad es la que nos da el atrevimiento de dirigiros á vos para solicitar las bendiciones de vuestra misericordia.

O Jesus, y nuestro hermano, unidos á ti por una misma naturaleza que te has dignado elevar hasta tu esencia, adoramos en ti un solo Santo: tú eres el solo Señor, á quien obedecemos como miembros sujetos á tu dominación: tú eres el solo Altísimo, á quien adoramos como fuente de toda grandeza, como principio de toda justicia. O Divino Salvador, ya que te has dignado santificarnos con tu cruz, llévanos á esa mansion feliz, para que contemplemos en ella la inefable Trinidad. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE LA ORACION

DOMINUS VOBISCUM.

EVANGELIO DE SAN LUCAS, cap. I. v. 28.

El Señor es contigo.

ESTA es la Salutación del Angel San Gabriel á la Virgen Maria, y este es el deseo que la Iglesia manifiesta por boca del Sacerdote quando se dirige al Pueblo. Hay en efecto una perfecta semejanza entre el ministerio que el Sacerdote exerce en el Altar, y el que desempeñó este espíritu celestial cerca

dispone nuestros afectos. El es nuestro Señor, vuestro Hijo único y eterno, nuestro Salvador y vuestro Sacerdote; él es nuestro Señor, nuestra víctima y la vuestra, vuestro Hijo, nuestro hermano, cuyo nombre ha tomado para excitar nuestra confianza, y para que le hablemos sin temor de los pecados que hemos cometido, y que ha tomado sobre sí. Esta hermandad nos da un título para dirigirnos nuestras súplicas, que de otro modo hubieran sido abominadas. Esta hermandad es la que nos da el atrevimiento de dirigirnos á vos para solicitar las bendiciones de vuestra misericordia.

O Jesus, y nuestro hermano, unidos á ti por una misma naturaleza que te has dignado elevar hasta tu esencia, adoramos en tí un solo Santo: tú eres el solo Señor, á quien obedecemos como miembros sujetos á tu dominación: tú eres el solo Altísimo, á quien adoramos como fuente de toda grandeza, como principio de toda justicia. O Divino Salvador, ya que te has dignado santificarnos con tu cruz, llévanos á esa mansion feliz, para que contemplemos en ella la inefable Trinidad. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE LA ORACION

DOMINUS VOBISCUM.

EVANGELIO DE SAN LUCAS, cap. I. v. 28.

El Señor es contigo.

ESTA es la Salutación del Angel San Gabriel á la Virgen Maria, y este es el deseo que la Iglesia manifiesta por boca del Sacerdote quando se dirige al Pueblo. Hay en efecto una perfecta semejanza entre el ministerio que el Sacerdote exerce en el Altar, y el que desempeñó este espíritu celestial cerca

de la mas santa de las criaturas. Nosotros estamos colocados como él entre Dios y los hombres para presentarle sus votos, y manifestarle su voluntad: nosotros anunciamos como él que el Verbo hecho carne será nuestro alimento; que la gracia del Espíritu Santo cubrirá de nuevo el Altar, y que llevaremos en nuestras manos, como en un seno virginal, al Señor que adoran los Angeles. Estas palabras *el Señor sea con vosotros*, encierran un gran sentido; pero acostumbrados á oirlas' de la boca del Sacerdote, y á responderle quizá por mera costumbre, jamás hemos meditado las gracias que nos promete de parte de Dios, ni las que nosotros le deseamos: entremos pues en la explicacion de esta fórmula, y de sus ceremonias, para conocer el espíritu de la Iglesia dirigido á recordarnos todas las virtudes Cristianas.

Escribiendo el Apóstol San Pablo á los Efesios, y queriendo darles testimonios verdaderos de una caridad paternal, les decia: *Hermanos, la gracia de Dios Todo-poderoso, la caridad de Jesu-Cristo, y la luz del Espíritu Santo, sean con todos vosotros.* Podia

por ventura darles alguna otra prueba mas releante del interes sensible que tomaba en su salvacion? ¿No es tambien el interes mutuo quien le dicta al Sacerdote estas palabras en el instante del Sacrificio, *el Señor sea con vosotros?* ¿No es el reconocimiento el que le inspira al Pueblo esta respuesta, *y con tu espíritu?* Esta oracion es entre todas las que destina la Iglesia para sus Oficios la mas usada y la mas útil, aunque la ménos meditada. No solo usa esta invocacion en la celebracion de nuestros santos misterios, sino que en todas las Horas, y demas Oficios, antes y despues de la última oracion dice el Ministro estas palabras: *el Señor sea con vosotros*, y en la Misa, que es el acto mas solemne de su culto, la repite muchas veces; pero si estas palabras estan llenas de misterios las ceremonias con que se dicen son muy propias para excitar nuestro interes, y hacernos conocer el espíritu de la Iglesia. El Sacerdote se pone en medio del Altar, se inclina, besa el Ara donde debe ofrecerse el Sacrificio, se vuelve al Pueblo, y con los brazos abiertos, les desea la posesion del Se-

TOM. I.—Z

ñor. Cada una de estas ceremonias tiene su objeto y su motivo particular, que merece toda atencion. Se pone en medio del Altar, porque es el sitio mas santo, de donde corren con mas abundancia las gracias: se inclina, porque estando destinado á bendecir á los fieles, necesita atraer con su humildad las bendiciones de que les va á hacer participes: besa el Altar, para manifestaros que quiere en algun modo sacar de las fuentes del Salvador esa agua saludable, que resalta hasta la vida eterna: se vuelve al Pueblo porque esta oracion es un saludo, pero mucho mas sólido y sincero que todos los que se acostumbran en el mundo: extiende los brazos, y esta señal exterior que denota entre las gentes el afecto que se profesan, es muy conveniente al Ministro que se constituye en este momento el Padre de toda la Asamblea en nombre de Jesu-Cristo y de su Iglesia, á quien representa en el Altar: finalmente, junta las manos, despues de haberlas extendido, como para figurarnos la union de la caridad, la qual hace de todos nuestros corazones uno solo con Jesu-Cristo, así como hace tam-

bien un cuerpo, con todos los miembros que componen su Iglesia.

Este modo de dirigir al Pueblo esta oracion es casi el mismo en toda la Iglesia. Algunas Ordenes religiosas, y todos los Obispos del occidente en lugar de estas palabras, *el Señor sea con vosotros*, dicen éstas: *la paz sea con vosotros*; pero la respuesta es siempre la misma de parte del Pueblo: sin embargo hay muy pocos Cristianos que fixen su atencion sobre esta diferencia, y todos ignoran la causa y la razon de ella. Este uso está fundado sobre el mismo que en los primeros siglos de la Iglesia, no permitia decir el *Gloria* sino á los Obispos. En este cántico se anuncia la paz á los hombres de buena voluntad, y el Obispo, por una consecuencia necesaria, desea tambien la paz al Pueblo. Este mismo deseo es el que tiene el Sacerdote quando dice: *el Señor sea con vosotros*, y en esta inteligencia, voy á mostraros la utilidad de esta oracion.

En efecto ella es útil, bien sea que la separemos de la oblation del Sacrificio, ó que la consideremos como una parte de las oraciones que componen la

Misa. ¿Qué otra cosa pide el Sacerdote para el Pueblo, y el Pueblo para él, sino la union mas íntima con su Dios? *El Señor sea con vosotros*, esto es, el Señor santifique con su presencia todos los lugares que frequentais; él os proteja con su gracia en los negocios que empredeis: él os defienda, y salga por garante de vosotros en todos los peligros de que estais rodeados; él os suavicé vuestras penas, y colme vuestros deseos; él tolere y perdone vuestros pecados, y en fin, os prepare en su misericordia los verdaderos bienes que deseais. *El Señor sea con vosotros* en las tentaciones, para vencerlas: en las incertidumbres y en las dudas, para ilustrarlas y disiparlas: en la prosperidad, para hacer buen uso de ella: en la pobreza y en los trabajos para sufrirlos con paciencia, y suavizar los disgustos que traen consigo; y en la pérdida de los bienes para recomensarlos diligentemente. *El Señor sea con vosotros* en vuestras casas, entre vuestras familias, y os dispense su proteccion y sus gracias: *el Señor sea con vosotros*, como un padre amante de sus hijos: como un amigo que guía y consuela al

amigo: como un médico que previene las enfermedades y las cura. Si algunas veces está como un juez que condena, como un Rey que castiga: que su misericordia temple su justicia, y su clemencia su severidad. *El Señor sea con vosotros*, no con la presencia esencial á su Divinidad, la qual es comun á los buenos, y á los malos, y que para los que abusan de ella es la señal de los castigos mas terribles, sino con una presencia de beneficencia y de bondad. *El Señor sea con vosotros*, y haga por su gracia que esteis siempre con él, que vuestro espíritu se eleve á él con frecuencia, y que sea él siempre el fin de vuestros pensamientos. Estad siempre con el Señor de todo vuestro corazon, de manera que no amando ni deseando otra cosa, le tengais delante en todas las acciones de la vida. Estad con el Señor, tributándole siempre el honor y el homenaje que se le debe, de manera que todas vuestras acciones y palabras se dirijan á su gloria, y á vuestra salvacion. Este es el espíritu de la Iglesia, quando os dice el Sacerdote, *el Señor sea con vosotros*.

Pero demos una extension mayor á

esta oracion, aplicándola al Sacrificio del Altar de que ahora tratamos. El Sacerdote, ántes de ofrecer el Sacrificio, y de participar de él por la comunión, se vuelve al Pueblo, y le dice: *el Señor sea con vosotros*, como si dixese, el Espíritu de Dios repose sobre vosotros durante la oracion, y os dé el espíritu de fervor y de piedad; el espíritu de deseo y de humildad; el espíritu de temor y de confianza; y el espíritu de compuncion y de penitencia, el qual da valor á la oracion.

El Señor sea con vosotros, dice antes de ofrecer el Sacrificio, para recibir por nuestras manos la hostia de propiciacion que vamos á ofrecer: *el Señor sea con vosotros* como víctima para dar un precio y un valor infinito á la oblation que vamos á hacer en su nombre: *el Señor sea con vosotros*, como nuestro Pontífice para unir nuestros votos á sus méritos, y para borrar con su pronta obediencia la muchedumbre de nuestros pecados; con la sinceridad de sus homenajes la hypoeresía de nuestras obras, y con la santidad de su naturaleza la corrupcion de la nuestra.

El Señor sea con vosotros, dice ún-

tes de la comunión, á saber, en este momento en que él mismo desea con tanto ardor unirse á vosotros, y en que hace sus delicias de habitar con vosotros. Que sea especialmente con vosotros que participais realmente de este pan sagrado, pero de una manera permanente y durable: que sea no solo con la presencia de su carne, de su alma, y de su divinidad, sino tambien con el aumento de vuestra fé, con la firmeza de vuestra esperanza, y con el ardor vivificante de su caridad: en fin, que sea vuestro pan quotidiano, vuestro viático habitual, y vuestro consuejero continuo. ¿Y de qué manera estará con vosotros, mis hermanos, si por desgracia no podeis llegaros á su mesa por estar llenos de pecados? ¡Ah! este es el tiempo en que debeis dar mayores voces, y así pedidle que á lo ménos sea con vosotros por los buenos deseos, por la detestacion del pecado, y por la voluntad de destruirle y de expiarle.

No tengo necesidad de advertiros que la respuesta que da el Pueblo al Sacerdote, encierra los mismos, y aun mayores deseos, porque quanto mas

santo es su estado, y mas tremendas y multiplicadas sus obligaciones, tanto mayores son los objetos de oración que contienen estas palabras, y *con tu espíritu*. El Pueblo no dice. *o* contigo, sino con tu espíritu; porque como dice un Autor muy piadoso de la antigüedad, todo es misterioso y espiritual, en la función que va á desempeñar el Sacerdote, y su corazón no puede penetrarse de la grandeza del ministerio, sino en tanto que su espíritu se dedique á reflexionar las grandes verdades que le presentan las oraciones de la misa. Confesemos pues, hermanos míos, que esta fórmula no nos habia parecido hasta el día tan importante como lo es en efecto, y que el conocimiento de su sentido es de la mayor utilidad para los Sacerdotes, y para los fieles. En efecto, en estas pocas palabras comprendemos todas vuestras necesidades, todos los deseos legítimos de vuestro corazón, y reunimos todo lo que consideramos como necesario para vuestra felicidad.

Pero vosotros, mis hermanos, pedid para el Sacerdote esa fé viva que cree todo lo que enseña la Iglesia: ese

zelo ardiente que sabe hacer sacrificios por la salud de los pueblos: esa paciencia invencible que jamas se inquieta ni por los contratiempos, ni por los trabajos: esa dulzura inalterable que no se exaspera por los desprecios: esa caridad compasiva que nunca ve la desgracia del próximo, sin participar de los sentimientos que causa. ¡Oxalá que Dios se muestre verdaderamente con vosotros y con vuestro espíritu! con vosotros por la santidad de vuestras costumbres, por la sabiduría de vuestras acciones, y por la paz que debe reynar en vuestras familias: que se muestre con vuestro espíritu por el buen suceso de nuestro ministerio, por la unión de nuestras palabras, por los frutos de nuestras exhortaciones, y por la dulzura de los consuelos que os ofrecerá por nuestro medio: en una palabra, que Dios sea con nosotros en el tiempo para haceros dignos de estar con él por toda una eternidad. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE LA ORACION

LLAMADA COLLECTA.

EVANGELIO DE SAN MATHEO, cap. 18. v. 20.

*Donde estan dos, ó tres congregados
en mi nombre, allí estoy en medio
de ellos.*

JESU-CRISTO se halla ciertamente en medio de nosotros. siempre que la caridad nos une para meditar la presencia de su espíritu, la atencion de su misericordia, y los méritos de sus tormentos. No solo está con nosotros quando toda su Iglesia se junta para celebrar los importantes misterios de la religion: sino que está presente en todas nuestras asambleas particulares, de ma-

nera que si se reunen dos ó tres en su nombre, tienen y el seguro de interesar su misericordia. En este lugar de San Matheo encontrareis, mis hermanos, la explicacion de la palabra *Collecta*, por la qual designa la Iglesia la oracion con que da fin á las que tiene adoptadas para prepararse al Santo Sacrificio; y aunque muchos autores piadosos la dan varias etimologías, ésta que sigue el mayor número, me ha parecido la mas propia para explicar su objeto. Voy á daros una idea del origen y del uso que se ha hecho en diferentes tiempos de esta oracion, ántes de meditar su espíritu.

En las antiguas Liturgias se reconoce baxo los nombres de oracion, de bendicion, de *Collecta* y de sumario. Se llama oracion, porque es la primera de las que el Sacerdote hace en alta voz, por los que asisten al Sacrificio, y en la qual se unen á él para pedir las gracias mas convenientes á sus necesidades. Hubo tiempos en que la Iglesia dexaba al Pontífice el cuidado de determinar su objeto, y dictar sus expresiones. Entonces pedia todo lo que creia necesario á las necesidades de

su Pueblo, y de aquí nació sin duda la costumbre de hacer *Collectas* por todas las necesidades particulares.

Se llama bendicion porque está destinada á solicitar para el Pueblo las gracias que pueden atraer la bendicion sobre todas sus empresas, y sobre sus bienes espirituales y temporales. De aquí sin duda proviene el uso de decir la con las manos levantadas y extendidas ácia el cielo para denotar que la bendicion viene solo de Dios. Las antiguas Iglesias tenian la costumbre de extender las manos en forma de cruz para recordar á los fieles, que aquel que atraxo al madero de su suplicio la maldicion pronunciada contra nosotros, nos ha merecido en cambio las bendiciones mas abundantes.

Se llama *Collecta*, que quiere decir reunion, porque es una oracion comun al Sacerdote y á los asistentes: y asimismo á todas las Iglesias del mundo entero: de manera que lo que un Sacerdote dice á Dios, se ratifica por la Iglesia universal. De aquí nace la prohibicion expresa que se hizo por muchos Concilios generales de recitar estas oraciones sin estar aprobadas por el

Obispo, á fin de que un zelo poco ilustrado, y una piedad mal entendida no introduxesen en ellas expresiones quizá poco decorosas á la Iglesia.

En fin, tenia esta oracion el nombre de sumario ó compendio, porque es muy corta, y reúne en un pequeño número de palabras las gracias mas necesarias. Esta fórmula, segun notan muchos sabios, solo es como un resumen de los sentimientos de los fieles, y por tanto no podemos ménos de convidar á las personas á quienes concede el Señor el don de orar con el corazon y el espíritu, para que hagan un uso frecuente de estas oraciones en sus casas. La Iglesia, en pocas palabras, ofrece á nuestra meditacion grandes verdades, y nos pone delante los objetos de las súplicas mas importantes y útiles.

El Sacerdote, ántes de empezarlas, se lo advierte á los fieles, diciendo: *oremos*, y con estas palabras quiere darles á entender que esta oracion no es meramente personal, sino que se extiende á todos los fieles: que levantarán en vano sus manos, si cada uno no se impone la obligacion de elevar su co-

razon, y que estando, como Moysés, sobre la montaña santa, para proteger al Pueblo que combate en la llanura, el suceso de la pelea no depende ménos de su atencion para sostenerle con la union de sus oraciones, que del valor con que resistan al Príncipe de los Amalecitas, es decir, al enemigo de su salvacion.

Estas *Collectas* se multiplican y varían segun las circunstancias, y las solemnidades, y comunmente en los dias de penitencia son en mayor número que en los restantes del año. Algunas de sus fórmulas suben hasta el primitivo tiempo de la Iglesia, sobre todo aquellas que se dicen el Viernes Santo, cuyo objeto es atraer sobre los Catecúmenos, sobre los Hereges, los Cismáticos, los Judios y los Gentiles, las gracias que se requieren para obrar su conversion, y segun el testimonio de Orígenes, y de los primeros autores eclesiásticos, son de tradicion Apostólica, y por tanto dignas de mayor respeto, y muy propias para excitar en nuestros corazones la devocion más tierna y sólida.

En otro tiempo se dirigian á la pér-

sona del Padre, considerando que el Sacrificio que se ofrecia era el del Hijo, el qual habiéndose cargado de todas nuestras deudas, se ha cargado tambien con la obligacion de presentar nuestras súplicas. La Iglesia sobre este punto ha variado de disciplina, y segun las diferentes solemnidades, así usa y escoge las oraciones, pero todas las termina de una manera que prueba su fé sobre el misterio de la Trinidad, y su confianza en los méritos de Jesu-Cristo, diciendo: *por Jesu-Cristo que vive y reyna con el Padre en unidad con el Espíritu Santo.* En estas palabras está designada perfectamente la igualdad de las personas, porque ya se invoca al Padre por el Hijo, y ya se suplica al Hijo con el Padre en unidad con el Espíritu Santo, y siempre se le da el mismo culto, y la misma adoracion, y se piden las mismas gracias al Padre, y al Hijo, como tambien al Espíritu Santo, único principio de todo don perfecto.

Si la Iglesia multiplica las *Collectas* en los dias de penitencia, las reduce á una sola en las grandes solemnidades, con el fin de que los fieles no

se distraigan en ellas; y como todos nuestros misterios, aunque parezcan diferentes por los objetos que nos presentan, se refieren á un fin solo, que es la gloria de Dios y nuestra salvacion, la Iglesia quiere enseñarnos que, quando meditamos el misterio que celebra, pedimos á Dios todas las cosas de que mas necesitamos.

Tambien tiene *Collectas* determinadas para las fiestas de los Santos, que son unas súplicas relativas á las principales virtudes en que han sobresalido estos amigos de Dios; pero hay una notable diferencia entre el Santo á quien honra, y el Dios á quien invoca: el Santo está designado baxo el nombre de siervo, y Dios baxo el nombre de Señor y de Maestro. La Iglesia para hacer nuestras súplicas mas vivas y humildes, nos manda arrodillar en ciertos dias. El Ministro guarda silencio por un momento para que los asistentes puedan recogerse y excitar su fervor, y despues el Diácono les dice que se levanten. Este uso reservado para los dias de penitencia trae á la memoria de los Cristianos el sentimiento de compuncion y de dolor, compa-

ñoero inseparable de la oracion, el qual, y el recogimiento interior son en extremo gratos á aquel Señor que quiere ser adorado en espíritu y en verdad. Juntemos á estas diferentes nociones algunas breves advertencias para tomar una idea completa de la oracion llamada *Collecta*, y de las disposiciones con que debe decirse.

La oracion es el medio que nos ha dado la Divina Providencia para interesar el cielo en nuestro favor, y así nos lo demuestra la Escritura en aquella lucha que tuvo Jacob en sueños con el Angel, donde le decia: *no te dexaré hasta que me hayas dado tu bendicion.* El verdadero Jacob está siempre á nuestra cabeza quando asistimos al Sacrificio de la Misa. Jesu-Cristo realmente presente baxo las especies eucarísticas, y en alguna manera presente visiblemente en Ministro que le representa, va á luchar por nosotros con el angel de las tinieblas y con todo el poder infernal. Este es el momento de pedir á Dios por Jesu-Cristo que no se separe de nuestro lado, sin hechar sobre su Pueblo bendiciones abundantes. ¡O que momento tan favorable para nuestras

suplicas, aquel en que vamos á ofrecerle el objeto de sus delicias y de su eterna bendicion! No es esta la oracion de un solo iusto, ó de algunos justos reunidos: es la oracion de todos los justos de todos los tiempos y lugares, presentada por nuestro Salvador, que es el principio de su justicia.

Esta oracion nos da una perfecta idea de la caridad que une á los fieles. Las suplicas son comunes en ellos, y si alguna vez la Iglesia permite que sus Ministros ofrezcan el santo Sacrificio por necesidades particulares, y por la intencion especial de aquel que presenta la ofrenda, hace sin embargo de la *Collecta* un objeto general; de manera que todos los que asisten á la Misa tienen parte en la suplica particular, como si les fuese peculiar y propia. Esta reflexion es muy importante con relacion á las Misas que se celebran por los fieles que han muerto en la gracia de Jesu-Cristo. Desterremos de nosotros ese culpable egoismo, causa sin duda de que muchos contradigan abiertamente los usos autorizados por la Iglesia. Los unos quisieran que las oraciones que se ofrecen por los difuntos, jamas fuesen par-

ticulares, y los otros que se excluyese toda generalidad, de suerte que se aplicase exclusivamente el Sacrificio por su intencion particular; pero los unos y los otros incurrer en un error fatal: los primeros porque no corresponden á la caridad compasiva de la Iglesia, la qual quiere participar de la afliccion de cada uno de sus hijos, y los otros porque se apartan de esa caridad universal que mira los bienes y los males como comunes entre todos los miembros que componen el cuerpo místico de Jesu-Cristo. Los mas sabios de todos son los que unen su intencion á la de la Iglesia, que ofrece la víctima de salud por cada uno de nosotros, como por todos los Cristianos.

Estas reflexiones nos conducen insensiblemente á las disposiciones que debemos tener quando decimos la *Collecta*. No me extenderé mucho sobre esta materia, repetiré solamente lo que ya he dicho acerca de las disposiciones que deben acompañar nuestras oraciones, y singularmente las que la Iglesia ha consagrado en su Liturgia, y son una atencion religiosa á las palabras de que se componen; una perfecta union á los sen-

timientos que expresan: una firme confianza en el Señor á quien se dirigen: una fe viva en Jesu-Cristo por quien se ofrecen: un dolor verdadero de los pecados, y una firme resolución de practicar las virtudes. Estas son las disposiciones esenciales que dan valor á esta súplica; pero sobre todo si queremos corresponder á la intencion de la Iglesia indicada en la palabra misma de que se sirve para designar este fórmula, animemos nuestros corazones con una tierna caridad para con nuestros hermanos, de modo que sea una verdadera *Collecta* para nosotros, uniéndonos con los vínculos indestructibles de la caridad. En fin, conviene sobremanera que los Cristianos lleven á esta oración un corazón bien preparado, teniendo presente que esta parte de la Misa, aunque la mas corta, es una de las mas interesantes.

Si los Apóstoles envidiosos, si puede decirse así, de que el Santo Precursor hubiese enseñado á sus discípulos á orar, pidieron á Jesu-Cristo la misma gracia; nosotros que experimentamos tanta tibieza en las oraciones que dirigimos al Señor, ¿no deberemos instarle

también para que nos enseñe á orar? No os pedimos, Señor, que nos dicteis fórmulas para nuestras oraciones, porque ya la Iglesia tiene este cuidado, y vos mismo nos dais una que contiene todos los objetos á que deben dirigirse: solo os pedimos que nos enseñeis á orar de la manera que vos lo haceis desde que os declarasteis por nuestro perpetuo intercesor. Hacednos orar con vos, es decir, con el espíritu de humildad, de anonadamiento, y de caridad, que nos asegure el efecto de nuestras oraciones: hacednos orar con vos, es decir, con esa plenitud de méritos que admitirá Dios en el tiempo, y que coronará en la eternidad. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LA PALABRA AMEN

CON QUE ACABA LA COLLECTA.

APOCALIPSI DE SAN JUAN, cap. 5. v. 14.

Los quatro animales decian AMEN.

ESTA palabra *Amen* es la conclusion del cántico que oyó el Discípulo amado en el cielo, al pie del trono del Eterno y del Altar del Cordero. Con esta palabra acaban todas las bendiciones, las oraciones y adoraciones que dan al que era y que es, y que ha de venir, los veinte y quatro Ancianos que rodean el Trono, los quatro animales que se postran delante del Cordero, los millares de Angeles que le adoran, y la muchedumbre in-

sobre la palabra *Amen.* 267

numerable de hombres de todas las naciones, de todas las Tribus, que forman la corte del Rey de la gloria. ¿Extrañaremos, segun esto, que la Iglesia ocupada siempre en tributar á Dios sus cultos, acostumbre á sus hijos á repetir este *Amen*, este dulce *Amen*, que significará en el cielo la plenitud de gloria de que goza nuestro Dios, la plenitud de alegría que gozarán sus escogidos, y la plenitud de reconocimiento que penetrará nuestros corazones? Por tanto me ha parecido conveniente dedicar una Instruccion entera para hablaros de este *Amen* que decimos en la tierra, que solo es la sombra del de la eternidad; el qual si le cantasemos con *lé viva*, con un deseo ardiente, y una voluntad recta y sincera, obraria ya en nosotros las primicias de esa paz que nos anuncia esta palabra para el siglo de los siglos. Abrid, Cristianos, vuestros corazones, y escuchad lo que voy á deciros sobre esta palabra misteriosa.

Amen es una palabra hebrea que significa segun las circunstancias á que se aplica, ó el estado de tranquilidad y aquiescencia en que queda, el espíritu luego que conoce una verdad, ó el

INSTRUCCION

SOBRE

LA PALABRA AMEN

CON QUE ACABA LA COLLECTA.

APOCALIPSI DE SAN JUAN, cap. 5. v. 14.

Los quatro animales decian AMEN.

ESTA palabra *Amen* es la conclusion del cántico que oyó el Discípulo amado en el cielo, al pie del trono del Eterno y del Altar del Cordero. Con esta palabra acaban todas las bendiciones, las oraciones y adoraciones que dan al que era y que es, y que ha de venir, los veinte y quatro Ancianos que rodean el Trono, los quatro animales que se postran delante del Cordero, los millares de Angeles que le adoran, y la muchedumbre in-

sobre la palabra *Amen.* 267

numerable de hombres de todas las naciones, de todas las Tribus, que forman la corte del Rey de la gloria. ¿Extrañaremos, segun esto, que la Iglesia ocupada siempre en tributar á Dios sus cultos, acostumbre á sus hijos á repetir este *Amen*, este dulce *Amen*, que significará en el cielo la plenitud de gloria de que goza nuestro Dios, la plenitud de alegría que gozarán sus escogidos, y la plenitud de reconocimiento que penetrará nuestros corazones? Por tanto me ha parecido conveniente dedicar una Instruccion entera para hablaros de este *Amen* que decimos en la tierra, que solo es la sombra del de la eternidad; el qual si le cantasemos con *lé viva*, con un deseo ardiente, y una voluntad recta y sincera, obraria ya en nosotros las primicias de esa paz que nos anuncia esta palabra para el siglo de los siglos. Abrid, Cristianos, vuestros corazones, y escuchad lo que voy á deciros sobre esta palabra misteriosa.

Amen es una palabra hebrea que significa segun las circunstancias á que se aplica, ó el estado de tranquilidad y aquiescencia en que queda, el espíritu luego que conoce una verdad, ó el

acto de consentir en una ley de qualquier naturaleza que sea, ó el deseo de ver el cumplimiento de las promesas. Hay circunstancias en la Escritura en que tiene solo una de estas diferentes significaciones, y otras en que las reúne todas. Quando Moyses anuncia á Israel las bendiciones ó los anatemas que Dios ha pronunciado, segun las diversas disposiciones que muestra de reconocimiento y de ingratitud, el *Amen* que responde el Pueblo á cada una de las maldiciones del libro de la ley es una confesion de todas las verdades que contiene, la aceptacion de todos los anatemas, y la sumision á todos los preceptos. Esta palabra que se usa con frecuencia al fin de las oraciones de la Iglesia, debe tener la misma significacion: pero la oracion que la precede es la que debe determinar su sentido. Algunas veces pide la Iglesia la práctica de una virtud, y entónces el *Amen* es una promesa que hacen los Cristianos de conformar á ella su conducta, y sus costumbres: otras piden el perdon de sus pecados, y la santificacion de sus almas, y entónces el *Amen* es un deseo del cumplimiento de esta oracion:

en fin, muchas en un acto de fé, y por esta cause se acaban siempre con *Amen* las diferentes fórmulas establecidas para confesar esta misma fé. ¡Ah como temo que esta palabra que tantas veces está en nuestra boca, no llegue á nuestro corazon! ¡Cómo temo que ella sea un dia contra nosotros el testigo que deponga de la debilidad de nuestra fé, de la frialdad de nuestras oraciones, y de la injusticia de nuestras obras! ¡Cómo temo que oigamos salir de la boca de nuestro Juez estas terribles palabras: *mal siervo, te condeno por tu propio testimonio!* Prevengamos pues esta desgracia, meditando seriamente el sentido que lleva esta palabra, y observando con fidelidad las obligaciones que nos prescribe.

Meditemos, digo, los tres diferentes sentidos que contiene, á saber, la tranquilidad y aquiescencia del espíritu en una verdad conocida, y en este sentido la palabra *Amen* quiere decir, es verdad, lo creo, lo profeso; pero esta profesion debe ser de una fé simple que no raciona, de una fé firme que no duda, de una fé humilde que no profundiza, de una fé luminosa que no

abandona ni desprecia la instruccion de las verdades, y de una fé viva, que no desmiente estas verdades mismas con malas obras. *Amen*: yo creo quanto la Iglesia cree y enseña, así las verdades especulativas, como las prácticas, así las que resisten á mi razon, como las que ella adopta, así las verdades consoladoras, como las terribles, así las obscuras como aquellas de que me ha sido dada la inteligencia: en fin, así las que miran al tiempo presente, como las que serán manifiestas en la eternidad. *Amen*: yo creo sobre la palabra de Dios, que no puede ni quiere engañarme, sobre el testimonio de su Iglesia, asistida siempre de su espíritu; sobre la enseñanza de los pastores que unidos con la cabeza visible que es el Papa, me representan la cabeza invisible que es Jesu-Cristo en quien se halla solamente el camino, la verdad y la vida. *Amen*: yo creo á pesar del grito de la naturaleza corrompida, y de los clamores de la heregía, del cisma, de la incredulidad y del libertinage, y detesto de mi corazon los sofismas especiosos de una filosofía anticristiana, cuya moral no puede jamas conformarse con los dogmas de la fé,

Amen: yo creo no solo con la fé del espíritu que consiente en las verdades conocidas, sino tambien con la fé del corazon que las anima, y con la fé exterior y sensible que las practica; porque este *Amen*, que es el testimonio de mi creencia, es asimismo un consentimiento en todos los preceptos que Dios me intima por medio de su Iglesia. Es decir, yo prometo solemnemente conformarme con la voluntad de Dios, á medida que me sea conocida: á la voluntad de su sabiduría, sujetándome á las reglas que me prescribe, á las obligaciones que me impone, y á los sucesos que tiene previstos y dispuestos desde la eternidad: á las miras de su Providencia, sometiéndome á todos los trabajos y miserias que me envia para probar mi fé: á los decretos de su justicia, aceptando los castigos que descarga su poderoso brazo. Este *Amen* es muchas veces para los pecadores un acto consentimiento en las penitencias saludables que le impone el Ministro de la reconciliacion, el qual supone la perfecta detestacion de sus culpas; y para los justos es una aceptacion de los trabajos espirituales, de las per-

plexidades que padecen, y de esa especie de abandono momentaneo de que se sirve Dios para probar su fidelidad.

Un Cristiano que hace esta oracion de todo corazon, nada teme, por nada se molesta, porque Dios nada hace que no la pida, ni le impone leyes á que no se someta, ni le affiga con ninguna tribulacion que no acepte, ni le presenta ninguna virtud que no quiera practicar. Si, todos los actos de las virtudes cristianas estan contenidos en esta corta expresion: los de la fe, porque ella es un acto de sumision á las verdades reveladas: los de la esperanza, porque por ella se piden y esperan todos los bienes prometidos: los de la caridad, porque esta palabra encierra la voluntad de agradar á Dios: los de la humildad, porque en esta confesion se designa el acto de renunciar la voluntad propia, que es el mas meritório de esta virtud: los del amor del próximo, porque este grito uniforme que es el de todos los Cristianos, les recuerda los sentimientos de union y de paz, y aquel que dice sinceramente *Amen*, ya no tiene apego á sus intereses propios, y por consequencia ale-

ja la ocasion de discusiones y querellas.

¡Ah! la Iglesia de la tierra seria una figura muy sensible de la del cielo, si cantando los mismos cánticos cantásemos con el mismo espíritu. Los Angeles y los Santos, cada una en el órden que le ha sido prescripto por la Sabiduría Eterna, cantan este perpetuo *Amen*: jamas disputan entre sí sobre sus clases y preeminencias: jamas se resiente su corazon de la envidia, ni se altera su paz porque sean coherederos del mismo reyno: jamas este *Amen* se desmiente en su corazon por la frialdad ó indiferencia respecto á Dios, ni por ódio y rencor respecto al próximo, ni por las satisfacciones interiores con que se lisongea el amor propio; pero nosotros por el contrario estamos en una perpetua contradiccion. Pedimos la gloria de Dios, y solo queremos nuestra propia gloria; pedimos que nos perdone nuestras culpas, y no solo no perdonamos al enemigo, sino que le perseguimos de muerte: decimos *Amen* á todo lo que la Iglesia pide y promete en nuestro nombre, y seguimos constantemente nuestra voluntad desordenada, y nuestros violentos deseos.

En efecto, ¿qué cosa es el *Amen* del hipócrita? Es un homenaje aparente, un acto donde confiesa lo contrario que cree, donde adopta lo que reprueba su corazón, y donde promete lo que no piensa cumplir.

¿Qué es el *Amen* del Avaro? Una petición de los bienes del cielo, quando su corazón no quisiera cambiarlos por los bienes de la tierra; una promesa de abnegacion que esta resistiendo su soberbia.

¿Qué es el *Amen* del ambicioso? Un homenaje que hace á la humildad de Jesu-Cristo, quando por otra parte se contradicen sus máximas, y quando todo lo sacrifica al ídolo de una grandeza despreciable.

¿Qué es el *Amen* del vengativo sino una ironía la mas escandalosa? Entre tanto que busca todos los medios posibles para vengarse; entre tanto que publica los defectos de sus enemigos, y que los acrimina; entre tanto que vomitando la ira por sus ojos, quisiera destruirle con una simple mirada, exclama y grita á los cielos, pidiendo el perdón de sus pecados. ¿Qué contradiccion tan monstruosa de sentimientos!

¿En dónde está la religion del vengativo? Cristianos, llorad un vicio tan detestable, si por desgracia os domina.

Este detalle es mas que suficiente para probaros que si esta palabra está llena de sentidos para un Cristiano que la medita, tambien lleva en sí una condenacion eterna para el que se atreve á desmentirla con sus obras.

En fin consideremos el *Amen* como un deseo de todos los bienes que Dios nos ha prometido. El Profeta Rey, describiendo en uno de sus Psalmos las grandezas de Jesu-Cristo, el establecimiento de su Iglesia, y la duracion de su reyno, acaba su pintura con estas palabras: *Hágase, hágase*, expresion que corresponde perfectamente al *Amen* de que tratamos. En efecto, diciendo *Amen* á todo lo que la Iglesia nos promete, y á lo que pide por nosotros, formamos con ella los deseos mas ardientes de que sean oídas sus oraciones. Si dixesemos siempre este *Amen* con una viva confianza, seriamos acreedores el testimonio que da el Espíritu Santo al Profeta Daniel, quando le llama varon de deseos; pero para que

un sentimiento semejante acompañe esta oracion, y para que un Cristiano pueda decir con verdad, *así sea*, es preciso que su corazon esté libre de todo afecto terreno, y lleno del amor de los bienes celestiales; es preciso quando pronuncia estas palabras que su conversacion sea propiamente de los cielos, y que su corazon inseparable del tesoro que le está preparado, huya de los atractivos del mundo, los quales agravan el espíritu; es preciso que la oracion sea su ejercicio continuo, porque ella puede elevarnos hasta el trono del Eterno; es preciso que la lectura y la meditacion de las verdades de la salvacion eterna sean su alimento diario, para que fortalecido con él pueda caminar á la mansion de la gloria: en fin es preciso que el *Amen* esté siempre en sus labios, presente siempre á su espíritu, y grabado siempre en su corazon. ¡Qué raros son los Cristianos, á quienes una viva y ardiente fe hace de antemano los habitantes del cielo, y que segun la expresion de un Padre de la Iglesia, tocan con los pies en la tierra, quan-

do su cabeza llega y á la mansion de la eternidad.

Sí, hermanos míos, yo me represento el *Amen*, que la Iglesia nos hace cantar tantas veces como el grito de la victoria, y la señal que caracteriza á sus hijos: este *Amen* grabado en el corazon, ¿no es en alguna manera la marca por la qual reconocerá Dios los que son suyos?

Pero, Señor, ¿qué puede ser el *Amen* de este valle de lágrimas en comparacion del de la eternidad! ¿Es acaso está un cántico de alegría? ¿Podremos cantar á la orilla de los rios de Babilonia, ausentas de nuestra patria los cánticos del Señor? No, Dios mio, á imitacion de vuestro pueblo, dexaremos nuestros instrumentos, hasta que podamos servirnos de ellos en vuestro reyno. El *Amen* que decimos en la tierra, solo expresa nuestra esperanza y nuestros deseos. ¡Ah, qué diferente del que se canta en la eternidad! Pero Señor, nada puede poner término á nuestros deseos y á nuestras esperanzas. Gozar sin temor, poseer sin fin, decir sin cesar, bendicion, ho-

nor, gloria y poder en los siglos de los siglos al que está sentado sobre el trono, y al Cordero que es inmolado sobre el Altar, éste es nuestro objeto, siempre que decimos *Amen* en la tierra, y lo será quando llegemos á decir en la eternidad, *Amen, Amen, Amen.*

INSTRUCCION

SOBRE

LA EPISTOLA.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PABLO A TIMOTHEO, cap. 4. v. 13. y 14.

Ocupate en leer, medita estas cosas; ocupate en ellas, a fin que tu aprovechamiento sea manifesto á todos.

ESTE es un consejo particular que da el Apóstol á su discípulo Timoteo, y la obligacion que le impone no solo es la de todos los Ministros que Dios tiene destinados para la instruccion de los pueblos, sino tambien la de los fieles en general, porque las Santas Escrituras son el camino por donde nos transmite Dios la verdad. La palabra

santa no es menos respetable quando se nos presenta en los libros, que quando hiere nuestros oidos: este género de instruccion ménos útil á lo que parece á primera vista que la que nos dan los Ministros sagrados, tiene no obstante sus ventajas particulares que estan contenidas en el texto que acabo de citar. La verdad se nos presenta en las cátedras cristianas de una manera tan sucinta y rápida, que inmediatamente se borra de nuestro corazon, y se debilita la impresion que nos hace; pero en las Santas Escrituras se nos ofrece de un modo mucho mas sólido y durable. Esto es lo que el Apóstol nos dice de la lectura en general, que yo aplico á la *Epistola* como una parte de la Misa.

Pasamos pues á la segunda parte de la Liturgia, que llamaré la parte de instruccion; porque el fin que la Iglesia se propone es el de ilustrar y fortalecer nuestra fé en todos los objetos que dicen relacion á ella; y así la *Epistola* fixará hoy nuestra atencion, y nos dará materia abundante para haceros algunas reflexiones que hasta aquí habeis omitido inadvertidamente.

La costumbre de leer en las juntas de los fieles los libros de la religion, tiene tal enlace con la religion misma, qualquiera que sea, que todas las sectas la observan con el cuidado mas escrupuloso; y este es uno de los mas poderosos medios para perpetuar los dogmas recibidos, bien sea que esten fundados sobre la verdad, ó que no tengan otro apoyo que el error. Los enemigos de nuestra fe observan quizá con mas religiosidad este uso que nosotros mismos. Los insensatos discípulos de Mahoma leen, meditan, aprenden y observan las ridículas ceremonias del Alcoran con mas atencion, fidelidad y respeto que mostramos por los Evangelios, y los escritos de los Santos Apóstoles. Los Judíos congregados en las Sinagogas, en el dia del sábado empezaban siempre los exercicios que se acostumbraban en estas asambleas con la lectura de algun pasage de los libros sagrados, y podemos decir con vergüenza del mayor número de Cristianos, que entre ellos hasta los ménos instruidos sabian mejor los dogmas, las ceremonias, y los preceptos establecidos por Moy-

ses, que nosotros en lo general sabemos la sublime doctrina de Jesu-Cristo. Esta práctica, léjos de abolirse con la destruccion de la religion Judaica, fué en alguna manera la única que retuvo la Iglesia de todo este culto exterior y sensible; y Tertuliano la pondera como una de las mas antiguas y preciosas que se conservaban. Esta lectura se hacia al principio de los ejercicios religiosos, y desde entónces se considera como la preparacion mas santa y útil para el tremendo Sacrificio.

Esta lectura se llama *Epístola*, que quiere decir carta, porque casi siempre se sacaba de las que dirigian los Apóstoles á los fieles especialmente encargados en el ministerio Apostólico, y á otros que por sus singulares virtudes merecian su alta consideracion. Nosotros debemos mirarla tambien como una carta ó instruccion pastoral de nuestros primeros Obispos, y como consejos paternales de aquellos que Dios ha establecido para que sean las columnas de la verdad y las luces de los siglos.

La *Epístola* en los primeros tiempos

se llamaba por antonomasia *Epístola* del Apóstol, y baxo este nombre estaban designadas las de San Pablo, porque siendo ellas en mayor número, y mas extensas, mas sabias y circunstanciadas que las de los otros Apóstoles, eran, y son de un uso mucho mas frecuente. La Iglesia no dexaba por esto de leer á los fieles los libros del Antiguo Testamento, porque como ellos son el camino conocido para entender el nuevo, los primeros Pontífices cuidaban mucho de traer á la memoria de los Cristianos las figuras, para que conociesen mejor el valor de la realidad; principalmente en las solemnidades que tienen por objeto los grandes misterios, á fin de fixar su atencion sobre las profecías que habian anunciado estas maravillas. ¡Qué consuelo el de aquellos primeros fieles que tocaban tan de cerca el cumplimiento de estos misterios, al ver que todo quanto se obraba á su vista habia sido predicho de antemano de la manera mas clara y mas precisa! He aquí porque el Apóstol les advierte que todo ha sido escrito para su enseñanza.

Esta lectura se variaba segun lo

exigian las circunstancias: en los primeros siglos en lugar de la Santa Escritura se leian muchas veces las acciones, los combates y la muerte de los mártires; y se recogian con particular cuidado las últimas palabras que hablaban en sus suplicios para instruir al pueblo y reanimar su valor: otras se leian las cartas que estos mismos Mártires dirigian á los fieles, y por todos estos medios procuraba la Iglesia añadir á la fuerza de la verdad el poderoso motivo del exemplo.

Como en estos primeros tiempos era necesario ilustrar los misterios de la fe, permitia tambien á los Cristianos que propusiesen sus dudas sobre aquellos puntos que habian fixado particularmente su atencion, y los Pastores con respuestas sabias y luminosas inculcaban á los pueblos las verdades que habian oido en sus lecciones particulares. Estos, hermanos míos, son los usos de los primeros tiempos en quanto á esta materia, usos respetables por el fin á que se dirigian, y que merecen toda nuestra veneracion, aunque despues hayan tenido alguna variedad. Hoy que se halla establecida la fe, que

se han ilustrado de tantas maneras, y por tantas plumas sus eternas verdades, y que las persecuciones han desaparecido de la faz del cristianismo, ha dispuesto la Iglesia con gran sabiduría, que en la celebracion de nuestros misterios no se lean otros libros que los canónicos, esto es, aquellos que reconoce por inspirados, porque es muy justo que en el momento del Sacrificio; en que se va á ofrecer á Jesu-Cristo, calle el hombre para que hable el espíritu de su Dios. Esta lectura es siempre relativa á los tiempos, á los misterios y á las necesidades del pueblo. ¡Qué sabios serian los Cristianos si siguiesen constantemente el espíritu de esta tierna Madre en todas las instrucciones que les presenta! Siempre que se junta el pueblo para celebrar el día del Señor, se inculca la Iglesia sobre los principios mas sólidos de la moral cristiana, reprehende sus desórdenes, y le excita con invitaciones las mas tiernas y amorosas á la práctica de las virtudes cristianas. Cada misterio tiene su instruccion particular, y en los dias consagrados para celebrar la memoria de los Santos, la *Epístola* nos recuerda sus

exemplos, nos anima á sostener los mismos combates, y nos convida á participar de sus triunfos. Por espacio de muchos siglos se hacia esta lectura por uno de sus Ministros que tenia este cargo particular, llamado Lector, el qual orden subsiste en el dia entre los quatro menores; pero para que ella fuese mas respetable á los fieles, y para llamar su atencion á un punto tan interesante, dispuso despues la Iglesia que se hiciese al tiempo de la celebracion de los santos misterios, que se pusiese sobre el mismo Altar el libro que contiene estas verdades, para que lo tomase el Ministro en alguna manera del depósito sagrado; y á fin de hacerlo mas digno de esta funcion augusta, ha elevado á un orden sagrado el de estos Ministros, y los ha sujetado á un voto solemne de castidad, para que de esta suerte estén libres de los empeños y atractivos del siglo.

Estas diferentes observaciones nos conducen naturalmente á examinar la disposicion exterior que exige esta lectura. El Ministro la hace de pie con las manos juntas en un lugar elevado, quando la situacion de las Iglesias lo

permite, ó á lo ménos donde tenga la proporcion debida para ser oido desde todas partes. Los concilios generales y particulares han prohibido expresamente á los fieles otra qualquiera lectura en este tiempo, á fin de que no se distraigan de la aplicacion, y la atencion que deben prestar á los libros sagrados que contienen todos los misterios, las verdades de la religion y las reglas de su moral. Sin embargo la Iglesia permite á las mugeres, y en general á todas las personas que no saben la lengua latina, que lean la misma *Epístola* en una buena traduccion autorizada por el Obispo, para que de esta suerte se verifique el fin que se propone, que es el de la instruccion. El uso de sentarse en este tiempo recibido generalmente sirve para darnos á entender la atencion y la meditacion que se exige de los fieles, segun estas palabras del Sabio: *el Solitario se sentara y guardará silencio.*

Pero los fieles no deben contentarse en los dias festivos con oir en el templo una parte de nuestros libros sagrados, sino que deben anticipar esta lectura en sus casas, para que llenos de

las verdades que encierra, puedan penetrarse mas de ellas siguiendo al Ministro, y sacar el fruto que corresponde. Es muy loable el zelo y la piedad de los padres que se imponen la obligacion de juntar sus familias, y leerlas ostos pasages de los libros sagrados y las vidas de los Santos, haciendo que las tomen si puede ser de memoria para que así conserven durante su vida unas instrucciones tan saludables, que tanto influyen para sus costumbres, y para transmitir á toda una posteridad los buenos exemplos. La experiencia nos manifiesta los buenos efectos que produce esta práctica. Por de contado sirven estas instrucciones privadas para entender mejor las verdades profundas que insinuamos desde la cátedra del Espíritu Santo. El gusto para la piedad se desenvuelve á proporcion de las luces, y las buenas obras son mas satisfactorias, quando el ánimo está mas dispuesto para practicarlas. Por lo mismo es indispensable no perdonar un instante de tiempo hasta que se llegue á conseguir este uso precioso; y entonces si el Cristiano tiene la desercia de deslizarse en algun pecado, tam-

bien tendrá medios y recursos poderosos para volver á los senderos de la justicia.

No me parece necesario insistir sobre el respeto con que debe oirse, y hacerse esta lectura, porque el lugar, el tiempo y la materia, son todas circunstancias que deben inspirar al Cristiano un temor saludable, y la veneracion mas profunda. La Iglesia ha dispuesto que se lea la *Epistola* despues de la Collecta para que recogido nuestro espíritu abra con mas facilidad el oido á las verdades eternas. En efecto despues de haber hablado á Dios en diferentes oraciones, y sobre todo en la que hace el Sacerdote en nombre de todo el Pueblo, levantando las manos al cielo, es quando el Ser Supremo se digna baxar hasta nosotros para hablarnos, y darnos los consejos mas saludables y adecuados á nuestras necesidades. Escuchémosle con aquel interes que exige el conocimiento de nuestro estado; con un santo deseo de saciar el hombre espiritual; con aquel viyo dolor que conviene á un Cristiano que ve y penetra las llagas de su alma; con esa humilde desconfianza de

nosotros mismos que no espera ni de nuestras luces ni de nuestras resoluciones la mudanza, y la reforma de nuestras costumbres; con ese espíritu de oracion que solicita el don de inteligencia para comprehender las verdades, y la fidelidad para practicarlas; y finalmente con la docilidad que corresponde para cumplir todo quanto Dios manda.

Considerad la terrible amenaza que nos hace Jesu-Cristo, quando nos anuncia que su palabra debe juzgarnos. En efecto ella nos juzgará si ántes no corregimos nuestros defectos, porque no volverá vacía. Quando vemos que el Ministro sube al Altar para dexar el libro donde nos ha leído las verdades eternas, entremos dentro de nuestro corazon, para indagar la mudanza, y el fruto que han producido: veamos qual es la resolucion que nos ha hecho formar esta lectura, qual es la enfermedad que ha descubierto, qual es el remedio que ha indicado. ¿No depondrá por ventura contra nuestro enduramiento, contra nuestra insensibilidad? ¿Este libro no estará abierto en el dia

de las justicias para hacernos un cargo de la verdad conocida y despreciada?

Dios mio, alejad de nosotros esta desgracia: hablad á nuestro corazon, mientras que la voz del Ministro hiere nuestros oidos. Dadnos la inteligencia, el amor y la práctica que nos habeis dictado, á fin de que vuestra palabra sea verdaderamente para nosotros una palabra de instruccion en el tiempo, y un testimonio de justificacion en el dia de vuestra ira. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE EL GRADUAL,

LA PROSA Y EL TRACTO.

PSALMO XLVI, V. 8.

*Dios es el Rey de toda tierra: tañed
Psalms diestramente.*

El espíritu de sabiduría y de recogimiento debe ser el espíritu del Cristiano en todas las prácticas que tienen por objeto la religión. Sin esta disposición todo es frialdad é insipidez para él, todo para su salvacion es inútil é infructuoso. Dios no quiere ser honrado con oraciones, ni con cánticos que no salgan de lo íntimo del corazón, y las palabras mas expresivas, y las voces mas concertadas, no son segun el pensamiento de un padre, quando ca-

recen de la atención del corazón y del espíritu, sino un género de burla y de ironía. Por tanto quando la Iglesia nos convida á los ejercicios de la religión, debemos llevar este espíritu de recogimiento, y principalmente quando para excitar nuestra fe echa mano de las expresiones de un Profeta como David abrasado en el fuego de la caridad. Veamos ahora por qué se dice la oración llamada *Gradual* despues de la Epístola y ántes del Evangelio, y aprenderemos al mismo tiempo el uso que debemos hacer de los Psalmos del Profeta Rey. - Esta parte de la Misa parece quizá la ménos fecunda en reflexiones, y la ménos atendida de los Cristianos; pero sin embargo es de una grande utilidad, y exige particulares disposiciones.

El *Gradual* tiene este nombre, porque se cantaba sobre las gradas que subian al lugar destinado para leer el Evangelio, y se compone de algunos versículos de un Salmo. En otro tiempo se cantaba el Salmo entero regularmente en dos coros, del mismo modo que se acostumbra en los demas oficios; y en los dias de penitencia el
TOM. I.—D d

Pueblo y el Clero guardaban silencio mientras que un cantor le entonaba, y la continuaba solo hasta el fin, por cuya razon se le dió el nombre de *Tracto*, que quiere decir de una vez, y sin interrupcion. El *Psalmo* era siempre relativo á la fiesta, y la Iglesia que ha tenido por conveniente conservar este uso, nos ofrece ordinariamente en los versiculos del *Gradual* aquellos que explican con toda claridad y distincion los grandes misterios de nuestra religion santa; y así el *Gradual* presenta siempre una instruccion sólida al Cristiano que quiere meditarle, ó referirle al objeto de la solemnidad que celebra. Este cántico se acaba siempre con una serie de tonos, que tiene el nombre de *neuma* ó *exclamacion*, porque la intencion de la Iglesia es excitar en el corazon de los fieles una santa alegría, los quales aun separados de las palabras denotan la viveza y la energia de la expresion. A los últimos versos añade la palabra *Allehuya*, y en el tiempo Pascual la repite diferentes veces, porque su alegría es mas viva: en la instruccion próxima vereis el sentido espiritual que contiene esta palabra, v

el aprovechamiento que pueden sacar los fieles si la meditan atentamente

En las fiestas principales se sustituye á este *Neuma* la *Prosa*, que es el himno donde estan circunstanciadas las verdades que contiene el misterio que se celebra, ó las virtudes que han practicado los Santos que se honran. Vamos á explicar cada uno de estos usos para conocer su espíritu.

La Iglesia contempla sin duda nuestra flaqueza y poca constancia, quando reparte los instantes destinados á la celebracion de los santos misterios entre la oracion y la lectura. En el tiempo que los fieles fervorosos pasaban el dia, y muchas veces la noche en el templo, era muy necesaria esta alternativa para que la continuacion de un ejercicio mismo no fatigase su atencion: y hoy que tanto se ha disminuido el fervor, no es ménos necesario é indispensable este miramiento. ¡Oxalá que supiesemos aprovechar esta variedad, para renovar nuestra piedad y nuestra atencion! Pero este tránsito de la oracion á la lectura, y de la lectura al canto de los *Psalmos*, ¿no ha sido muchas voces para nosotros una ocasion de disipacion y de tibieza?

La eleccion que hace la Iglesia del libro de los Psalmos con preferencia á qualquiera otro, con el fin de ocuparnos en este momento, debe darnos una grande idea de su espíritu, inspirarnos la veneracion mas profunda, y excitarnos un deseo ardiente y una sollicitud ansiosa de asistir á los divinos officios. La imágen que nos traza el Profeta Rey de las grandezas de Jesu-Cristo; la idea que nos presenta de su reyno; las grandes lecciones de virtud y fidelidad con que nos instruye á cada paso: todo esto en estas sublimes Poesias debe abrasar nuestros corazones, y suministrarnos no solo para el momento del Sacrificio, sino tambien para todas las acciones de nuestra vida un motivo continuo de emulacion y de amor: ¡Feliz aquel Cristiano que desde su juventud se impone la costumbre de alimentar su memoria y su corazon con estas divinas expresiones! La experiencia nos enseña el uso habitual que debe hacerse de los Psalmos. Ellos nos dan una idea clara y sensible de todos los misterios de nuestra religion; ellos corresponden á to-

dos los sucesos de nuestra vida; calman todas las agitaciones de nuestro espíritu; resuelven las dudas é incertidumbre de nuestro corazon, y disipan la tristeza de nuestras almas. Sobre todo en las dilatadas y penosas enfermedades donde la violencia de los dolores, y la extenuacion de fuerzas nos constituyen en la imposibilidad de aplicarnos con intension á cosa alguna, debemos traer á la memoria estas dulces expresiones, y recrear con ellas nuestro espíritu, seguros de conseguir la paciencia de que tanto necesitamos en esta situacion triste, y de conservar la confianza en las bondades de nuestro Dios.

Esta es una verdad que comprobamos diariamente los Ministros del Altar; porque como sacamos de los Psalmos las palabras de consuelo que decimos á los enfermos, ellos por su parte se aplican á fixarlas en su memoria, y son por lo regular su recurso en aquellos momentos en que se ve mas agitado su espíritu.

Los Cristianos tienen la obligacion estrecha de leer con toda atencion las palabras que componen el *Gradual*, á

fin de ponerse en estado de meditarlas y aplicarlas útilmente; y como esta oracion es una de las mas cortas entre las que componen la Liturgia, seria muy conveniente que la grabasen en su memoria, para quien en alguna manera fuese el objeto continuo de su meditacion. Es verdad que todos los fieles no tienen las luces necesarias para meditar; pero el mayor número no carece de ellas, y si sienten alguna repugnancia y frialdad para este exercicio, es porque leen, cantan y oran sin aquella atencion debida. Para adquirir esta útil costumbre no se requiere mas que una inteligencia comun, porque las reflexiones que ha dictado el Espíritu Santo á los Profetas son muy enérgicas, muy claras y fecundas á fin de que la piedad de los mas simples pueda encontrar en ellas su apoyo y su alimento.

Dehemos por consecuencia entrar en el espíritu de alegría, de consuelo y de confianza, que quiere inspirarnos la Iglesia por la *Prosa* en las grandes solemnidades. El tono de estos versos no es por lo comun tan grave y magistoso como el de los otros himnos ó cánticos; sin embargo sus modula-

ciones mismas ofrecen á los Cristianos un motivo poderoso para elevar al cielo su espíritu; pero ellos por lo comun hacen de esta parte de la Misa, mas bien un objeto de disipacion que de edificacion, y embelesados con la armonía y duizura del canto, no reflexionan sobre el sentido de las palabras de la *Prosa*. Los cánticos de la Iglesia estan muy distantes de la profana alegría de las canciones del siglo; porque en éstas solo se intenta lisongear, y agradar los sentidos; y en aquellos se trata solo de excitar en el corazón el verdadero gozo y la pura alegría de la eternidad.

Dehemos fixar particularmente la atencion sobre el canto lúgubre que ha escogido la Iglesia para el *Tracto*, y por consecuencia leer y meditar esta oracion ínterin se canta por uno, ó por muchos Ministros. Hemos dicho ya que en lo antiguo se cantaba por uno solo, y este uso era muy propio para recordar á los fieles la contricion. La voz lastimera que levantaba en medio de la asamblea expresaba el vivo dolor de los Cristianos que la componian; porque el silencio, los gemidos y las lágrimas, son

las únicas expresiones que se permiten á un corazón anegado en la amargura. ¡Oxalá que este sentimiento penetre nuestro corazón siempre que oímos cantar esta oración, ó que si en algunas circunstancias nos permite la Iglesia unir nuestra voz con la de los Ministros, sea siempre con aquella gravedad y recogimiento que corresponde á un acto tan serio!

Para cantar el *Gradual* ó el *Tracto*, se revisten los Ministros con los ornamentos sagrados, y con esta pompa quiere enseñarnos la Iglesia, que aunque todos los días son santos, y piden igual recogimiento de nuestra parte: sin embargo hay en nuestra religión verdades y misterios que exigen una atención mas constante, y un reconocimiento mas vivo.

Los *Neumas*, que como hemos dicho estaban destinados á manifestar la alegría del corazón, nos representan con sus diferentes sonidos aquel cántico que oyó San Juan en el cielo, donde la confusión de las voces se asemejaba mas bien al ruido impetuoso de la mar y de las olas, que á palabras articuladas por los hombres. Este *Neuma*

se canta por todo el pueblo, y es una especie de ratificación de quanto se ha dicho en las palabras que le han precedido. Unamos pues nuestras voces, y guiados por un mismo espíritu cantemos las alabanzas del Señor.

La Iglesia para excitar nuestra aplicación á las verdades útiles, nos presenta en las oraciones que tiene destinadas para las grandes festividades, la idea mas relevante de la felicidad que nos espera, pintándonos con todos sus colores las delicias de la eternidad; de manera que el Cristiano que con los ojos de la fe la sigue en todas las ceremonias, que lee con atención estas oraciones, y que canta con recogimiento y compunción todos estos cánticos penetrado de una santa alegría, y de la confianza mas viva, no puede dexar de exclamar con el Profeta diciendo: *la hermosura de la hija de Sion está oculta y escondida para todos los que no la consideran ni penetran.*

Si los Cristianos carnales no ven otra cosa que la superficie de las ceremonias sagradas, que la magnificencia de los ornamentos, y el crecido número de Sacerdotes, y de Levitas que

rodean el Altar; si nada oyen, sino la armonía exterior que hiere sus oídos, y por lo mismo las fiestas del siglo son de mas interes para ellos que las nuestras; si los cánticos solemnes y magestuosos de la Iglesia son á su parecer frios é insipidos, quando los comparan con sus placeres; y si para recompensar en algun modo, el disgusto que hallan en nuestro santos templos, profieren con descaro las chanzas é invectivas mas sacrílegas; los Cristianos que viven del espíritu penetran el fin de todas nuestras ceremonias, y meditan todas las palabras y las acciones de los Ministros para sacar los frutos que encierran.

Dios mio, haced que nosotros seamos del número de esos Cristianos espirituales, y que meditemos todos los usos y las ceremonias que observa vuestra Iglesia: haced que la costumbre de verlas no debilite jamas la impresion que hacen en nuestras almas. La Iglesia, vuestra fiel Esposa, no da un paso que á vuestra semejanza no sea para nuestro provecho, y emula en algun modo de vuestra sabiduría, de vuestra misericordia y de vuestra justicia, imi-

ta las consoladoras ó las terribles funciones que exercaís en el cielo. En todas sus ceremonias nos habla de vuestra gloria, de vuestras venganzas y bondades; y por tanto hacednos, Dios mio, sensibles á todo aquello en que se interesa la Magestad de vuestro nombre. Penetrad nuestros corazones de vuestro santo temor, inflamad nuestros deseos para la eternidad, haced que llevemos á los exercicios mas santos las mas santas disposiciones, y que tengamos la dicha de continuar en los siglos de los siglos el cántico de alabanzas que hemos empezado en el tiempo. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE LA ALLELUYA.

TOBIAS, cap. 13. v. 22.

Por sus barrios se contrará Alleluya.

Esta era una idea que llenaba de consuelos al mas virtuoso de los Israelitas en su cautiverio. Tobías se representaba aquellos tiempos felices en que el Señor enxugaria las lágrimas de su pueblo, y en qué conduciéndolo á la patria, lo recompensaría de los trabajos y miserias del destierro con la libertad, y el gusto de cantar sus divinas alabanzas. Este Israelita, mis hermanos, es la figura del Cristiano: este cautiverio es la imágen de la opresion en que vivimos en la tierra, y esta Jerusalem en cuyas calles y plazas deben resonar los divinos cánticos, nos representa la

sobre la Alleluya. 305

patria celestial. Aquí gozaremos plenamente de la libertad de hijos de Dios, y cantaremos *Alleluya* sin el temor de ser interrumpidos con lágrimas y sollozos. Quando la Iglesia nos permite este cántico, cuidado no nos demos á una peligrosa seguridad. Encerremos nuestros corazones á la manera de los Judíos á la orilla del rio de Babilonia en los límites de una alegría moderada por el temor de los peligros que nos amenazan, y de los enemigos que nos cercan, y oxalá que elevando nuestras almas á Dios, probemos nuestra fe, y el ardiente deseo de gozar de la patria prometida.

Alleluya es una palabra Hebrea, que quiere decir, *alabad á Dios*, y siendo muy enérgica en esta lengua para explicar un movimiento extraordinario de alegría, ha tenido la Iglesia por conveniente el conservarla, así como el *Amen*. Esta palabra la usa muy frecüentemente en las solemnidades mas principales, y la suprime en los dias de duelo y de penitencia; pero no por esto nos dispensa en ellos de la justa alabanza, que se debe á

ТОМ. I.—E e

miento, para fortificarse en la confianza, para penetrarse de fe, de humildad y de fervor, y precaverse contra los escollos que le presenta su fragilidad, debe cantar *Alleluya*, porque para él es el grito de la victoria, y una señal de reunion á la santa milicia del Señor : esta es la *Alleluya* de los justos.

Un corazon culpable, afligido con la memoria de sus desórdenes, atormentado con la violencia de sus pasiones, arrastrado por la fuerza de sus costumbres, atemorizado por el rigor de los juicios, que viene á buscar en el templo el remedio de sus llagas, debe cantar la *Alleluya* ; no con el sentimiento de alegría que inspira una conciencia irreprehensible, no con la dulce confianza que sugiere el testimonio de su fidelidad, sino con esa confianza firme, acompañada del temor, y del amor que le muestra en Dios el objeto de sus alabanzas, y un vengador, y un Padre ; y esta *Alleluya* es la de los pecadores penitentes.

El indigente convencido de que la pobreza que le rodea, es una de las mas sensibles pruebas de la atencion de su Dios, uno de los medios mas ef-

caces de santificacion, uno de los mayores preservativos contra el demasiado amor á las cosas terrenas, debe cantar la *Alleluya* con sumision, persuadiéndose que el Dios que ha querido probarle, es digno de alabanza, porque sabe sacar de la miseria la sumision, de la sumision la paciencia, y de la paciencia la esperanza Cristiana, que jamas será obscurecida, ni confundida ; y esta es la *Alleluya* del pobre.

El rico si tiene fé, no debe tampoco menospreciar este cántico, sino por el contrario alabar á Dios ; no porque le ha colmado de bienes, sino que le ha inspirado su buen uso ; no porque le ha multiplicado sus posesiones y sus tesoros, sino porque le ha desprendido su corazon de ellos ; no por los placeres y encantos de la vida presente, sino porque estos mismos placeres son para él una ocasion de continuos sacrificios ; y esta será una *Alleluya* propia para los pobres de espiritu y de corazon.

La *Alleluya* tendrá mil encantos para nosotros, y será la ocasion de los mas dulces consuelos, si en las diferentes tribulaciones que nos afligen nus

acostumbramos á alabar á Dios, bendiciéndole en los males y en los bienes. Si alguna vez la tristeza nos oprime, no temamos levantar la voz para gritar con la Iglesia *Alleluia*: es decir, que vuestra gloria, Señor, sea el fruto de los males que padezco, de las calumnias, y de las injusticias que sufro, de los dolores que siento, y de los sacrificios que exigis de mí, y esta será la *Alleluia* del Cristiano afligido. Entónces si no la tenemos siempre en la boca, la conservaremos á lo ménos en nuestro corazon: jamas oiremos esta palabra sin que se despierten dentro de nosotros las disposiciones que inspira, ni la interrumpiremos nunca sino para reducirla á práctica segun nos sea posible. Hay una *Alleluia* de accion que para hacerse entender se vale del lenguaje de las obras, que es el mas eloqüente de todos, y mucho mas propio que los cánticos mas concertados y amorosos para explicar las alabanzas. Este es el lenguaje del Cristiano fiel: porque quando tributa á la ley el homenaje de la observancia mas exacta á expensas de su tranquilidad y reposo; á pesar de los desprecios y de

las burlas, en medio de las prevaricaciones y de los escándalos, y contra el gusto mismo de una naturaleza corrompida que le solicita continuamente para el mal, dice con mas eficacia, que lo diria la boca, alabemos al Señor, *Alleluia*. Este es el lenguaje del Cristiano dócil: siempre que sufre sin murmurar, que bendice á Dios en los trabajos y miserias, que mira en las aflicciones la mano de Dios que le castiga, que estudia los medios de fortalecerse en la paciencia, y confiesa el dominio soberano del Señor sobre sus criaturas, le alaba con su silencio mismo, y las convida á unirse con él para que participen de sus homenages: su boca calla; pero sus obras renuevan á cada instante del día la *Alleluia*. No nos cansemos pues de repetir este cántico de alabanza que debe hacer un dia todo nuestro consuelo y las delicias de toda una eternidad, porque, como dice San Agustin, una de las funciones mas preciosas de los bienaventurados en el cielo, será la de alabar á Dios sin cesar. Feliz alabanza que no será interrumpida ni por los suspiros del destierro, ni por la violencia de los do-

lores, ni por el temor, los sollozos y los pesares. Feliz alabanza, cuyo mérito no se debilitará jamas por el pecado; cuya actividad no podrá resfriarse, cuyo fervor no se cansará jamas, Feliz alabanza digna de Dios, que será el objeto de ella, y de aquel espíritu que engendrará en el corazon del Cristiano estos sentimientos saludables. Esta es la verdadera *Alleluia*, de la qual la *Alleluia* de la tierra solo es una sombra; y por tanto la Iglesia nos enseña á balbucear esta dulce palabra á manera que se ensaya á los niños habituando su órgano á pronunciar las palabras mas faciles y mas dulces. Es verdad que no dexamos de conocer que esta *Alleluia* encierra dentro de sí un sentido que debe colmarnos en un tiempo de alegría; pero si llegamos á comprender los misterios que contiene, y los consuelos que anuncia, nos disgustarimos infaliblemente de todas las falsas alegrías del siglo, y nos desprenderíamos de esos entretenimientos frívolos que cautivan el corazon del hombre carnal. ¿Qué insensatas nos parecerian entonces las alegrías del mundo, qué insípidos sus placeres, qué fútiles

sus bienes, qué pesados sus honores, y qué molestas y fastidiosas sus fiestas! Hagámonos por tanto dignos de repetir eternamente este Divino cántico, entonándole en la tierra con las disposiciones que exige, y son las siguientes.

Disposicion de confianza: siempre que pronunciamos esta palabra la dirigimos á un Padre amoroso, á un Señor pacífico, que hace consistir sus delicias en colmarnos de sus bienes. Disposicion de temor: quando estamos sumergidos en un torrente de lágrimas, quando el dolor y la amargura se apoderan de nuestro corazon, entónces debemos cantar las alabanzas del Señor. Pero la impureza de nuestros labios, la indocilidad de nuestro corazon, una lengua exercitada hasta el día en la mentira, y en las canciones mundanas, ¿podrán celebrar dignamente las grandezas del Eterno, sobre todo si traemos á la memoria que Dios ha dicho al pecador, por qué te atreves á publicar mis juicios y mis preceptos? Disposicion de humildad: Dios en efecto desecha las alabanzas orgullosas del Fariseo que tiene valor de bendecirle á expensas del publicano, á quien desprecia. Dios no

quiere ser loado, sino por un alma simple, que no desconozca ni su grandeza y sublimidad, ni su propia bajeza. Disposicion de fervor y de amor: si la *Alleluya* solo está en nuestros labios, si el sonido de ella solo ha herido los odios carnales, y no ha llegado al interior del corazon, jamas podrá conformarse con la que cantan los Angeles y los Santos; pero un Cristiano que sabe amar, que no divide su amor con la criatura, que no le debilita con los objetos exteriores, y que no le embota con el gusto de los deleytes profanos, se entrega todo á una santa alegría y á una dulce confianza cantando la *Alleluya*; y su espíritu y su corazon encuentran en esta expresion sola una prenda de los consue- los presentes, y un presagio cierto de los innumerables que ha de gozar baxo el reyno de la verdadera libertad, quando cante una *Alleluya* eterna. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

EL EVANGELIO.

ESPÍSTOLA DE SAN PABLO A LOS ROMANOS,
cap. 10. v. 15.

¡ Qué hermosos los pies de los que anuncian el Evangelio de paz !

Los primeros pasos que dio Jesu-Cristo para instruir al pueblo, le conduxéron á un monte alto, donde habiéndose sentado, dice el Historiador sagrado, habló á la muchedumbre que le rodeaba de los misterios del reyno de Dios, y por esto le conviene admirablemente aquel dicho, que acabamos de citar del Profeta Isaías: *Qué hermosos los pies de los que anuncian el Evangelio de paz!* Así las primeras pa-

quiere ser loado, sino por un alma simple, que no desconozca ni su grandeza y sublimidad, ni su propia bajeza. Disposicion de fervor y de amor: si la *Alleluya* solo está en nuestros labios, si el sonido de ella solo ha herido los odios carnales, y no ha llegado al interior del corazon, jamas podrá conformarse con la que cantan los Angeles y los Santos; pero un Cristiano que sabe amar, que no divide su amor con la criatura, que no le debilita con los objetos exteriores, y que no le embota con el gusto de los deleytes profanos, se entrega todo á una santa alegría y á una dulce confianza cantando la *Alleluya*; y su espíritu y su corazon encuentran en esta expresion sola una prenda de los consue- los presentes, y un presagio cierto de los innumerables que ha de gozar baxo el reyno de la verdadera libertad, quando cante una *Alleluya* eterna. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

EL EVANGELIO.

ESPISTOLA DE SAN PABLO A LOS ROMANOS,
cap. 10. v. 15.

*¡ Qué hermosos los pies de los que anun-
cian el Evangelio de paz !*

Los primeros pasos que dio Jesu- Cristo para instruir al pueblo, le con- duxéron á un monte alto, donde habién- dose sentado, dice el Historiador sagra- do, habló á la muchedumbre que le ro- deaba de los misterios del reyno de Dios, y por esto le conviene admira- blemente aquel dicho, que acabamos de citar del Profeta Isaías: *Qué her- mosos los pies de los que anuncian el Evangelio de paz!* Así las primeras pa-

labras de este divino predicador son otros tantos seguros de felicidad, y de consuelo para los que son humildes, pobres y perseguidos. Qué hermosos son sus pies quando quiere enseñar al hombre á buscar su felicidad; pero sus cuidados no se limitan precisamente á los tiempos de su ministerio. El Evangelio de paz anunciado diariamente en el santo Sacrificio de la Misa, sea por el Sacerdote quando oficia solo, ó por el Diácono, nos trae á la memoria que todo un Dios se ha hecho nuestro Doctor y nuestro Maestro: esta es la parte mas interesante de la Misa de los Catecúmenos, y una de las mas útiles para un Cristiano que sabe meditar los misterios. Esta lectura precedida de la oracion, de las instrucciones de los Apóstoles, de los Psalmos y de los escritos de los Profetas, nos representa aquellos tiempos felices en que hijo del padre de familia, despues de haberse hecho anunciar por sus siervos y sus Ministros, quiso cultivar su viña por sí solo, y sembrar la semilla sobre su campo.

Aunque todos los libros sagrados contengan verdaderamente la palabra

de Dios, y aunque se nos proponga siempre esta santa palabra como un objeto de respeto y de veneracion, la Iglesia sin embargo quiere que consideramos muy diferentemente los escritos de los Profetas, las instrucciones de los Apóstoles, y el evangelio de Jesu-Cristo; y para darnos á conocer la importancia de este santo libro en que se escriben la vida y las acciones de nuestro Salvador, ha establecido que en las Misas solemnes se lea siempre al pueblo por un Ministro de un orden superior, y el mas inmeditado al Sacerdocio, con las ceremonias mas augustas. El Diácono toma del Altar el libro que contiene estas adorables verdades para darnos á entender que las recibe de la boca de Jesu-Cristo mismo, á fin de que los fieles sepan que les va á ser manifesta la voluntad del cielo. En este momento, en que el Diácono sube al Altar, me represento á Moysés, llamado por la voz del Eterno al Monte Sinai entre rayos y relámpagos para recibir la ley y transmitírsela al Pueblo. Despues se postra á los pies de este Altar, delante del libro de la ley, porque sabe que

el hombre no puede ser el origen de las verdades eternas, y que su lengua falsa y engañosa por naturaleza, no puede desempeñar este tremendo ministerio, si no le da la mano, y le reforma aquel Señor que dispone de los corazones á su arbitrio. *Purifica mi corazon y mis labios*, dice entonces el Diacono, ó Dios *Todo-poderoso, y así como purificaste los labios del Profeta Isaias con un carbon encendido, dignate tambien purificarme por tu graciosa misericordia para que anuncie dignamente tu santo Evangelio*: como si dixese ¿tendré valor para hablar en vuestro nombre si os desagrada mi corazon? ¿Podré anunciar á vuestro Pueblo todas las verdades que poneis en mi boca, si mis acciones las desmienten? Haced, Dios mio, que vuestra misericordia destruya en mí todo lo que en qualquiera manera puede contrariar esta divina ley, para que mi corazon ame las verdades que publica mi boca, y que el Evangelio haga mis delicias, antes que sea el consuelo de vuestros hijos. Esta oracion dispuesta por la Iglesia, anuncia ya la importancia de esta funcion sa-

grada, y la grandeza de esta ceremonia; pero todavía se hace mucho mas interesante quando el Ministro pone en su pecho el Evangelio, y doblando la rodilla delante del Sacerdote, le pide la bendicion. El Celebrante le dice entonces: *El Señor esté en tu corazon y en tus labios para que anuncies su santo Evangelio con el respeto y las disposiciones debidas*. Entonces el Diacono, precedido del incienso, en el qual se representa la oracion, que es el único medio para que fructifique la palabra de Dios, marcha ácia el lugar destinado, precedido tambien de los ciriales, para que los fieles traigan á la memoria que Jesu-Cristo, que les va á hablar en la persona del Ministro, es el que ilumina todo hombre que viene á este mundo, y el fuego de esta luz es el símbolo de la caridad que enciende su palabra en nuestros corazones. Uno de los Ministros asistentes acompaña con la cruz esta ceremonia augusta. ¡Oxalá, que á la vista del estandarte de nuestra religion el Pueblo y los Ministros tomasen, como el Apóstol San Pablo, la resolucion de no estudiar en adelante sino á Jesu-Cristo crucificado.

En efecto, este Divino Salvador es el que va á hablar en su Evangelio, y sus máximas de cruz, de penitencia y de lágrimas son las que se van á oír! El Diácono levanta el libro, no solo para que se visto y honrado por todos los fieles que asisten al Sacrificio de la Misa, sino tambien para anunciarles, que van á instruirse en una moral divina, y que la verdad nada pierde de su grandeza acercándose á nosotros, así como nada perdió la Divinidad de Jesu-Cristo por haber tratado y conversado con los hombres. Por lo comun se canta el Evangelio en un lugar elevado, y esta ceremonia tiene una razon muy misteriosa. La Iglesia por este medio quiere enseñarnos, que aunque las verdades que contiene sean muy simples en sí mismas, no son sin embargo comprehensibles á los hombres carnales; y que así es indispensable para alcanzarlas elevarse sobre la carne y la sangre, porque de lo contrario, y miéntras que nuestro corazon esté agravado baxo el peso de los cuidados y de los deleytes, estas verdades podrán muy bien herir el sentido del oido, pero no llevarán la con-

vicción á nuestro espíritu, y la caridad á nuestros corazones. Con este fin el Diácono en ciertas Iglesias se vuelve al Medio-día, en otras al Septentrion, y todos los autores que han estudiado estos diferentes usos, han hallado razones místicas y edificantes, pero siempre relativas á la caridad que enciende esta divina palabra en el corazon, disipando el soplo emponzoñado del maligno espíritu. Nosotros, hermanos míos, volvámonos con el Diácono al Medio-día, y encaminemos nuestro corazon ácia aquel Señor que tiene poder para ablandar su dureza, y encender el fuego de su amor; y quando el Diácono nos habla, consideremos que nos presentamos delante de Dios para que nos instruya, y que por lo mismo debemos prestarle un oido atento y un corazon dócil.

Aunque Jesu-Cristo confió á quatro de sus discípulos el cuidado de transmitirnos sus acciones y preceptos, la Iglesia sin embargo no reconoce mas que un solo Evangelio. Es verdad que los Evangelistas han escrito en diferentes tiempos, en diferentes lugares, y algunas veces en diferentes lenguas:

tambien lo es, que se han servido de diferentes expresiones, y que al parecer se encuentra alguna variedad en la relacion de ciertos sucesos, y de algunas máximas; pero la Iglesia á quien pertenece exclusivamente el cuidado especial de explicar la palabra de Dios, nos hace ver tal concierto y armonía entre los Evangelistas que de qualquiera de ellos que se tomen las verdades que se nos proponen, siempre son el principio ó la continuacion de un mismo Evangelio; y así respondemos diciendo: *Gloria á ti, Señor*: gloria porque has disipado nuestra ignorancia con la luz de tus verdades: gloria porque has consolado nuestra tristeza en la union de tu palabra: gloria porque has fortificado nuestra flaqueza con el soporte de tus preceptos. Esta alabanza con que empieza la lectura del santo Evangelio se repite tambien al concluirlo, diciendo: *alabanza á ti, ó Cristo*. En efecto, ¿hay un motivo mayor de alabanza que el que nos presenta esta ceremonia? Jesu-Cristo no se ha contentado con hacernos con sus lecciones y exemplos hombres apostólicos, sino que ha querido que las verdades que

salieron de su propia boca se convirtiesen en nuestro alimento diario, á fin de que quando no tuviésemos ocasion, y facilidad de consultar á nuestros Pastores, pudiésemos hallar en los libros sagrados exemplos que nos animasen; misterios que exercitasen nuestra fé; promesas que sostuviesen nuestra esperanza; reglas que dirigiesen nuestra conducta: amenazas que nos detuviesen en el camino de la perdicion, y gracias abundantes para amar y practicar las buenas obras que nos prescribe.

De esta corta exposicion podemos deducir importantes consequencias, entre las quales la primera es respectiva á la lectura del santo Evangelio hecha públicamente en la celebracion de nuestros santos misterios. De todo el aparato con que se hace, de las oraciones que la preceden, y de todas las ceremonias que la acompañan, debemos concluir, que para asistir á ella con fruto es indispensable un corazon puro, libre de la mancha del pecado, ó á lo menos penetrado de un arrepentimiento sincero, juntamente con una firme resolucion de expiarlo y evitarlo;

y que el temor, la veneracion, la docilidad, la confianza y la fidelidad son otras tantas disposiciones relativas á esta ceremonia. El temor, porque es un Dios quien nos habla, y porque su palabra, que jamas debe volver á él sin efecto, es o la regla de nuestras costumbres, o la materia de sus juicios: la veneracion, porque los preceptos que nos ha intimado son los mas santos, y su ley la mas pura: la docilidad, porque independientemente de los derechos que Jesu-Cristo ha adquirido sobre nuestra obediencia, sus leyes son tan sabias y tan conformes á nuestras necesidades, que solo puede despreciarlas y desconocerlas aquel que esté privado del uso de su razon: la confianza, porque el Dios que nos habla, nos conoce y nos ama, y sabe la materia de que nos ha formado, y por consecuencia qual es el imperio de los sentidos sobre la razon, y el de la carne sobre el espíritu, y la necesidad que tiene esta carne de ser reprimida en sus concupiscencias, y arreglada en sus deseos y apetitos: la fidelidad, porque este santo comercio que Jesu-Cristo quiere mantener con nosotros, se baria inútil si no

se escuchasen, meditasen y reduxesen á práctica las verdades que nos dirige. ¿Son estas, mis hermanos, las disposiciones que lleváis para oír el Evangelio santo? ¿No manifestáis por el contrario la mayor indiferencia y distraccion?

Pero pasemos á la segunda consecuencia relativa á la lectura de este mismo Evangelio en el interior de nuestras casas. Sensible fuera por cierto que la Iglesia no nos diese á conocer el testamento de nuestro Dios sino por partes, y de una manera rápida; pero permitiendo que estas adorables verdades se traduzcan á la lengua vulgar, y que el libro que las contiene ande en las manos de todos los fieles, nos impone en alguna manera el precepto de buscar en él nuestro alimento diario. ¿De dónde proviene pues la indiferencia y la estupidez de tantos Cristianos que ni poseen ni abren jamas este libro en el interior de sus casas, y que léjos de conocer sus preceptos, ni aun siquiera saben lo que contiene? De aquí nace la poca ó ninguna solicitud para la salvacion eterna; y por consecuencia el desprecio de las verdades

que Jesu-Cristo mismo ha predicado y sellado con su sangre. Este desorden es muy deplorable, hermanos míos: esta insensibilidad es la causa sin duda de ese diluvio de males espirituales que nos inundan por todas partes: de que la fé se debilite; de que las costumbres se desarreglen, y de la casi total extincion del espíritu de religion y de humanidad. Estos son los efectos que produce el olvido de este libro divino. Se vive sin instruccion, se obra sin principios, y se muere sin esperanza y sin consuelo.

Por tanto conviene que reformemos estas ideas, si por desgracia hemos despreciado hasta aquí este divino libro. Llevemos al templo para oír unas lecciones tan saludables el espíritu de humildad y de docilidad, y meditémoslas con religiosa atencion, para que esta lectura nos instruya, nos santifique, nos anime á la práctica de la justicia, y nos haga gozar de la soberana verdad en el cielo. Así sea.

INSTRUCCION

S O B R E

EL SIMBOLO DE NICEA.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO A LOS HEBREOS,
cap. 11. v. 6.

*Es necesario que el que se llega á Dios
crea que hay Dios.*

ESTA es una verdad de que la Iglesia está muy penetrada quando ha incluido el *Símbolo de Nicea* en el Sacrificio de la Misa. Ella quiere que los fieles lleven á este Sacrificio un espíritu de fé que les haga considerar la grandeza del Dios á quien se ofrece, y la misericordia de aquel Señor que se ha hecho víctima por nosotros; y así podemos decir que la principal preparacion consiste en persuadirse íntimamen-

te de los dogmas de nuestra fé, de manera que apartemos aun la apariencia de la duda.

Aquí es donde concluye la primera parte de la Misa, llamada en otro tiempo Misa de los Catecúmenos. Aquí acaban todas las preparaciones por las quales nos quiere enseñar la Iglesia las disposiciones que exige este Sacrificio, y por tanto voy á daros, mis hermanos una breve idea de las verdades que nos ofrece esta parte de la Misa.

La Iglesia ha dispuesto que se diga el *Símbolo* inmediatamente despues de la lectura del Evangelio, porque es muy conveniente que la exposicion de la fé siga á los dogmas, y á los preceptos que Jesu-Cristo nos ha revelado. Por esto besando el Sacerdote en las Misas privadas el libro de los santos Evangelios, dice: *nuestros pecados sean borrados por las palabras de vida que acabamos de leer*; y en las Misas solemnes se le presenta el Subdiácono diciéndole: *estas son las palabras santas*; y empieza su profesion de fé con esta respuesta: *las creo de corazon, y las confieso con la boca*; y despues exhorta á todos los fieles que se hallan

presentes, para que hagan publicamente la misma profesion, diciendo con voz alta: *creo en Dios Padre*.

El *Símbolo* es en general una señal, una marca, y con relacion á la creencia, es una fórmula de profesion de fé. En los tiempos de los Apóstoles habia adoptado ya la Iglesia una manera de anunciar los dogmas á los fieles, y es lo que llamamos el *Símbolo* de los Apóstoles. Despues ha variado esta fórmula segun las circunstancias, y los errores que se han suscitado contra diferentes dogmas: es decir, que sin variar en nada lo substancial de la fé, ha añadido á estas fórmulas ciertas expresiones que sirviesen para ilustrar los puntos contestados con los Heresiarcas. El *Símbolo* que se canta en la Misa, es el que se compuso por el Concilio general de Nicea, el qual se llama tambien *Símbolo* de Constantinopla, porque el Concilio general que se celebró en esta ciudad, hizo en él algunas mudanzas relativas á los nuevos errores. La Iglesia ha creído que esta fórmula mas extensiva que la que nos viene de los Apóstoles, seria la mas propia para inspirar á los Cristianos el respeto y la

TOM. I.—G g

fidelidad á los dogmas revelados; pero siempre es una misma fé la que se profesa, bien se diga la fórmula transmitida por los Apóstoles, ó el *Símbolo de Nicea*, ó la larga exposicion de fé atribuida á San Atanasio, que se dice todos los Domingos á la hora de Prima. En cada una de estas fórmulas encontramos los mismos misterios, y los profesamos con los mismos sentimientos de veneracion y de fé; pero sin embargo hay en la Iglesia la costumbre de estar de pie quando se canta el *Símbolo*, para hacernos entender que debemos estar prontos á caminar á la defensa del Evangelio, y á resistir con todas nuestras fuerzas á quantos tengan la osadía de atacar la verdad. Esta es una obligacion esencialísima, pero muy olvidada de los Cristianos en unos tiempos en que se contradicen las verdades eternas por todas partes. Los enemigos de la Iglesia se atreven á levantar su orgullosa cabeza, y á permanecer de pie, mientras que los hijos de la fé, por ignorancia, ó por cobardía se mantienen indiferentes, anegados en los placeres: y por tanto, quando presenciemos el santo Sacrificio de la Misa, debemos renó-

var la constancia y la firmeza que exige la fé. Creamos no solo con la boca, sino principalmente con el corazon: formemos la resolucion de creer constantemente con nuestras obras, y no queramos desmentir por cobardía ó flaqueza la postura firme y estable en que la Iglesia nos pone quando hace la profesion de nuestra fé.

Sin embargo quando se profesa el misterio de la Encarnacion se arrodillan el Sacerdote y todos los asistentes para honrar con este acto de humillacion la profunda humildad de Jesu-Cristo, porque los Cristianos, como dice San Augustin, deben acercarse siempre humildemente á un Dios humilde; pero no con la humillacion del cuerpo, sino con la del corazon, que debe penetrarse en este momento de las humillaciones de un Dios, que para asegurar nuestra libertad no se desdennó de tomar la forma de esclavo. Sí, se hizo hombre, y hombre pobre, aquel que manda la naturaleza entera: hombre desconocido, aquel que descendia de los Reyes de Judá, y que habia sido puesto por Rey de todas las naciones: hombre mortal, aquel que de ningun modo habia merecido la muerte por el pe-

cado. Humílese y abátase pues toda criatura en el momento en que se hace memoria de un misterio en que un Dios desde lo alto del cielo baxó al abismo profundo de las humillaciones, y de las baxezas según el pensamiento de la Iglesia.

Esta tierna madre para hacernos entrar en los sentimientos de veneracion, de confianza, de humildad y de amor, acostumbra cantar esta profesion pública de fé en las grandes solemnidades con toda la pompa y aparato que corresponde á su importancia, y dando á besar el santo Evangelio á todos sus Ministros, quiere con este exemplo enseñar al Pueblo que las verdades que les propone se contienen todas en este libro adorable, y que la confesion que hace el Clero, debe pasar al corazon de todos los fieles, de manera que puedan decir á cada verdad, á cada artículo de la fé lo que profeso con la boca lo creo con el corazon. En efecto, mi corazon cree, porque de esta creencia le resulta un interes poderoso, y esperanzas las mas ciertas de una felicidad eterna, y porque cada uno de los misterios que profeso es una prenda de los

mas dulces consuelos. Pero, hermanos míos, no basta hacer una confesion de boca, porque es necesario, que las obras vayan siempre de acuerdo con ella: un Cristiano debe profesar en sus conversaciones las verdades contenidas en el *Símbolo*, no prestando sus oídos á principios contrarios á la fé, ni propagándolos por su parte: debe profesarlos, negándose á la lectura de esos libros capciosos y seductores en que estos mismos principios se atacan ó se desconocen: debe profesarlos en sus acciones, procurando que todas ellas sean conformes á los preceptos y á las máximas de la ley: debe profesarlos en sus pensamientos, teniendo siempre á la vista el objeto de su fé: debe profesarlos en sus deseos, de manera que todos ellos le conduzcan á la consecucion de los verdaderos bienes que se le proponen: en fin, debe profesarlos en sus afectos, arreglándolos todos sobre los de Jesu-Cristo. Este Señor es el que nos ha dado las primeras lecciones para creer; pero tambien nos ha enseñado, que la fé del espíritu ha de ir siempre conforme con la del corazon, y la confesion del corazon con la profesion de

las obras. Esta leccion importante ha sido confirmada con sus exemplos, de modo que nosotros todavía somos mas deudoros á sus acciones que á sus palabras: por éstas nos muestra el camino, y por aquellas nos introduce en él: con sus lecciones nos enseña que podemos ser felices, y esta felicidad nos la da con sus exemplos. La Iglesia por tanto no quiere inspirarnos una devocion esteril, quando hacemos publicamente la profesion de nuestra fé; sino que quiere que un Cristiano que por todas partes ostenta el nombre de fiel, lo sea en efecto de una manera sensible: fiel entre sus hermanos por la santidad de sus conversaciones, y de todas sus obras: fiel en la adversidad, por la sumision y la paciencia, y por la firme esperanza de esa vida futura que debe recompensarle de todos sus trabajos: fiel en las tentaciones por su firmeza y su constancia, por el ódio del pecado, y por el temor de ofender á Dios: fiel en los bienes y en los honores de la vida, por su desprendimiento de las cosas perecederas, y por el santo uso de las riquezas que el Señor le concede, para que con

ellas pueda formarse un tesoro en la eternidad: fiel en la privacion universal de los bienes de este mundo, por su constancia y confianza en aquel que vela sobre todas sus criaturas con tanta atencion como misericordia: fiel sobre todo, entre los desertores y enemigos de la fé, oponiéndose con zelo á todos los esfuerzos que hacen para extinguirla en el corazon de los débiles.

Estas son, hermanos míos, las diferentes obligaciones que nos impone el *Símbolo* de la fé; ¡pero qué raros son los Cristianos en cuyo corazon se excitan estos sentimientos, y que hacen uso de ellos en las diversas circunstancias de su vida! Así quando Jesu-Cristo nos dice que en el último dia apenas quedará en el mundo una centella de fé, no habla de esa fé especulativa que consiste en la confesion pública, y en el conocimiento exterior de las verdades; pero la Iglesia hasta la consumacion de los siglos tendrá muchos hijos que obren de esta manera. Es verdad que el *Símbolo* resonará siempre en nuestros templos; pero esta tierna madre se llenará de la mayor amargura al ver que el mayor núme-

ro de sus hijos desmiente su fé con su conducta, ó que la deshonra con sus blamfemias, ó que la abandonan por intereses de poco ó ningun momento. Nosotros, hermanos míos, procuremos consolarla con una fé viva que jamas dude: con una fé sumisa, que no dispute; y con una fé activa que no se desmienta. El título de hijos de la fé ha de ser para nosotros el título mas honroso de todos, mediante que lo es en efecto por la union que nos da con Dios, y por los derechos que nos asegura haciéndonos los coherederos de Jesu-Cristo: y por esto la Iglesia concluye el *Símbolo* con estas palabras: *creo la vida del siglo futuro.*

Sí, la creo, la espero y la pido con todo el fervor que me infunde el espíritu de Dios. Desde ahora me dispongo para esta vida, y consagro en su obsequio todos mis instantes. Ya no cantaré en la tierra sino ese *Amen*, que es la expresion del deseo mas ardiente, hasta que en la mansion de la bienaventuranza cante el *Amen*, que será la confesion de mi amor, y de mi reconocimiento al Dios Todo-poderoso que adoramos. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

EL OFERTORIO.

DANIEL, CAP. III. VERS. 39.

Mas con corazon contrito, y con espíritu humillado seamos recibidos.

ESTA es la única disposicion que puede agradar á vuestro Dios; porque como dice en varios lugares de las divinas Escrituras, no dexará de echar una benigna mirada sobre el pobre, ni de oír al humilde de corazon. La Iglesia ha tomado esta oracion de uno de los Profetas para dirigirse al Señor en el momento que empieza la oblation del Sacrificio; y aunque nos ha

ro de sus hijos desmiente su fé con su conducta, ó que la deshonor con sus blamfemias, ó que la abandonan por intereses de poco ó ningun momento. Nosotros, hermanos míos, procuremos consolarla con una fé viva que jamas dude: con una fé sumisa, que no dispute; y con una fé activa que no se desmienta. El título de hijos de la fé ha de ser para nosotros el título mas honroso de todos, mediante que lo es en efecto por la union que nos da con Dios, y por los derechos que nos asegura haciéndonos los coherederos de Jesu-Cristo: y por esto la Iglesia concluye el *Símbolo* con estas palabras: *creo la vida del siglo futuro.*

Sí, la creo, la espero y la pido con todo el fervor que me infunde el espíritu de Dios. Desde ahora me dispongo para esta vida, y consagro en su obsequio todos mis instantes. Ya no cantaré en la tierra sino ese *Amen*, que es la expresion del deseo mas ardiente, hasta que en la mansion de la bienaventuranza cante el *Amen*, que será la confesion de mi amor, y de mi reconocimiento al Dios Todo-poderoso que adoramos. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

EL OFERTORIO.

DANIEL, CAP. III. VERS. 39.

Mas con corazon contrito, y con espíritu humillado seamos recibidos.

ESTA es la única disposicion que puede agradar á vuestro Dios; porque como dice en varios lugares de las divinas Escrituras, no dexará de echar una benigna mirada sobre el pobre, ni de oír al humilde de corazon. La Iglesia ha tomado esta oracion de uno de los Profetas para dirigirse al Señor en el momento que empieza la oblation del Sacrificio; y aunque nos ha

dado á conocer esta disposicion en la confesion de los pecados, que sirve de preparacion para él, nos enseña, que este es el tiempo propio de hacer uso de ella, si queremos que esta ofrenda, siempre agradable á Dios por su naturaleza, pues que se humilla su propio Hijo delante de su Magestad Suprema, sea útil para nosotros mismos, uniéndonos á las disposiciones de este Divino Salvador.

Entramos en una parte esencial de la Misa, y por consecuencia mucho mas interesante que las anteriores; y aunque pudiera exponerla largamente, y deducir consecuencias sumamente importantes; precisado á contenerme en los límites estrechos que me he propuesto, os presentaré un breve discurso, en el qual explicaré las ceremonias, y os propondré algunas reflexiones dirigidas á reanimar el espíritu y el corazon. Os pido que me escuchéis atentamente.

Para que podáis tener una idea exacta de la excelencia del *Ofertorio*, es indispensable recordaros que en los primeros siglos no se hacia hasta que habiañ salido de la Iglesia los Catecú-

menos. En estos tiempos se concian dos Misas, la de los Catecúmenos que empezaba desde que el Sacerdote entraba en el Altar hasta la oblacion, y la de los fieles que comenzaba en esta parte, y concluía quando el Ministro despedía al pueblo. Todas las oraciones que han precedido, y la lectura del Evangelio, y de la Epístola, no pueden considerarse sino como preparaciones para el Sacrificio. En efecto, aquí es donde la Iglesia empieza propiamente á ofrecer la víctima, pero su intencion no es hacer partícipe de ella sino á los Cristianos que han recibido, conservado, ó recobrado la gracia. Por esta causa, además de los Catecúmenos despedía tambien á los penitentes públicos; y si desde la extincion de las penitencias canónicas, no excluye ni aun á los pecadores mas escandalosos, no por esto autoriza su presencia, sino que ántes bien los exhorta á la reforma de su conducta, porque no reconoce otro medio mas poderoso que la contricion para sacar los frutos del Sacrificio. Esta parte, como todas las otras, empieza por la oracion, porque la Iglesia quiere que se preparen con ella todos los

ejercicios de los Cristianos. *Oremos*, dice el Sacerdote, y en seguida empieza un Salmo juntamente con el coro. Este Salmo en otro tiempo, y en las grandes solemnidades se repetia muchas veces, á causa de la concurrencia del pueblo, para hacer sus oblaciones. No quiero hablar en esta Instruccion de estas oblaciones particulares, ni de la que hacia el Sacerdote á Dios, en nombre de los fieles, porque esta será la materia de dos Instrucciones separadas: me ceñiré por tanto á examinar la oblacion en general, dividiendo este exámen en quatro partes: á saber, quien ofrece, á quien se ofrece, qué se ofrece, y por qué se ofrece.

¿Quién ofrece? Primeramente Jesu-Cristo, único Sacerdote segun el órden de Melchisedech, Sacerdote eterno, Pontífice de los bienes venideros, que no necesitado, segun el Apóstol, ofrecer por sus pecados, ha tomado á su cargo, y sobre sí los de todo su pueblo, seguro de ser oido por su pronta obediencia á la voluntad de su Padre, y por el respeto que es debido á su Persona Divina. Este Señor es quien

ofrece esencialmente su Sacrificio, y cada vez que celebra el Sacerdote, renueva el que hace sin cesar en el cielo, donde presenta su cuerpo y su sangre para borrar los pecados de muchos.

En ségundo lugar ofrece la Iglesia con Jesu-Cristo, y por Jesu-Cristo. Este Sacrificio se ha hecho propio suyo desde la union que se ha dignado contraer con ella este Divino Salvador. La Iglesia es este cuerpo místico de que somos miembros, y de que Jesu-Cristo es cabeza: de manera que por este título participa de quanto hace su Divino Esposo, y es como él, pura y sin mancha, y goza del derecho de presentar á Dios la Hostia santa, viva y verdadera.

En tercer lugar, ofrece en nombre de la Iglesia un Sacerdote escogido entre los pecadores, y consagrado con el oleo santo para estas funciones tremendas. Este Sacrificio tambien es suyo propio en alguna manera por el derecho que se ha dignado concederle el Señor de unir su voluntad á la del Soberano Sacrificador: de manera que aunque sus pecados sean sin número, Dios recibe la Hostia que le presenta como una Hos-

tia agradable, porque sus manos son en algun modo las de la Iglesia, y de Jesu-Cristo mismo.

En quarto lugar, ofrecen los fieles por las manos del Sacerdote en nombre de la Iglesia, y por los méritos de Jesu-Cristo, y esta es una oblacion de cada fiel en particular por la aplicacion que Jesu-Cristo le hace de ella. Por esta causa se le pone al Cristiano en el bautismo el oleo santo; por este Sacramento es elevado al orden del Sacerdocio, no para ofrecer por sus propias manos, ni para exercer las funciones de este misterio tremendo, ni para contribuir á ellas en ninguna manera, sino para ser partícipe de la uncion de Jesu-Cristo, y gozar del derecho inestimable de ofrecer como él, con él, y por él.

¿A quién se ofrece? La Iglesia nos dice que al Padre Eterno, en memoria de la Pasion, de la Resurreccion, y de la Ascension de Jesu-Cristo, su Hijo: es decir, que su Sacrificio es un acto de reconocimiento á los milagros que ha obrado el Padre Eterno por su medio para nuestra salvacion, y un recuerdo que se hace á este Ser Supremo

le las condiciones de la alianza que se ha dignado hacer con su pueblo, ofreciéndole una víctima que ha derramado su sangre en su Pasion, que ha triunfado de todos sus enemigos en su Resurreccion, y que por su Ascension nos ha dado la entrada en su reino.

Este Sacrificio se ofrece tambien á la Santísima Trinidad. Este es un honor que se la dede de justicia, tanto por la reparacion del pecado, quanto por las gracias que se ha dignado dispensarnos para nuestra santificacion. En este Sacrificio se dan gracias al Padre porque nos ha dado á su Hijo; se dan al Hijo porque se ha entregado por nosotros, y se dan al Espíritu Santificador porque de la sangre purísima de una Virgen formó el cuerpo de nuestro Señor Jesu-Cristo. Veamos ahora la naturaleza de la oblacion, y que es lo que se ofrece en el Santo Sacrificio de la Misa.

Se ofrece una víctima pura y sin mancha; una víctima de propiciacion; una víctima por el pecado; una víctima de accion de gracias; una víctima pacífica; un verdadero holocausto, y en una palabra, se hace una oblacion

de que solo eran una sombra los diferentes Sacrificios de la ley antigua: de suerte, que como dice el Apóstol, Jesu-Cristo con esta sola oblacion consumó la obra de la santificacion eterna de todo el mundo.

Se ofrece el Hijo único de Dios, el esplendor del Padre, la imágen de su substancia, su Sabiduría eterna, su Verbo, el Rey de los siglos, las delicias de los Angeles, y la alegría de los Santos: de manera que nada se ofrece á Dios que no corresponda á su grandeza, y al mismo tiempo se honra su Divinidad, tributándole un obsequio que, al paso de reconocer su soberanía, reconoce tambien nuestra dependencia esencial.

Se ofrece el Primogénito de los hijos de los hombres, el Xefe de los predestinados, el Verbo hecho carne, el Hijo de Maria, el Emmanuel, el renuevo de la vara de Jessé, el Rey de las naciones, nuestro Xefe, nuestro Pastor y nuestro Hermano: de manera que á pesar de nuestra miseria podemos gloriarnos, dice un Padre de la Iglesia, de ofrecer á Dios un sacrificio de nosotros mismos con Jesu-Cris-

to sin el temor de que lo deseche, mediante que el Verbo por la union que ha contraido con nuestra carne, da un precio infinito á la oblacion que hace á su Padre de nuestra naturaleza.

Pero ya que hemos visto lo que se ofrece en el Santo Sacrificio de la Misa, examinemos ahora por quien se ofrece. Se ofrece por los vivos y por los muertos, por los justos y por los pecadores, por las necesidades espirituales, y por las temporales presentes y futuras: se ofrece para conseguir el valor en los combates, la paz en los reynos, la union en las familias, la fertilidad en los campos, la propagacion de la palabra de Dios, la extirpacion de las heregías, la prosperidad de los Príncipes y la salud de los Pueblos: se ofrece para conocer la voluntad de Dios, y para ilustrar y decidir las dudas: se ofrece por el éxito feliz de los negocios, y quando el Cristiano tiene las disposiciones santas que se requieren, experimenta sensiblemente la proteccion de aquel Dios que defiende á la viuda, y al huérfano de sus opresores: se ofrece para auventar las tentaciones, para calmar las tempestades, para suavizar los trabajos,

y quando se lleva al Sacrificio un espíritu de sumision y de docilidad, se reciben las armas para combatir al enemigo, las fuerzas necesarias para sobrellevar las tribulaciones, y la uncion del Espíritu Santo para templar nuestras penas. Los eismáticos nos acusan de supersticion, porque llevamos á los pies del Altar todo género de súplicas, pero este error debe detestarse altamente, supuesto que no hay una que Jesu-Cristo no presente en nuestro nombre, y para la qual no tenga la Iglesia oraciones especiales. Sin embargo, si pedimos los bienes temporales antes que los eternos, y aquellos que miran únicamente al alivio del cuerpo, ántes que los que pueden obrar la santificacion de nuestras almas, obramos de un modo contrario al espíritu del Sacrificio. ¿Qué diré quando se piden los bienes contrarios á la salvacion, y sobre todo quando nos presentamos delante del Altar, cargados de injusticias, de resentimientos y venganzas? Pero todavía cometemos un delito mayor, quando pretendemos haer á Jesu-Cristo partícipe de nuestra ira, y hacemos ofrecer el Sacrificio de la Misa por el buen éxito

de un pleyto injusto, por un negocio usurario, y por otros mil motivos infinitamente mas criminales. ¡Pluguiese á Dios que este sacrilegio fuese mas raro, y que no hubiese tantos Cristianos que desconociesen el fin principal de este Sacrificio! ¿Acaso pueden ignorar que ofreciéndole Jesu-Cristo á su Padre nos ha enseñado á buscar con preferencia su reyno, su justicia y las gracias espirituales? ¿no deberán postergarse las temporales quando se trata de adquirir las virtudes? Vosotros, hermanos míos, no habeis incurrido sin duda en este abuso, lo confieso; pero sin embargo debéis estudiar y conocer el fin del Sacrificio, y las disposiciones que se requieren para hacerle provechoso. Estas disposiciones estan enunciadas en las diferentes reflexiones que acabo de exponeros, y serán mucho mas sensibles en la explicacion de las oraciones que se dicen al tiempo de la oblation.

Concluyamos con las palabras del texto de este discurso, y pidamos á Dios que seamos recibidos, no conforme á nuestros méritos personales, sino al mérito inmenso de la víctima que se ofrece por nosotros: no por nues-

tra justicia propia, sino por medio de un corazon contrito y humillado; no en vista de las riquezas de nuestras ofrendas, de la abundancia de nuestras limosnas, y de la manifestacion de nuestras virtudes y talentos, sino en vista del desprecio de nosotros mismos, y de todas las cosas que alimentan la vanidad de los hombres, porque este es el único medio de participar de las humillaciones de Jesu-Cristo, y el mas poderoso para que podamos ser recibidos en su reyno.

Dios mio, haced que estos sentimientos vayan siempre con nosotros al pie del Altar. Una mano invisible aparta y arroja al soberbio de este lugar sagrado, y vos apartais tambien vuestros ojos de todo aquel que se dexa llevar del amor propio, para contemplar sus perfecciones: Señor, haced que los míos no se abran en adelante á la vanidad, y que no vean otro objeto que vos, que sois el solo Santo, el solo Justo, el solo Grande, y el solo Misericordioso en los siglos de los siglos. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LA OBLACION.

PSALMO L. VERS. 19.

Al corazon contrito, y humillado no le despreciarás, ó Dios.

En el momento que se empieza á ofrecer la víctima sagrada es quando conviene excitar nuestra confianza, y entrar en las disposiciones que deben unir nuestra oblacion al Sacrificio. Todas estas disposiciones se contienen en las palabras del Psalmo que acabamos de referir; y mediante que en la última Instruccion hemos hablado de la *Oblacion* en general, vamos á considerarla ahora en particular, á meditar la oracion que tiene destinada la Iglesia para ella, y á estudiar las obligaciones que nos

impone. En esta Instruccion nos limitaremos á las reflexiones que arroja de sí esta oracion de la Misa, que sin duda no será ménos fecunda que las anteriores, porque quanto mas nos acerquemos á la accion esencial del Sacrificio, tanto mas interesante será para nosotros: prestadme atencion.

Acabo de explicaros lo que se ofrece, á quien se ofrece, quien ofrece, y por quien se ofrece en el santo Sacrificio de la Misa; y aunque sobre cada una de estas materias he procurado daros una idea suficiente, con todo voy á proponeros otras reflexiones que son de bastante consideracion. Ya no son los animales la materia sensible del Sacrificio, como lo eran en la ley antigua. Al instituirle Jesu-Cristo no solo debia representar la naturaleza, y el fin de su oblacion, sino tambien su necesidad y su unidad, y por esta causa escogió el pan y el vino para representarnos su cuerpo y su sangre á los ojos de la fé. Esta figura es verdaderamente sensible, porque el pan por su naturaleza, por su efecto, y por estar comunmente destinado para alimento de los hombres, nos recuerda aquel

pan baxado del cielo, que restablece nuestras fuerzas, que nos alimenta hasta la saciedad, y que se manda comer á todos los hijos de la fé. Esta es una figura verdaderamente sacramental, porque no solo representa, sino que contiene lo que representa, y obra lo que significa por la virtud de las palabras de Jesu-Cristo; de manera que podemos decir despues de la consagracion, que las especies que hemos ofrecido eran pan, y ya no son pan. En efecto, este es un pan invisible, el pan de los Angeles, el trigo de los escogidos, y en este pan material, y visible nada queda sino las apariencias que ocultan á nuestros ojos el pan Eucarístico.

Transportémonos, hermanos míos, quando el Sacerdote toma la Hostia para elevarla, y ofrecerla á aquel momento en que Jesu-Cristo tomó el pan, y dió gracias á su Padre, tomó el vino y el bendixo: momento en que aseguró á sus discípulos que no beberia ya del fruto de la vid hasta que hubiese entrado en su reyno. Este reyno está en medio de nosotros, porque Jesu-Cristo desde el establecimiento de

su Iglesia no cesa de coger y de distribuir el fruto de aquella vid, de quien decia: *yo soy la cepa, y vosotros los sarmientos, y no podeis llevar frutos sino por mí.* Ved en estas palabras como Jesu-Cristo se hace el pan vivo y el vino que engendra todas las virtudes; y por esto era muy conveniente que estas especies fuesen la materia esencial y sensible de su Sacrificio; y como ellas son el alimento mas comun y usado entre los hombres, son tambien muy á propósito para representarnos de una manera mas perfecta á aquel Señor que se ha hecho el solo pan que de la vida, y la sola bebida que apaga la sed de nuestro corazon. Es muy de notar, que la Iglesia Latina use del pan ácimo, mientras que la Griega consagra con pan con levadura; pero este diferente uso no altera en ningun modo el fondo del Sacrificio, y la Iglesia Latina ha adoptado esta práctica sin duda por causas muy fundadas. No es este lugar á propósito para daros una completa noticia de las disputas que se han agitado por mucho tiempo sobre esta materia, las cuales son causa de que todavía esten divididas dos porciones

del reyno de Jesu-Cristo, porque nos basta saber que esta division no destruye la esencia del dogma: que una y otra Iglesia confiesan que Jesu-Cristo está realmente presente baxo las especies del pan y del vino: que la Iglesia no ha condenado ninguno de estos usos: que la Latina tiene sobrados fundamentos para servirse del pan acimo: que este uso es de inmemorial, y por consecuencia muy respetable por su antigüedad: que ella cree que de esta manera sigue á la letra las intenciones de Jesu-Cristo, y que se conforma en un todo con su exemplo, porque en el tiempo que instituyó la santa Eucaristía estaba prohibida la levadura á los Judíos, de tal manera, que ni aun podian conservarla en sus casas. Por otra parte la Iglesia quiere dar á sus hijos abundantes instrucciones sobre este uso: excluyendo la levadura del pan que debe consagrarse, les advierte, que alejen de su espíritu, y destierren de su corazon la levadura del pecado, y que quando hayan de presenciar el Sacrificio, procuren estar limpios de toda mancha, y de los afectos carnales que son contrarios por

todos respetos á este Sacramento. En fin, sin condenar la práctica que sigue la Iglesia Griega exige de sus hijos, que observen escrupulosamente la disciplina que les prescribe.

Tambien se usa en las dos Iglesias la mezcla del vino y del agua, pero esta será una materia para otra instruccion. Por ahora basta decir como de paso, que estas dos materias de *pan* y de *vino* son de tal modo esenciales y necesarias, que sin ellas no hay sacrificio. En las Misas solemnes es el Diácono quien presenta uno y otro, para que sepamos que el Sacerdote no ofrece solo, ni sacrifica por sí solo, ni exercise un ministerio extraño al resto de los fieles. El Diácono representa en esta ocasion á todo el pueblo; y poniendo en las manos del Sacerdote las substancias que deben ser consagradas, ofrece en alguna manera en nombre del pueblo, por mano del Sacerdote, y éste eleva la hostia sobre la patena, y al mismo tiempo levanta sus ojos al cielo, porque en este lugar ha fixado Dios el trono de su gloria: aquí la víctima universal ofrece un perpetuo sacrificio, y de aquí debe venir la bendicion que va á con-

sagrar la hostia y el fuego sagrado que ha de consumir la víctima. El Sacerdote despues de haber elevado sus ojos los baxa hácia la hostia, para enseñarnos que no conviene al hombre hechar á su Dios miradas indiscretas, y que si este Señor le permite elevar algunas veces su corazon por la oracion, tambien le manda que entre dentro de sí mismo para estudiar sus miserias y llorar sus pecados.

Todas estas disposiciones se contienen claramente en la oracion que se dice al tiempo de la oblacion: *recibe, ó Santo Padre, Dios omnipotente y Eterno, esta hostia sin mancha, que yo tu siervo indigno te ofrezco á ti, Dios mio vivo y verdadero, por mis innumerables pecados, y ofensas y descuidos, y por todos los que presentes están; y tambien por todos los fieles Cristianos vivos y difuntos; para que á mí y á ellos nos aproveche para la salvacion en la vida eterna.* Como si dixese: tú que eres el Padre de todas las criaturas, y que no tienes necesidad de sus dones, porque eres el autor de todos los bienes; tú que eres la mas pura y santa

de todas las victimas; tú que eres todopoderoso, y la Sabiduría, por la qual han sido hechas todas las cosas: tú que eres Eterno recibe una hostia que conocias ya desde la eternidad; recíbela, aunque por mano del mas indigno de tus siervos, por los pecados de todos los hombres. Haz, Padre misericordioso y Santo, que esta oblation cumpla plenamente las miras de tu misericordia, llenando de bendiciones á todos quantos asisten á este sacrificio: que procure á los fieles vivos las gracias que necesitan para su salvacion eterna: que accelere para los difuntos la libertad, que depende de la virtud de esta sangre: en fin que esta sangre no sea por culpa nuestra una semilla estéril, que lleve en nosotros frutos de salud y vida, y que sea la primicia y la prenda de esa vida bienaventurada, que consiste en conocer y amaros eternamente.

No perdamos de vista, hermanos míos, que el Sacerdote en su nombre y en el de todos los fieles dirige á Dios estas palabras; pero como ha sido escogido entre los hombres, carece de aquella santidad inviolable de Jesu-Cristo, el qual no teniendo necesidad de

la oblation, se ofrece por todos los pecadores. Sin embargo él se pone á la cabeza de aquellos para quienes solicita las gracias, y por lo mismo ha de procurar que su alma esté limpia y purificada de toda mucha, porque de otro modo no será fácil que sus oraciones consigan las misericordias que quiere implorar para sus hermanos. Quando asistis al sacrificio de la Misa, acordaos que sois deudores al Ministro que le ofrece de la sensibilidad y compasion que muestra por vosotros, que miétras solicita el perdon de vuestros pecados, debeis solicitar tambien la remision de los suyos, y que debe mirarse con sumo respeto, alejando en este momento qualquiera mala idea de su conducta. ¡Oxalá que no subiesen al Altar algunos Sacerdotes, que en su mismo exterior estan denotando su dissipacion, y que sus costumbres son indignas de ministerio tan santo! ¡Oxalá, repito, que no subiesen tales Sacerdotes, que son un objeto detestable para los fieles que los conocen! De aquí resulta un sentimiento de desprecio, y algunas veces una impresion de tibieza que hace inútil la oblation, miétras que la re-

ligion y la fe nos dan en esta oracion misma un preservativo seguro contra semejante escándalo. Pedid pues á Dios de todo corazon que purifique las manos que van á ofrecer un sacrificio tan grande; que este sacrificio sea para el Sacerdote indigno un principio de conversion, y si algunas veces el orgullo engendra en vosotros una fatal prevencion contra él, registrad el interior de vuestras almas, y acordaos que sus pecados no pueden dispensaros de llorar los vuestros; que el fruto del Sacrificio no depende del Ministro desunado para ofrecerle, y que cada uno debe llevar el sentimiento íntimo de su bajeza. Pero notad, mis hermanos, que tratando el Sacerdote de sus faltas, hace disincion de sus ofensas, pecados y descuidos; es decir, que en estas tres palabras comprehende todo lo que nos hace culpables á los ojos de Dios. Las ofensas, es decir, esos ultrages que abraza y aprueba la voluntad, y como ellas son las que ofenden mas á la Magestad suprema, las da con justa razon la preferencia. Los pecados, es decir, esa muchedumbre de prevaricaciones de toda clase, las quales bien provengan de

malicia, ó sean el efecto de nuestra fragil naturaleza, nacen siempre de un corazon corrompido, exigen el arrepentimiento, y tienen necesidad de expiacion. Los descuidos, es decir, esas omisiones demasiado frecuentes en que incurrimos unas veces por inclinacion natural al placer, y otras por flogedad y disgusto. ¿Quién de nosotros podrá desconocerse en esta pintura? Si los Ministros mas santos pueden decir con verdad que sus pecados son innumerables, ¿qué dirán esos Cristianos que no piensan, ni hablan, ni obran sino conforme á las disposiciones de un corazon depravado y corrompido? ¿No vemos en la mayor parte un ayre de disipacion, un carácter de insensibilidad, y lo peor de todo, una disposicion de confianza y de orgullo que está denotando que si vienen á presenciar el Sacrificio no es por sus pecados sino por los agenos? Sin embargo de estar llenos de asquerosas y profundas llagas, ¿no fixan su atencion sobre las ligeras cicatrices que perciben en sus hermanos? ¿No los juzgan, no los condenan? No alaxan de sí con semejantes dispisiciones la remision de sus pecados que deben solicitar con tanta preferencia?

No desconozcamos, hermanos míos, nuestras necesidades personales. Jesu-Cristo elevado una vez sobre el Altar de la Cruz en el Calvario, se eleva todos los días en nuestros altares por las manos de sus Sacerdotes, y se presenta á su Padre cargado con todos nuestros pecados; pero tambien quiere que cada uno cargue con los suyos, y que se muestre en su presencia con verdadera contricion. ¡Infeliz de aquel que dexa á la víctima sola el cuidado de gemir y de llorar! su suerte sin duda será la misma que la de tantos infieles entre quienes no ha rayado la luz de la verdad. Pero ¿qué digo? ¿acaso estos miserables pueden compararse con esos Cristianos que á la muchedumbre de sus pecados añaden el mas sensible de todos para Jesu-Cristo, qual es la inutilidad de su oblacion?

Vos habeis dicho, Señor, que quando fueseis levantado á lo alto, lo atraeráis todo á Vos. Si el peso de nuestros pecados nos tiene oprimidos, romped estas ligaduras funestas, y haced que el dolor y la contricion nos acerquen á Vos en esta circunstancia en-

tica de vuestra oblacion; que el Padre celestial, á quien la ofreceis, no vea en nosotros sino víctimas santas; que la muchedumbre de nuestros descuidos sea borrada á sus ojos con la santidad, la obediencia y la caridad de la víctima de propiciacion; y en fin que el fruto de vuestra oblacion sea una vida santa en el tiempo, y la bienaventuranza en la eternidad. Así sea.

No desconozcamos, hermanos míos, nuestras necesidades personales. Jesu-Cristo elevado una vez sobre el Altar de la Cruz en el Calvario, se eleva todos los días en nuestros altares por las manos de sus Sacerdotes, y se presenta á su Padre cargado con todos nuestros pecados; pero tambien quiere que cada uno cargue con los suyos, y que se muestre en su presencia con verdadera contricion. ¡Infeliz de aquel que dexa á la víctima sola el cuidado de gemir y de llorar! su suerte sin duda será la misma que la de tantos infieles entre quienes no ha rayado la luz de la verdad. Pero ¿qué digo? ¿acaso estos miserables pueden compararse con esos Cristianos que á la muchedumbre de sus pecados añaden el mas sensible de todos para Jesu-Cristo, qual es la inutilidad de su oblacion?

Vos habeis dicho, Señor, que quando fueseis levantado á lo alto, lo atraeriais todo á Vos. Si el peso de nuestros pecados nos tiene oprimidos, romped estas ligaduras funestas, y haced que el dolor y la contricion nos acerquen á Vos en esta circunstancia crí-

tica de vuestra oblacion; que el Padre celestial, á quien la ofreceis, no vea en nosotros sino víctimas santas; que la muchedumbre de nuestros descuidos sea borrada á sus ojos con la santidad, la obediencia y la caridad de la víctima de propiciacion; y en fin que el fruto de vuestra oblacion sea una vida santa en el tiempo, y la bienaventuranza en la eternidad. Así sea.

INSTRUCCION

S O B R E

LA MEZCLA DEL VINO,

Y DEL AGUA EN EL CALIZ.

PROVERBIOS, cap. 8. v. 31.

Mis delicias son estar con los hijos de los hombres.

Estas palabras que acabamos de referir nos manifiestan el ardiente deseo que tuvo Jesu-Cristo de habitar entre nosotros. ¿Pero acaso ignoraba que habíamos de ser ingratos á sus beneficios? ¿No sabia que vendria entre los suyos y seria desconocido; que en su misma Iglesia habria muchos pecadores que se presentarian al Sacrificio con la indiferencia mas criminal, y que los medios mas eficaces de salud se convertirian en daño de los mismos á quienes se ofrecian? ¿No veía de antemano los ultrages y las profanaciones que experimentaria en su Sacramento? ¿Pues de qué naturaleza pueden ser las delicias que ha de tener entre

Inst. sobre la mezcla del vino. 363

los hijos de los hombres? Este misterio de caridad se manifiesta claramente en el Sacrificio de la Misa, y con especialidad en la ceremonia que vamos hoy á explicar. El Sacerdote echa unas gotas de agua en el vino destinado para el Sacramento, y esta mezcla ofrece grandes motivos de edificacion y de consuelo á los fieles que quieren tomar parte en el espíritu del Sacrificio; y para que podais entrar en estos sentimientos, os pido vuestra atencion.

Aunque el agua que echa el Sacerdote en el cáliz no sea la materia esencial del Sacrificio, como lo es el pan y el vino, sin embargo es una materia indispensable, y la Iglesia ha recibido este uso de Jesu-Cristo mismo, como se reconoce en los antiguos Padres. San Cypriano y San Cirilo escribiéron, y clamaron fuertemente contra los hereges, que no querian admitirle, y sus razones demuestran que no puede alterarse, sin atacar la disciplina de la Iglesia en uno de los puntos que tiene por mas respetables y sagrados. Entre todas las reflexiones que han hecho los Santos Padres podemos deducir estas verdades útiles. Primera, que el agua y el vino son la figura de la sangre que

Jesu-Cristo deramó en la cruz, quando acabo de consumir su Sacrificio: segunda, que esta mezcla representa la íntima union de nuestra alma con nuestro cuerpo: tercera, que ella nos recuerda una union mas inefable todavía, qual es la del Verbo de Dios á nuestra naturaleza: quarta, que la alianza de Jesu-Cristo con su Iglesia se renueva en algun modo siempre que se reitera la oblation de este Sacrificio. Para que podamos sacar de esta práctica las instrucciones convenientes, meditemos la oracion que se dice en esta ceremonia. *O Dios, que por un efecto admirable de tu poder, creaste al hombre en dignidad excelente, y que por una maravilla todavía mayor le redimiste: concédenos, que por el misterio que contiene esta mezcla de agua y vino participemos de la divinidad de Jesu-Cristo tu Hijo y Señor nuestro, que se dignó hacerse partícipe de nuestra humanidad. Sí, tú has unido la santidad y la justicia á la debilidad, y la ausencia del pecado. ¿No nos has dado con este doble prodigio el derecho de pedirte todo lo negro de consuelos? ¿No nos has hecho en virtud de esta mezcla misteriosa partícipes de la divinidad de tu hijo,*

que por un efecto de su misericordia se abatió hasta revestirse de nuestra naturaleza: ¿Su mismo nombre no anuncia esta union inefable? Este es el Jesus, el Salvador de su pueblo, el Cristo, la imágen de la substancia de su Padre, tu Hijo y nuestro Señor.

En estas pocas palabras está concebido el sentido de la oracion que se dice al tiempo de hacer esta mezcla. Nosotros damos á Dios gracias por la creacion, y por la dignidad con que revistió al hombre quando le formó por sus manos. Esta accion de gracias nos recuerda que fuimos degradados por el pecado, y que el milagro de la creacion está en oposicion aqui con aquel fatal orgullo que ocasionó la caída del hombre y de su posteridad. En efecto, esta naturaleza tan admirable en su origen apenas goza de sus primeros derechos. ¿Dónde está esa inteligencia que el hombre habia recibido de su Criador: ¿No nos vemos hoy entregados á la mas vergonzosa y grosera ignorancia? ¿Dónde está esa perfecta subordinacion que reynaba entre el alma y el cuerpo, entre una substancia material y un alma racional? ¿No está sujeto hoy nuestro espíritu á la dura ley de los miembros

del cuerpo? Qué se ha hecho ese imperio que Dios concedió al hombre sobre todas las criaturas, para que fuesen su alimento é hiciesen sus delicias? ¿No está sujeto ahora á mil enfermedades y miserias, de manera que si se libra de unas, le asaltan otras? Si alivia sus dolencias ¿no es con remedios algunas veces mas duros, desabridos y molestos que los males mismos? Si evita las desgracias que le amenazan ¿no se sujeta á mil bajezas, y se constituye en una dependencia odiosa? En fin, ¿qué se ha hecho ese derecho á la inmortalidad, donde por un milagro de la Providencia y de la misericordia, un cuerpo material y perecedero por su naturaleza, debe asociarse con los espíritus celestiales, y subsistir sin alteracion por toda la eternidad? Una vida tan miserable como corta ¿no nos conduce ahora á una muerte inevitable y vergonzosa? Pero hermanos míos, si nuestras culpas nos acortan la vida, y nos dexan expuestos á un sin número de aflicciones; esta vida misma, por otra parte en los designios de Dios, nos da derecho á una resurreccion mucho mas admirable que la creacion, y éste es el segundo prodigio de que damos á Dios gracias. En efecto

esta reflexion disipa nuestros sentimientos: la fé no solo nos enseña que nada hemos perdido, sino que la reparacion del género humano hecha por Jesu-Cristo ha llegado á tan alto grado de perfeccion, que los Padres de la Iglesia, y sobre todos San Ambrosio, no dudan llamar culpa feliz al pecado de Adan, porque ella nos procuró un Redentor. Esta comparacion produce abundantes consuelos para un Cristiano, y exige todo su reconocimiento. El olvida con gusto la union del alma á su cuerpo, union que ha sido la causa de la miseria en que se ha visto constituido; pero se acuerda de la del Verbo á nuestra naturaleza, de la de un Dios á la humanidad, y en esta union reconoce tales privilegios y derechos que jamas los hubiera podido recibir semejantes de la inocencia primitiva. Era por la creacion la obra de Dios, y por la redencion se ha hecho su hijo. Por la creacion tenia en sí una porcion de la sabiduría del Verbo, y ahora es el hermano del Hijo de Dios mismo, y el coheredero de todos sus derechos: él era muy inferior á los bienaventurados, y hoy goza por la union de un Dios á su

naturaleza, de una ventaja de que no pueden participar los Angeles.

Lo repito, feliz culpa, digna de llorarse con lágrimas de sangre quando consideremos la ofensa infinita que ha hecho á nuestro Dios, y las llagas profundas que ha dexado en nuestro corazon; pero que debe excitar toda nuestra gratitud, quando consideremos la eficacia del remedio que cura estas llagas, el honor infinito que damos á Dios en Jesu-Cristo, y la reparacion total de todas ellas por Jesu-Cristo. Admirable reparacion, en la qual para curar una enfermedad tan grave como inveterada, ha baxado de los cielos, dice San Agustin, un Médico prodigioso: satisfaccion inefable, en la qual es honrado todo lo que habia sido desconocido, y donde se restablece el hombre en todos los derechos de que habia sido degradado: feliz expiacion cuyo fruto produce la tercera union que excita nuestro reconocimiento, y es la de Jesu-Cristo con su Iglesia figurada por la mezcla del agua y del vino.

Escribiendo San Cypriano contra los Hereges, que ofrecian el Cáliz sin hacer esta mezcla, les decia: vosotros que no

ofreceis sino vino, ¿no pensais que el agua es la figura del pecado, y que San Juan en su Apocalipsis, ha hecho manifiesta esta figura, quando dice: *que el pueblo era semejante á una gran porcion de agua?* ¿Por qué causa abandonais un uso establecido, y reconocido en la Iglesia? ¿No sabeis que de esta suerte separais en algun modo la cabeza de los miembros; es decir, á Jesu-Cristo de su pueblo? sabed pues que tan contrario seria á la esencia del Sacrificio el ofrecer solo agua, porque entonces el pueblo estaria sin Jesu-Cristo; como es temerario el ofrecer el vino sin añadir el agua, porque entonces está Jesu-Cristo en alguna manera sin el pueblo, que ha redimido al precio de su sangre.

De esta reflexion de San Cypriano se sigue que quando el Sacerdote pone el agua en el Cáliz, representa la union que Jesu-Cristo ha querido contraer con nosotros, y por medio de esta mezcla nos advierte que debemos ofrecer el Sacrificio con él; pero al mismo tiempo nos dice, que así como esta agua no hace mas que una sola y única substancia con el vino, de suerte que ya no es posible separarla de él, y que como por otra parte toma

toda su fuerza y su virtud del vino mismo, sin que por esto pierda su virtud y su gusto: así tambien un Cristiano unido á Jesu-Cristo en su Sacrificio, se hace uno con Jesu-Cristo, y quando es fiel en el cumplimiento de sus preceptos, no se distingue de Jesu-Cristo.

La Iglesia en este momento tiene la satisfaccion de ver cumplida la súplica que dirige á Dios en la oracion que explicamos hoy, porque Jesu-Cristo nos hace partícipes de su divinidad, de la misma manera que se ha dignado participar de nuestra naturaleza; y si no hay términos que puedan explicar el prodigio del Verbo hecho carne, tampoco los hay para manifestar el que obra por el hombre en el Sacrificio del Altar. Nuestros ojos se deslumbrarian si pudiesen penetrar lo que pasa durante la accion del Sacrificio. Aquí la Iglesia, Esposa de Jesu-Cristo, ve celebrar el misterio de su alianza con el celestial Esposo: aquí ve estrechar los nudos que la unen con el Cordero. Jesu-Cristo, haciéndose partícipe de nuestra naturaleza ha escogido esta Esposa, y se ha unido con ella; pero esto alianza espiritual no podia consumarse sino por la participacion de su na-

turalaleza divina, y en el augusto Misterio es donde se celebra este acto interesante.

Por tanto no miremos desde hoy como una ceremonia esteril, la que tiene adoptado la Iglesia de mezclar el agua con el vino del Sacrificio. Aprovechémonos de esta feliz circunstancia para empezar á unirnos espiritualmente con Jesu-Cristo: ofrezcámosle en alguna manera toda nuestra humanidad, es decir, cuerpos puros, espíritus dóciles, corazones fervorosos y animados de una inteligencia recta, y una voluntad sincera: recibamos de él toda su divinidad, excitándonos á la práctica de todas las virtudes, las quales no tienen otro principio, otro modelo, y otro fin que Jesu-Cristo, y de esta suerte nos coronará en la eternidad. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE EL PAN BENDITO,

LLAMADO EULOGIA.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PABLO A LOS CORINTHIOS, cap. 10. v. 17.

*Porque un pan, un cueapo somos muchos,
todos aquellos que participamos de un
mismo pan.*

EL Apóstol San Pablo compara en estas palabras á todos los fieles con el pan, porque la union que forma en ellos la caridad, y sobre todo la que se les comunica por el Pan

llamado Eulogia.

373

Eucarístico es muy poderosa, incapaz de alterarse en los que hacen un solo cuerpo en Jesu-Cristo, ni por la diferencia de lugares, ni de tiempos, ni de condiciones, ni de caracteres, ni por los intereses particulares. El pan que se forma de muchos granos de trigo, que molidos y unidos una vez, son inseparables, y el cuerpo formado de muchos miembros que no pueden desmembrarse sin que se resienta todo el, son en concepto del Apóstol, una comparacion muy sensible de la union que establece entre los Cristianos la participacion de un Sacrificio mismo. Esta union tan íntima por su naturaleza, lo es mucho mas entre los fieles de un mismo reyno, de una misma ciudad, de una misma Parroquia. Probemos nosotros que somos un mismo *Pan*, por medio de la conformidad y el concierto de nuestras buenas obras, y que somos un solo cuerpo con actos de caridad mutua, que esté siempre en accion en favor de nuestros hermanos. Este es el fin á que se dirige la Instruccion del dia. Vamos pues á hablar del *Pan bendito*, por ser una figura, la mas propia, de la communion que reyna en la Iglesia,

La practica de ofrecer un *Pan bendito* en las Misas solemnes, es entre todas la mas antigua de la Iglesia, y quizá la mas descuidada, si no digo la mas despreciada por muchos, que, ó no conocen su espíritu, ó miran con indiferencia todo quanto pertenece al culto exterior.

No es fácil indicar precisamente el origen de este uso, y por lo mismo nos es indispensable valernos de conjeturas bien que autorizadas por los escritores mas juiciosos. Se sabe, por exemplo, que en los primeros tiempos suministraban los fieles el pan y el vino que se necesitaba para el santo Sacrificio, y que á esta ofrenda aumentaban otras muchas, destinadas á la subsistencia de los pobres, y á la de los Ministros consagrados al servicio del Altar. Se sabe tambien que los fieles mismos participaban de sus propias ofrendas, llevándose á sus casas una parte de ellas, luego que las bendecía el Sacerdote, la qual repartian entre sus amigos y parientes, unidos á ellos, con una misma fé, y á estos dones se les daba el nombre de *Eulogia* ó de *Bendicion*. En el quarto siglo se observaba ya con todo

rigor esta costumbre, como se reconoce en San Gregorio Nacienceno, San Agustin. San Pauline y otros Santos escritores de aquella época. Tambien permitia la Iglesia que se enviasen los fieles la santa Eucaristía, que es la *Eulogia*, por excelencia, en señal de la union en la fé; pero esta permission no se extendia á los hereges, ni tampoco podia recibirse de ellos, y en un Canon del Concilio de Laodicea, que se celebró á mediados del siglo quarto, se prohibe expresamente que en los tiempos de Pascua se lleve á los fieles la Eucaristía en lugar de la *Eulogia*, sin duda para precisarlos á recibirla entonces de mano de los que debian ser los testigos, y en alguna manera los garantes de su fé. De todo esto se deduce que el uso de las *Eulogias*, o dones benditos, figura de la union que debe reynar entre los que han sido redimidos por el Sacrificio del cuerpo de Jesu-Cristo, es casi tan antiguo como la Iglesia. En el estado actual de abatimiento y de tibieza á que han venido los Cristianos, tal vez seria este un poderoso medio de despertar su caridad. v de renovar su fé; pera ya no

estamos en aquellos tiempos felices que tantas veces hechamos de ménos, en que se participaba de la santa communion al tiempo del Sacrificio de la Misa: sin embargo tenemos una señal representativa de este communion en la *Eulogia* ó *Pan bendito*, que se distribuye en las Misas solemnes. La Iglesia nos manifiesta en esta práctica el deseo mas ardiente de que participemos del pan Eucarístico, y nos exhorta de la manera mas tierna á conservar siempre la union y la paz: ¡Oxalá que este exhortacion no fuese infructuosa! Pero todo se ignora en esta materia. Esta obligacion se satisface muy rata vez con el respeto religioso que exige: los unos se presentan con un fausto orgulloso, muy ageno de una ceremonia de religion; y de un acto de piedad tan respetable hacen una ocasion de ostentacion y de vanidad. Otros baxo el especioso pretexto de la humildad Cristiana, pero conducidos realmente por una sórdida avaracia, tampoco observan ni aun la decencia que pide su estado y su condicion. Aquellos precisados á cumplir esta obligacion por las leyes civiles, traspasan y se burlan de sus tér-

ninos, y quieren dar á conocer con una afectacion ridícula, que solo el temor es el que puede hacérsela cumplir. Estos sin respeto á la religion, y sin consideracion á sí mismos, no se avergüenzan de que vayan á cumplir en su nombre unas personas, que no emplearian en los encargos ménos honrosos de sus casas.

Esta conducta es ciertamente injuriosa á una religion como la de Jesu-Cristo, en la qual se han ennoblecido las prácticas que parecen de ménos consideracion, con la santidad de un Dios que es el objeto á que se dirigen. Este desprecio aleja las bendiciones que la Iglesia dispensa á estas ofrendas, y una indiferencia semejante es tambien una especie de cisma que se declara á los fieles que observan esta ceremonia. ¡Ah! nosotros, hermanos míos, nos lisonjamos de sabios, y no lo somos sino á nuestros propios ojos, oponemos la fuerza y la superioridad de nuestro espíritu á la simplicidad de nuestros padres, y esta simplicidad es nuestra mayor condenacion. si es cierto, como no podemos dudar, que el uso de llevar el pan á bendecir, es una representacion de las

Eulogias que se enviaban los primeros Cristianos para darse una prueba de que estaban unidos en la fé. Por tanto conviene siempre imitarlos en sus disposiciones. Sus Doctores y Maestros en los caminos de la salvacion, léjos de permitir que abandonasen esta práctica saludable, les exhortaban á respetar estos dones luego que habian recibido la bendicion del Sacerdote, y á procurar que no fuesen profanados por los hereges, y echados por los suelos, ni aun por un descuido involuntario. Nosotros, que somos sucesores, aunque indignos de estos hombres verdaderamente apóstólicos, consideramos como una de nuestras primeras obligaciones la de instruir á los fieles á sus debidos tiempos sobre esta materia; y como acontezca frecuentemente que se desprecien nuestras exhortaciones, los tribunales seculares han creído propio de su obligacion el auxiliarnos, y han dictado muy sabias leyes, así para contener la codicia de los Ministros, si abusaban de este uso, y le hacian una ocasion de concusiones y monopolios, como para reprimir la avaricia de los particulares, quando rehusasen someterse

á una práctica tan santa como antigua. Estas reglas sin embargo solo se han establecido para el menor número de Cristianos, porque la mayor parte cumple religiosamente con esta obligacion, de manera que no necesitamos recurrir á las leyes; pero á pesar de esto hay muchos que excitan nuestras lágrimas al considerar la poca devocion con que se presentan á esta ceremonia, su indecencia, su ligereza y su dispacion.

¿Será demasiado pedir á los fieles el exhortarlos á que cumplan por sí mismos esta obligacion, considerando el alto honor que se les dispensa quando se les permite entrar al Santuario á presentar en nombre del Pueblo la oblacion de una pequeña parte de sus bienes? Pero qué de pretextos no se alegan para dispensarse de ella! Una salud quebrantada, una pusilanimidad excesiva, el temor de que los miren, y lo que es mas, la crítica que temen de las personas ménos devotas, son los motivos que pretextan para creerse dispensados con Dios, y con su Iglesia de esta obligacion esencialísima, con tal que las personas que envian en su

lugar observen la moderacion, y la decencia. Yo no sé, hermanos míos, si en el tribunal de Jesu-Cristo serán admitidas estas excusas, en el qual se nos hará un cargo estrecho de las menores omisiones, como de los pecados mas graves. Estos Cristianos tímidos y descuidados verán su condenacion en este tribunal supremo, quando se presente á su vista esa muchedumbre considerable de Santos, que despreciando su alta clase, y las distinciones públicas que gozaban, no solo presentaban la oblacion por sí mismos, sino que amasaban el pan con sus propias manos. ¿En dónde está nuestra fé? ¿No se ve debilitada por desgracia en estos tristes dias? ¿No se llega casi á extinguir en los corazones por causa del desprecio que se hace de las cosas que tocan á la religion? Sé muy bien que muchas veces la codicia de los Ministros es una causa poderosa para que se resfrién los fieles en sus ofrendas; pero sin embargo deberé decirles lo que el Apóstol: *hermanos, no pedimos vuestros bienes, sino vuestros corazones.* Resistid con todas vuestras fuerzas los abusos, pero temed el incurrir en otros que sean

mas peligrosos: procurad que la oblacion que en alguna manera se ha hecho una carga pesada. por causa de vuestro descuido y abandono, sea como en otro tiempo una ofrenda libre y voluntaria, hecha con espíritu verdadero de piedad y de religion: no temais las censuras y la crítica de los indevotos: considerad esta funcion como un ministerio de suma importancia que os confía la Iglesia: rogad por todos los que cumplen con vosotros esta obligacion: recibid con respeto el *Pan bendito*, y comedle con veneracion santa: en tin, quando el Sacerdote le bendice, reanimad vuestra confianza, y pedid al Eterno. que aparte de vuestro corazon todo sentimiento capaz de turbar la armonía, y el concierto de las virtudes

La Iglesia pone esta práctica, y todas las bendiciones semejantes en el numero de las que los Teólogos llaman Sacramentales. Estos ritos son muy diferentes de los que instituyo Jesu-Cristo, porque no obran por su propia virtud, sino en la de los meritos de este Señor, juntamente con las santas disposiciones de los fieles: ellos no remiten los pecados por su naturaleza,

pero consiguen gracias de santificacion y de perseverancia para los justos, y gracias de conversion para los pecadores que comen este *Pan* con un corazon contrito y humillado: ellos, por decirlo así, son una segunda comunion infinitamente menos preciosa, y ménos terrible que la participacion del *Pan de la vida*, pero que la suple en algun modo en los Cristianos que no estan preparados como se debe, los dispone, y engendra y alimenta sus deseos.

Estas reflexiones y otras muchas que podreis deducir de los escritos sólidos de los Padres de la Iglesia renovarán quizá en algunos que me escuchan el espíritu de fé y de caridad, que animaba á nuestros Padres, para sus prácticas religiosas. Mas atentos entonces á conocer y adoptar el verdadero sentido esta obligacion, la cumplireis con mas fidelidad, y recogeréis frutos mas abundantes; y de esta suerte la union y la caridad que habreis cimentado en el tiempo, os asegurarán el derecho á esa caridad consumada de que solo se puede gozar en la eternidad. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE LA CEREMONIA

DE INCENSAR EL ALTAR.

APOCALIPSIS, CAP. VIII. VERS. 3.

Vino otro Angel, y se paró delante del Altar, teniendo un incensario de oro.

Voy á hablaros sobre una ceremonia que presenciáis todos los dias, ignorando sin embargo su verdadero espíritu. El uso de los *incensarios* es muy freqüente en la Iglesia, y lo es tambien en todas las otras religiones. La religion Judaica observaba religiosamente este uso, y dos Levitas, hijos de Aaron, fueron tragados por la tierra por haber puesto en sus incensarios

pero consiguen gracias de santificacion y de perseverancia para los justos, y gracias de conversion para los pecadores que comen este *Pan* con un corazon contrito y humillado: ellos, por decirlo así, son una segunda comunion infinitamente menos preciosa, y ménos terrible que la participacion del *Pan de la vida*, pero que la suple en algun modo en los Cristianos que no estan preparados como se debe, los dispone, y engendra y alimenta sus deseos.

Estas reflexiones y otras muchas que podreis deducir de los escritos sólidos de los Padres de la Iglesia renovarán quizá en algunos que me escuchan el espíritu de fé y de caridad, que animaba á nuestros Padres, para sus prácticas religiosas. Mas atentos entonces á conocer y adoptar el verdadero sentido esta obligacion, la cumplireis con mas fidelidad, y recogeréis frutos mas abundantes; y de esta suerte la union y la caridad que habreis cimentado en el tiempo, os asegurarán el derecho á esa caridad consumada de que solo se puede gozar en la eternidad. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE LA CEREMONIA

DE INCENSAR EL ALTAR.

APOCALIPSIS, CAP. VIII. VERS. 3.

Vino otro Angel, y se paró delante del Altar, teniendo un incensario de oro.

Voy á hablaros sobre una ceremonia que presenciáis todos los dias, ignorando sin embargo su verdadero espíritu. El uso de los *incensarios* es muy freqüente en la Iglesia, y lo es tambien en todas las otras religiones. La religion Judaica observaba religiosamente este uso, y dos Levitas, hijos de Aaron, fueron tragados por la tierra por haber puesto en sus incensarios

un fuego extraño. En la descripción magnífica que nos hace San Juan en su Apocalipsis del trono de Dios, y del Altar del Cordero, se habla con frecuencia del incienso que humea sin cesar en honor del Eterno, el qual consiste en las oraciones de los Santos. El incienso de que usa la Iglesia, aunque es material se dirige al mismo fin, y es el simbolo, y la imagen de un perfume mas precioso á los ojos de nuestro Dios: ruegos, hermanos míos, que observeis esta ceremonia con una fé mas viva, que la renoveis con una devoción mas tierna, y un fervor mas constante, y que os penetreis mas y mas del respeto que exigen todas las ceremonias que se hacen en la oblacion del tremendo Sacrificio.

Aunque en estas Instrucciones no tanto me propongo satisfacer la curiosidad, como edificar la piedad de los fieles, no dexaré algunas veces de subir hasta el origen de los usos recibidos en la Iglesia, y examinar las diferentes variaciones que han tenido con el tiempo; pero por ahora nos basta saber que la *incensacion* consiste en los perfumes que se queman delante del Altar, que el

olor que esparcen estos perfumes es una figura de las buenas obras, y que el humo que producen representa la elevacion de nuestros corazones á Dios por medio de la oracion. La Iglesia no solo acostumbra *incensar* al tiempo de la oblacion, sino en otros muchos casos. Se *inciensa* el Altar, porque es la figura de Jesu-Cristo: se *inciensa* el Santo Evangelio, porque contiene la palabra de Dios: se *inciensan* los Sacerdotes, y los Levitas, porque son los Ministros de Jesu-Cristo: se *inciensan* las reliquias de los Santos, porque son los preciosos restos de los miembros de Jesu-Cristo: se *inciensan* los Cantores, porque son en algun modo los órganos de que se sirve la Iglesia para tributar al Eterno por Jesu-Cristo el homenaje de la oracion: se *inciensan* los Príncipes y los Señores temporales, porque como toda podestad viene de Dios, se le honra en aquellos que son en la tierra las imágenes vivas del Rey de los Reyes, y del Señor de los Señores: pero todas estas honras son relativas al que solo merece el honor, el imperio, y la gloria. Esta ceremonia se observa en los diferentes officios de la Iglesia; pe-

ro como entre todos el Sacrificio de la Misa es el mas santo y respetable, tiene por necesario multiplicar las *incensaciones*, y aumentarlas en razon de la solemnidad.

Por tanto, quando el Sacerdote se llega al Altar en las fiestas solemnnes *inciensan* dos veces, y hace lo mismo inmediatamente despues de la oblacion: la explicacion de estas dos *incensaciones* nos hará conocer el espíritu de las demas. La Iglesia bendice el *incienso*, siempre que hace uso de él, para darnos á entender que no debe admitirse en el culto del Señor cosa alguna que no esté hendita, y que nosotros mismos somos indignos de tomar parte en él, si no procuramos atraer con la oracion las bendiciones de que necesitamos para hacernos dignos de honrarle. La ofacion con que el Sacerdote hace esta bendicion, dice así: *bendito seas por aquel Señor, en cuyo nombre vas a ser quemado*; pero la oracion que se dice despues de la oblacion para bendecir el incienso, se extiende mucho mas, y en ella se invoca al Arcangel San Miguel, este Xefe de la Milicia Celestial, este Angel, que segun el testimonio de

la Escritura, está á la derecha del Altar de los perfumes, á fin de que la union del homenaje que tributamos en la tierra con el que se da en el cielo, no haga mas que un culto, así como no hay mas que un Sacrificio. ¡Qué grandes, qué santas, qué tremendas, son, hermanos míos, las funciones de los Sacerdotes! Ellos en este momento precioso son los Angeles visibles de la tierra, y estan al lado del Altar de los perfumes con un incensario en la mano á la manera de estos espíritus. Este incensario debe ser de oro purísimo: es decir, que debe su corazon estar limpio de toda mancha de pecado. El fuego que queman en sus manos debe ser el fuego de una viva caridad, y los perfumes que usan deben componerse de sus oraciones, y de las de todos los fieles; pero sostenidas y animadas con el ejercicio constante de las buenas obras. Temblemos el ejercer tan augustas funciones quando nuestros labios no estan de acuerdo con nuestro corazon, y quando en medio del perfume que producen las oraciones de los justos, se levantan las funestas exhalaciones de algunas pasiones secretas. Invocad para

nosotros, hermanos míos, la bondad, la paciencia y la misericordia de nuestro Dios, mientras que atraemos sobre el pueblo por medio de este homenaje el espíritu de fé y de amor, y la gracia de la reconciliación. No perdamos de vista al Sacerdote al tiempo de *incensar* en las Misas solemnes, para que podamos comprender el sentido de esta ceremonia exterior.

Primero *inciensa* en medio del Altar el pan y el vino que han de consagrarse, y dice esta breve oración que explica claramente el espíritu de la ceremonia: *este incienso, Señor, que ha merecido vuestra bendición, sube a vos para que os dignéis mirar con ojos de piedad los dones que os vamos á ofrecer, y que vuestra misericordia descienda sobre nosotros, como una especie de cambio que queréis hacer con el honor que os tributamos.* Entonces el Sacerdote baja á los pies del Altar, se arrodilla, y dice estas palabras del Psal. 140. *Señor, que mi oración suba hasta vos, como el humo del incienso que voy á quemar en honor vuestra.* En esta ceremonia ¿no vemos, hermanos míos, que cumple á la letra el Sacerdote el pre-

cepto que nos da el Espíritu Santo de preparar nuestro corazón antes de la oración? ¿Y qué cosa podrémos pedir mas necesaria sino que nuestra oración se asemeje al incienso, y que vaya en derecha al objeto á quien-la dirigimos? Quando en este santo ejercicio os encontráis tibios y disgustados, ¿por qué no haceis uso de estas mismas palabras para atraer sobre vosotros el espíritu de recogimiento? Porque no decís: Dios mío, que mi oración suba hasta vuestro trono, que mi espíritu no se sienta agravado con el peso de los objetos carnales. Vos sois el que nos dispensáis la gracia de orar con fervor, y no podemos decir que os honramos dignamente, sino quando vos mismo arreglais y santificáis nuestras adoraciones: atraed por tanto nuestro corazón ácia vos, como el humo de un incienso de agradable olor.

Dichas estas primeras palabras, sube el Sacerdote al Altar para incensar las demas partes de él, y despues de haber *incensado* la cruz, *inciensa* las reliquias de los Santos que la Iglesia acostumbra depositar en este lugar sagrado, y luego dice: *que la ele-*

vacion de mis manos no sea semejante al sacrificio de la tarde. El Sacerdote tiene casi siempre en la Misa las manos elevadas para excitar al Pueblo á que levante su corazon á Dios, pidiéndole con la breve oracion que acabamos de referir que esta señal exterior y sensible produzca en él y en todos los circunstantes un efecto interior, y que su Sacrificio, junto con el de Jesu-Cristo, consiga ser agradable, no como el Sacrificio de la tarde que se ofrecia en la ley antigua, sino como el que Jesu-Cristo ha ofrecido sobre la cruz, representado y continuado en el de la Misa. *Poned, Señor, añade el Ministro, una guarda á mi boca, y una barrera de circunspeccion á mis labios.* ¿Qué frutos, en efecto, podemos esperar de nuestras oraciones, si nuestra lengua se mancha con discursos profanos, si nuestros labios se prestan á la mentira? La boca del impio, dice el Profeta en otro lugar, es como un sepulcro, abierto que exhala de sí un hedor de muerte, y Dios pide que nuestras oraciones sean como un perfume que se eleva hasta el trono de su Magestad. Estas palabras nos mani-

fiestan, que esta ceremonia no es ménos interesante para el pueblo que para el Sacerdote que celebra. Si éste debe tener siempre en sus labios la ciencia y la verdad, aquellos deben deterrar todo lo que tenga visos de pecado. Por tanto dice el Ministro en su nombre, y el del Pueblo: *no permitais, Señor, que mi corazon se aficione al espíritu de malicia que solo procura engañar con sus palabras; porque entónces, despues de haber seducido á los demas, me seduciría yo á mí mismo buscando excusas para mis pecados, y esta disposicion es la mas opuesta al espíritu de oracion.* Buscad al Señor, dice un Profeta, con un corazon sincero, y en efecto, si nos acercamos á él con un corazon doble y disimulado que no conoce sus faltas, y procuramos debilitar y rebajar su enormidad, caminamos á paso largo ácia la impenitencia final. Esta desgracia es entre todas la mas temible para nosotros; esta es la disposicion mas opuesta al Sacrificio que vamos á ofrecer; y por esto poniendo el Sacerdote el incensario entre las manos del Diácono, concluye la oracion con estas palabras:

que el Señor encienda en nosotros el fuego de su amor, y que nos inflame en una caridad eterna. El fuego de la caridad es el que tiene solamente la fuerza de trocar el espíritu de hipocresía y de disimulo, y de ablandar el espíritu de impenitencia que el Sacerdote quiere alejar de sí y de los asistentes para celebrar el augusto Sacrificio.

Concluyamos estas reflexiones considerando que en adelante no debemos mirar las *incensaciones* que se hacen en la Iglesia como una ceremonia esteril destinada á engañar á los Cristianos con un espectáculo brillante: que siempre que la Iglesia observa este uso, quiere traer á nuestra memoria la necesidad de la oracion, juntamente con las disposiciones que se requieren para que sea provechosa; que las *incensaciones*, que siguen á la oblacion del pan, y del vino, nos inspiran estos sentimientos de la manera mas sensible: que las oraciones que se dicen al tiempo de hacer esta ceremonia, nos dan una idea exacta de las obligaciones comunes á los Sacerdotes y á los fieles; y finalmente que es útil repetir las con el Sa-

cerdote, con tal que se conforme el corazon con ellas segun es debido.

Si nosotros, hermanos míos, pudiésemos sostener siempre este carácter de reflexion y de meditacion, penetraríamos otros muchos usos que hasta aquí no hemos alcanzado, los quales nos presentarian un sentido propio para alimentar nuestra piedad, para afirmar nuestra fé, fortificar nuestra esperanza, é inflamar nuestra caridad: entonces conseguiríamos fuerzas contra tantos incrédulos é impios que nada respetan, porque no quieren estudiar ni conocer nada, y encontraríamos motivos de edificacion y de salvacion en las mismas cosas que son con frecuencia la materia de sus burlas, y de sus sátiras: entonces se renovaria entre nosotros la simplicidad de nuestros padres, la qual es muy poderosa contra esa sabiduría que infla el corazon, y esa miserable filosofía que obscurece las luces de la fé: entonces seríamos sabios, pero con sobriedad, ilustrados con humildad, y simplicidad, y zelosos por el culto de Dios, pero segun la ciencia.

¡Oxalá que yo pueda inspiraros estos loables sentimientos, ya que en al-

394. *Instruc. sobre la ceremonia*

gun modo he procurado satisfacer vuestra curiosidad, é instruiros en las prácticas y costumbres de la Iglesia! Vosotros debéis fomentar esta curiosidad, pues siendo dirigida á proporcionar vuestra instruccion, tendreis un medio para deducir las reglas y los principios de una conducta verdaderamente cristiana, y conseguireis aumentar los deseos de los bienes eternos. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

EL LAVATORIO.

PSALMO XIV. V. 6.

*Lavaré mis manos entre los inocentes :
y estaré, Señor, al rededor de tu
Altar.*

LA Iglesia ha escogido este verso y los siguientes del Psalm. 25. como los mas propios para expresar las disposiciones que quiere inspirar á los fieles en esta ceremonia. Voy, hermanos míos, á daros una explicacion de ella con la claridad que me sea posible. y á este fin repartiré esta materia en dos Instrucciones. En la primera conside-

raré esta ceremonia con relacion á su espíritu, y á su fin, examinando las circunstancias en que la Iglesia ha dispuesto que se observe; y en la segunda trataré solo de explicar el Psalmo que acabó de citar. Dios quiera que yo consiga inspiraros los sentimientos de humildad y de contricion, que son indispensables para presenciar con fruto el santo Sacrificio de la Misa.

A tres preguntas se reduce quanto tengo que deciros de la ceremonia que es el objeto de este discurso. Primera, en qué parte de la Misa se ha fixado esta ceremonia, y cuáles son sus efectos. Segunda, de qué manera se observa, y los misterios ó instrucciones que contiene. Tercera, por qué causa ha establecido la Iglesia esta práctica.

El Sacerdote debe lavarse los dedos inmediatamente despues de la oblation, y ántes de entrar en la parte que sirve de preparacion á la consagracion: es decir, que la Iglesia poniéndonos siempre á la vista las disposiciones de inocencia y de pureza que exige el santo Sacrificio, quiere que el Sacerdote se acuerde asimismo esta obligacion indispensable, y que la traiga tambien á la

memoria de los fieles. En el libro del Levítico se decia, á los Ministros del Antiguo Testamento: *purificaos ántes de tocar los vasos del Señor.* Este fué el origen de las piscinas que habia á la entrada del Templo, y aun á la inmediacion de los altares: de aquí nacia el cuidado de todos los que estaban destinados al servicio del Tabernáculo antiguo para conservar las oblationes en toda su pureza: de aquí las leyes penales que prohibian la entrada en el Templo, y la participacion de las Hostias, no solo á los adulteros y á los homicidas, sino tambien á qualquiera que tuviese una mancha, aunque fuese involuntaria; y estas leyes tan escrupulosas no eran, sin embargo, mas que una sombra, y una figura. La Iglesia de Jesu-Cristo, aunque no ha adoptado como la Sinagoga estas purificaciones exteriores, con todo no las desprecia. Ella nos enseña que la pureza que Dios pide es la del corazon, pero no excluye el aseo y la compostura exterior que exige la decencia; y así quiere que los vasos destinados al Sacrificio sean de un metal puro, como tambien que haya la mayor limpieza

en los purificadores y en los corporales. Asimismo prescribe á los Pastores que vigilen con todo cuidado sobre este punto exterior de su disciplina: en los primeros siglos confiaban los Obispos á los Arcedianos de su Catedral el cuidado de visitar las Iglesias que estaban distantes, para asegurarse de que se mantenian con aquella decencia correspondiente, desempeñando por sí mismos este encargo en los Pueblos donde habian fixado la silla de su residencia.

La Iglesia no satisfecha con esta limpieza exterior de los vasos y ornamentos destinados al Sacrificio, y aun suponiendo que el Sacerdote se ha lavado ya con todo esmero ántes de revestirse, le impone la obligacion de lavarse en el Altar las extremidades de los dedos despues de la oblacion, y ántes del Canon, á fin de que esta nueva purificacion preceda inmediatamente á la accion misma del Sacrificio, y pueda tratar los santos misterios con una pureza inviolable. Esta ceremonia se executa al extremo del lado izquierdo del Altar, cuyo uso se ha tomado de la forma de las antiguas Iglesias, en

las quales se ponian los Ministros inferiores en este lado para tener mas á la mano los vasos y las demas cosas necesarias al servicio. El Sacerdote debe considerar que la Iglesia no solo quiere purificarle exteriormente, para que pueda recibir con toda dignidad al Santo de los Santos, sino que principalmente le indica en esta ceremonia la necesidad de limpiar su corazon de todos los pecados, advirtiéndole que si la menor mancha no le excluye de la participacion de los santos misterios, exige á lo menos de su parte un sentimiento verdadero de contricion y de dolor. En esta ceremonia han querido designarnos los Padres de la vida espiritual los peccados veniales, esos actos imperceptibles de la voluntad que cometemos con frecuencia por un efecto de la fragilidad humana. Estas faltas no quitan la justicia, ni prohiben la entrada en el Santuario; pero debilitan la caridad, y hacen mucho mas temibles unos misterios que deberian confiarse solamente á los Angeles, y á los Santos. Vosotros, hermanos míos, seguid en este momento al Sacerdote, y renovad la confesion que habeis hecho al principio

lavándoos con él la extremidad de vuestros dedos, detestando sinceramente el pecado, y rogando á Dios que discierna vuestra causa de la del impio, el qual, segun el testimonio de la Escritura, traga la iniquidad como el agua, y se familiariza con ella de tal manera que ya no reconoce límites algunos: un corazon timorato está siempre sobre sí para evitar los mas pequeños deslices, y si á pesar suyo incurre en ellos, inmediatamente procura levantarse y llorar su flaqueza.

La Iglesia por medio de esta ceremonia nos quiere conducir á una santidad perfecta, y así ante todas cosas quiere que nos preparemos por el Sacramento de la penitencia, y nos excita á una contricion viva y sincera. Este es el fin á que se dirige desde el principio de la Misa, y para esto ha ordenado que el Sacerdote y los asistentes bagan en general la confesion de sus pecados, y pidan á Dios que les dispense su misericordia. Hecha esta primera diligencia permite al Ministro que suba al Altar, y á los asistentes y circunstancias que le sigan en espíritu; pero quiere que sus sentimientos sean

siempre los mismos, de manera que en todas las oraciones reconozcan sus pecados, y soliciten su remision. En la oracion preparatoria para el santo Evangelio, dice el Sacerdote: *Señor, limpia mi corazon, y mis labios: y quando acaba de leerlo, pide que le perdone por la virtud de la divina palabra.* En fin, el Sacerdote en su nombre, y en el del Pueblo, siempre se reconoce culpable, solicita sin cesar la indulgencia y la gracia, y acaba lavándose la extremidad de los dedos por el temor de que á pesar de todo su cuidado no le quede todavía algun pecado olvidado, y desconocido. ¿Puede, hermanos míos, llevar mas adelante la Iglesia estas precauciones? Si nosotros hemos de entrar en sus miras, ¿podremos distraernos de la atencion y del respeto que exigen los tremendos misterios? Penetrémonos pues de aquellos sentimientos que nos pueden hacer dignos de ellos, y principalmente renovemos los de humildad y temor para considerar la grandeza de la víctima, la baxeza nuestra, y la desproporcion infinita que hay entre el Eterno y nuestra mortalidad. Confundámonos al separarnos del Al-

tar con los pecadores penitentes, para que no nos confunda Dios con los impios quando nos acerquemos á este lugar santo. A estas disposiciones se reduce la Instruccion que nos ofrece la Iglesia, quando se lava el Sacerdote; pero no esperemos este tiempo para meditar las verdades que nos enseña esta tierna madre, y para exeitar en nosotros los sentimientos que nos inspira.

Haced, Dios mio, que nuestros homenajes sean dignos de vos, es decir, que se ofrezcan por un corazon puro y sincero; que se apoyen sobre una humildad y una piedad sólida; que se sostengan por el fervor, y que se animen por la caridad. Haced que siempre que nos acerquemos á vuestro Altar, un temor santo nos detenga, mientras que por otra parte nos conduzca á él una justa confianza. Haced sobre todo que lleguemos á conocer que sois grande, y nosotros miserables: que sois poderoso, y nosotros débiles: que sois justo, y nosotros pecadores. Este conocimiento despertará en nuestro corazon la vigilancia y el temor; pero tambien el reconocimiento, la confianza y el amor reanimarán la idea de vuestra misericordia. Así sea.

SEGUNDA INSTRUCCION

SOBRE

LA MISMA MATERIA.

Voy, hermanos míos, á explicaros el versículo del Salmo que va por cabeza de la instruccion antecedente. No basta que estudiemos el fin y el espíritu de la ceremonia que acabamos de explicar, si no meditamos las palabras que ha escogido la Iglesia para ella; y así sin detenerme en el sentido literal, y pasando al figurado y al espiritual, voy á presentaros algunas reflexiones, las cuales sin duda podrán contribuir á que saqueis algun fruto de esta ceremonia; pero acostumbrados á repetir las demás oraciones con tanta indiferencia ¿podré prometerme que digais ésta con mayor fervor? A este fin se dirige el presente discurso, y pido vuestra atencion.

El Salmo que voy á explicar la can-

tar con los pecadores penitentes, para que no nos confunda Dios con los impios quando nos acerquemos á este lugar santo. A estas disposiciones se reduce la Instruccion que nos ofrece la Iglesia, quando se lava el Sacerdote; pero no esperemos este tiempo para meditar las verdades que nos enseña esta tierna madre, y para exeitar en nosotros los sentimientos que nos inspira.

Haced, Dios mio, que nuestros homenajes sean dignos de vos, es decir, que se ofrezcan por un corazon puro y sincero; que se apoyen sobre una humildad y una piedad sólida; que se sostengan por el fervor, y que se animen por la caridad. Haced que siempre que nos acerquemos á vuestro Altar, un temor santo nos detenga, mientras que por otra parte nos conduzca á él una justa confianza. Haced sobre todo que lleguemos á conocer que sois grande, y nosotros miserables: que sois poderoso, y nosotros débiles: que sois justo, y nosotros pecadores. Este conocimiento despertará en nuestro corazon la vigilancia y el temor; pero tambien el reconocimiento, la confianza y el amor reanimarán la idea de vuestra misericordia. Así sea.

SEGUNDA INSTRUCCION

SOBRE

LA MISMA MATERIA.

Voy, hermanos míos, á explicaros el versículo del Salmo que va por cabeza de la instruccion antecedente. No basta que estudiemos el fin y el espíritu de la ceremonia que acabamos de explicar, si no meditamos las palabras que ha escogido la Iglesia para ella; y así sin detenerme en el sentido literal, y pasando al figurado y al espiritual, voy á presentaros algunas reflexiones, las cuales sin duda podrán contribuir á que saqueis algun fruto de esta ceremonia; pero acostumbrados á repetir las demás oraciones con tanta indiferencia ¿podré prometerme que digais ésta con mayor fervor? A este fin se dirige el presente discurso, y pido vuestra atencion.

El Salmo que voy á explicar la can-

taba David quando se le rebeló su hijo Absalon: esta era la circunstancias crítica en que pedia que Dios le separase de los malos; pero veamos como segun la letra se halla cumplido todo en Jesu Cristo. Este Divino Salvador debe lavar en el agua purificante de su sangre, no solo las manos, sino todo el cuerpo: es decir, todo el género humano. Un bautismo de esta naturaleza, tras el qual suspira con tanto ardor, le asocia á los Santos de todas las edades, porque ellos son santificados por la virtud de esta sangre. Unas manos tan puras serán las únicas que puedan tratar los misterios de Dios, comunicar, á los Sacerdotes mortales el derecho de tratarlos en su nombre; y así despues de haber extendido sus brazos sobre el Altar misterioso de la cruz, podrá siempre decir que ocupa realmente no solo el Altar de la tierra, sino tambien el del cielo. Qualquiera que sea la santidad del Ministro que entra en el Santuario, qualquiera que sea su recogimiento ó su disipacion, siempre Jesu-Cristo realmente presente es el que ocupa este Altar. Este Señor le ocupa como un mediador entre Dios

y los hombres: es decir, desciende para continuar este Sacrificio de obediencia que le puso en la cruz, y viene para recibir los homenages, para oír las alabanzas que se dan á la Magestad suprema, para transmitir las hasta su trono, dándolas el mérito y el valor que merecen; y para formar en nosotros el espíritu de oracion y el sentimiento de accion de gracias, dándonos una idea en su persona de las grandezas, las maravillas y las misericordias de nuestro Dios.

Asimismo ocupa este Altar como adorador sincero y verdadero, que prefiere la hermosura de la casa de Dios á los palacios de los pecadores; y el lugar en que reside su gloria á los festines mas brillantes de los malos. El es el principal ornamento de esta casa, y á fin de que ella no pierda nada de su decoro y magnificencia, quiere ocupar este Altar para enseñarnos que ama la decencia de la casa de su Dios. Tambien ocupa este Altar como victima en lugar del hombre pecador contrito de su pecado, y resuelto á expiarlo y satisfacerlo con penitencias saludables: porque sabe que aunque la iniquidad

sea siempre abominable á los ojos de un Dios Santo, siendo por otra parte tan misericordioso como justo, hace una distincion en sus juicios del pecador que se convierte de corazon, y del impío que le ultraja, y conserva un espíritu indocil y rebelde. El hombre pecador, pero que reconoce sus desórdenes y los llora, y se humilla, merece que le separe de aquel cuyas manos estan todavía teñidas con la sangre de sus iniquidades; y por esto pide Jesu-Cristo en nombre de los primeros una misericordia de que se haen indignos los últimos por su impenitencia.

Asimismo ocupa este Altar, como Pontífice Santo, excelente, puro y sin mancha, que no tiene necesidad segun dice el Apóstol, de ofrecer por sus propios pecados, ántes de satisfacer por los del pueblo, porque entra en el Santuario con la pureza y la inocencia, que le son esenciales. Sin embargo pide misericordia por sí mismo; porque se hace uno con los pecadores, toma su lugar, y se carga con todas las deudas para pagarlas con la efusion de su sangre: esta es la sangre que clamará en nues-

tro nombre con una voz fuerte y eficaz, diciendo: rescátame, Señor, y ten piedad de mí.

En fin ocupa el Altar como nuestro hermano; y para desempeñar con nosotros esta amable qualidad, ha entrado en los senderos de la justicia á fin de caminar con seguridad, dándonos el exemplo de la obediencia mas pronta y de la fidelidad mas inviolable. Antes de obrar los misterios de su Encarnacion y de su Redencion amaba á su Padre, y era amado de él desde la eternidad; pero ahora para que le amemos, y para que seamos amados, quiere hablar entre nosotros hasta la consumacion de los siglos el language del amor y del reconocimiento.

Ya hemos visto cumplidas claramente en este Psalmo las funciones que va Jesu-Cristo á desempeñar en el Altar; ¿pero veremos así las disposiciones que deben llevar el Sacerdote y los asistentes? ¿Será posible que el primero haga con frialdad la representacion de este divino personaje, y los últimos espectadores ociosos de tan gran misterio dexarán hablar á Jesu-Cristo en su nombre, sin unir

la voluntad á la suya, sus votos á sus oraciones, y sus sacrificios particulares á la oblacion que va á hacer de sí mismo? Por tanto digamos unos y otros, ya seamos Sacerdotes ó legos, justo ó pecadores, ricos ó pobres, grandes ó pequeños: *lavaré mis manos entre los inocentes*, y como Jesu-Cristo es el principio de toda justicia, iré á beber en su fuente el agua pura de que necesito para limpiarme de las manchas que he contraido en el comercio inevitable de los malos. Yo estaré, Señor, al rededor de tu Altar, y vendré á buscar en él un asilo contra los ataques de los pecadores; vendré á respirar un olor de vida para disipar el hedor de muerte que exhala la corrupcion del siglo: yo me mantendré unido á este Altar de donde me viene toda mi fuerza en las tentaciones, toda mi paz en las agitaciones del espíritu, toda mi seguridad en las inquietudes, y todo mi consuelo en los trabajos. Las palabras que oíré en este lugar no serán como las que oigo continuamente en el mundo: aquí se blasfema de los misterios que no se conocen; y se murmura contra una provi-

doncia sabia: allí no oíré sino la voz de las bendiciones y de las alabanzas: aquí seducido algunas veces por una delinquente complacencia, hablaré el lenguaje de los malos, obraré segun su espíritu, ultrajaré al Señor, despreciaré su virtud, y calumniaré al justo; pero aquí aprenderé á honrar á Dios, bendeciré la sabiduría de sus obras con mi sumision, glorificaré sus misericordias con mi reconocimiento, aprenderé á gustar de la bondad y hermosura de la casa de mi Dios, y aunque no me ofrezca esos adornos brillantes, ni esa agradable variedad que deslumbra en las casas de los pecadores, me veré sorprendido de un espectáculo mucho mas sensible y magnífico que de ningun modo encontraré en el siglo. En efecto lo que hermosea á mis ojos este lugar santo, y me hace amar la hermosura de la casa en que Dios me comunica algunos rayos de su gloria, son esas almas puras que vienen á solicitar aumentos de gracia, y esos corazones verdaderamente humildes que vienen á confundirse en presencia de la Magestad suprema. ¡Qué seguro estoy, Dios mio, á los pies de vuestros

tabernáculos! Por todas partes me veo confundido con los que os ofenden, y estando lleno de tantos pecados ¿quién sería capaz de defenderme contra los golpes de vuestra ira? Pero aquí mi causa está, Señor, unida con la de vuestro Hijo: yo estoy unido con él por la caridad, y así no me desconocereis, porque no podreis desconocer esta virtud: Vos no me perderéis, porque él es autor de mi salud y de mi vida: en fin no me confundireis con los hombres carnales, porque me anima vuestro espíritu.

Los pecadores tienen entre sus manos los testimonios de sus pecados, y todas sus obras llevan el carácter de las pasiones de donde nacen: su derecha acostumbrada á oprimir al justo, á sacrificar los intereses de la viuda, está llena del fruto de sus injusticias; pero otro interes me conduce, Señor, á los pies de vuestros Altares: yo vengo á llenar mis manos de los dones preciosos que os serán ofrecidos: la sangre del Cordero no gritará ya por la venganza: todos los que movidos por Vos concurren á vuestro Santuario: serán enriquecidos con gracias abundantes,

y así me atreveré á deciros, aunque pecador, que hay aquí una santidad y una inocencia propia para mí. El abismo de vuestra misericordia y de los méritos de vuestro hijo ha ocultado mis iniquidades á vuestros ojos: yo soy santo por su santidad, puro por su justicia, y tengo un derecho á solicitar por él la recompensa; pero á proporcion que vuestro sacrificio mismo os impele á disimular mis faltas, no debo yo desconocerlas, sino que clamaré con dolor y con fuerza diciendo: redimidme, Señor, y tened piedad de mí.

Vuestro Santuario es la puerta que me conduce al sendero de la justicia: de vuestro Altar corre, Señor, para mí esa agua santificante que me ha purificado todas mis manchas, y por vuestro Sacrificio ha sido rota la cédula de muerte que me condenaba: mis pies que hasta aquí se han dexado ir por los caminos de la iniquidad quieren correr en adelante por los de vuestros preceptos; y así dirigid siempre mis pasos, y fixad la inconstancia, y la ligereza natural de mi corazón. Que mis obras, Señor, publiquen vuestros beneficios, que

mi vida sea un testimonio continuo de vuestra misericordia, que en qualquiera parte que se reunan los Cristianos para adoraros, mi alma esté pronta para bendeciros; y que este language de alabanza y de bendicion se haga oír por todo lugar á donde me conduzcan vuestros altos designios. Que en el interior de mi casa enseñe á toda mi familia que sios el Dios de todo el mundo, y que debe adoraros en qualquier parte; que las sociedades que yo freqüente hallen en mí una expresion fiel de esa dulzura, de esa humildad y de esa caridad, que prescribis á los que os temen; que un profundo reconocimiento, una religiosa atencion y una asistencia freqüente, inspiren á los fieles que se reunen en vuestros templos el espíritu que debe penetrarlos al acercarse á vuestro Santuario.

Estas son las bendiciones que os daré, Señor, en las asambleas de los fieles; pero hay otra asamblea mucho mas digna de mis deseos y mucho mas propia para colmarlos, que es la de los escogidos y de los Santos. Fixad, Dios mio, mi corazon pa-

ra que yo ame la virtud con una perseverancia constante, á fin de pasar desde las bendiciones temporales á ese cántico eterno que jamas podrá interrumpirse, y de los consuelos momentaneos á esa alegría pura é inevitable de que se goza en la asamblea de vuestros amigos. Así sea.

The seal of the University of Avtonoma de Venecia is circular, featuring a central shield with a cross and a book. The shield is surrounded by the text 'UNIVERSIDAD AVTONOMA DE VENECIA'. Inside the shield, the Latin motto 'ALERE FLAMMAM VERITATIS' is visible.

INSTRUCCION

SOBRE

EL ORATE FRATRES.

EPÍSTOLA DE SANTIAGO, cap. 5. v. 16.

*Orad los unos por los otros, para que
seais salvos.*

LA oracion, hermanos míos es una de las primeras obligaciones del hombre, y el alimento de la vida espiritual. Si la gracia de Dios le conserva y le mantiene, es en fuerza de la oracion, segun el orden que sigue comunmente su providencia y su misericordia; pero un Cristiano no debe limitar sus oraciones á sus necesidades personales; y así la Iglesia que ruega

sobre el Orate Fratres. 415

por todos, quiere tambien que todos oren por las necesidades comunes. El Apóstol Santiago nos dice: *orad los unos por los otros*, y despues para convencernos de que no solo la salvacion de la persona, por quien se ora, sino tambien la del que ora dependen de esa caridad ardiente que nos interesa en las miserias de nuestros hermanos, como en las nuestras propias, prosigue diciendo: *para que seais salvos*.

Dos son por tanto las obligaciones que se contienen en la oracion que hace la materia de este discurso: á saber, orar, y orar los unos por los otros. Vamos á estudiar estas obligaciones por los grandes bienes que nos producen. El motivo que tiene el Sacerdote para exhortarnos á la oracion no solo es el de la necesidad general que tenemos de orar; ya hemos visto explicando las oraciones anteriores la parte que debe tomar en ellas el pueblo. El Sacerdote hace por él, y en su nombre la confesion de los pecados, la profesion de la fe, y las otras ceremonias que han atraido su atencion. ¿Pues por qué causa ahora le recomienda que ore quando le ve ocupado en las di-

ferentes oraciones que acaba de repetir con él? Los Autores Eclesiásticos nos dicen hablando de esta materia, que al empezar la accion del Sacrificio, deben los Cristianos recogerse á meditarle. Ya dentro de poco no se tratará de preliminares, ni de preparaciones, porque el Sacrificio va á consumarse; y aunque el Sacerdote confundido hasta este momento con el pueblo, ha conversado en alguna manera con él, uniformando sus deseos, instruyéndole y orando en su nombre, ahora por la última vez, despues de habebesado el Altar se vuelve hácia el pueblo. En este momento le dexa entrar en el secreto del Santuario, y subir al monte como Moyses para conversar á solas con su Dios; pero ántes de dar este paso, trae á su memoria las flaquezas inseparables de la humanidad, y considera la grave necesidad que tiene en esta ocasion crítica de que los fieles le ayuden con el socorro de sus oraciones: *orad*, hermanos, *orad* por mí, como decian los Sacerdotes hace mas de ochocientos años en esta circunstancia de la Misa; *orad* por mí, pobre pecador, como dicen toda-

via los Cartujos conservando este uso antiguo. Despues de esta oracion se vuelve el Sacerdote al Altar, y en adelante no tiene casi comunicacion con los asistentes hasta la consumacion del Sacrificio. Si levanta la voz de quando en quando para hacerse oír, es sin convertirse á ellos y sin saludarlos, como ántes lo hacia; porque su ministerio le eleva en alguna manera sobre la humanidad misma, y le separa enteramente de todo lo que pudiera inclinarle á la tierra. Pluguese á Dios que se separase verdaderamente por las disposiciones del corazon, por el recogimiento del espíritu, y que estuviese libre enteramente de las distracciones que tal vez le asaltan en el momento mas interesante y temible.

Para conocer el interes que debe tomar el pueblo en esta ceremonia meditemos las palabras de la exhortacion que nos hace el Sacerdote, y la respuesta que le dan los asistentes. *Orad, hermanos, para que este Sacrificio mio en vuestro sea agradable á Dios Padre Todo-poderoso.* Y el pueblo responde: *Reciba el Señor de tus manos este Sacrificio, para alabanza y gloria de su nom-*

bre, y tambien para nuestra propia utilidad, y la de toda su Iglesia santa. Orad, es decir: no nos separemos en el momento que se trata nuestra causa comun, en el seguro de que el intervalo que pone entre el Sacerdote y los fieles el Santo de los Santos, no será motivo para que pierda de vista vuestros intereses; y así os ruego que no olvidéis los derechos que tengo á vuestra caridad: considerad que sois mis hermanos en Jesu-Cristo, y aunque el alto ministerio que estoy exerciendo me ha elevado sobre vosotros, nada, se disminuye esa perfecta conformidad que nos hace á todos hijos de un mismo Padre: todos vamos á sentarnos en la misma mesa; todos vamos á partir y á comer el mismo pan, el qual mantendrá en nosotros una misma vida, y la misma sangre correrá por nuestras venas, y será para nosotros el germen de la misma heredad. Así el Sacrificio de Jesu-Cristo, que es el Primogenito de esta familia, y que yo voy á ofrecer, es mi Sacrificio y el vuestro. Lo es mio, porque me ha nombrado por Ministro suyo, aunque indigno de serlo, y lo es tambien vuestro, en un senti-

do menos extenso, pero realmente efectivo, y así le voy á ofrecer por Jesu-Cristo, y vosotros le ofrecereis con él, y por mis manos. Nos importa mucho que este Sacrificio sea recibido favorablemente. ¿Pero por ventura puede ser desechada la oblacion de la sangre de un Dios, del Hijo único de Dios? ¿Tendrá la víctima alguna mancha por la qual sea indigna de la Magestad á quien se ofrece? No, pero este Dios tan grande, tan poderoso, y tan justo como sabio, no puede ver injusticias en nuestras manos, deseos criminales en nuestros corazones, y en nuestras conciencias manchadas que nos hagan indignos de participar de los frutos del Sacrificio; y por esta causa, y para empenaros á que forméis verdaderos y nuevos sentimientos de dolor y de llanto sobre nuestros pecados comunes, os renuevo la advertencia de *orar*.

Pero ¿cómo responderá el Pueblo á una Instruccion tan justa y tan útil? Sí dirá, nosotros rogaremos y pediremos de todo corazon que tu Dios y el nuestro reciba este Sacrificio de tus manos, y que acabe de santificarlas ya que estan consagradas por la un-

cion del Sacerdocio. Nosotros pediremos á Dios, que estas manos que tantas veces nos han dado la bendicion, y que tantas otras han llevado el arca de la alianza, pueden elevarse para pedir con eficacia por ti y por nosotros, y que ellas á la semejanza del Legislador de Israel tengan la virtud de apaciguar la cólera del Señor, de asegurar á su Pueblo la victoria, y auyentar los enemigos de su nombre. Nosotros no olvidaremos que el primer objeto del Sacrificio es tributar á Dios la gloria que le rehusamos por nuestros pecados, y unidos á la víctima que vas á ofrecer, haremos con ella un homenaje al Señor de nuestra obediencia á sus órdenes, de nuestra confianza en su bondad infinita, de nuestro temor de sus justicias, de nuestra separacion de todos los objetos que nos inducen á desagradarle, y de nuestro reconocimiento á sus misericordias. Uniendo pues tus intereses y los nuestros á estos homenajes, le suplicaremos que nos sea provechoso este Sacrificio, es decir que su fruto se extienda á todas nuestras necesidades: que purifique nuestras almas: que esparza su luz en

nuestros espíritus: que abrase nuestros corazones: que enderece nuestros caminos: que anime nuestras esperanzas, y que proteja tambien nuestra vida, nuestras familias y nuestros bienes; pero no por intereses tan legítimos perderemos de vista el interes general de toda la Iglesia. Conocemos que este Sacrificio se va á presentar á un Dios, que es nuestro Padre comun: que en el se ofrece á Jesu-Cristo nuestro hermano por las manos de un Ministro escogido entre nosotros; y que el gran misterio que se va á renovar á nuestra vista, se ha consumado para la santificacion de todos; y por tanto seria injusta qualquiera restriccion y reserva, porque entónces seguramente seria desechado.

De todas estas reflexiones podemos deducir, hermanos míos, que la exhortacion del Sacerdote, y la respuesta de los fieles contienen un cúmulo inabordable de instrucciones, y que ellas condenan la frialdad de tantos Cristianos que asisten al Sacrificio de la Misa con un corazon lánguido, y un espíritu distraido, y que lejos de ayudarse á lo menos para despertar su fer-

vor con las oraciones que la Iglesia ha consagrado, esparcen sus ojos por todas partes, y viven en la indiferencia mas criminal. ¿Podrán decir semejantes Cristianos que es suyo este Sacrificio? ¿Por ventura toman en él alguna parte? ¿Tributan algun honor al Dios á quien se ofrece? ¿Sacan algun provecho para ellos mismos? Los que desconocen las necesidades de su alma ¿podrán pedir por la de sus hermanos? Qué importa que les exhorte á orar el Ministro, si ellos poco acostumbrados á este santo ejercicio en el interior de sus casas, se presentan en nuestros templos con un espíritu de ligereza y de disipacion, extraordinario y escandaloso. Temamos pues que acaso nos veamos confundidos con estos Cristianos quando asistimos al santo Sacrificio de la Misa. Correspondamos con toda fidelidad á la exhortacion del Sacerdote, y consideremos en ella tres disposiciones que nos han de ser de gran provecho para las demas oraciones que componen la Liturgia.

En primer lugar nos acuerda esta advertencia el recogimiento. El Sacerdote en el instante que se va á reco-

ger separándose del Pueblo, y encerrándose en el Santuario, del qual no descenderá ya hasta que se haya concluido el Sacrificio, en este instante, digo, nos convida para orar, y nosotros debemos tambien entrar mas particularmente en el Santuario de nuestro corazon: debemos reflexionar sobre nuestras necesidades: debemos meditar con mas seriedad sobre los designios de Jesu-Cristo; y en fin, examinar con todo escrúpulo las faltas que pueden influir, para que sea infructuoso el Sacrificio, apartando de nosotros con todo cuidado las distracciones que suelen muchas veces quitar por nuestro descuido á la oracion toda su eficacia, y su valor.

En segundo lugar nos acuerda esta advertencia la caridad mutua: el nombre solo de hermanos nos impone la estrecha obligacion de alejar de nuestros corazones toda prevencion, toda parcialidad, toda enemistad, todo resentimiento, y en fin esas palabras ásperas é insultantes con que hablamos muchas veces á nuestros hermanos. Todos los trabajos y necesidades del proximo, luego que se conozcan deben ex-

editar nuestra atencion, nuestra conmi-
seracion y nuestras oraciones. Debe-
mos tener muy presente, que no solo
somos hermanos de nuestros amigos, y
de nuestros parientes, sino de los ha-
bitantes de todo el mundo, de nues-
tros mayores enemigos, de aquellos
que nos han despreciado, y que han
procurado por todos medios ofender
nuestra reputacion, y destruir nuestra
fortuna. Ya que todos estos se hallan
presentes al tiempo que Jesu-Cristo
ofrece su Sacrificio, deben tambien es-
tarlo en nuestro corazon quando pro-
metemos á su Ministro ocuparnos en
sus necesidades personales.

En tercer lugar este consejo nos
trae á la memoria el amor que la Igle-
sia nos profesa como que somos sus
hijos, y hermanos unos de otros. El Sa-
cerdote como Ministro de esta Iglesia,
y en nombre suyo, es el que obra y ha-
bla, y el Sacrificio que va á ofrecer es
intersante á todos los miembros que
la componen. Esta Iglesia es la de Jesu-
Cristo, porque la tomó por esposa
sobre la cruz, constituyéndonos á no-
sotros por hijos adoptivos de Dios;
pero tambien es nuestra Iglesia, por-

que nos une enlaza por medio de la
profesion de una misma fé, por la co-
munion de unas mismas oraciones, por
la participacion de los mismos Sacramen-
tos, y por la sumision á una cabeza
visible, y á sus cooperadores en el mi-
nisterio. Por conseqüencia sus aumen-
tos deben interesarnos como los pro-
pios nuestros, y debemos afigirnos en
sus necesidades como si tambien fuesen
propias. El mismo ardor que nos ins-
pira la fé en nuestros deseos, debe ani-
marnos quando pensamos en los cismas
que la despedazan, en las novedades
que la afligen, en las heregías que la
oscurecen, en los combates que sos-
tiene, y en los desórdenes de los malos
Cristianos que la deshonoran.

Hermanos míos, oxalá que todos
estos motivos hagan en adelante mas
viva nuestra fé, y mas fervorosas nues-
tras oraciones, á fin de que unidos
nuestros votos con los de Jesu-Cristo
en su Sacrificio, el Padre de las luces
nos mire con ojos de misericordia en
el tiempo, y que esto sea un presag-
gio de la bienaventuranza eterna. Asi
sea.



INSTRUCCION

SOBRE

EL PREFACIO.

PSALMO X. vers. 17.

*Tu oreja oyó la disposicion de su co-
razon.*

Esta es una verdad, anunciada por el Profeta Rey, y repetida por la Escritura en diferentes lugares. En efecto Dios escucha la simple preparacion del corazon, y para conseguir las gracias que necesitamos, no exige una larga exposicion de nuestros males. El Sabio nos dice que la oracion mas eficaz no consiste en muchas palabras, y Jesu-Cristo nos enseña que no es mé-

sobre el Prefacio.

117

nos esencial la brevedad de la peticion que el recogimiento del espíritu. La Iglesia nuestra madre, siguiendo constantemente esta doctrina, reduce en sus oraciones á muy breves palabras las súplicas mas importantes para la salvacion; y persuadida de que Dios oye la simple preparacion del corazon, no quiere que entremos á orar, ántes de estar preparados como corresponde. Este es el fin á que se dirige con el *Prefacio*, que propiamente no es una oracion, sino una invitacion nueva para orar, con el atractivo de motivos mas interesantes. Por tanto, penetrándoos de las disposiciones que exige la Iglesia, prestadme atencion.

La palabra *Prefacio* quiere decir una accion que precede á qualquiera cosa, y en efecto para prepararnos al Cónon observa la Iglesia la costumbre de decir el *Prefacio* ántes de empezar las oraciones que le componen. En la última Instruccion hemos visto que el Sacerdote se abtrae del Pueblo, y que se despide solemnemente de él encomendándose á sus oraciones para entrar en el Santísimo, donde ha de permanecer hasta que baya consumado el

misterio de nuestra redencion. En otro tiempo se cerraban las puertas del Santuario ántes del *Prefacio*, y no se abrian hasta el momento de la comunion, cuyo uso se conserva todavía en algunas Iglesias, en las cuales se corre una cortina entre el Santuario, y el resto del templo, para anunciar sin duda la separacion total del Sacerdote, que entregado al comercio mas santo con su Dios, lo suspende con sus hermanos por todo este tiempo, dirigiendo sin embargo al Pueblo en su retiro las exhortaciones mas vivas. Esta es una figura de otro misterio infinitamente mas consolador para nosotros, qual es la presencia de Jesu-Cristo en la tierra, y en el cielo á un mismo tiempo: en la tierra para instruirnos y animarnos, y en el cielo para defendernos y protegernos. Ya pues que el Sacerdote es en estas funciones tremendas la imagen sensible de un Dios invisible, mirémosle siempre con el respeto que exige su ministerio: y para que Dios le escuche favorablemente quando se presenta á tratar nuestra causa, escuchémosle con docilidad quando solicita nuestras adoraciones.

El *Prefacio* sigue inmediatamente á la oracion llamada secreta, la qual se dice en voz baxa, y se varia segun las diferentes solemnidades, siendo su objeto acabar con la oracion la tercera parte de la Misa, que podemos llamar ofrenda. El Sacerdote para que el Pueblo sepa que se ha acabado ya esta oracion, levanta la voz en estas últimas palabras: *por todos los siglos de los siglos*, y el *Amen* que responde el Pueblo es asimismo una aprobacion de las oraciones que se han hecho por él en la secreta, y una conformidad anticipada en todas las que van á ofrecerse á Dios, en esta quarta parte que llamamos la consagracion. El Sacerdote por tanto repite aquella bendicion que ha dado muchas veces á los asistentes en un tono inteligible, pero sin volverse á ellos: *el Señor sea con vosotros*: y despues, dice: *elevad vuestros corazones*; y responden todos los circunstancias: *ya los tenemos elevados al Señor*. Estas palabras dignas por sí mismas de toda nuestra atencion, y muy propias para excitar en nosotros una devocion sensible, si las decimos con fé, nos parecerán mucho mas respetable

bles quando consideremos que traen su origen de los tiempos Apostólicos, y que aun ántes que se usasen en la Iglesia los *Prefacios* propios en las diferentes festividades, precedian siempre estas palabras al Cónon, y hacian en algun modo parte de él. San Cypriano solia decir á su Pueblo: carísimos, quando asistimos á la oración, así se llamaba entonces la Misa, debemos estar con toda devocion, y meditarla atentamente: desterramos todos los pensamientos de la carne y del siglo en este momento en que se recoge el espíritu á meditar las flaquezas del corazon, y á pedir el remedio de las necesidades que nos agovian. Cerremos pues nuestros sentidos á todos los objetos, y no dexemos que se acerque á nosotros el enemigo del Señor, en el tiempo que le pedimos sus gracias. ¡Ah, qué impresion no debieran hacer sobre nosotros las reflexiones de este Padre que escribia en los primeros siglos de la Iglesia! Si hubiera vivido en estos últimos tiempos, y presenciado el ayre de dissipacion, ó por mejor decir, de irreligion, que traen los fieles hasta el pie del Altar: si hubiera visto como nos-

tros, que estas mismas palabras no tienen en nuestra boca aquel sentido que les daba la fé en los bellos dias del Cristianismo, y que acostumbrados á repetir por mera rutina *nuestras oraciones se han elevado ya ácia, el Señor*, se dirigen todas nuestras inclinaciones á la tierra en fuerza de una costumbre criminal, y que nuestros pensamientos se van todos ácia los placeres y los atractivos del siglo: si hubiera visto, digo, el estado en que se hallan los Cristianos, y el poco respeto que tienen al templo ¿no hubiera unido á las exhortaciones mas vivas las amenazas mas espantosas?

Ah, si vuestros corazones, hermanos míos, son verdaderamente de Dios, como decís, *demo gracias*, prosigue el Sacerdote, *al Señor Dios nuestro*, La Iglesia con estas palabras nos enseña que la oracion debe siempre empezar con la accion de gracias; que esta disposicion es la primera de todas para que sea útil, y que un corazon reconocido adquiere un cierto derecho sobre el de un Dios justo y sensible á nuestras miserias. Exclamemos pues con la efusion de un alma que se halla pe-

netrada de las misericordias del Señor, diciendo: *en verdad es digno y justo.* El Sacerdote autorizado por el ministerio que le ha confiado la Iglesia, y sostenido por el consentimiento unánime del Pueblo, repite las mismas palabras para manifestar que esta muchedumbre de fieles que asiste al Sacrificio, solo tiene un corazon, y un alma, quando se trata de rendir á Dios el homenaje del reconocimiento. *En verdad es digno, y justo, equitativo y saludable, el que te demos gracias en todo tiempo y lugar.* El resto de esta oracion nos probaria, si pudiésemos meditarla, que esta accion de gracias la tributamos á un Dios, que no tiene necesidad alguna de ellas: á un Padre que se dexa mover por nosotros: á un Ser Todo-poderoso: al Eterno que ha dispuesto que empecemos en el tiempo la alabanza que debemos continuar en la eternidad. Consideremos tambien, hermanos míos, como en esta oracion se une la Iglesia de la tierra con la del cielo. Esta accion de gracias se da por medio de Jesu-Cristo, el qual en alguna manera es el medio entre la Jerusalem terrestre,

y la ciudad de Dios vivo, Dios por naturaleza, hombre por obediencia, el Rey del cielo, y nuestro Señor. El es quien ha desatado en alguna manera nuestra lengua para que pueda con toda libertad alabar á su Dios: él es por quien toda la milicia celestial tributa unas adoraciones proporcionadas á la gerarquía que la ha señalado el Eterno. Cada uno de estos espíritus bienaventurados tiene determinadas sus funciones particulares, mientras que nosotros, aunque indignos de levantar nuestros ojos á la Magestad Suprema, nos vemos honrados con todas estas funciones á un mismo tiempo. Los Angeles le alaban, y nuestros templos resuenan todos los dias con nuestras canciones en su alabanza. Las Dominaciones le adoran, y nosotros vamos con ellas á postrarnos delante del Altar. Las Potestades tiemblan, y nosotros estamos convidados á honrarle con un temor, acompañado del amor. Las Virtudes de los cielos se unen á los Querubines y Serafines para publicar incesantemente su santidad, y nosotros vamos á ser admitidos en los coros de estos espíritus bienaventurados para can-

tar las estancias que repiten ellos sin cesar. ¡Oxalá que cantemos con ellos siempre, y que nuestras flaquezas no desmientan la confesion pública que hacemos de la santidad de nuestro Dios!

Este cántico haria en este momento el objeto de nuestra meditacion, si no nos viesemos obligados á poner límites al zelo que nos anima. En la Instruccion próxima explicaré con la detencion y claridad posible las alabanzas que todos los Cristianos deben tributar al Eterno, y ahora solo notaré para concluir que la Iglesia en las grandes solemnidades ha dispuesto sus *Prefacios* propios, los cuales expresan el objeto del misterio que se celebra: que muchos de estos *Prefacios* tienen su origen de los primeros siglos, y que no hay uno que meditado atentamente no pueda contribuir para intensar nuestra fé. Quizá la costumbre de cantarlos con la Iglesia ha enervado su fuerza para muchos; pero nosotros debemos decirlos con el respeto que merecen.

Nunca olvidemos, mis hermanos, que admitidos con estos espíritus bienaventurados para dar al Señor el tributo de

las alabanzas, debemos imitarlos quanto nos sea posible con nuestra obediencia y fidelidad, á fin de ser asociados tambien con ellos en la eterna bienaventuranza. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE EL SANCTUS.

ISAÍAS, cap. 6. v. 3.

*Los Serafines daban voces el uno al otro,
decían : Santo, Santo, Santo el Se-
ñor Dios de los exércitos, llena está
toda la tierra de su gloria.*

ESTA oracion, que mas bien puede llamarse cántico, es la que sigue inmediatamente al Prefacio. Hasta este punto no han participado los fieles sino con sus deseos de las alabanzas, y de las acciones de gracias que se han dado al Señor; pero ya su reconocimiento y su amor no pueden guardar silencio por

mas tiempo, y así no bien concluye el Sacerdote quando todo el Pueblo le interrumpe cantando con alegría: *Santo, Santo, Santo, el Señor Dios de Sabaoth*, y el Sacerdote repite en voz baxa estas mismas palabras. Esta alegría no comprehende á todos los Cristianos, sino solo á los que se hacen dignos de este nombre, y que animados de un verdadero espíritu de religion y de caridad, estan acostumbrados á meditar las oraciones de la Iglesia. Sí, estos Cristianos conocen que no hay un cántico mas propio para excitar su confianza y su amor: examinemos su espíritu para que todos podais comprenderlo así.

Esta oracion está inclusa en las antiguas Liturgias, y por consequéncia es del número de aquellas que se han adoptado como mas propias, par excitar y alimentar nuestra fé. Ella era en los tiempos primitivos de la Iglesia un motivo de emulacion para los Catecúmenos, y San Gregorio de Nicea en una de sus exhortaciones les dice: apresuraos á recibir el bautismo para cantar con los fieles el cántico de los Serafines. Otro Santa Padre se admira sobre

manera de que los Cristianos que han consagrado una vez su boca, se atrevan á proferir otras palabras capaces de deshonorar su nombre. Un Concilio establece que se diga en todas las Misas públicas ó particulares, sin hacer excepcion ni aun de los días de penitencia, ni de los en que se celebra el Sacrificio por los difuntos, y desaprueba el uso que se habia introducido en algunas Iglesias de reservarle para las Misas solemnes, porque como dicen los Padres, este cántico no puede fastidiar el espíritu de un verdadero fiel, aunque días y noches lo cante sin cesar. Este cántico se compone enteramente de palabras de la Escritura, ordenadas por la Iglesia con mucha sabiduría. El Apóstol San Juan hace mencion de él en su Apocalipsis, y fué una de las visiones mas interesantes que le presentó Dios quando se dignó revelar le los misterios de su reyno. Para que nosotros le podamos repetir con fruto, es indispensable transportarnos en espíritu al lugar en que se canta dignamente. El es el cántico de los Angeles y de los bienaventurados; y nosotros aunque pecadores, somos ad-

mitidos á la participacion de esta dicha: pero si nuestro corazon no es tan puro como el de los Angeles, y de los Santos, á lo menos nuestra voluntad debe ser tan recta como la suya. Entreguémonos como ellos á una santa alegría: ofrezcamos con ellos profundas adoraciones, y seamos tan amantes como ellos de la justicia. He aquí tres disposiciones que nos inspira esta oracion, y que vamos á meditar.

Este cántico hace de la tierra un nuevo cielo, y el grito de alegría que se oye en la mansion de la eternidad, resuena en este triste lugar de cautiverio y de destierro. Aquí se oye decir como á los pies del trono del Eterno: *Santo, Santo, Santo, el Señor Dios de los exercitos*, y aunque nuestra débil voz se confunda con la de sus amigos, no dexa sin embargo de ser escuchada con gusto. ¡ Hermanos míos, que la confianza penetre en nuestros corazones! Si todavía no estamos en la patria, á lo ménos se nos permite gustar de antemano sus delicias; y si no hemos conseguido aun la palma de la victoria, la vemos entre las manos de un Dios que la tiene reservada para no-

sotros. Alabemos con toda confianza al Señor, de los exércitos, y no temamos pronunciar su tanto nombre, como lo temia el Pueblo Judío. Nosotros hemos venido á ser sus amigos, y su Pueblo escogido, y quiere que cantemos por todas partes sus maravillas, y que publiquemos sus misericordias. Es verdad que es tres veces santo, y nosotros mil veces pecadores y delinquentes; pero con todo está lleno de misericordia, y es incapaz de desechar las alabanzas que le tribute un corazon humilde y reconocido. ¿Cuál sería nuestra alegría si al repetir este cántico nos elevásemos en espíritu hasta la mansion de los bienaventurados, si nos persuadiésemos que rodeamos como los Angeles el trono del Dios de los exércitos, si fixásemos nuestra vista, no sobre ese Altar visible, sobre el qual se ofrece la víctima de una manera invisible, sino sobre el Altar sublime del cielo, donde inmolado desde el origen del mundo el Cordero de Dios, está sin embargo siempre en un estado de inmolacion y de Sacrificio? ¡Ah, si nuestra fé tuviese la Instruccion que se requiere para pintarnos todos estos objetos, no dexa-

riamos jamas de repetir este cántico, y penetrados de un santo respeto nos esforzaríamos para rendir al Eterno los homenajes que debe exigir de todas las criaturas! Sí, el respeto es necesario absolutamente para repetir esta oracion con fruto. Entretanto que la cantan los Serafines, los Querubines se cubren el rostro con sus alas, y así repitiéndola el Sacerdote, junta las manos, y hace una profunda inclinacion. El Cristiano que canta con él, debe abatirse en presencia de la Magestad Suprema, y acordarse que es un esclavo que habla á su Señor, una criatura que ca la alabanza al autor de su ser, y sobre todo, un pecador que se confunde entre la multitud de los espíritus mas puros y santos, para rendir sus homenajes al autor de toda santidad. Conviene por tanto que repitiendo estas palabras medite las qualidades que Dios ha querido atribuirse. Como ha querido llamarse el Dios de los exércitos, y el Rey de la gloria, se le atribuye por consecuencia á él solo la gloria, el imperio y el poder; solo él es el Santo, el feliz y el perfecto, y nada nos queda á nosotros sino la vergüenza y la confusion.

Aprendamos pues á cantar este cántico con un respeto, acompañado de temor y de temblor, y consideremos que solo en esto difieren nuestras disposiciones de las de los Angeles y los Santos, los cuales seguros de se felicidad, é incapaces de perder la justicia ni la caridad, se entregan á gozar de una alegría pura, y su respeto mas bien procede de amor que de temor. Esto es lo que propiamente conviene á los escogidos de Dios; pero nosotros que andamos siempre titubeando en las virtudes, que estamos dudosos en la perseverancia, indecisos en las victorias, é inciertos en los caminos de la salvacion, no podemos cantar con la alegría que corresponde; y así nuestros cánticos son propiamente de gemidos y de quejas. Nuestra confianza, por firme que nos parezca, debe ceder algunas veces al terror que nos causa nuestra inconstancia; pero para animar esta confianza excitémonos al amor de la justicia, que es la verdadera disposicion que debe inspirarnos esta oracion. Nosotros dirigimos nuestros homenajes á un Dios tres veces Santo, y Jesu-Cristo, por cuyo medio los ofrece-

mos, nos da voces desde el fondo de este Altar, diciendo: Sed Santos como vuestro Padre que está en los cielos, y perfectos á medida de los dones que habeis recibido, así como él lo es, segun la inmensidad de su esencia. Las bocas profanas deben callar en presencia suya: todo corazon corrompido teme profanar con una alabanza impura un nombre que solo anuncia santidad.

Este cántico no deberia ciertamente ser el de los pecadores, y si la Iglesia les permite que se confundan con los justos, deben penetrarse de un verdadero sentimiento de contricion y de dolor; pero vosotros, almas fieles, á quienes Dios concede la gracia de temer y detestar el pecado, oxalá que todas las palabras de este cántico os traigan á la memoria las obligaciones que os impone la santidad. El Padre que os ha adoptado es *Santo*; y así debeis probarle con vuestra docilidad que haceis el aprecio que corresponde de tan alta vocacion. *Santo* es el hijo que os ha rescatado, y que va á inmolarse por vosotros; y así mostradle con el desprendimiento de las cosas terrenas

que quereis inmolaros con él. *Santo* es el Espíritu que ha de bendecir y consagrar los dones que ofreceis, y así mostradle con un reconocimiento y un amor perfecto que teneis todo el conocimiento necesario del valor de estos dones. El Dios á quien alabais, es el Dios de los exércitos, y quiere que esteis dispuestos siempre á combatir baxo sus estandartes, contra las sangre y la carne, y que hagais frente á esos enemigos con las armas de la fé, que ha puesto entre vuestras manos. El cielo y la tierra estan llenos de su gloria, y por esto os permite que eleveis vuestros deseos hasta aquel lugar donde ha establecido su trono: debeis por tanto estar en su presencia con el corazon y el deseo, suspirando sin cesar tras vuestra patria, y con esta disposicion contribuireis, segun que lo permiten vuestras fuerzas, á la gloria de que está rodeado en los cielos: pero quiere tambien que todo el tiempo que os permite habitar en la tierra le glorifiqueis, repitiendo sin interrupcion las alabanzas, edificando con palabras santas, y con el buen olor de los exemplos, y oponiéndoos cada uno, segun

la mision que le ha sido confiada, á los ultrages con que los malos pretenden obscurecer esta gloria, á fin de que pueda decirse con verdad que la tierra, esto es, el escabelo de sus pies no está ménos rodeado de su gloria que el trono en que está sentado. En fin el será glorificado en el cielo á medida que le honreis en la tierra con la santidad de vuestras obras, porque solo á el se le atribuyen las victorias en los combates, y en general las acciones que nos inspiran la virtud y la caridad.

Sobre todo honoradle en la tierra en la persona de Jesu-Cristo su Hijo único, bendiciendo al que ha venido en nombre del Señor; pero tened presente que la bendicion que prefiere es la que consiste en una imitacion fiel, y una conformidad perfecta. Nosotros repetiríamos en vano este cántico, que se oyó á las puertas de Jerusalem el día de la entrada triunfante de Salvador, si estuviésemos dispuestos á crucificarle en nuestro corazon, como lo hizo el Pueblo Judío. Bendito sea pues en las afficciones por medio de la paciencia: bendito sea en las riquezas, por la beneficencia: en las tentaciones, por la

vigilancia: en nuestro cuerpo, por la penitencia: en nuestro espíritu, por la humildad; y en nuestro corazón, por el amor. Bendigámosle llevando su cruz, revistiéndonos de su espíritu, y adoptando sus trabajos y sus ejemplos. Bendigámosle con fidelidad en el tiempo, para que podamos bendecirle en la asamblea de los Angeles y de los Santos por toda una eternidad. Así sea.

INDICE

De las Instrucciones, que sobre las Oraciones y Ceremonias del Santo Sacrificio de la Misa contiene este tomo Primero.

I. Instrucción: sobre la utilidad y necesidad de saber las oraciones y ceremonias que componen la Liturgia,	page	11
II. Sobre la excelencia del Santo Sacrificio de la Misa,		23
III. Sobre la materia antecedente,		27
IV. Sobre las disposiciones que debe llevar el Cristiano al Santo Sacrificio,		30
V. Sobre la misma materia,		61
ORDINARIO DE LA SANTA MISA,		73
VI. Sobre las oraciones que el Sacerdote dice al pie del Altar,		190
VII. Sobre la misma materia,		203
VIII. Sobre los Kyries,		216
IX. Sobre el Gloria in excelsis,		231
X. Sobre el Dominus vobiscum,		243
XI. Sobre la oracion llamada Collecta,		254
XII. Sobre la palabra Amen,		266
XIII. Sobre la Epistola,		279
XIV. Sobre el Gradual,		292
XV. Sobre la Alleluia,		304
XVI. Sobre el Evangelio,		315

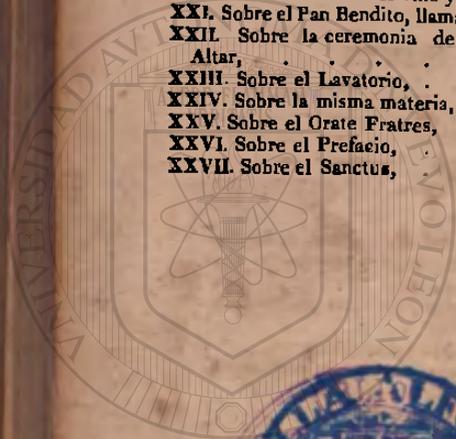
vigilancia: en nuestro cuerpo, por la penitencia: en nuestro espíritu, por la humildad; y en nuestro corazón, por el amor. Bendigámosle llevando su cruz, revistiéndonos de su espíritu, y adoptando sus trabajos y sus ejemplos. Bendigámosle con fidelidad en el tiempo, para que podamos bendecirle en la asamblea de los Angeles y de los Santos por toda una eternidad. Así sea.

INDICE

De las Instrucciones, que sobre las Oraciones y Ceremonias del Santo Sacrificio de la Misa contiene este tomo Primero.

I. Instrucción: sobre la utilidad y necesidad de saber las oraciones y ceremonias que componen la Liturgia,	page	11
II. Sobre la excelencia del Santo Sacrificio de la Misa,		23
III. Sobre la materia antecedente,		27
IV. Sobre las disposiciones que debe llevar el Cristiano al Santo Sacrificio,		50
V. Sobre la misma materia,		61
ORDINARIO DE LA SANTA MISA,		73
VI. Sobre las oraciones que el Sacerdote dice al pie del Altar,		190
VII. Sobre la misma materia,		203
VIII. Sobre los Kyries,		216
IX. Sobre el Gloria in excelsis,		231
X. Sobre el Dominus vobiscum,		243
XI. Sobre la oracion llamada Collecta,		254
XII. Sobre la palabra Amen,		276
XIII. Sobre la Epistola,		279
XIV. Sobre el Gradual,		292
XV. Sobre la Alleluia,		302
XVI. Sobre el Evangelio,		315

XVII. Sobre el Símbolo de Nicea, . . .	327
XVIII. Sobre el Ofertorio, . . .	337
XIX. Sobre la Oblacion, . . .	349
XX. Sobre la mezcla del vino y del agua, .	361
XXI. Sobre el Pan Bendito, llamado Eulogia,	372
XXII. Sobre la ceremonia de incensar el Altar, . . .	383
XXIII. Sobre el Lavatorio, . . .	395
XXIV. Sobre la misma materia, . . .	403
XXV. Sobre el Orate Fratres, . . .	414
XXVI. Sobre el Prefacio, . . .	426
XXVII. Sobre el Sanctus, . . .	436



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®



U.A.N.L.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA